

ARCHIVOS

de historia del movimiento obrero y la izquierda

Buenos Aires - Año IX - n° 17
septiembre de 2020-febrero de 2021

Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda es una publicación científica de historia social, política, cultural e intelectual, que tiene como objetivo impulsar la investigación, la revisión y la actualización del conocimiento sobre la clase trabajadora, el movimiento obrero y las izquierdas, tanto a nivel nacional como internacional, propiciando el análisis comparativo. Es editada por el Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas (CEHTI), con sede en Buenos Aires.



La cobertura temática de la revista *Archivos* está centrada en el examen histórico e historiográfico, pero a la vez es amplia e interdisciplinaria: procura abarcar la trayectoria de la clase trabajadora, el movimiento obrero y el mundo de las izquierdas desde los distintos aportes de las ciencias sociales y la producción académica, los cuales incluyen, además de la historia, la sociología, la ciencia política, la antropología, la filosofía, los estudios de género y la crítica literaria, entre otros.

La revista *Archivos* está dirigida a un público conformado por investigadores, docentes, profesionales, graduados y estudiantes de Historia, así como de otras disciplinas sociales.

Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda se encuentra indizada en **ERIH PLUS** (European Reference Index for the Humanities and Social Sciences), en el **catálogo 2.0 de Latindex**, en **CLASE** (Citas Latinoamericanas en Ciencias Sociales y Humanidades, dependiente de la UNAM), en el **DOAJ** (Directory of Open Access Journals) y en la **REDIB** (Red Iberoamericana de Innovación y Conocimiento Científico). También es parte de las siguientes bases de datos, indexaciones y directorios: **EuroPub**; **Journal TOCs**; **MALENA** (CAICYT); **BASE** (Bielefeld Academic Search Engine); **CIRC** (Clasificación Integrada de Revistas Científicas, de España); **MIAR** (Matriz de Información para el Análisis de Revistas, Universitat de Barcelona); **BIBLAT** (Bibliografía Latinoamericana en revistas de investigación científica y social, UNAM); **BINPAR** (Bibliografía Nacional de Publicaciones Periódicas Registradas); **REDLATT** (Red Latinoamericana del Trabajo y Trabajadores); **Latinoamericana** (Asociación de revistas académicas de humanidades y ciencias sociales) y **LatinREV** (Red Latinoamericana de Revistas Académicas en Ciencias Sociales y Humanidades de FLACSO Argentina). El CEHTI es miembro de la **International Association of Labour History Institutions (IALHI)**.



Los trabajos publicados están bajo la licencia Creative Commons 4.0 International (Atribución - NoComercial - CompartirIgual) a menos que se indique lo contrario.

Entidad editora: Centro de Estudios Históricos
de los Trabajadores y las Izquierdas (CEHTI)
Correo postal: Rodríguez Peña 336, 6° 65
(C1020ADH) CABA - Argentina
Sitios web: www.archivosrevista.com.ar
www.cehti.org.ar
Correo electrónico: archivosrevistadehistoria@gmail.com
Facebook: CEHTI - RevistaArchivos
Twitter: @ArchivosRevista
Instagram: [cehti.revistaarchivos](https://www.instagram.com/cehti.revistaarchivos)

ISSN 2313-9749 • ISSN en línea 2683-9601
Impreso en Imprenta Dorrego, Av. Dorrego 1102 - CABA
Diseño de tapa: Fernando Lendoiro

Director y Editor Responsable

Hernán Camarero

(Universidad de Buenos Aires –
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina)

Secretarios de Redacción

Hernán Díaz

(Universidad de Buenos Aires, Argentina)

Diego Ceruso

(Universidad de Buenos Aires –
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas, Argentina)

Comité Editor

Cristian Aquino

(Universidad de Buenos Aires, Argentina)

Sabrina Asquini

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Alejandro Belkin

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Hernán Camarero

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Laura Caruso

(Universidad Nacional de San Martín
– Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas, Argentina)

Natalia Casola

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Diego Ceruso

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Hernán Díaz

(Universidad de Buenos Aires, Argentina)

Mercedes López Cantera

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Martín Mangiantini

(Instituto Superior del Profesorado Joaquín
Víctor González – Universidad de Buenos
Aires – Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas, Argentina)

Leandro Molinaro

(Universidad de Buenos Aires, Argentina)

Ezequiel Murmis

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Antonio Oliva

(Universidad Nacional de Rosario, Argentina)

Lucas Poy

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Alicia Rojo

(Universidad de Buenos Aires, Argentina)

Gabriela Scodeller

(Universidad Nacional de Cuyo – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Silvana Staltari

(Universidad Nacional de Tres de Febrero –
Universidad de Buenos Aires, Argentina)

Paula Varela

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Consejo Asesor

Marcel van der Linden

(Instituto Internacional de Historia Social,
Países Bajos)

Ricardo Melgar Bao (1946-2020)

(Instituto Nacional de Antropología e
Historia, México)

Rossana Barragán

(Instituto Internacional de Historia Social,
Países Bajos)

Victoria Basualdo

(Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales –
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas
y Técnicas, Argentina)

Reiner Tosstorff

(Johannes Gutenberg, Universität Mainz,
Alemania)

Victor Jeifets

(Universidad Estatal de San Petersburgo, Rusia)

Cristina Viano

(Universidad Nacional de Rosario, Argentina)

Silvia Simonassi

(Universidad Nacional de Rosario, Argentina)

Nicolás Iñigo Carrera

(Universidad de Buenos Aires – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas
y Técnicas, Argentina)

Gilles Candar

(Société d'Études Jaurésiennes, Francia)

Massimo Modonesi

(Universidad Nacional Autónoma de México,
México)

Sebastian Budgen

(Historical Materialism,
Reino Unido)

Rodolfo Porrini

(Universidad de la República, Uruguay)

Daniel James

(Universidad de Indiana, Estados Unidos)

Bernhard H. Bayerlein

(Ruhr-University Bochum – The International
Newsletter of Communist Studies, Alemania)

Sergio Grez Toso

(Universidad de Chile, Chile)

Gabriela Águila

(Universidad Nacional de Rosario – Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina)

Claudio H.M. Batalha

(Centro de História Social da Cultura,
Universidad Estatal de Campinas, Brasil)

Julio Pinto Vallejos

(Universidad de Santiago de Chile, Chile)

Carlos Herrera

(Université de Cergy-Pontoise, Francia)

Immanuel Ness

(City University of New York, Estados Unidos)

Omar Acha

(Universidad de Buenos Aires – Consejo Nacional
de Investigaciones Científicas y Técnicas,
Argentina)

Rolando Álvarez Vallejos

(Universidad de Santiago de Chile, Chile)

Alejandro Schneider

(Universidad de Buenos Aires – Universidad
Nacional de La Plata, Argentina)

David Mayer

(Instituto Internacional de Historia Social,
Países Bajos)

Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda
Buenos Aires - Año IX - n° 17
septiembre de 2020-febrero de 2021

Índice

Presentación
Hernán Camarero 7

Dossier:
**“La Oposición de Izquierda
y los albores del trotskismo en América Latina”**

Presentación del dossier
Hernán Camarero y Martín Mangiantini 11

Contra la corriente. La Oposición de Izquierda
en Argentina, 1929-1933
Hernán Camarero 15

Un trotskismo a mitad de camino: el *hidalguismo* en Chile
Andrey Schelchkov 39

Historia e historiografía del trotskismo brasileño
Carlos Prado y Marcio Lauria Monteiro 57

Los trotskistas y la cuestión nacional en la Argentina
de los años 40: la Liga Obrera Revolucionaria y el
Partido Obrero de la Revolución Socialista
Alicia Rojo..... 79

De Prinkipo a Pulacayo: consideraciones sobre
la historia del trotskismo boliviano
Steven Sándor John 99

Artículos

- La militancia sindical de las mujeres trabajadoras
en Argentina: abordajes teóricos y dimensiones analíticas
desde un enfoque sociológico
Mariela Cambiasso y Juliana Yantorno 123
- La “huelga grande” de 1896 en la emergencia de la
cuestión obrera rosarina
Agustina Prieto 143
- Convergencias contradictorias. Proletariado industrial
y concepción programática bolchevique entre 1917 y 1929
Martín Alejandro Duer 163

Fuentes y centros documentales

- El 50° aniversario de la International Association of Labour
History Institutions (IALHI). Su lugar en la historia de los
archivos y bibliotecas del movimiento obrero
Lucas Poy 185

Crítica de libros

- Nicolás Iñigo Carrera, *Estrategias de la clase obrera
en los orígenes del peronismo*
por *Diego Ceruso* 201
- Selina Todd, *El pueblo.
Auge y caída de la clase obrera (1910-2010)*
por *Rodrigo López* 204
- Thomas Piketty, *Capital e ideología*
por *Walter L. Koppmann* 206
- Camillo Robertini. *Quando la FIAT parlava argentino.
Una fabbrica italiana e i suoi operai nella Buenos Aires
dei militari (1964-1980)*
por *Víctor Pegoraro* 209

Presentación

Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda inaugura su noveno año de edición en el muy difícil contexto nacional e internacional creado por la pandemia del Covid-19 y las medidas de cuarentena. Desde luego, no pudimos escapar de la situación general, por lo que resultó afectado el funcionamiento de la revista y del Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas (CEHTI). No obstante, logramos mantener la calidad del proceso de diseño, elaboración, recepción y valoración de los contenidos de la revista, asegurando su acostumbrada regularidad de aparición. Este número posee más páginas que las habituales, pues quisimos dar cabida a todo el material recibido y aprobado tras su evaluación. Su núcleo está conformado por el dossier “La Oposición de Izquierda y los albores del trotskismo en América Latina”, con cinco artículos de especialistas en el tema. Ello se complementa con artículos libres, ensayos y crítica de libros.

En el transcurso de este año debimos reestructurar el conjunto de las actividades de nuestro espacio, dinamizando las labores de difusión a través de las redes sociales y plataformas digitales.

Avanzamos en el mejoramiento del acceso abierto de la revista y su disponibilidad en línea con la versión más actualizada de la plataforma Open Journal Systems, asegurando además que todos los metadatos estén en formato bilingüe y que cada artículo cuente con su correspondiente DOI (*Digital Object Identifier*). También se progresó en la indexación de *Archivos*, incorporándola en más catálogos, bases de datos y directorios. Nos vimos forzados a reprogramar las “III Jornadas internacionales de historia de los/as trabajadores/as y las izquierdas”, con la posibilidad de realizarlas en 2021 en la Universidad Nacional de Rosario, para las cuales ya hemos recibido centenares de propuestas de ponencias. También se proyectan nuevos títulos de libros en nuestra

“Colección Archivos. Estudios de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda”. La Asociación Civil CEHTI-Archivos completó su proceso de institucionalización y se prepara para lanzar una nueva página web, con un diseño totalmente renovado y mejor acceso a contenidos.

Por otra parte, el CEHTI-Archivos, representado por su director y por Lucas Poy, se hizo presente los días 10 y 11 de septiembre de este año en la conferencia especial virtual de la International Association of Labour History Institutions (IALHI), la entidad que agrupa a archivos, bibliotecas, centros de documentación e instituciones de investigación especializados en la historia del movimiento obrero y los movimientos sociales de todo el mundo (cuyo recorrido histórico, precisamente, se analiza en el presente número). Como integrante ya plenamente reconocido de esa asociación, el CEHTI presentó en este encuentro el balance de sus actividades y de sus perspectivas de desarrollo, comprometiendo su labor como organizadores en Buenos Aires de la 52° Conferencia Anual de la IALHI, prevista para 2022.

Finalmente, algo importante para nosotros. En el pasado mes de agosto recibimos la triste noticia del fallecimiento del Dr. Ricardo Melgar Bao, el destacado historiador y antropólogo, nacido en Perú y radicado desde 1977 en México. Ricardo fue uno de los principales intelectuales latinoamericanos de las últimas décadas dedicados a la historia de los/as trabajadores/as, las clases subalternas, el movimiento obrero y las izquierdas del subcontinente. En lo personal fue un querido amigo desde hace quince años, con el que animamos encuentros en las más diversas geografías, y quien dio apoyo y tuvo participación directa en nuestros proyectos, algunos de ellos compartidos. Tuvimos el honor de que fuera parte del Comité Asesor de nuestra revista desde su primera entrega y un entusiasta colaborador del CEHTI, en donde brindó conferencias, presentó sus últimos libros e hizo varias donaciones de material para nuestra biblioteca. Siempre acercó nuevas ideas: incluso eso ocurrió para algunos de los artículos sobre Oposición de Izquierda que ofrecemos en las páginas siguientes. Por todo eso queremos dedicar este número de *Archivos* a la memoria de Ricardo, en especial, a su perspectiva crítica, abierta, plural y comprometida de la historia de los/as trabajadores/as y las izquierdas. Una apuesta que representa nuestros mismos anhelos.

Hernán Camarero

Director

DOSSIER:

**La Oposición de Izquierda
y los albores del trotskismo
en América Latina**

Presentación del dossier

La aparición de este dossier se produce a ochenta años del asesinato de León Trotsky, uno de los referentes centrales en la historia de la política y de la teoría marxista del siglo XX. La relevancia de esta figura histórica adquiere sentido por múltiples elementos, los cuales han sido destacados con motivo de este aniversario. Por un lado, por su papel, junto a Lenin, tanto en el proceso revolucionario en Rusia, que tuvo su hecho cúlmine en la insurrección de octubre de 1917, como en la fundación de la Internacional Comunista en 1919. Años más tarde, tras el ascenso de Stalin al poder, su protagonismo se ubicó en el enfrentamiento a la burocratización del régimen soviético, en función de lo cual impulsó la Oposición de Izquierda. Asimismo, pueden señalarse sus aportes al pensamiento socialista, vinculados al análisis de lo político (en sus múltiples temporalidades y dimensiones), en especial a la exploración de las tácticas y las estrategias revolucionarias, y que también se extendieron al ensayo histórico, económico, filosófico y hasta la crítica literaria.

Tras algunos años de debates e intercambios entre diversos cuadros y dirigentes opositores al estalinismo, en septiembre de 1938 se creó en Francia la Cuarta Internacional, bajo la inspiración de Trotsky, quien no pudo asistir a dicho encuentro dada su condición de exiliado en México. El homicidio del propio revolucionario ruso, tan solo dos años después del lanzamiento de aquella organización, en el difícil contexto del auge del fascismo, el estalinismo, la Segunda Guerra Mundial y, luego, de un mundo rearticulado tras el fin de la gran conflagración, privó a la Cuarta Internacional de su dirigente más experimentado. Tras ello, afloraron disidencias entre diversos grupos y se entorpeció la consolidación y el desarrollo de esta corriente política en el mundo, la cual, no obstante,

mantuvo un hilo de continuidad histórica, fue ganando personalidad y cobró ciertos niveles de incidencia en varios países.

Si bien se trata de una tradición e identidad política que, desde su más embrionaria constitución como Oposición de Izquierda, se acerca a su primer centenario de vida, la historia de la tendencia estructurada en torno a las ideas de Trotsky presenta aún una historiografía incompleta y desigual a escala mundial, sobre todo porque la mayor parte de las veces quedó excluida de las consideraciones más generales sobre la problemática del/los comunismos. Las posibilidades de dar cuenta del trotskismo como objeto de estudio son extremo amplias en términos temporales y espaciales, y sólo algunos de sus pliegos han sido abordados. Existió todo un entretrejo de organizaciones nacionales e internacionales, cuyo conocimiento exige un modo de estudio que profundice y a la vez vaya más allá de las implicancias meramente institucionales, o acerca del plano ideológico, teórico y programático o de los asuntos específicos de las estrategias y tácticas políticas desplegadas. Un desafío es el de incorporar nociones más vastas de la historia, la sociología, la ciencia política, la filosofía, la antropología y los estudios culturales, de los discursos y de género. Debe seguir indagándose en la retroalimentación entre las diversas experiencias partidarias y el movimiento social, desde su expresión más relevante, como es la clase obrera y el universo sindical, junto al estudiantado, la juventud o el campesinado, hasta el mundo intelectual, el campo cultural, los feminismos, los grupos ecologistas y las asociaciones de derechos humanos, entre otros aspectos.

Si bien en el momento fundacional de la Cuarta Internacional solo se encontró presente un dirigente latinoamericano, el brasileño Mário Pedrosa, la realidad política de este continente no fue ajena al devenir de la Oposición de Izquierda y el trotskismo. Desde sus orígenes, entre esta corriente y los países latinoamericanos se fue estableciendo un creciente lazo que, con el transcurrir de las décadas, alcanzó uno de sus más firmes desarrollos, junto al movimiento europeo. El estudio de estas experiencias en el subcontinente ha progresado en el último cuarto de siglo, con la elaboración de algunas tesis de posgrado, la publicación de algunos libros y artículos y la realización de jornadas y eventos académicos, pero aún queda mucho trabajo pendiente.

El presente dossier pretende contribuir a la consolidación de este campo de estudios, en este caso específicamente centrado en sus avatares en los países del Cono Sur: Argentina, Brasil, Chile y Bolivia. Convocamos y recibimos una serie de trabajos de destacados especialistas en el tema, con el fin de reflexionar acerca del surgimiento y de los primeros desarrollos de la corriente opositora y trotskista, desde fines de la década de 1920 hasta comienzos de la de 1950. Este recorte en el cuarto de siglo inicial permite precisar y profundizar en las caracterís-

ticas comunes y diferenciales de la corriente en los distintos contextos nacionales dentro de esta región del mundo, propiciando una perspectiva relacional y comparativa, no solo en referencia al propio trotskismo sino también en cuanto a las distintas situaciones políticas, el movimiento obrero, las izquierdas, el Partido Comunista (PC) y los vínculos con la Oposición de Izquierda Internacional y la Cuarta Internacional.

En el primero de los artículos Hernán Camarero, a partir de una documentación anteriormente no revisada, analiza la emergencia y el desarrollo de la Oposición de Izquierda en Argentina desde 1929 hasta mediados de 1933, como parte de las discusiones que acaecieron dentro de un campo comunista marcado por la disputa con disidencias y en plena conversión al estalinismo. Ofrece un nuevo mapeo social, político e ideológico de los militantes, grupos, redes y discusiones que signaron este proceso, no solo a escala nacional, sino en sus vínculos transnacionales con España, Francia, Estados Unidos, Brasil y Alemania, a partir de las conexiones con diversos colectivos y el Secretariado Internacional provisorio de la Oposición de Izquierda Internacional.

En correlato con este mismo tiempo histórico, que supone ir a la búsqueda de las particularidades que tuvo el origen del trotskismo en la región durante los años 30, el caso de Chile siempre mostró especificidades a tener en cuenta. En su artículo, Andrey Schelchkov aborda este asunto, describiendo las disidencias acaecidas en el PC de ese país y el acercamiento por parte de determinados dirigentes (sobre todo, Manuel Hidalgo Plaza) a una particular identidad opositora-trotskista como un modo de resguardo ante la ruptura de dicho partido y sus posibles consecuencias. En este sentido, el autor nos presenta el surgimiento de esta corriente a partir de una experiencia doctrinariamente más ecléctica y alejada de los preceptos programáticos que serían comunes en otras latitudes.

Por su parte, uno de los ejemplos relevantes para comprender la dinámica de esta corriente en el continente se halla en la experiencia de Brasil. Con un fuerte sesgo historiográfico que da cuenta de forma pormenorizada sobre la producción en el tema, el artículo conjunto de Carlos Prado y Marcio Lauria Monteiro encara el derrotero de la Oposición de Izquierda y el trotskismo en este país desde sus primeras manifestaciones al interior del PC. Deteniéndose fundamentalmente en los años 30, pero brindando un panorama que se acerca hasta principios de la década del 70, los autores trazan un balance de aquellos grupos y experiencias existentes al compás del relevo de su respectivo abordaje histórico y de los reservorios documentales existentes para la profundización de esta problemática.

En sintonía con la preocupación por estos debates sostenidos dentro del trotskismo en los años 30 y 40, el artículo de Alicia Rojo retoma el

análisis de la dinámica de esta corriente en la Argentina, en especial, en dos de sus expresiones significativas de esa época: la Liga Obrera Revolucionaria y el Partido Obrero de la Revolución Socialista. Se adentra en las polémicas acaecidas alrededor de la denominada cuestión nacional con el consecuente análisis del carácter del imperialismo y el papel de las burguesías latinoamericanas en un contexto marcado por la Segunda Guerra Mundial y el avance estadounidense en la región.

Un último estudio de caso que se incluye en este dossier es el de Bolivia, un ejemplo fundamental para el estudio de esta tendencia a partir de la importante presencia que alcanzó en ciertos contextos históricos, sobre todo con la creación y extensión del Partido Obrero Revolucionario (POR) y sus Tesis de Pulacayo. Steven Sándor John describe los orígenes de esta organización, pero al mismo tiempo vincula su derrotero con la radicalización obrera (particularmente minera) de los años 40 y con el proceso revolucionario que vivió el país en 1952. Más allá de debates y divisiones, el autor da cuenta de la conformación de una identidad particular que excedió incluso el terreno de lo político para adentrarse también en esferas sociales y culturales muy profundas.

Este dossier pretende ser un acicate para una serie de futuros trabajos que aborden al trotskismo latinoamericano por fuera de visiones meramente testimoniales o como parte de narraciones autorreferenciales emanadas de las propias organizaciones. La ampliación del espacio geográfico en el que emergió esta corriente y su trayectoria a lo largo de las décadas siguientes a las tratadas en estos artículos son los ejes para continuar avanzando en exploraciones futuras. Ello forma parte de una agenda de investigación en la cual la revista *Archivos* y el CEHTI se proponen contribuir en próximos números, como parte de una historia integral, relacional y transnacional de las izquierdas y el movimiento obrero.

Hernán Camarero y Martín Mangiantini

Contra la corriente. La Oposición de Izquierda en Argentina, 1929-1933

Hernán Camarero

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas -
Universidad de Buenos Aires / Instituto Ravignani -
Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas
hernancamarero@conicet.gov.ar

Título: Against the Current: the Left Opposition in Argentina, 1929-1933

Resumen: El texto se dedica a la historia de la Oposición de Izquierda en la Argentina, desde sus orígenes hasta 1933, año en que se conformó como corriente política y organizativa separada de la Comintern. El autor examina esta experiencia en su propia especificidad y en cotejo con el devenir del campo comunista, antes de la constitución del trotskismo como espacio identitario. Lo hace a partir de fuentes primarias antes inexploradas.

Palabras clave: oposición de izquierda – comunismo – trotskismo

Abstract: The text is dedicated to the history of the Left Opposition in Argentina, from its origins until 1933, when it was formed as a political and organizational current separate from the Comintern. The author examines this experience in its own specificity and in relation to the evolution of the communism, before the constitution of Trotskyism as an identity. He does so on the basis of unexplored historical sources.

Keywords: left opposition – communism – trotskyism

Recepción: 2 de agosto de 2020. **Aceptación:** 25 de agosto de 2020

Argentina fue el primer país sudamericano en asistir al alumbramiento de la corriente dirigida por León Trotsky. Hacia 1929 apareció el germen local de la Oposición de Izquierda Internacional, que el revolucionario ruso impulsó tras su expulsión de la Unión Soviética. En sus recorridos iniciales en Buenos Aires, fue un movimiento diminuto en adherentes, con escasas incidencia social y articulación organizativa. No obstante, su propaganda colocó los cimientos de una tendencia ideológico-política que con el lento paso de las décadas devino en una de las identidades más importantes de las izquierdas.

No existen estudios acerca de la Oposición de Izquierda argentina como objeto específico, sino sobre la historia del trotskismo en general que refieren a esos momentos inaugurales (Coggiola, 1985; González, 1995; Tarcus, 1996; Rojo, 2012, entre otros). Me propongo afrontar una suerte de vacancia, que no expresa tanto una ausencia de descripciones, sino más bien un tipo de abordaje que no capturó plenamente la singularidad del fenómeno en cuestión. La distinción del problema radica en que la Oposición debe ser examinada no solo a la luz de la trayectoria global posterior del trotskismo y como asunto exclusivo de ese movimiento, en tanto fase inaugural de su desarrollo, sino también como parte antagónica de una experiencia más amplia: la del comunismo, embarcado en su proceso de estalinización.

No se trata sólo de hacer un ajuste de la lente, sino de restaurar la historicidad de los actores y sus contextos. La propia terminología debe adecuarse. El opositorismo de izquierda no se definía aún como “trotskista”, palabra que conllevaba una carga peyorativa, utilizada por el PC para deslegitimar a los “contrarrevolucionarios”. Hasta 1933 sus seguidores, los “bolcheviques leninistas”, se presentaban como fracción pública del comunismo, en querrela con su conducción. Exigían que la Internacional Comunista (IC o Comintern) y sus secciones reestablecieran la libertad de crítica y readmitieran a los expulsados, para sanear a esas organizaciones de su carácter burocratizado y una orientación “centrista” que colisionaba con la estrategia de los cuatro primeros congresos de la IC (Durand, 1988; Broué, 1988 y 1997; Marie, 2002; Rogovin, 2019; Deutscher, 2020).

Suelo emplear conceptos como tradición, identidad y cultura política, cuyos usos me resultaron útiles para pensar, por ejemplo, el fenómeno histórico del comunismo (Camarero, 2016). Aquí se impone el desafío de examinar un colectivo en ciernes, que expresaba una disputa con adversarios con quienes compartía o heredaba rasgos de su cultura política, discursividad y prácticas. Era un lábil espacio, difícil de retener bajo el tamiz de una identidad política ya totalmente constituida. De hecho, no hubo una tendencia unificada que emigrara del PC y diera vida a la nueva corriente, sino individuos o grupos diseminados en una

cartografía de vínculos dispersos. Y todo ello remite al PC “oficial” y a sus escisiones: los “frentistas” de 1922 (favorables a un tipo de aplicación del “frente único” de la IC, en base a un acuerdo con el Partido Socialista-PS, que según la dirección partidaria era una disolución en el socialismo), el PC Obrero “chispista” conformado en 1925 y el PC “penelonista” constituido en 1927. A lo cual deben sumarse militantes, intelectuales o “compañeros de ruta” menos encuadrados o de ubicaciones cambiantes, que orbitaron entre estas formaciones. Para nominar a este espacio ideológico-político, galvanizado en torno al modelo de la Revolución Rusa, aunque tensionado por confrontaciones internas, propongo el concepto de *campo comunista*. En este perímetro el opositorismo presentó su punto de diferenciación y encontró su cantera casi exclusiva de reclutamiento.

El opositorismo exhibió esta dinámica desagregada altercando con el aparato del PC argentino, el más consolidado del subcontinente. Buenos Aires ya se había convertido en la capital de la Comintern en América del Sur, sede de su secretariado regional y donde los ecos de Moscú se sentían de manera inmediata, con un alineamiento absoluto a las estructuras dirigentes de la IC, las cuales podían ejercer un control más directo. Fue distinto en Brasil y Chile, donde emergieron fracciones comunistas más vigorosas y muy asociadas a asuntos locales, que convergieron en la Oposición de Izquierda. La problemática internacional dominó la agenda de los grupos argentinos, encontrando allí el aspecto privilegiado para impugnar en términos ideológicos la orientación del PC. Los trazados reticulares que encuentro en el opositorismo se abren a una escala más amplia, con enlaces en Madrid, París, Berlín y Nueva York, lo cual habilita ciertos indicios para una historia global o transnacional de estas militancias.

¿Cuáles fueron los ejes de propaganda del opositorismo argentino? ¿Qué trayectorias y perfiles expresaron sus cuadros? ¿Cómo fueron los vínculos con el exterior y qué comparación puede trazarse con otros países? ¿Por qué tras su precoz aparición siguió la fragmentación y la dificultad para consolidarse como movimiento, ya antes de su identificación plena con el trotskismo, y cómo incidieron los propios rasgos del campo comunista? Estos y otros interrogantes me incitaron a diseñar la presente investigación. Examiné boletines, periódicos y volantes de la Oposición y del comunismo oficial y disidente, de Argentina y de otros países. A través del International Institute of Social History (IISH) de Ámsterdam consulté el archivo “León Trotsky/International Left Opposition”, que reproduce la colección “Leon Trotsky exile papers, 1929-1940” de Harvard College Library, lo cual me permitió acceder a toda la documentación interna de la Oposición argentina y las cartas entre sus militantes y con el Secretariado Internacional (SI) de la Oposición

con sede en París y Berlín. Otros informes del SI son del Archivo Estatal Ruso de Historia Político-Social, de Moscú (RGASPI, en ruso).¹ En la transcripción de todos los materiales opté por traducirlos al castellano desde su idioma original en francés, inglés y portugués.

La sombra de Trotsky irrumpe en la Comintern y en el PC argentino

Trotsky fue objeto de discusiones en el PC local desde mediados de la década del 20. El partido arrastraba una disputa interna en los años anteriores, donde un “ala izquierda” se enfrentaba a otros miembros gravitantes del Comité Ejecutivo (CE), como José F. Penelón, Victorio Codovilla y Rodolfo Ghioldi. En 1925 una “Carta Abierta” de la IC avaló a este último grupo de dirigentes, mientras instaba a homogeneizar al partido con la “bolchevización”, la depuración y la proletarización de sus filas (Camarero, 2007). La bolchevización procuraba una regimentación burocrática de las secciones de la IC, incrementando su rusificación, al incorporar las pautas organizacionales del “partido de Lenin” en la versión canónica ahora predicadas por la dirección del PC de la URSS y la IC. La depuración imponía concepciones monolíticas y hostiles a las expresiones de disidencia en el partido. Los proclives a esta orientación sellaron la derrota del ala izquierda en diciembre de 1925 en el agitado VII Congreso del PC argentino, donde fueron expulsados un centenar de militantes de este sector. Ya en esa época había comenzado el intento de quitar legitimidad a los “izquierdistas”, asociándolos a las posiciones o actitudes de Trotsky. Hacia octubre, Jean Jolles, un cuadro juvenil del comunismo holandés, incorporado al partido argentino, señalaba que los disidentes eran portadores de una “mentalidad trotskista” opuesta al leninismo y que debía separárselos del partido.²

Los expulsados conformaron el Partido Comunista Obrero (PCO) y fueron referenciados por el quincenario *La Chispa*, que editaron entre 1926 y 1929. Entre los “chispistas” descollaba la dirigente docente Angélica Mendoza, miembro del Comité Central (CC) del PC desde 1920 y directora de aquel periódico. El PC oficial quiso asociar la figura del fundador del Ejército Rojo a los chispistas. Sin embargo, estos lo negaron y argumentaron que los dirigentes del PC habían “utilizado constantemente el problema del trotskismo como un arma política” para desprestigiar a las disidencias.³ De hecho, el PCO buscó infructuosamente el

1. Del IISH, Archivo 1483, Inventarios 1180 a 1191; del RGASPI, Fondo 552, Legajo 1, Expedientes 2 y 3.

2. Jean Jolles, “Trotskismo y Leninismo en el Partido Comunista de la Argentina”, *La Internacional*, 2 de octubre de 1925.

3. “Dónde están los trotskistas en nuestro país”, *La Chispa*, 9 de junio de 1928.

reconocimiento de Moscú y proclamó su adhesión a la IC, sin cuestionar a Stalin. Tras la disolución del pequeño partido, hacia 1930, varios de sus seguidores abandonaron la actividad política, otros retornaron al PC y el resto desarrolló otras militancias. Y hubo chispistas que adoptaron el trotskismo en los años 30, como el obrero de la madera Mateo Fossa y el grupo editor de la revista universitaria marxista libertaria *Insurrexit*, quienes en 1923 habían ingresado al PC: el intelectual Héctor Raurich, José Paniale, Hipólito Etchebéhère y Micaela Feldman.⁴

Ya desde fines de 1926 el PC argentino se había pronunciado acerca del “gran debate” en la URSS, condenando a los adeptos a la “revolución permanente” y ubicándose con las posiciones de la mayoría dirigente de Moscú (encabezada, sobre todo, por Stalin y Bujarin), propugnadora del “socialismo en un solo país”.⁵ El término “trotskista” comenzó a usarse como algo desdeñoso, sinónimo de los divergentes, contrarios al proceso de bolchevización y centralización del aparato partidario. Cuando se produjo la siguiente crisis interna del PC, la de 1927, que derivó en la ruptura de la tendencia de Penelón, el grupo dirigente de Codovilla y Ghioldi, desde ese entonces ya convertido en el sector confiable del centro moscovita, también quiso encontrar allí el espectro de Trotsky. El dirigente gráfico y sus seguidores lo negaron enfáticamente, tal como se observa en el extenso informe que presentaron en ese entonces a la IC (Jeifets y Schelchkov, 2018, p. 540).

Todo esto ocurría en el fragor de las disputas en las que Trotsky estaba involucrado, ya excluido del PC soviético hacia fines de 1927. Había intentado llevar las discusiones al seno de la IC respecto de la estrategia aplicada en China, cuestionando la subordinación al nacionalismo burgués del Kuomintang de Chiang Kai-Shek. Desde su destierro interno en Almá-Atá, la lejana capital de Kazajistán a donde fue enviado en enero de 1928, Trotsky desarrolló una impugnación global a la orientación del VI Congreso de la Comintern, reunido a mediados de ese año. Fue el cónclave en el cual se impulsó el viraje ultraizquierdista y sectario del “tercer período” o de “clase contra clase”, que acabó obstaculizando la posibilidad del frente único proletario, con la presunción de que primaba la radicalización de las masas y la alternativa planteada era la de “fascismo versus comunismo”.

4. En 1947, el *Esbozo de Historia del Partido Comunista de la Argentina* etiquetó así a los chispistas: “banda de criminales, provocadores y enemigos del comunismo y de la clase obrera”, “aventureros trotskistas”, quienes “defendieron, primero encubierta y después desembozadamente, al trotskismo”.

5. “Resolución del Comité Central del Partido Comunista de la Argentina sobre las discusiones en el seno del Partido Comunista de la Unión Soviética”, *La Internacional*, 25 de diciembre de 1926.

Desde principios de 1929 Trotsky quedó exiliado en la isla turca de Prinkipo. La Oposición fue decapitada en la URSS, aunque miles de sus militantes pudieron resistir, entre la clandestinidad y el encarcelamiento, antes de conocer el exterminio. Pero la disidencia se extendió en varios países, dando vida a la Oposición de Izquierda Internacional. En Francia existía el núcleo de Maurice Paz, editor del periódico *Contre le courant*, y la tendencia de Alfred Rosmer, Raymond Molinier, Pierre Frank y Pierre Naville, que desde agosto de 1929 publicaron el semanario *La Vérité* y en abril de 1930 fundaron la Liga Comunista. Los opositores se unificaron en Alemania, con el periódico *Der Kommunist*. También en Estados Unidos, bajo el impulso de dos miembros del CC del PC, James Cannon y Max Shachtman, junto a la adhesión del escritor Max Eastman (quien había dado a conocer el “testamento” redactado por Lenin en 1922-1923, con fuertes acusaciones contra Stalin). Desde fines de 1928 en Nueva York comenzó a publicarse *The Militant*, el órgano de la Communist League of America (Opposition). En Italia, Pietro Tresso conformó un espacio junto a otros miembros de la dirección del PC. Y especialmente relevante fueron los casos de España y Grecia, y en cierta medida también los de Holanda, Bélgica, Checoslovaquia y Canadá. En Asia se destacó la tendencia formada dentro del PC chino. Fue en estos años cuando el opositores emergió en América Latina, en Argentina, México y Brasil.

No fue fácil la coordinación de estos grupos. La recomendación del propio Trotsky fue que, donde se pudiera, los grupos permanecieran en cada partido comunista sin ser expulsados, conformando alas de impugnación a la “burocracia centrista”. A pesar de sus grandes avances y extensión mundial, el opositores era un movimiento pequeño y con sus discordias. Sus márgenes de actuación estaban limitados por el aislamiento y su condición de excluidos dentro del campo comunista. La persecución a la que fueron sometidos por los partidos de la IC fue implacable. Así lo fue en Argentina. Ya desde febrero de 1929 el partido de Codovilla sostenía, lapidariamente: el “trotskismo” no era más que una “fuerza contrarrevolucionaria”.⁶

Un Comité de la Oposición en Buenos Aires: el papel de Robert Guinney

La Oposición de Izquierda surgió formalmente en Argentina en 1929, con el Comité Comunista de Oposición (CCO). Se debió a la iniciativa de Robert Guinney, un militante de peculiar trayectoria, en parte desconocida hasta ahora. Nacido en Londres en 1868, transcurrió su infancia y

6. “El trotskismo es una fuerza contrarrevolucionaria”, *La Internacional*, 23 de febrero de 1929.

adolescencia en San Petersburgo, y luego viajó por muchos países, con la oportunidad de conocer a figuras como Kropotkin, Kautsky y Rosa Luxemburgo. Trabajaba como marino mercante cuando, al recalar en Lima, se encontró con el estallido de una huelga, la cual decidió apoyar, abandonando su actividad. Luego vivió en Bolivia, donde tuvo a su hijo Manuel, alternando estadias en Paraguay, Chile y Brasil. Finalmente, se estableció en Buenos Aires a comienzos de los años 20.⁷

Guinney ingresó al PC en 1923, organizando una agrupación idiomática en su seno, la ruso-ucraniana. También su hijo Manuel comenzó a militar allí.⁸ Hacia 1927 ambos se encolumnaron con el concejal Penelón y muchos cuadros obreros de la Capital Federal, con los cuales luego se conformó el PCRA (PC de la República Argentina). Los Guinney firmaron el “Manifiesto a todas las agrupaciones y afiliados del Partido Comunista”, que antecedió a la creación del PCRA.⁹ Ya en este partido, R. Guinney en 1928 fue administrador de su periódico *Adelante*. El penelonismo impugnó al resto de la dirección del PC, reclamando mayor autonomía de las directivas cominternianas y señalando que había una incomprensión de la lucha por las reivindicaciones laborales inmediatas y un giro hacia el propagandismo del programa máximo por parte de Codovilla y Ghioldi. Con el sectarismo del “tercer período” en la prensa y en los documentos del PC se etiquetó al PCRA como “oportunista derechista y parlamentarista”, sin descartar el epíteto de “trotskista”.

Junto a los Guinney, otro que rubricó el manifiesto penelonista fue el inmigrante español Camilo López, quien integró la comisión sindical del nuevo partido.¹⁰ Dentro del PCRA, estos tres hombres fueron quienes se acercaron a las ideas de la Oposición ya desde fines de 1928. R. Guinney había tenido contacto epistolar con el norteamericano Cannon, quien en el VI Congreso de la IC conoció las críticas de Trotsky y pudo difundirlas fuera de la URSS. También con los franceses, interesados en auscultar la situación de Buenos Aires. Una nota suya de septiembre de 1929 apareció en *La Vérité*, donde aún reivindicaba a Penelón:

7. Referencias a R. Guinney se hicieron en Coggiola (1985) y Tarcus (2007), con ciertos errores. Según este último Guinney nació en Australia. Su familia (consulta: agosto de 2019) me aseguró su nacimiento en Londres.

8. Un equívoco fue identificar a ambos Guinney como hermanos, como hizo Broué (1982).

9. El manifiesto y sus adherentes, en Corbière (1984, pp. 157-175).

10. López era un sindicalista revolucionario en el gremio ebanista desde 1917, luego dirigente del Sindicato Obrero de la Industria del Mueble. En 1925, junto a miembros de esa corriente en la madera (como Luis V. Sommi y Aurelio A. Hernández), había ingresado al PC. Ver “Hacia Moscú”, *La Internacional*, 16 de junio de 1925.

“el mejor militante de toda Sudamérica”.¹¹ Pero la confrontación con el penelonismo fue inevitable. Desde septiembre los Guinney y López enviaron artículos al periódico *Adelante* acerca de la Oposición, a los cuales se les negó su publicación.¹² Hacia noviembre intentaron hacer una reunión de discusión en el PCRA para abordar el asunto, que fue prohibida por el CE.¹³ El grupo tomó la decisión de constituirse por fuera del PCRA cuando se le impidió discutir el tema en un congreso e incluso en sus locales barriales. A los tres militantes originales se les sumaron algunos más de ese partido.

Los editores de *The Militant* saludaron entusiastamente al “primer grupo sudamericano de la Oposición” y proyectaban: “Pronto se mostrará que el paso dado por nuestros compañeros en la Argentina se repetirá en todos los demás países de América Latina”.¹⁴ En un conciso manifiesto, el CCO explicó las razones de su existencia. El texto evidencia el insuficiente conocimiento que aún tenían sobre la Oposición, pues todavía se enaltecía a Zinóviev, Kamenev y Bujarin. El eje era la impugnación a Stalin: “La muerte prematura de Lenin permitió a la fracción estaliniana, que ya en vida de aquel se estaba perfilando y organizando, para poder implantar la dictadura”.¹⁵ El manifiesto denunciaba la bolchevización, cuyo resultado era que “en nombre de Lenin se está infiltrando y corrompiendo la dirección de casi todos los partidos comunistas con elementos arribistas”. El CCO reclamaba que “cesen las persecuciones a los hombres de izquierda del comunismo”.

Al mismo tiempo, R. Guinney intentó tener un trato directo con Trotsky en Turquía, enviándole el 20 de enero de 1930 una carta, donde anunciaba sus propósitos; el 17 de noviembre del año anterior le había mandado otra con el mismo fin al hijo de aquel, León Sedov, organizador clave de la corriente.¹⁶ Las noticias sobre el CCO y su manifiesto despertaron expectativas en París, donde se preparaba la edición de un Boletín y la primera conferencia del opositorismo internacional, celebrada en abril, donde se conformó un SI Provisorio. Contar con representaciones

11. R. Guinney, “Les ravages du stalinisme dans l’Internationale Communiste. Argentine”, *La Vérité*, 11 de octubre de 1929.

12. M. Guinney, “Mordaza, centrismo, oportunismo y mala organización”, *La Verdad*, junio 1930.

13. R. Guinney, “Opposition Group Formed in Argentina!”, *The Militant*, 21 de diciembre de 1929.

14. Editor, “Opposition Group Formed in Argentina!”, *The Militant*, 21 de diciembre de 1929. La transcripción de Alexander (1973) tiene errores y equivocadamente Coggiola (1985) y Tarcus (2007) la citan como de diciembre de 1930.

15. CCO, “Manifiesto del Comité Comunista de Oposición”, enero de 1930.

16. Ambas cartas en “Leon Trotsky exile papers, 1929-1940” (cajas 8 y 44).

latinoamericanas podía significar una ampliación simbólica para una tendencia con eje central en el Viejo Continente y Estados Unidos. En marzo llegó desde Francia una carta para Guinney: se le solicitaba al grupo el pronto envío de un texto sobre los orígenes, las formas de organización y la “plataforma nacional”.¹⁷ En Europa parecía no advertirse la pequeñez y fragilidad del núcleo local, incapacitado de redactar textos de tal alcance. En cualquier caso, en su informe tras la conferencia mundial, Shachtman señaló a la Argentina y a México como los únicos países latinoamericanos donde había grupos adherentes, aunque no hubiesen podido enviar delegados.¹⁸

En marzo de 1930 el CCO comenzó a editar el órgano de prensa *La Verdad*, de sólo cuatro páginas. El nombre referenciaba la tradición leninista y trotskista. *Pravda* (“La Verdad”, en ruso) era el periódico creado en la Revolución de 1905 y relanzado luego por Trotsky en Viena, para convertirse desde 1912 en el diario bolchevique dirigido por Lenin en San Petersburgo. *La Vérité* era el gran semanario opositor fuera de la URSS. Como en casi todos los periódicos opositores, el primer número de *La Verdad* publicó el “testamento” de Lenin, apenas conocido en español. Su principal contenido, referido a la situación de la IC, era de R. Guinney. El segundo número, de junio, respondía los ataques del PC, desmintiendo que se quisiera crear un “cuarto Partido Comunista”. Incluso, se especulaba con la eventual transitoriedad de la izquierda comunista: “Si León Trotsky entrase o pudiese entrar de nuevo en Rusia a trabajar en el gobierno soviético y en la IC con Stalin o sin Stalin, creemos que toda la oposición dejaría de serlo”.¹⁹ El periódico elegía embestir contra la “camarilla de Stalin”, el “ala derecha del comunismo”, localmente conducida por los cominternianos Ghioldi y Codovilla, los “vividores profesionales”.²⁰ Reproducían el informe de Shachtman sobre la conferencia de París, con su mensaje regeneracionista: “Estamos reuniendo las bases más importantes de nuestra –la tercera– Internacional [...] contra los ataques feroces y desleales de los usurpadores stalinianos”.²¹

La Verdad tenía una impronta poco específica a la realidad argentina. Casi no se aludía al contexto social o político, signado por la crisis económica que sacudía al gobierno de Hipólito Yrigoyen, y cuando lo hacía

17. “A R. Guinney”, París, 15 de marzo de 1930.

18. M. Shachtman, “The International Conference of the Left Opposition”, *The Militant*, 3 de mayo de 1930.

19. “La Oposición Comunista en la Argentina”, *La Verdad*, junio de 1930.

20. “Cómo asesinó Stalin a Blumkin” y “Notas”, *La Verdad*, junio de 1930.

21. “La Conferencia Internacional de la Oposición de Izquierda”, *La Verdad*, junio de 1930.

era para impugnar las políticas del comunismo “oficial”, definidas como “traidoras”, reformistas y sectarias. Para el CCO el Comité de Unidad Sindical Clasista (CUSC) impulsado por el PC era contrario al frente único, arrollando la voluntad de las bases, al decretar las huelgas por su propia decisión. López lo ejemplificaba en el caso de los obreros de la madera, alertando que el CUSC era el responsable de haber lanzado el violento conflicto de mayo-junio sin asambleas representativas y democráticas.²²

Hacia la segunda mitad de 1930, el CCO preparaba un salto en su actividad, apostando a un nuevo nombre, menos precario: Izquierda Comunista Argentina (ICA), siempre como fracción pública del PC. El grupo, con altibajos, reunía una decena de militantes. Algunos de ellos provenían de la agrupación judía del PC. Como era tradición en la IC y sus secciones, el opositorismo también promovió la formación de “grupos idiomáticos” entre los obreros extranjeros. Desde 1930 hubo periódicos en idish en los grupos de Francia (*Clarté*) y de Estados Unidos (*Klorkeit*). Un informe de los archivos del SI indica que el grupo judío de la ICA contó con un puñado de adherentes, organizados por Dvorin, Jakob Ostrowski (de la redacción de *Die Presse*) y Abram Morus.²³ Intentaron mantener una publicación, *Kommunist Tribune*, que no pudo sostenerse en el tiempo.

La Verdad debía salir en septiembre de 1930. Pero la realidad política viró dramáticamente con el triunfo del golpe militar del general José F. Uriburu. Con la dictadura y el estado de sitio, el activismo obrero combativo y la izquierda revolucionaria fueron sometidos a altos niveles de persecución, encarcelamientos y tortura, bajo la Sección de Orden Social de la Policía de la Capital y con la posterior creación de la Sección Especial de Represión contra el Comunismo. Carente de todo sostén material, la ICA tuvo nulos márgenes de vida, sin poder editar más su periódico ni realizar propaganda pública.

Las redes internacionales

Un punto de apoyo del núcleo argentino fue la legitimidad que la Oposición internacional le concedió como una de sus primeras secciones en el subcontinente. A la aparición del periódico argentino se le otorgó amplia difusión. *La Vérité* lo anunció en mayo de 1930, mientras que los norteamericanos le dieron trascendencia inmediata en la tapa de *The Militant*, destacando la importancia de contar con un vocero en

22. C. López, “Divisionismos infames”, *La Verdad*, junio de 1930. Sobre esa huelga de la madera, Camarero (2007, pp. 148-153).

23. “Einige Ausführungen des genossen Jakoby Lew”, 1 de noviembre de 1931.

castellano, que podría llegar a toda la región.²⁴ En esta experiencia de vínculos transnacionales, el conocimiento de idiomas cumplió su papel: Guinney, además del castellano, dominaba el inglés, el francés y el ruso. Hacia fines de 1929 el CCO reconocía que no disponía de órganos de prensa en español, sino sólo algunos textos de Trotsky; en cambio, habían recibido la prensa en otros cuatro idiomas: *The Militant* (en inglés), *La Verité* y *Contre le courant* (en francés), *The Bulletin of the Opposition* (en ruso) y *Volkswille* (en alemán).²⁵ Para asegurar los iniciales circuitos de información y abastecimiento de recursos propagandísticos, los intercambios con Estados Unidos y Francia fueron decisivos.

También se confió mucho en el flujo epistolar. Además de las cartas de Guinney, otro militante, Pedro Manulis, entre julio de 1929 y fines de 1930 mandó una veintena de cartas a Trotsky, y hasta 1932 lo hizo con sus secretarios y colaboradores Maria Ilinishna Pevsner y Jean Meichler.²⁶ Esto también operó como un aval hacia el grupo porteño. Cuando en agosto de 1930 se editó el *Bulletin International de l'Opposition communiste de gauche*, el CCO de Argentina fue una de las catorce secciones nacionales reconocidas (con la dirección de su local público en Entre Ríos 1562) que adherían a la conferencia de la organización internacional, junto a las de la URSS, Alemania, Austria, Bélgica, Brasil, España, Estados Unidos, Francia, Grecia, Hungría, Italia, México y Checoslovaquia.²⁷ Ese lugar alcanzado por el grupo se facilitaba por el perfil cosmopolita mediante el cual se identificaba al país y su amplia disposición idiomática. El desempeño de R. Guinney fue valorado:

Fue Roberto Guinney [sic] el primer opositor de izquierda que consiguió ponerse en contacto con el grupo opositor de Francia y los redactores de su revista *Contre le courant*, quienes, a la vez nos pusieron en relación con el grupo español en Bélgica y su principal propagandista, Camarada Henri Lacroix. Poco después estábamos relacionados con casi todas las seccionales de la Izq. Com. Internacional.²⁸

24. "Opposition Paper Published in the Argentine", *The Militant*, 12 de abril de 1930.

25. R. Guinney, "Opposition Group Formed in Argentina!", *The Militant*, 21 de diciembre de 1929.

26. En un posterior mensaje a Naville, Manulis confirmó que su contacto con la Oposición databa de mediados de 1929: Manulis, "A Naville", 6 de julio de 1933.

27. "Aux prolétaires du monde!", *Bulletin International de l'Opposition Communiste de gauche*, agosto de 1930.

28. C.L. García, "En memoria de Roberto Guinney [sic]", *Boletín de la Oposición (ICA)*, 1 de mayo de 1933.

Esta referencia permite presentar otra vía de intercambio: con los españoles. “Henri Lacroix” era el apodo del vasco Francisco García Lavid, organizador de los emigrados españoles en los PC de Luxemburgo y Bélgica, ya en vínculo con *La Verité*. Tras la caída de la dictadura de Primo de Rivera en enero de 1930, los exiliados regresaron al territorio ibérico y constituyeron el Comité de la Oposición Comunista. Primero editaron el periódico *Contra la Corriente*, y desde mayo de 1931, un mes después del fin de la monarquía, comenzaron a publicar en Barcelona la revista teórica *Comunismo* y gran cantidad de folletos y libros. Así surgió la Oposición Comunista de España (OCE), con García Lavid como secretario general desde Madrid, junto a dirigentes como Juan Andrade, y Andreu Nin en Barcelona. En marzo de 1932 se convirtió en Izquierda Comunista Española (ICE) (Pagès, 1977). El CCO y la ICA promovieron la suscripción a *Contra la Corriente*, y uno de sus militantes, Camilo López, publicó en *Comunismo* un artículo sobre la situación en el país tras el golpe de Uriburu y el lugar de la izquierda en ese proceso.²⁹ El opositorismo español fue seguido con interés en Buenos Aires y operó como proveedor de boletines de información, revistas y libros (en especial, los de Trotsky). Otra contribución de la ICE fue el “Boletín Hispanoamericano” (julio-septiembre de 1933), con el que se informaba la marcha de la corriente en América del Sur. España también debe ser apuntada en el proceso originario del opositorismo local como el lugar donde se reclutó a H. Raurich y Antonio Gallo.

Por otra parte, estaba Brasil. A fines de 1929 se fundó en Río de Janeiro el Grupo Comunista Lenine (GCL), que desde mayo de 1930 editó el periódico *A Luta de Classe*, con Mário Pedrosa, Lívio Xavier y Rodolpho Coutinho como sus figuras destacadas. En enero de 1931, ya con eje en São Paulo, el grupo adoptó el nombre de Liga Comunista (Oposição). Los brasileños mostraron interés por conocer el movimiento argentino. En su estadía previa en Europa, Pedrosa fue animado en ese sentido por Naville. En una carta de mayo de 1928 el brasileño informó que había escuchado del francés que “en Buenos Aires se formó un grupo opositorista”, lo cual era errado. Probablemente se refería al penelonismo, hipótesis que cobra sentido con la carta de agosto, que planteaba la necesidad de “escribirle a Penelón” para tener información. Todavía en abril de 1929 se advierte la preocupación de Pedrosa desde París por tomar contacto con la “oposición de Buenos Aires”.³⁰ Finalmente, fue en julio de 1930 cuando los brasileños pudieron informar sobre el

29. C. López, “La situación política y el comunismo en la Argentina”, *Comunismo*, diciembre de 1931.

30. M. Pedrosa, “A Lívio Xavier”, cartas del 14 de mayo de 1928, 22-24 de agosto de 1928 y 6 de abril de 1929. En Marques Neto (1993, pp. 288-313).

nacimiento del CCO en la Argentina.³¹ Por otra parte, Aristides Lobo tuvo un largo exilio en Buenos Aires en 1930, en discusiones con Luiz Carlos Prestes. Durante la fundación de la Liga Comunista brasileña, del 21-22 de enero de 1931, donde Lobo fue elegido como su Secretario General, fue debatida una “carta de Buenos Aires”. En esa misiva la ICA se quejó por no haberse podido reunir con Lobo en la capital porteña y se evaluó la posibilidad de colaboración entre ambos grupos (Marques Neto, 1993, p. 172).

Para la ICA la sección brasileña podía despertar cierta admiración. Sin ser muy numerosa, poseía inserción en el movimiento obrero, intelectuales académicos con capacidad teórica, cuadros políticos formados e incidencia en el escenario nacional. Junto al peculiar caso chileno, en Brasil fue donde el opositorismo adquirió más peso en Sudamérica en estos años. Ello reflejaba, a diferencia de Argentina, la existencia de una tendencia consolidada y más homogénea, que denunció un curso burocrático y oportunista en el Partido Comunista do Brasil (PCB). El grupo de Pedrosa, Xavier y Coutinho pudo haber significado una alternativa de relevo a la dirección del PCB de Astrojildo Pereira y Octávio Brandão. Era una amenaza impensable para el escenario local, pues el dominio de Codovilla, Ghioldi o Penelón, con todos sus “apparátchik”, estaba mucho más asegurado.

La ICA y la Liga Comunista: Gallo, Milesi y Siburu en el fracaso de los intentos de unificación

Hacia 1932 la ICA subsistía como colectivo, en el arduo contexto socio-político que exhibía Argentina, pero con escaso dinamismo, sin volver a editar *La Verdad*, ni realizar labores de propaganda y de organización sindical destacados, ni progresar en elaboraciones programáticas. Eso se puso en evidencia en junio. Desde Berlín el SI les escribió a las direcciones de sus tres secciones latinoamericanas comunicándoles que Trotsky iba a estudiar la región y solicitaba el envío de informes y estadísticas sobre la situación económico-social y del movimiento obrero de esos países.³² La ICA apenas estuvo en condiciones de cumplir con el pedido. Pero el campo comunista seguía en disputa, brindando oportunidades, pues los planteos de Trotsky lograban ingresar en el PC, ganando adhesiones dispersas.

La centrifugación del opositorismo incluso se evidenció geográficamente. En Rosario estaba David A. Siburu, un dirigente estudiantil

31. “Na Argentina”, *A Luta de Classe*, julio de 1930. Citado en Prado (2019, p. 210).

32. SI, “À la direction de l’Opposition du Brésil, Argentine, Mexique”, 20 de junio de 1932.

del PC en la Universidad Nacional del Litoral, graduado de agrimensor en 1925, luego proyectado como promisorio cuadro partidario. En la Primera Conferencia Antiimperialista Nacional de mayo-junio de 1929, había sido delegado por Rosario y uno de los secretarios en el evento, junto a Héctor P. Agosti. La escasa bibliografía que mencionó a Siburu lo ubicó en las filas del trotskismo a partir de fines de 1933, en general, como subsidiario del grupo de Gallo. En verdad, Siburu adhirió a las ideas opositoristas y congregó algunos militantes por lo menos desde 1931, antes de la entrada en escena de Gallo. Y lo hizo sosteniendo nuevas definiciones sobre el carácter de la revolución y de la estructura socioeconómica del país. Esto se sabe por las propias referencias del PC. *La Internacional* vilipendia al trotskismo, cuya primera expresión “surgió del penelonomismo”.³³ Sin duda, una indicación al grupo Guinney. Luego señalaba: “Pequeños burgueses expulsados del PC por liquidacionistas –con el pretexto del frente único pretendían en 1922 disolver el PC en las filas socialistas– intentan resucitar, esta vez con la máscara trotskista”, una probable insinuación sobre el exfrentista Pedro Milesi. Se disparaba hacia España, donde estaba el “grupo Nin, ligado a pequeños burgueses rosarinos y algunos porteños”, mientras en Argentina, “algunos «izquierdistas» del P. Socialista se declaran trotskistas”. Era entonces donde el PC encontraba otro foco en Santa Fe, con “el aporte de Siburu al trotskismo” y su “teoría sobre la particularidad del Estado argentino”, según la cual “la burguesía nacional no sólo no cae bajo la influencia del imperialismo, sino que lo vence y desaloja”. Según esta visión, Siburu impugnaba la perspectiva canónica del PC sobre la estructura socioeconómica argentina “semicolonial”, el supuesto rol de la burguesía nacional y la estrategia de “revolución por etapas”. Las condenas al “teórico del trotskismo argentino” siguieron con una resolución interna de marzo de 1932, donde el PC definió con más elocuencia al grupo de Siburu: “la podredumbre ultraderechista de la ideología trotskista”; “vanguardia de la contrarrevolución” que “deviene rápidamente nacional fascismo” (Jeifets y Schelchkov, 2018, p. 568).

El otro colectivo que se sumó al espacio fue el de Raurich y Gallo. El primero, nacido en 1903, era un abogado de la UBA, con inclinaciones hacia el estudio de la filosofía que, tras su experiencia en el chispismo, se hallaba en Madrid hacia 1931. En vínculo con la OCE, construyó una relación política con Gallo, un joven estudiante diez años menor que él, con una muy precoz militancia en la juventud del PS, por la cual había caído preso tras el golpe de 1930 y luego había viajado a la península ibérica junto a una delegación socialista. Ya había escrito algunos artículos en *La Vanguardia* y *Claridad*, interesado por la obra

33. “El trotskismo contra...”, *La Internacional*, 7 de enero de 1932.

de Mariátegui. Ambos se asumieron opositores en esa estada, regresando a la Argentina en septiembre de 1931, con el compromiso de conectarse con la ICA, según las indicaciones de Andrade. Al disponerse de los materiales intercambiados entre ellos y con el SI, hoy pueden saberse los detalles de este fallido intento de unificación. Desde fines de ese año Gallo y Raurich reunieron simpatizantes, sin contacto con la ICA, difundiendo “la literatura opositora en Buenos Aires”.³⁴ El manejo práctico quedó a cargo de Gallo (en las cartas, “A. Torres”), en tanto Raurich era el “referente teórico”. Inicialmente, ambos participaron del proyecto de una revista junto a exchispistas (como A. Mendoza) y otros intelectuales independientes o cercanos al PC.³⁵ La publicación, *Actualidad (económica, política, social)*, nació en abril de 1932 bajo la dirección de Elías Castelnuovo. Pero Gallo y Raurich la abandonaron rápidamente, mientras la revista quedó controlada por el partido de Codovilla.

Desde abril de 1932 se discutió la unión con el sector de Guinney y López. Había una brecha social y generacional entre Guinney y el joven Gallo. La ICA reunía a trabajadores, Gallo y Raurich congregaban a estudiantes y profesionales. Se formó una comisión de siete miembros (tres de la ICA y cuatro de Gallo), que tenía “la misión de estudiar el programa que debía servir de base”, pero hacia mayo se comprobó su incapacidad para avanzar.³⁶ López les comunicó a los relacionados “con nuestros camaradas de España” (nótese el modo de referirse a ellos), que la ICA daba por “terminados” esos encuentros.³⁷ La unificación se discutía en Buenos Aires, monitoreada en Madrid por la OCE y en Berlín por el SI. Guinney respondía en septiembre a Lacroix: los fundadores de la ICA eran los únicos representantes de la Oposición, “desde 1928”, mientras que del “grupo intelectual” Gallo-Raurich sólo habían recibido palabras “de desprecio”.³⁸ Guinney ratificaba lo mismo ante el SI: la pérdida de confianza en aquellos militantes advenedizos.³⁹ La respuesta del SI sintetiza su estrategia con la sección argentina y con todas las otras, procurando que los grupos se galvanizaran en la acción práctica mientras avanzaban en lo programático:

34. Gallo, “A los camaradas del grupo Maciel”, 3 de enero de 1933.

35. Es incorrecto lo afirmado sobre Angélica Mendoza en Tarcus (2007: 416): en verdad, ella no integró la ICA y/o el grupo de Gallo en ese período.

36. Gallo, “A los compañeros C. López y Guinei [sic]”, 1 de junio de 1932.

37. C. López (CC de ICA): “Al camarada Torres (A. Gallo)”, 12 de junio de 1932.

38. R. Guinney “A la Oposición de Izquierda en España”, septiembre de 1932.

39. R. Guinney “To International Secretariat Left Opposition”, 15 de septiembre de 1932.

...luego de los documentos que hemos recibido, concluimos que no existen diferencias de principios y de fondo. Ciertamente, la elaboración de una plataforma política es un trabajo imprescindible y necesario. Pero este trabajo debe combinarse con el trabajo en los otros dominios (el trabajo práctico de cada día, publicaciones, etc.).⁴⁰

Lacroix ratificaba: “no hay diferencias políticas entre los dos grupos”,⁴¹ en una carta donde reproducía mensajes de Guinney y Gallo. Guinney allí reivindicaba haber organizado “catorce sacrificados militantes obreros”, dispuestos a reiniciar la agitación. Gallo se quejaba de la indiferencia que había merecido su grupo de siete militantes, a quienes se tildaba de “intelectuales pequeñoburgueses”. En la visión de este último debían establecerse tesis y un programa adecuado antes de salir a la palestra, pero el problema era que la ICA era una “nulidad completa”, incapacitada de hacer análisis marxistas de la realidad.

Finalmente, Gallo y Raurich conformaron su propio grupo: la Liga Comunista. Seguían apostando al vínculo con la ICE, comenzando a enviar notas a *Comunismo*. Entre los militantes de ese primer período se destacaban el exchispista Paniale y una joven odontóloga de familia rusa, Mercedes Bacal (“Juana Palma”), que traía una militancia en el PC, del cual había sido expulsada en 1929 por posiciones izquierdistas. Era una de las pocas mujeres de militancia activa, lo cual apenas compensaba el perfil de un oposicionismo hegemónico por hombres.

Mientras, la ICA conoció un vuelco inesperado, con el ingreso de una camada de militantes liderados por Pedro Milesi (“Maciel” o “Eduardo Islas”), quien luego cumplió un papel destacado en el trotskismo. Nacido en Buenos Aires en 1886, tras un recorrido en el anarquismo y el PS, en 1921 ingresó al PC, ya como trabajador municipal. Un año después fue parte de los “frentistas” expulsados (como Luis Koiffman, otro futuro trotskista). Concentrado en la actividad gremial, fue dirigente de la Asociación de Trabajadores de la Comuna. Tras el golpe de 1930 reingresó en el PC, pero pronto se acercó a las posiciones de Trotsky y a mediados de 1932 fue otra vez echado del partido, junto a otros camaradas, con los cuales habían llegado “al convencimiento de la justeza de las críticas y programas de la Op. Com. de Izq. Intern.”, como él informaba al SI.⁴²

Milesi y otros militantes que venían de adentro y de afuera del PC (Gallegos, Sauri y otros) se encontraron ante un espacio dividido entre

40. SI, “A R. Guinney”, 29 de octubre de 1932.

41. H. Lacroix, “Au Secretariat International de l’Opposition Communiste de Gauche”, fines de 1932.

42. Milesi, “Al SI”, enero de 1933.

la ICA y la Liga Comunista. En noviembre, Milesi propuso hacer una asamblea de unificación de los tres colectivos, instando a redactar un orden del día. Gallo se opuso: la reunión debía “realizarse sin ninguna previa imposición”.⁴³ Tras ello, en diciembre Milesi avanzó con una convocatoria a una asamblea para discutir una declaración de principios y el reglamento de una nueva organización, y elegir su dirección.⁴⁴ Para la Liga no podía hacerse todo eso sin un “programa marxista aplicado a la realidad nacional”.⁴⁵ Por fin, Milesi aceptó la imposibilidad del acuerdo y agregó otro elemento: que la unidad debía ser de “grupos de base, no sólo de la Capital, sino de todo el país”, para marchar a un reagrupamiento nacional de todos ellos.⁴⁶ Surgían simpatizantes en otras regiones, el caso de Rosario era el más claro.

La unificación de los núcleos de Milesi y Guinney-López se efectivizó en una asamblea del 28 de enero de 1933. La ICA aceptó el ingreso de los nuevos, que acabaron teniendo superioridad numérica frente al equipo fundador de la organización. Milesi fue elegido allí como nuevo secretario general de la ICA y con sus adherentes (Raúl Lex, Vasco Vázquez, Rogelio D’Amico y otros), pasó a controlarla. La disposición de Milesi para convertirse en el nuevo eje de dirección del grupo era clara, a lo cual debía sumarse su experiencia sindical y política. Si bien C. López fue nombrado para el CC, su sector quedó disgregado, pues irrumpió una tragedia: el primer *Boletín de la Oposición*, de 1933, informó el fallecimiento, el 24 de febrero, de R. Guinney.⁴⁷ La repentina muerte del fundador del opositorismo, velado en la sede de la ICA, dejó desamparado a los antiguos del grupo. López no aceptó la situación, abandonando la organización y desapareciendo de la actividad política. Lo mismo ocurrió con el hijo de Guinney, Manuel, y otros militantes de este sector.

1933: hacia un nuevo punto de partida para la Oposición de Izquierda

El primer desafío del opositorismo argentino en 1933 fue el Congreso Antiguerrero latinoamericano en Montevideo del 11 al 16 de marzo, réplica del Congreso Mundial Antiguerrero de la IC realizado en Ámsterdam, donde intentó participar la Oposición de Izquierda Internacional con su

43. Gallo, “A Milesi”, 4 de diciembre de 1932.

44. Milesi, “A los grupos opositoristas”, 28 de diciembre de 1932.

45. Gallo, “A los camaradas del grupo Maciel”, 3 de enero de 1933.

46. Grupo Maciel, “Al grupo Gallo”, 22 de enero de 1933.

47. “Fallecimiento del camarada R. Guinney [sic]”, *Boletín de la Oposición* (ICA), 28 de febrero de 1933. Según su familia (consulta en agosto de 2019), R. Guinney murió de tétanos por un accidente en una mano.

propio manifiesto. El evento en Uruguay, presidido por Aníbal Ponce, reunió unos 450 delegados, muchos de ellos argentinos. Controlado por los comunistas, procuró retener a intelectuales progresistas, expulsando y/o desechando la presencia de opositores, anarquistas y socialistas. Gallo reconoció que la ICA investía la “representación oficial de la O. C. de I.” y quiso acordar una intervención unificada.⁴⁸ No se pudo lograr: Milesi comunicó que enviaría dos delegados al evento,⁴⁹ mientras la Liga decidió lo mismo. En *Comunismo*, Gallo ya había considerado el asunto de la guerra del Chaco estallada en 1932: ofrecía un análisis sobre el carácter interimperialista del conflicto, señalando que la agresividad boliviana se debía a los intereses de la Standard Oil por el transporte del petróleo y a la caída del precio internacional del estaño. Condenaba las “consignas ultrarradicales que no corresponden a la situación y menos a la fuerza del Partido”, lanzadas por el PC argentino.⁵⁰

Milesi era el representante de la ICA al congreso. Sin embargo, al embarcar rumbo a la capital uruguaya, el 24 de febrero, fue detenido y enviado a una larga prisión. Antes, la ICA había impreso un manifiesto sobre el “peligro de una guerra continental” y la “lucha por la revolución proletaria mundial”. Agitaba la necesidad del “frente único antiguerrero”, con el PC, el PS, la CGT y las federaciones estudiantiles.⁵¹ Pero para la Liga de Gallo este pronunciamiento era un puro “confusionismo” sobre el carácter de la guerra y “la concepción leninista del frente único”.⁵² Y lanzó su propio manifiesto, acerca de las tendencias bélicas del capitalismo y de las pujas interimperialistas en el frente boliviano-paraguayo. Allí se cuestionaba al estalinismo por ceder ante los “intelectuales pequeñoburgueses y pacifistas” y reclamaba “el frente único, no sólo «por la base», sino también de organismo a organismo”.⁵³ La Liga asistió a Montevideo con dos delegados, pero fueron echados por ser “trotskistas contrarrevolucionarios”. Las amenazas de agresión se focalizaron en los minutos que expuso Gallo, el “adolescente trotskysta”. Los ataques siguieron en abril en *La Internacional*. La Liga argumentó: se fue a “exponer el programa comunista (...) y a demostrar la nulidad del mismo congreso”.⁵⁴

48. Gallo, “Al camarada Camilo López”, 12 de enero de 1933.

49. Milesi, “A los camaradas del Grupo Fraccionado”, 9 de febrero de 1933.

50. Gallo, “Acercas del conflicto paraguayo-boliviano”, *Comunismo*, octubre de 1932.

51. CE de la ICA, “A los obreros, campesinos y estudiantes”, febrero de 1933.

52. Liga Comunista, “A los camaradas de la Izquierda C. A.”, 21 de marzo de 1933.

53. Liga Comunista, “El Congreso Antiguerrero de Montevideo y la Liga Comunista”, febrero de 1933.

54. “Informe de la delegación de la Liga Comunista al Congreso Antiguerrero de Montevideo”, 28 de abril de 1933.

Con Milesi en prisión, la ICA reorganizó su actividad, con Raúl Lex como secretario general provisorio. Un paso fue la edición del *Boletín de la Oposición*, que incluyó la “Declaración de Principios” del grupo. Reafirmaba no pretender constituir “ningún partido frente al Partido Comunista”, en tanto “miembros disciplinados de la IC”. Defendía las conquistas de la Revolución de Octubre, negando “el «socialismo en un solo país», teoría extraña al marxismo leninismo”. Debía trabajarse en las centrales existentes, impugnando el “escisionismo sindical” y organismos como el CUSC, que no respondían “ni a la correlación de fuerzas, ni a las necesidades de la propaganda”. El frente único era el método de lucha, conservando la independencia de organización y crítica. Rechazaba la “teoría staliniana del «social-fascismo»”, ya que la base obrera socialdemócrata era un sector a disputar.⁵⁵

En París, el SI le transmitió a la ICA la “más grande satisfacción” por ese primer Boletín.⁵⁶ Pero advertía: si bien era correcta por el momento en Argentina, ahora perdía fuerza la idea de rechazar la creación de otro PC como línea general. La orientación del “socialfascismo” había facilitado el ascenso de Hitler al poder, lo cual constituía una “traición histórica”, y la Oposición ya no bregaría por recuperar al PC germano de su degeneración sino por constituir otro, revolucionario. Se anunciaba el viraje de los siguientes meses: la Oposición como organización autónoma y rival a los PC, pues el acontecimiento alemán revelaba que la IC estaba muerta para la revolución. La misiva también informaba las diferencias de Trotsky con Nin y la ICE: era una alerta para una sección de estrecho vínculo con la organización ibérica. La ICA se apresuró a decirle al SI que acordaba, y avisaba que quienes respondían “en todo al CC de Barcelona” era el grupo de Gallo.⁵⁷ Pero el planteo de una ICA todavía entendida como fracción del PC parecía querer encontrar fundamentos en las resoluciones de la Preconferencia de la Oposición de principios de febrero en París.⁵⁸ Incluso, el *Boletín* de julio proponía el frente único entre comunistas y socialistas, sin mencionar la línea a la que la Oposición apuntaba: nuevos partidos por fuera del PC.⁵⁹

Mientras, la ICA intentaba extender su radio de acción. El *Boletín* mostraba un mayor interés por abordar temas nacionales: la situación

55. “Declaración de Principios”, *Boletín de la Oposición* (ICA), 28 de febrero de 1933.

56. Opposition Gauche Internationale, “Aux camarades de la gauche argentine”, 4 de mayo de 1933.

57. R. Lex (secretario ICA), “Aux camarades du Secretariat Internationale”, 3 de junio de 1933.

58. R. D’Amico, “Próxima Conferencia de la Oposición Comunista Internacional”, *Boletín de la Oposición* (ICA), 1 de mayo de 1933.

59. “El verdadero frente único”, *Boletín de la Oposición* (ICA), julio de 1933.

económico-social tras la crisis del 30, la misión del vicepresidente Roca a Londres para negociar el acuerdo de las carnes, la denuncia de la represión bajo el gobierno de Agustín P. Justo y el llamado a la lucha por la libertad de los presos políticos. El grupo apenas había reclutado nuevos adherentes, aunque hacía un trabajo de zapa en varias células del PC y en la corriente de izquierda del PS. Distribuía entre sus simpatizantes *La Lutte de Classes* y *La Vérité* de los franceses, mientras organizaba militantes inmigrantes italianos que estaban en su seno. Pietro Tresso, del SI, les escribió para vincularlos con la sección italiana de la Oposición.⁶⁰ La ICA quería contactarse más con la Oposición internacional y conseguir el reconocimiento público: pidió a un miembro del SI la supuesta “dirección ilegal” de Trotsky en Turquía con el fin de enviarle materiales sobre Sudamérica y lograr que el ruso escribiera algo para el Boletín local, al mismo tiempo que solicitaba que un delegado de la ICA asistiese a la siguiente Conferencia internacional.⁶¹ El SI consideró el caso argentino en julio y aseguró que evaluarían el envío de informes y credenciales, pero continuó promoviendo la reunificación de los dos grupos locales.⁶²

Los miembros de la Liga Comunista, en tanto, progresaban en la propaganda: en abril editaron y repartieron en los actos del 1° de mayo dos mil ejemplares del folleto *La tragedia del proletariado alemán* de Trotsky, con un prólogo donde los argentinos aún abogaban por barrer al estalinismo en un congreso de la IC y discutirlo dentro del partido.⁶³ Intentando disipar la imagen de “grupo intelectual” sin vocación de militancia, Gallo, en carta al SI, anunciaba el distanciamiento de Paniale, quien se interesaba sólo “sobre la ciencia infinita”, renunciando a la agitación pública.⁶⁴ E informaba: “Existe en Rosario un pequeño núcleo opositor, en el cual milita el compañero Siburu, que se halla totalmente de acuerdo con nosotros y con el cual trabajamos en común”. Comenzaba la vinculación del grupo Gallo-Raurich con los santafecinos, que proyectará una de las tendencias del trotskismo argentino.

Un período concluía a mediados de 1933. La nueva orientación del SI y la Conferencia de 14 organizaciones reunida en agosto convocaba a la formación de nuevos partidos, por fuera de la IC. Era un objetivo demasiado vasto para los dos colectivos locales, débiles y en mutua confrontación. La ICA se reorganizó. Milesi, tras su estadía en la cárcel

60. P. Tresso (Blasco), “Al gruppo di lingua italiana”, 4 de mayo de 1933.

61. R. Lex (secretario ICA), “A Naville”, 18 de mayo de 1933.

62. SI, “Aux camarades de la Gauche Argentine”, 5 de julio de 1933.

63. Liga Comunista, “Nota editorial”, en L. Trotsky, *La tragedia del proletariado alemán*, 1933.

64. Gallo, “A los camaradas del Secretariado Internacional”, 7 de mayo de 1933.

de Villa Devoto desde febrero, había sido enviado el 5 de abril al penal de Ushuaia. Liberado, retornó a Buenos Aires el 10 de julio, poniéndose al frente de la organización. Comunicaba al SI: "Por entre la maraña confusionista de la jauría staliniana, las ideas de la O. C. de Iz. Int. se abren camino hacia la conciencia de los obreros".⁶⁵ Pero el trabajo era pedregoso. La ICA ni siquiera tenía un órgano de prensa (salvo el *Boletín de la Oposición*), y recién en diciembre lograron editarlo: *Tribuna Leninista*. Ya será el vocero de una organización con nuevo nombre, según lo resuelto en París en agosto por la oposición internacional, para identificar a sus secciones: Liga Comunista Internacionalista (Bolchevique Leninista). El sector Gallo-Raurich, por su parte, se empeñó en "la redacción de las tesis sobre los problemas nacionales", la elaboración de manifiestos y la difusión masiva de un folleto, "único en el movimiento obrero del país".⁶⁶ Se trató de *Sobre el movimiento de septiembre. Ensayo de interpretación marxista*, de Gallo, donde, a propósito del golpe de 1930, aplicando la ley del desarrollo desigual y combinado del capitalismo local, inauguró el enfoque del grupo sobre la revolución socialista y la liberación nacional, que enlazó con lo expuesto por Siburu desde Rosario. No en vano, cuando el grupo lanzó su periódico *Nueva Etapa*, en agosto de 1933, lo hizo desde la ciudad santafesina.

Para ese momento los ataques del PC al "trozkismo" eran constantes. El relanzamiento del "combate ideológico" fue la razón de ser de *Soviet*, su nueva revista teórica. En su primer número proponía "desnudar ante el proletariado al trotsquismo", por su contenido "menchevique y contrarrevolucionario".⁶⁷ Meses después, Ghioldi era más específico, embistiendo contra Gallo y Siburu, y responsabilizando por la acción del trotskismo a quienes lo habrían facilitado: Penelón, Joaquín Coca, Benito Marianetti y demás referentes del ala izquierda del PS.⁶⁸

* * *

Sintetizando algunos resultados, reconocí cuatro círculos militantes en la Oposición de Izquierda desde sus inicios hasta mediados de 1933, con movimientos de convergencia y confrontación entre sí. Alternativa o sucesivamente transitaron allí unos cuarenta cuadros, entre Buenos Aires y Rosario: una quincena en torno al grupo de Guinney-López; cerca de diez con Raurich y Gallo; otra decena se agrupó en los primeros

65. Milesi, "A los camaradas del Secretariado Internacional", 27 de julio de 1933.

66. Gallo (Liga Comunista), "A los camaradas del Secretariado Internacional (Naville)", 14 de mayo de 1933.

67. *Soviet*, 24 de junio de 1933.

68. R. Ghioldi, "Los trotskistas argentinos", *Soviet*, septiembre de 1933.

meses con Milesi; y unos cinco en torno a Siburu. La casi totalidad de ellos provenientes del campo comunista, muchos del PC “oficial” (Siburu, Milesi en su última etapa, Bacal y tantos más), otros de sus tres rupturas: los “frentistas” de 1922 (Milesi y, luego, Koiffman), los chispistas de 1925 (Raurich, Paniale y, luego, ya fuera de la consideración de este período, Fossa) y los penelonistas de 1927 (los Guinney y López). Seis meses después el grupo de Gallo-Siburu reunía unos veinte militantes y el de Milesi declaraba otros treinta,⁶⁹ y sólo a partir de ese entonces el reclutamiento se nutrió de otras fuentes, como las del PS (el único antecedente en este período fue el ex socialista Gallo, adherente en España). En términos de composición social, habitus y ámbitos militantes, el opositorismo tuvo dos perfiles. Por un lado, activistas sindicales de intervención casi aislada en las organizaciones gremiales, como las de los trabajadores de la madera, la construcción y municipales, sin poder conformar agrupaciones significativas. Si bien tuvieron una reducida integración en el debate teórico-político de la izquierda, favorecieron la conexión transnacional, por la condición inmigrante y la disposición al manejo de idiomas de varios de ellos. El segundo prototipo fue el de los intelectuales y profesionales, aún escasamente consolidados en el mundo académico y laboral. De conjunto, fue un movimiento con muy escasa presencia de mujeres, y donde las hubo, quedaron mayormente invisibilizadas, bajo un liderazgo férreamente masculino.

Los opositoristas no fueron el producto de grandes y compactas tendencias políticas, sindicales, estudiantiles o intelectuales del campo comunista, sino que asumieron formas más bien individuales o de pequeños grupos, bajo la influencia de las caracterizaciones que Trotsky y su corriente hacían del régimen soviético, la IC y el curso de la revolución mundial. Era una elaboración eminentemente político-ideológica, combinada con cuestiones de rechazo a las prácticas burocráticas dentro del partido y a las concepciones sectarias u oportunistas que obturaban el principio del frente único proletario. Y que fraguó una nueva identidad política en transición, aún no completamente coagulada y exhibiendo una peculiaridad evidente. La imposibilidad práctica de actuar dentro de un PC que los repudiaba se tornó en un “afuera” a todas luces real, pero que era negado en la presentación pública. Este complejo juego de asunciones propias y rechazos hizo inestable y efímera a esta experiencia. El planteo sobre la necesidad de una “regeneración” de los partidos comunistas, bajo los principios de la democracia obrera y socialista concluyó en 1933, al considerar que el fenómeno “termidoriano” expresado por el estalinismo ya había alejado al partido ruso y a la IC de

69. SI “Información sobre el estado y las actividades de grupos individuales”, 1 de enero de 1934.

toda dinámica revolucionaria, mutándolos en entes irreformables. Desde entonces la corriente operó como espacio completamente diferenciado, con la perspectiva de constituir la Cuarta Internacional, acontecimiento ocurrido en 1938.

El pequeño y fragmentado oposicionismo argentino, tenaz y abnegado, dibujó una experiencia heroica y necesaria durante los años 1929-1933. El carácter molecular de las adhesiones, la imposibilidad de estructurar fracciones significativas y homogéneas dentro del campo comunista, la marginalidad respecto del movimiento obrero, el carácter inmigrante escasamente integrado de algunos de los cuadros, la dificultad para dotarse de un programa socialista acorde con una caracterización previa del contexto local, todos ellos, junto a la implacable hostilidad ejercida por un PC ya definitivamente orientado al estalinismo, fueron los síntomas, las causas y las consecuencias de un proceso transcurrido a contracorriente. Tras ello, emergió el movimiento trotskista, cuyo mandato debió ser el de superar estos desafíos.

Referencias

- Alexander, R.J. (1973). *Trotskyism in Latin America*. Hoover Institution Press.
- Broué, P. (1982). Le mouvement trotskyste en Amérique latine jusqu'en 1940. *Cahiers Leon Trotsky*, 11, 13-30.
- Broué, P. (1988). *Trotsky*. Fayard.
- Broué, P. (1997). *Histoire de l'Internationale Communiste, 1919-1943*. Fayard.
- Camarero, H. (2007). *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*. Siglo XXI.
- Camarero, H. (2016). La cultura política comunista en la clase obrera argentina de entreguerras: prácticas, repertorios de organización y subjetividad militante. *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, (16) 2.
- Coggiola, O. (1985). *El trotskismo en la Argentina (1929-1960)*. CEAL.
- Corbière, E.J. (1984). *Orígenes del comunismo argentino*. CEAL.
- Deutscher, I. (2020). *Trotsky. El profeta desterrado*. IPS-LOM.
- Durand, D. (1988). *Opposants à Staline: l'Opposition de gauche internationale et Trotsky (1929-1930)*. La Pensée Sauvage.
- González, E. (coord.) (1995). *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina*, tomo I. Antidoto.
- Jeifets, V. y Schelchkov, A. (comps.) (2018). *Komintern y América Latina. Documentos*, tomo II. Academia de Ciencias de Rusia-Ariadna.
- Marie, J.-J. (2002). *Le Trotskysme et les trotskystes*. Armand Colin.
- Marques Neto, J.C. (1993). *Solidão Revolucionária: Mário Pedrosa e as origens do trotskismo no Brasil*. Paz e Terra.
- Pagès, P. (1977). *El movimiento trotskista en España (1930-1935). La izquierda comunista de España y las disidencias comunistas durante la segunda república*. Península.

- Prado, C. (2019). *Partidos e sindicatos: o PCB, a Oposição de Esquerda e o movimento operário no Brasil (1922-1936)*. Tesis doctoral, Universidade Federal Fluminense.
- Rogovin, V. (2019). *Bolsheviks Against Stalinism, 1928-1933: Leon Trotsky and the Left Opposition*. Mehring Books.
- Rojo, A. (2012). Los orígenes del trotskismo argentino: de los años 30 al surgimiento del peronismo. *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, 1, 103-125. <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n1.6>
- Tarcus, H. (1996). *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*. El Cielo por Asalto.
- Tarcus, H. (dir.) (2007). *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la "nueva izquierda", 1870-1976*. Emecé.

Un trotskismo a mitad de camino: el *hidalguismo* en Chile

Andrey Schelchkov

Instituto de Historia Universal de la Academia de Ciencias de Rusia, Moscú
sch2000@mail.ru

Título: Trotskyism halfway: hidalguismo in Chile

Resumen: Este texto analiza la disidencia en el Partido Comunista chileno en los años 30, conocida como la división *hidalguista*. Surgida a causa de conflictos políticos internos, acompañada por una lenta intromisión del Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista, manifestó escasas divergencias con la doctrina partidaria. El artículo se basa en la documentación del Secretariado Internacional trotskista, lo que permite analizar sus relaciones con el trotskismo chileno, revelando la actitud ambigua del partido Izquierda Comunista al acatar las decisiones del Secretariado conservando su independencia política en el ámbito nacional.

Palabras clave: Internacional Comunista – Manuel Hidalgo – Izquierda Comunista – trotskismo – Frente Popular – Chile

Abstract: This text is an analysis of the dissent movement in the Chilean Communist Party in the 1930s, known as the *Hidalguista* division. Arisen on the basis of the internal political conflict accompanied by a little agile interference from the South American Secretariat of the Communist International (Comintern), it had few doctrinal divergences. The article is based on the documentation of the Trotskyist International Secretariat, which allows analyzing its relations with Chilean Trotskyism, revealing its ambiguous attitude of the Chilean party of the Left Communist to abide by the decisions of the Secretariat while maintaining its political independence at the national level.

Keywords: Communist International – Manuel Hidalgo – Left Communists – Trotskyism – Popular Front – Chile.

Recepción: 20 de julio de 2020. **Aceptación:** 25 de agosto de 2020

En los primeros años de la Internacional Comunista en América Latina sus partidos vivieron varias divisiones, rupturas internas y separaciones de grupos disidentes. Sin embargo, en los años 30, la Komintern comenzó a sancionar cualquier alejamiento de la ortodoxia o desvío de la “línea general”, siguiendo la política de erradicación de la oposición interna en la URSS. Un episodio clave en la historia del comunismo fue la división relacionada con el nombre de León Trotsky tras ser deportado de la URSS en 1929. Un nuevo movimiento internacional, la Oposición de Izquierda, inspirado en el trotskismo, se convirtió en el polo de atracción para diversos sectores disidentes que, en el seno de los partidos comunistas, no siempre manifestaron un pleno acuerdo con la doctrina trotskista.

Isaac Deutscher notó que los disidentes del comunismo huían de los rígidos marcos del marxismo tradicional y vulgar que defendió la superioridad e “hipertrofia de la práctica” ante el desarrollo del pensamiento (Renton, 2004, p. 9). Sin embargo, la disidencia más frecuente en el movimiento comunista surgía en base a las contradicciones de naturaleza política y no doctrinaria.

La historia de la división en el Partido Comunista chileno (PCCH) y de la fracción de Manuel Hidalgo es bien conocida. Las primeras referencias fueron hechas por los propios protagonistas del movimiento, como Humberto Valenzuela (1982) y Oscar Waiss (1986). La historiografía actual cuenta con los trabajos de Cristián Pérez Ibaceta (2000), Mariano Vega Jara (2012), Nicolás Miranda (2000), Olga Ulianova (2000), Sergio Grez Toso (2015). Sin embargo, aún sigue pendiente un estudio integral y comparativo del trotskismo latinoamericano analizado fuera de los marcos de las historias nacionales y en conexión con los procesos internacionales.

El *hidalguismo* tuvo peculiaridades notorias que lo distinguen de otros partidos trotskistas surgidos en este momento, sobre todo en su vacilante posición frente a la ruptura con el estalinismo y la frágil adopción de la doctrina trotskista. Pierre Broué destacó que este partido chileno tuvo particularidades por su historia independiente en comparación con otros trotskismos latinoamericanos (Broué, 1982, p. 15). Este texto pretende analizar la historia del *hidalguismo*, sus peculiaridades y distinciones tanto políticas como doctrinarias y sus relaciones con el movimiento comunista internacional, la Komintern y el Secretariado Internacional (SI) trotskista.

Este trabajo¹ se basa en el análisis de los documentos del Archivo nacional de la historia sociopolítica de Rusia, sito en Moscú (RGASPI,

1. Este artículo forma parte del proyecto de la RNF n°19-18-00305 (“La Komintern en América Latina: tradición histórica y los procesos políticos”).

por sus siglas en ruso), que contiene no solamente los documentos de la Komintern sino un fondo del Secretariado Internacional (SI) de la IV Internacional, como así también del llamado Archivo de Henk Sneevliet.² Este estudio también se apoya en el análisis de la prensa hidalguista y en los materiales del Instituto Internacional de Historia Social de Ámsterdam, los que en su conjunto permiten reconstruir la historia de la mayor disidencia en el comunismo chileno.

Facciosos sin querer

La oposición en el PCCH, conocida como fracción *hidalguista*, surgió durante la dictadura de Ibáñez en 1929. El 20 de abril de ese año, luego del arresto del Comité Central del PC, Humberto Mendoza (Jorge Lavín) y Manuel Hidalgo formaron un nuevo CC provisorio sobre la base de la dirección partidaria de la ciudad de Santiago. El nuevo CC estaba compuesto de Higinio Godoy (como secretario general), Humilde Figueroa, Manuel Hidalgo, Genaro Valdés y Jorge Lavín. El nuevo CC pretendió luchar por la legalización del Partido Comunista y se hallaba dispuesto a dialogar con la oposición liberal a la dictadura lo que, para la Komintern, fue un claro signo de “desvío derechista” (Vega Jara, 2012: 98-99).

En realidad, las divergencias dentro del PC ya se percibían desde 1925 cuando se formaron dos corrientes, una fiel seguidora de las indicaciones de la Komintern, encabezada por Elías Lafertte y Carlos Contreras Labarca, y otra que defendía una línea menos rígida, orientada hacia una alianza con los liberales de Alessandri, identificada con uno de los fundadores del partido, Manuel Hidalgo. En el VIII congreso del PCCH (1927) Hidalgo fue acusado de desvío socialdemócrata. Sin embargo, el Comité Ejecutivo de la IC no aprobó las severas críticas del argentino Orestes Ghioldi contra Hidalgo, llamando a este último a dar respuesta pública a las acusaciones.³ Con la autocrítica, el conflicto

2. Henk Sneevliet (1883-1942), uno de los eminentes personeros del movimiento trotskista holandés e internacional, miembro del SI de la Liga Comunista Internacional (LCI). Su partido rompe con la IV Internacional en 1938, asociándose con el Partido Obrero de Unificación Marxista español (POUM) y otros partidos socialistas de izquierda. Después de la invasión nazi Sneevliet fue arrestado y ejecutado en abril de 1942. Su archivo cayó en manos de los nazis, que lo guardaron en la zona oriental del Reich, y después de 1945 pasó a Polonia. Los documentos de Sneevliet desde entonces formaron parte del Archivo del Partido Obrero Unificado de Polonia, donde se quedaron hasta 1956, cuando en el clima de disturbios y problemas políticos en este país los soviéticos decidieron llevarlos a Moscú y depositarlos en el Archivo del PCUS.

3. Rossiiskiy Gosudarstvennyi Arhiv Sozialno-Politicheskoy Istorii (RGASPI), Fondo (F.) 503, legajo (leg.) 1, expediente (exp.) 11, hoja (h.) 14.

pareció acabado, pero en el Secretariado Sudamericano de la IC (SSA) seguían viéndolo con desconfianza.

Inicialmente el SSA reconoció como provisorio al CC creado en 1929 por Hidalgo, pero no pudo aceptar la idea principal de este de crear un partido legal llamándolo Obrero, Laborista o Socialista, como fachada “no comunista” para evitar la represión directa de la dictadura (Ulianova y Riquelme, 2005, I, p. 386), insistiendo en la preferencia por el trabajo clandestino. La posición *hidalguista* fue definida por el SSA como “liquidacionista” y “oportunista”. Esta cuestión ya había sido discutida en la conferencia de los partidos comunistas en Buenos Aires en relación con el partido de Mariátegui y la resolución fue contundente: se trataba de una táctica errónea y oportunista. En agosto de 1929, el SSA dirigió una carta al Comité de Santiago con mayoría *hidalguista*, indicando:

La constitución de un Partido legal, como proponen algunos compañeros, en espera de que ese “partido legal no inspirara desconfianza a la tiranía, sino que sería una forma de desviar la feroz corriente de reacción que viene lentamente”, es una ilusión, y pudo representar una desviación peligrosa de la línea revolucionaria del Partido.⁴

En diciembre de 1929 Vittorio Codovilla, en nombre del SSA, criticó los planes de legalización del partido y prohibió a rajatabla cualquier acción del CC para crear un partido legal.⁵ Como emisario del SSA, Codovilla dispuso que el nuevo CC no correspondía a los criterios bolcheviques y debería ser sustituido por el otro (Ulianova y Riquelme, 2005, I, p. 410). En los años 60, Jorge Lavín recordó que, durante una visita de Codovilla, entre este e Hidalgo se produjo un conflicto personal, lo que jugó un rol negativo en la discusión política (ídem, p. 222). El SSA impuso un nuevo CC con Elías Lafertte a la cabeza, quien pronto fue arrestado. Luego, otro CC, formado en Valparaíso, expulsó a Hidalgo y a su grupo del partido. Lafertte cuenta en sus memorias que Hidalgo protestó contra su expulsión considerándola injusta y trató de arreglar el conflicto con la nueva dirección del partido (Lafertte, 1961, p. 195). Todas las cartas de Hidalgo al SSA y directamente a Moscú quedaron sin respuesta confirmando así la ruptura definitiva (Rojas Flores, 1993, p. 148).

Los ex miembros del CC exilados en Aisén (sur de Chile) crearon en 1931 el Partido Socialista Marxista, que el emisario del SSA, Paulino González Alberdi, en su informe del 5 de agosto lo llamó un “grupo

4. RGASPI, F. 495, leg. 106, exp. 20, h. 37.

5. RGASPI, F. 495, leg. 106, exp. 20, h. 19.

trotskista-hidalguista”. A los hidalguistas se unieron los estudiantes radicales de izquierda del grupo Avance e intelectuales como Jorge Neut-Latour. Dentro del grupo Avance los hidalguistas colaboraban con los lafertistas hasta que, en 1933, el PC lafertista dio la orden a sus miembros de salir del grupo (Barnard, 2012, p. 155). En agosto de 1931 los hidalguistas exilados en Aisén regresaron a Santiago y crearon un nuevo CC del así llamado Partido Comunista Unificado y editaron el periódico *La Chispa* dirigido por Oscar Waiss.

En este conflicto interno, el periódico hidalguista se concentró en la crítica a los seudolíderes lafertistas y los burócratas del SSA, a la vez proclamando su lealtad a la Komintern y a la URSS. *La Chispa* publicaba los escritos de Stalin, a quien glorificaron como un líder indiscutible de la Internacional.⁶ Los hidalguistas reclamaban la convocatoria del congreso del PC para resolver el problema de la división interna del partido. La conferencia del PCCH se reunió en 1933 a pesar de la resistencia de sus líderes Contreras Labarca y Elías Lafertte (Salgado Muñoz, 2016, p. 198). Hasta el año 1933 coexistieron simultáneamente dos partidos comunistas, el hidalguista y el lafertista, los cuales se llamaban de igual modo, PCCH, sección de la III Internacional.

Los hidalguistas proclamaban su fidelidad a los valores comunistas: la fe en la Revolución de octubre, en las ideas de Lenin y en el poder soviético. Sin embargo, en este momento, además de la Komintern, surgió otro referente que compartía estos valores, el movimiento internacional trotskista de la Oposición de Izquierda. Los disidentes buscaron su incorporación en este nuevo movimiento comunista internacional, incluso no compartiendo las visiones doctrinarias del trotskismo, lo que luego los llevó hacia interminables rupturas y crisis internas. En definitiva, los hidalguistas encontraron en el trotskismo una justificación internacional de su disidencia y formalmente adoptaron la mayor parte de su retórica y doctrina.

En las elecciones de 1931 ambos PC participaron con sus propias candidaturas, de Lafertte e Hidalgo respectivamente, presentando programas muy similares y recibiendo un parejo caudal de votos. Durante esta campaña electoral se sublevó la Armada chilena. Los hidalguistas se presentaron en esta campaña electoral como un Frente único de izquierda, una alianza que reunió a pequeños partidos de izquierda. Frente a la sublevación, impulsó un Comité revolucionario compuesto de grupos anarquistas, sindicalistas y el Partido Socialista Marxista (de los mismos hidalguistas de Aisén). El Comité apoyó la huelga declarada por los lafertistas y, en el plano local, ambos PC colaboraron entre sí

6. *La Chispa*, 20 de agosto de 1931, n° 1, pp. 2, 6; agosto de 1931, n° 2, pp. 5-7; septiembre de 1931, n° 3, p. 2.

(Valenzuela, 1982, p. 46). El SSA condenó rotundamente esta práctica de tolerancia hacia los disidentes (Grez Toso, 2015, p. 494).

Sin embargo, se hicieron evidentes mayores discrepancias durante la llamada República Socialista de 1932, que fue clasificada por el PC oficialista como un “ensayo fascista”, llamando a sus bases a crear soviets en Chile para gestar la dualidad de poder. En cambio, los hidalguistas apoyaron al nuevo régimen bajo ciertas condiciones (como la exigencia de armamento del proletariado) caracterizando a la República Socialista como expresión de una “revolución pequeñoburguesa de tendencia nacionalista”. Entre los dos comunismos chilenos ya se acumulaban discrepancias, resentimientos y desconfianzas, mayormente inspiradas por la Komintern y, sobre todo, por su oficina en Buenos Aires, el SSA.

Viraje hacia el trotskismo

Inicialmente los hidalguistas estaban lejos de las posiciones trotskistas. Desde noviembre de 1931 la postura de los hidalguistas se endureció en cuanto al rechazo a la política kominternista en América Latina, llamando al SSA “enemigo consagrado de la revolución comunista mundial” e “hipertrofia de la burocracia”.⁷ Sus publicaciones compartían las tesis más frecuentes del trotskismo sobre la burocracia kominterniana y la traición a la revolución mundial. En 1933 Lavín reconoció que el partido, hasta marzo de 1932, compartió los lemas políticos con la IC: “mantuvimos errores tan enormes como aquel de la revolución agraria y antiimperialista... con el agregado del gobierno de obreros, campesinos, soldados y marineros y etc.”.⁸ Como indica Ximena Urtubia, las disputas entre los disidentes y el partido oficial entre 1927 y 1932 respondieron a dinámicas internas, posteriormente complementadas por elementos doctrinarios (Urtubia Odekerken, 2016).

Ante el rechazo de parte de la Komintern, los hidalguistas se inclinaban a adherirse a la Oposición de Izquierda. Jorge Lavín, en carta del 6 de enero de 1933 a los trotskistas españoles les comunicó que el ampliado del partido, del 24 al 27 de diciembre de 1932, llegó “a la conclusión que solamente quedaban dos caminos; o someterse incondicionalmente al laferrtismo, o sea al PC oficial y por lo tanto a la IC, o sumarse a la Oposición Comunista Internacional, y fue aprobado el último camino y no espontáneamente sino como fruto de una fuerte discusión, lo que implicó el apoyo de todos los que hasta ese momento no querían nada

7. *La Chispa*, noviembre de 1931, n° 4, pp. 7-8.

8. International Institute of Social History (IISH), International Left Opposition Archives (ILOA), ARCH-01483, n° 1200, Carta de Lavín a la Izquierda Comunista española, 6 de enero de 1933.

con la Oposición Comunista”.⁹ La resolución definitiva de adherirse a la Oposición de Izquierda Internacional (OII) se postergó hasta el congreso del partido en marzo de 1933. Con clara opción hacia la OII, la dirección hidalguista formuló sus razones: “La burocracia torpe del Bureau Sudamericano y del CC lafettista, las exclusiones arbitrarias, el mangoneo sistemático, la zancadilla constante”, adoptando, a su vez, uno de los puntos de discrepancia doctrinaria de la IC con los trotskistas como era la teoría del “socialismo en un solo país”.¹⁰

Pierre Broué subrayó la peculiaridad de la oposición en el PC chileno por haber optado por el trotskismo sin compartir su doctrina (Broué, 1982, p. 20). Dentro del grupo hidalguista se desarrolló paulatinamente un proceso de acercamiento a las ideas trotskistas. El grupo con mayor atracción hacia el trotskismo fue encabezado por Jorge Lavín. Como nota en sus memorias Oscar Waiss, Hidalgo era autodidacta y su marxismo no era ni profundo ni ideológicamente claro. Resultaba poco probable que estuviera al tanto de las grietas doctrinarias entre Trotsky y la Komintern (Waiss, 1986, p. 39). Mariano Vega Jara sostiene que dentro del hidalguismo convivían dos grupos. Por un lado, el grupo de Hidalgo, Zapata, Figueroa, que proclamaba su afinidad al legado de Luis Emilio Recabarren y a la tradición nacional de la izquierda (Vega Jara, 2012, p. 109). Esta tradición implicaba democracia interna, discusión libre, gran capacidad y agilidad para alianzas políticas y ausencia de dogmatismo doctrinario (Grez Toso, 2015, p. 476). Por otro, una juventud atraída por el trotskismo como Lavín, Waiss, Neut-Latour o López. Los jóvenes comunistas tuvieron mayor atracción hacia los disidentes considerándolos más revolucionarios. En 1933, un gran grupo de la Juventud Comunista salió de la organización, integrándose a la “oposición de izquierda”.¹¹

En vísperas del congreso de marzo los hidalguistas ya estaban convencidos de la imposibilidad de reconciliación con la IC, viendo como única alternativa adherirse a la OII: “Empujados hacia los cuadros de la Oposición Internacional de Izquierda, los militantes del PC seguirán al igual que los opositoristas de todos los países, luchando por la unificación nacional e internacional del comunismo”.¹² En la OII el hidalguismo vio la posibilidad del reconocimiento internacional por el nuevo movimiento en pro de una nueva Internacional.

El Congreso hidalguista, celebrado en marzo de 1933, declarado el

9. IISH, ILOA, ARCH-01483, n° 1200, Carta de Lavín a la Izquierda Comunista española, 6 de enero de 1933.

10. *Soviet*, Santiago, n° 1, febrero de 1933, p. 1.

11. RGASPI, F. 552, leg. 1, exp. 2, h. 24.

12. *Soviet*, n° 3, marzo de 1933, p. 2.

IX (pretendiendo la continuidad del PC anterior a la división) y de reunificación, en vez de unificación, fue el punto clave de la separación con la Komintern. En el congreso participaron 150 delegados de 80 células y organizaciones locales de todo el país. Al congreso fueron invitados también los lafettistas quienes mandaron a sus representantes, los cuales intentaron defender las posiciones del PC oficial y de la Komintern pero, al carecer de éxito, abandonaron el congreso.¹³ El partido hidalguista declaró ser parte de la OII y adoptó el nombre de “La Izquierda Comunista”.¹⁴ Concluyendo el período de confusión en relación con la IC, el nuevo partido declaró:

La transformación de la Internacional Comunista de órgano director, organizador y controlador de la revolución proletaria mundial en mera oficina de propaganda de la Rusia Soviética y de su defensa, ha convertido a las secciones nacionales en simples reflejos nacionales de las exigencias de la burocracia del Estado Soviético y por tanto ejecutoras del trabajo necesario al sostenimiento de esa burocracia y toda la burocracia internacional del comunismo oficial.¹⁵

En este congreso se discutió como una alternativa la incorporación al Partido Socialista, propuesta rechazada por la confusión ideológica que reinaba en las filas de esta organización en formación (Waiss, 1986, p. 46). El congreso aprobó su apoyo a la candidatura de Marmaduke Grove en las elecciones presidenciales de octubre de 1932, lo que fue duramente criticado por los trotskistas europeos. Jorge Lavín rechazó la crítica: “Grove representa aquí en Chile una coyuntura revolucionaria que había necesidad de aprovechar y solamente se podía conseguir eso conectándose a las masas por el grito mismo de la calle, de la fábrica, de la mina, etc., que no era otro que Grove, Grove”.¹⁶

En marzo-abril de 1933 los hidalguistas ya establecieron el contacto con el SI y comunicaron su adhesión por un cable, recibiendo una nota de saludos y pedido del envío de los materiales del Congreso.¹⁷ Los chilenos recibían la prensa trotskista de la Argentina (*Nueva Etapa*),

13. IISH, ILOA, ARCH-01483, n° 1200, Carta de Lavín a la Izquierda Comunista española, 7 de junio de 1933.

14. RGASPI, F. 552, leg. 1, exp. 2, h. 24.

15. *Boletín*, Santiago, n° 2, 1 de mayo de 1933, p. 3.

16. IISH, ILOA, ARCH-01483, n° 1200, Carta de Lavín a la Izquierda Comunista española, 7 de junio de 1933.

17. IISH, ILOA, ARCH-01483, n° 1199, SI au Parti Communiste Indépendante du Chili, le 5 avril 1933.

de España (*Comunismo*) y *Bulletin International* del SI. Sus periódicos publicaban los materiales de la prensa trotskista internacional, «La Verité» de la Liga comunista francesa, «The Militant» de EE.UU. y los trabajos de Trotsky.¹⁸ Los hidalguistas se esforzaban por incorporarse al trotskismo internacional.

Después de las resoluciones del congreso de marzo, el 15 de abril de 1933 Trotsky escribió un mensaje a los “comunistas de izquierda” de Chile, saludando su adhesión al movimiento trotskista y pidiendo un contacto seguro y constante. En julio de 1933 Trotsky expresó su fe en la fuerza de la oposición de izquierda en Chile, viendo en ello un claro ejemplo del proceso general de unificación de los leninistas (Trotsky, 1972, pp. 23, 202). A su parecer, el partido chileno poseía un gran potencial para crecer.

Creado en Europa en 1930 para la coordinación de los grupos trotskistas, el Secretariado Internacional (SI) de la OII, después de la pre-conferencia del 4 al 8 de febrero de 1933 y la conferencia de agosto de 1933, se convirtió en la coordinadora del movimiento internacional trotskista. En septiembre de 1933, la OII fue rebautizada como Liga Comunista Internacionalista (bolchevique-leninista) –LCI–, precursora de la IV Internacional.

El SI, igual que había hecho la Komintern para el trabajo con sus secciones en los países coloniales y dependientes, creó la subcomisión colonial. A fines de 1933 se planteó la creación de una liga regional de los trotskistas de América Latina. El 31 de diciembre de 1933 se resolvió considerar como una tarea “de la importancia más urgente y primordial” la convocatoria a una conferencia latinoamericana de los trotskistas. Esta tarea fue repetida incontables veces en casi todas las resoluciones del SI relacionadas con América Latina pero nunca se llevó a cabo.

En octubre de 1933 el SI pidió a sus secciones presentar información sobre la vida interna de los partidos. La carta de Chile provocó un verdadero entusiasmo y con razón. Para enero de 1934 en el partido chileno militaban 1.000 personas y las células del partido existían casi por todo el país. A diferencia del partido estalinista, los hidalguistas trabajaban en los sindicatos legales, teniendo miembros en la dirección de la Federación sindical. A su vez, poseían un núcleo militante en la federación estudiantil y lograron editar un boletín con una tirada de 2.000 ejemplares.¹⁹

Los hidalguistas lograron posiciones importantes en el movimiento sindical, sobre todo en el gremio de constructores y en el campo. Jorge Lavín lo expuso en una carta a los trotskistas españoles:

18. *Boletín*, n° 8-9, 1933, p. 2.

19. RGASPI, F. 552, leg. 1, exp. 2, h. 25.

Nosotros hemos dado vida (aprovechando los días de Grove, del 4 al 15 de julio)²⁰ al Comité Único de la Construcción formado por representantes de los Comités de obras y que agrupa más o menos 9.000 trabajadores de las obras fiscales y otros tantos adheridos, [...] este Comité Único ha ganado ya dos o tres huelgas conquistando la jornada de seis horas seguidas (de 7 a 13 horas), aumento de salarios, reconocimiento del comité, etc.²¹

Este comité dominado por los hidalguistas ganó mucho renombre en el movimiento obrero logrando recibir el contrato de construcción del policlínico en desmedro de los contratistas privados. Uno de los protagonistas de los hechos fue un activo miembro del partido hidalguista, Humberto Valenzuela, quien comenta que “los obreros construían bajo su propia dirección; además, contrataban el personal, fijaban los turnos y su horario de trabajo, fijaban los salarios y controlaban la asistencia del personal”, concluyendo que el comité hidalguista se hizo famoso (Valenzuela, 1982, p. 48-49). Los comunistas de izquierda también contaban en sus filas con el líder sindical campesino Emilio Zapata, organizador de la Liga de los campesinos pobres (1935), el sindicato más fuerte en el campo chileno (Acevedo Arriaza, 2015, p. 51).

El SI pidió al partido chileno mantener la comunicación de forma más continua y estable.²² Esto mismo había sido inútilmente un requerimiento de la Komintern al PC.²³ Tal vez se tratara del modo de evitar la intromisión de las Internacionales en asuntos internos partidarios. No obstante, la falta de comunicación se sintió en ambos lados. Jorge Lavín, en sus correos al SI, reclamó el envío de la “documentación lo más completa posible sobre el movimiento comunista mundial (aquí estamos aislados) y en especial sobre la Oposición Comunista”.²⁴

En octubre de 1934, en el pleno del SI, América Latina en general, y particularmente Chile, eran temas de la agenda. Se esgrimió que el partido chileno demostró grandes éxitos, realizó un congreso que fue un “gran paso adelante en formación ideológica, política y organizativa del partido”.²⁵ Sin embargo, el reporte también lamentaba que los gru-

20. Se trata de la República Socialista.

21. IISH, ILOA. ARCH-01483, n° 1200, Carta de Lavín a la Izquierda Comunista española, 6 de enero de 1933.

22. RGASPI, F. 552, leg. 1, exp. 2, h. 470.

23. RGASPI, F. 495, leg. 17, exp. 268, h. 2; F. 495, leg. 17, exp. 274, h. 16-17.

24. IISH, ILOA, ARCH-01483, n° 1200, Carta de Jorge Lavín a la Izquierda Comunista española, 6 de enero de 1933.

25. RGASPI, F. 552, leg. 1, exp. 3, h. 29.

pos latinoamericanos (Cuba, Brasil y Argentina) enviaban remesas al SI, mientras que el partido más numeroso, el chileno, no contribuía a su caja.²⁶ A pesar de todo, el SI tuvo mucha ilusión sobre el futuro del partido chileno como un partido obrero hegemónico en el país.

Del Frente Único al Frente Popular

En 1935, el tema principal fueron los frentes únicos, coaliciones y alianzas políticas, sobre todo después del giro de la Komintern, tras su VII Congreso, hacia la táctica del frente popular. Los pioneros en este proceso fueron España y Francia. Trotsky y el Secretariado Internacional vigilaban a sus grupos en la lucha contra el frente popular contraponiéndole el frente único, política que rechazaba las alianzas electorales con los partidos no proletarios.

Los comunistas de izquierda en Chile realizaban su política aliancista de acuerdo con la coyuntura nacional, declarando su adhesión a los principios del trotskismo en esta materia, o sea, luchando por la unión de las organizaciones proletarias y rechazando los pactos interpartidistas con fines electorales.²⁷ Las declaraciones fueron correctas en relación con la doctrina, pero la práctica fue diferente, lo que se manifestó con la creación del Bloque de izquierda, en diciembre de 1934, con la participación de los socialistas y otros partidos de izquierda.

En marzo de 1934 se reunió el segundo congreso de la Izquierda Comunista. Para este, Jorge Lavín publicó las tesis políticas del partido. En ellas se analizó la situación política de Chile y para caracterizar al gobierno de Alessandri se incorporó lo que se entendía como una tesis de Trotsky sobre el bonapartismo moderno como base de la política fascista. Los socialistas, posibles aliados en el campo de la izquierda y cercanos a los trotskistas, fueron duramente criticados como “revolucionarismo pequeñoburgués (sentimental y neocapitalista)” que ayudaban a la debacle del parlamentarismo y al robustecimiento del presidencialismo bonapartista.²⁸

Jorge Lavín formó parte del comité ejecutivo del Bloque (Jobet, 1971, p. 113) y ello entró en contradicción con las declaraciones públicas de los comunistas de izquierda, las cuales incluían críticas a los partidos reformistas no proletarios, los demócratas y los radicales-socialistas. La posición de los hidalguistas hacia el Bloque fue ambigua. Por un lado, lo defendían por ser un instrumento poderoso en la lucha política, lo que aumentaba las fuerzas del propio partido. Por otro, subrayaban que la

26. RGASPI, F. 552, leg. 1, exp. 2, h. 599.

27. *Boletín*, n° 8-9, 1933, p. 2.

28. *Boletín de la Izquierda Comunista*, Santiago, Número extraordinario, 1933, p. 17.

importancia del Bloque era secundaria y que la tarea del partido era la unión sindical y la creación de la milicia obrera.²⁹

El Bloque de la izquierda dominado por socialistas y comunistas de izquierda fue un obstáculo para los laferristas en su intento de creación de un frente popular amplio de acuerdo a las nuevas directrices de la Komintern. No obstante, si bien era un impedimento, también podría ser la base para un frente más amplio. La tarea casi imposible que la Komintern le planteó al PCCH fue ingresar al Bloque y expulsar de allí a los trotskistas.³⁰ Los comunistas chilenos trataron de convencer a Moscú de que los hidalguistas no eran trotskistas. Las tentativas de los comunistas de apartar a Hidalgo de su propio partido fracasaron, mientras la influencia de los “comunistas de izquierda” aumentó en muchos sectores.³¹

El trotskismo internacional condenó la línea kominterniana del frente popular como traición de los intereses del proletariado. En América Latina, “el peligro” del frente popular tomó más cuerpo en Chile. La formación del Bloque de izquierda provocó un alerta en el SI, que el 14 de mayo de 1935 dedicó una sesión especial para discutir la situación chilena enviando a ese país sus resoluciones. La política aliancista de los hidalguistas ya había sido criticada ante la formación del Frente Antifascista en 1933, compuesto por hidalguistas, socialistas y estalinistas. El SI hizo notar entonces que el frente único no debía ser un pacto electoral de partidos sino de masas conservando la independencia de las organizaciones proletarias.³² Ello no significaba un rechazo a cualquier frente; por el contrario, el SI felicitó a la izquierda comunista chilena por conseguir una alianza con los comunistas-estalinistas y socialistas demostrando los defectos de la política de los estalinistas que rechazaban la colaboración con la socialdemocracia. Al mismo tiempo, advirtió no olvidarse de desenmascarar el oportunismo y la traición clasista de sus aliados.³³

El SI planteó la premisa de convertir al Bloque en un “frente único de clase” y recomendó a los chilenos estudiar las experiencias china, española y francesa para no caer en el oportunismo del “frente popular”. El trotskismo rechazaba las alianzas electorales interclasistas con partidos burgueses. El Bloque pareció, a ojos del SI, una variante del Frente

29. *Izquierda*, n° 35, 6 de febrero de 1935, p. 1.

30. RGASPI, F. 495, leg. 19, exp. 187, h. 7-8.

31. RGASPI, F. 495, leg. 101, exp. 39, h. 73.

32. IISH, ILOA, ARCH-01483, n° 1199, SI à la Section du Chili, le 26 juin 1933.

33. IISH, ILOA, ARCH-01483, n° 1199, SI à la Section Chilienne de l'Opposition, 30 de julio de 1933.

popular francés o de la Concentración antifascista italiana porque lo integraban los partidos no proletarios, demócratas y radical-socialistas.³⁴

Las alianzas electorales con partidos burgueses fueron caracterizadas, a su vez, como antiproletarias por ser las uniones entre los líderes. Sin embargo, “No estamos en contra de la política de las alianzas con organizaciones pequeño burguesas antifascistas, tampoco contra las uniones provisorias con tareas concretas, pero sin concretarlas en unos bloques formales con las organizaciones no proletarias. Nos parece que su Bloque parlamentario nos recuerda un Kuomintang chileno. La clase obrera no debe perder su independencia en la lucha revolucionaria”.³⁵

Entonces, ¿qué hacer?, se preguntaba el SI. Reconociendo que, aunque Chile se encontraba muy lejos y había poca información de lo que allí pasaba, no resultaba clara la naturaleza del Bloque ni parecía ser una idea correcta. El SI no fue más allá de unas elementales recomendaciones para la política del partido chileno: 1. Crear los comités antifascistas de base como órganos de representación de las masas en las fábricas, en los barrios y aldeas con una democracia interna absoluta; 2. La táctica parlamentaria debía basarse en el reclamo de nuevas elecciones con el voto general; 3. Rechazo de bloques electorales; 4. La unión revolucionaria bajo la consigna del gobierno obrero-campesino (como alternativa a la consigna estalinista del gobierno popular revolucionario); 5. Propaganda de armamento de la clase obrera; 6. Entrega de la tierra a los campesinos.

En las relaciones entre los hidalguistas y el SI, en 1935 apareció un nuevo elemento conflictivo: de Chile llegó una protesta contra la intromisión en los asuntos internos del partido de parte de Paul Eiffel,³⁶ quien envió una carta con la crítica de la línea política de la dirección del partido chileno. La crítica de Eiffel fue ostensible y grosera. Eiffel escribió esta carta estando en París, en estrecha colaboración con el SI, caso contrario no se comprende el porqué de su intromisión en los asuntos chilenos. Mientras la carta llegó a Chile provocando protestas, Eiffel ya se encontraba en Estados Unidos. Por ello, el SI respondió que, aunque este camarada americano no tenía mandato del SI, era “nuestro

34. RGASPI, F. 552, leg. 1, exp. 2, h. 470.

35. RGASPI, F. 552, leg. 1, exp. 2, h. 470v.

36. Seudónimo del eminente antropólogo alemán-mexicano Paul Kirchhoff, en 1934-1935 estuvo en París en estrecho contacto con el SI. En 1935 se fue a Estados Unidos, militando inicialmente en el Partido Obrero de Estados Unidos (WPUS); luego, por el rechazo del entrismo, en la Liga Obrera Revolucionaria de Hugo Oehler, y en 1936, antes de partir a México, rompió con ellos creando su propia organización. En México militó en el Grupo de los Trabajadores Marxistas, en arduo conflicto con Diego Rivera, quien lo acusó de ser agente del GPU, lo que el propio Trotsky puso en duda (Le Blanc, 2018, p. 347).

camarada bolchevique-leninista” y era muy competente en la temática del frente único y del “viraje francés”³⁷ y el SI “condena el método del camarada Eiffel, pero reconoce la razón de su crítica”.³⁸

El SI no deseó profundizar el conflicto con los hidalguistas por este tema y evitó criticarlos. Para poder corregir los posibles errores y desvíos en la política se recomendó convocar, de modo urgente, un nuevo congreso del partido y adoptar un nuevo nombre de acuerdo a sus recomendaciones. Este debería ser el de Partido Obrero Revolucionario (bolchevique-leninista).³⁹ Este será el nombre que adoptará el partido trotskista tras la división de la Izquierda Comunista y la incorporación de su mayoría al Partido Socialista.

El SI tuvo gran precaución con relación a la política de los hidalguistas. Les objetó el cerrarse en la política local ya que su periódico publicaba pocos materiales internacionales ignorando las resoluciones y manifiestos del Secretariado. También se preocupaba porque el partido chileno aún no declaraba su adhesión a la IV Internacional, aunque su periódico se editaba como el “órgano de la sección chilena de la IV Internacional”.⁴⁰

La participación de los partidos no proletarios, los radical-socialistas y los demócratas en el Bloque de Izquierda fue el punto más discutido y criticado por el SI, al asemejarlo al Frente popular impulsado por el estalinismo. Aún más, el SI consideró que el programa del Bloque no era una “plataforma del marxismo revolucionario”. Además, su manifiesto se refería a la “república de los trabajadores”, en un estilo muy cercano al del Frente popular de España. El SI instó al partido chileno a no permitir la transformación del Bloque de Izquierda en un Frente popular con la participación de los radicales, proponiendo la consigna “del frente único a base de las Juntas revolucionarias de masas”. El SI reclamó cambiar la política del Bloque, que pasara de ser un instrumento de la lucha parlamentaria a impulsar la creación de Juntas revolucionarias y que cambiara la consigna “Grove y el Bloque al poder” por la de “Gobierno de juntas obrero-campesinas”. Estas recomendaciones contradecían la

37. En octubre de 1934 un pleno de la LCI en París aprobó la táctica del “viraje francés” o del entrismo, aprobada por iniciativa de Trotsky quien, viendo las escasas fuerzas de la oposición, propuso la táctica de ingreso de los trotskistas a las filas de los partidos socialistas. La primera experiencia fue en el interior del partido socialista francés. Para Chile fue una receta poco relevante ya que aún no existía ningún partido socialista de masas de tendencia reformista, y todos los consejos del SI de divulgar la experiencia francesa caía en el vacío de un total desinterés.

38. RGASPI, F. 552, leg. 1, exp. 3, h. 88.

39. RGASPI, F. 552, leg. 1, exp. 2, h. 470v.

40. RGASPI, F. 552, leg. 1, exp. 2, h. 665.

tendencia predominante en la política chilena de concertar una alianza de centroizquierda.

Más tarde, Trotsky modificó su actitud hacia el Frente popular en América Latina. En 1938, durante la discusión sobre asuntos latinoamericanos con Charles Curtiss, Trotsky sostuvo que en América Latina el Frente popular podría tener un carácter progresivo “en la medida en que esté dirigido contra el imperialismo”, siendo así un frente único antiimperialista y no la alianza electoral con los partidos burgueses. La actitud de los trotskistas hacia el Frente popular podía ser diferente de los casos de Francia o España “con la condición de que nuestra organización no participe del APRA, el Kuomintang o el PRM, que conserve una libertad de acción y de crítica absoluta” (Trotsky, 2008, Anexos en CD, p. 97).

En esa carta a Chile, el SI expuso sus propuestas para el programa y las tareas inmediatas del partido: 1. Creación de milicias obreras; 2. Control de la producción; 3. Entrega de tierra a los campesinos; 4. El derecho de voto de los jóvenes; 5. Asamblea constituyente revolucionaria; 6. Creación de las juntas de los trabajadores; 7. Lucha contra el imperialismo; 8. Lucha por la formación de la Unión de las Repúblicas Soviéticas de América Latina. En esta línea, el partido debería ser la base de la dictadura del proletariado. Por eso era importante contar con la experiencia francesa y desenmascarar a los estalinistas como traidores de la clase obrera. Finalizando la carta, el SI lamentó las dificultades de comunicación con los chilenos y también les reprochó por no suscribirse al Boletín editado por el Secretariado y no aportar a la caja de la LCI (la norma era de 25-50 céntimos por cada militante al mes).⁴¹

La experiencia del Bloque favoreció al acercamiento entre los líderes hidalguistas y socialistas hasta comenzar a discutir la eventual unificación en un partido, incluyendo a las bases del PC estalinista.⁴² En septiembre de 1935, pareciera que cumpliendo con las instrucciones del SI, los comunistas de izquierda llamaron a sus miembros, junto a otros izquierdistas, a crear las Juntas revolucionarias que podrían ser la base del “partido de la revolución proletaria”.⁴³ También la crítica del SI tuvo su efecto en relación con el Frente popular, aunque fue inútil con respecto al Bloque. Oscar Waiss recordó:

En el seno del Bloque de izquierda se mantuvo un agitado debate sobre el proyecto de convertirlo en un frente popular y yo me opuse a ese intento sosteniendo, en representación

41. RGASPI, F. 552, leg. 1, exp. 2, h. 666-667.

42. *Izquierda*, n° 56, 26 de junio de 1935, p. 3.

43. *Izquierda*, n° 69, 25 de septiembre de 1935, p. 1.

de la Izquierda Comunista, que el ingreso del Partido Radical le entregaba a la burguesía chilena el control del movimiento obrero y del proceso revolucionario... Pese a ello, la presión de socialistas y radicales-socialistas impulsó la nueva línea y así nació el Frente Popular, dejando expresa constancia, por mi organización, que solo aceptábamos como una alianza transitoria cuyo objetivo era, únicamente, derrotar en las próximas elecciones a la reacción. (Waiss, 1986, p. 57-58)

La formación del Frente popular con la participación de los comunistas de izquierda fue el punto de inflexión. Al principio, con la proclama de la nueva política del Frente Popular por la Komintern, los comunistas de izquierda lo rechazaron considerándolo una capitulación hacia la burguesía.⁴⁴ El Bloque de izquierda debería ser transformado en el Frente proletario revolucionario escapando de su “congelamiento” como alianza interpartidista.⁴⁵ Sin embargo, en ese momento, los ánimos dominantes en la izquierda chilena eran a favor de una gran coalición de centroizquierda y el partido hidalguista se alejó fácilmente del derrotero trotskista, prefiriendo una opción tanto orgánica como ideológicamente menos cerrada, acercándose al Partido Socialista. En enero de 1936, los hidalguistas ingresaron al Partido Socialista rompiendo todos los contactos con el trotskismo internacional. Una minoría liderada por Enrique Sepúlveda (Diego Henríquez) se mantuvo fiel al trotskismo, creando el Grupo Leninista Bolchevique que, en septiembre de 1936, se transformó en el Partido Obrero Revolucionario y en la sección chilena de la IV Internacional. Se trataba de un pequeño partido con un centenar de militantes (Miranda, 2000, p. 44). Y ya es otra historia.

* * *

En el transcurso de la historia de la IC las disidencias surgían con mayor frecuencia relacionadas con contradicciones de naturaleza política y no doctrinaria. Las corrientes de disidencia comunista en América Latina, sin compartir plenamente la doctrina trotskista con mucho entusiasmo, encontraron en el trotskismo un emergente movimiento comunista internacional alternativo al ya existente, la Komintern y, a la vez, un refugio y justificación para su divisionismo. Se trató de un fenómeno bastante frecuente en el período fundacional de la IV Internacional. Con dificultades, la corriente trotskista en los años 40,

44. *Izquierda*, n° 68, 18 de septiembre de 1935, p. 3.

45. *Izquierda*, n° 69, 25 de septiembre de 1935, p. 4.

apenas consiguió formar sus partidos nacionales liberándose de sus compañeros ocasionales.

El hidalguismo chileno no era un movimiento homogéneo sino una amalgama de los inconformistas del comunismo y el socialismo chileno, enarbolando las ideas antiburocráticas de Trotsky. Pero se trató de un trotskismo a mitad de camino. En realidad, el hidalguismo se ubicó entre dos Internacionales, la III y la IV, sin haber aceptado de manera integral ninguna de ellas. Su evolución hacia un marxismo heterodoxo era esperada tanto como la alianza y fusión con un socialismo que, en Chile, cobijó a varias corrientes de izquierda. El hidalguismo influyó, en gran medida, a la formación del socialismo chileno como una izquierda marxista heterodoxa, siendo portadores de una visión marxista más amplia y plural. El trotskismo *light* de los hidalguistas fue más creativo y logró salir de las imitaciones de la ortodoxia tanto trotskista como anti-trotskista, prosoviética.

Bibliografía

- Acevedo Arriaza, N. (2015). Autonomía y movimientos sociales. La Liga de Campesinos Pobres y la izquierda chilena (1935-1942). *Revista Izquierdas*, 23.
- Barnard, A. (2012). El Partido Comunista de Chile y las políticas del tercer período, 1931-1934. En O. Ulianova, M. Loyola y R. Álvarez (eds.). *1912-2012. Un siglo de los comunistas chilenos*. IDEA-USACH.
- Broué, P. (1982). Le Mouvement trotskyste en Amérique latine jusqu'en 1940, *Cahiers Léon Trotsky*, 11, pp.13-30.
- Grez Toso, S. (2015). Un episodio de las políticas del "Tercer período" de la Internacional comunista: elecciones presidenciales en Chile, 1931. *Historia*, 48, II, julio-diciembre, pp. 465-503.
- Jobet, J.C. (1971) *El Partido Socialista de Chile*. PLA.
- Laferte, E. (1961) *La vida del comunista*, Moscú, Izdatelstvo politicheskoy literatury, 1961. (Лаферте, Элиас, Жизнь коммуниста, М., Издательство политической литературы)
- Marie, J.-J. (1975). *El trotskismo*, Península.
- Miranda, N. (2000). *Contribución para una historia del trotskismo chileno. 1924-1964*, Clase contra Clase.
- Pérez Ibaceta, C. (2000) ¿En defensa de la revolución?: la expulsión de la "Izquierda Comunista", 1928-1936". En M. Loyola y J. Rojas (comps.), *Por un rojo amanecer: hacia una historia de los comunistas chilenos*, Valus, pp. 155-188.
- Renton, D. (2004), *Dissident marxism. Past voice for present time*. Zed.
- Rojas Flores, J. (1993). *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931)*. DIBAM.
- Salgado Muñoz, A. (2016). Noveno congreso nacional del Partido comunista

- de Chile (1933): nómina de los asistentes. *Cuadernos de historia*. 45, diciembre, pp. 195-206.
- Trotsky, L. (2008). *El Programa de Transición y la fundación de la IV Internacional*, G. Liszt (comp.), IPS-CEIP.
- Trotsky, L. (1972). *Writings of Leon Trotsky, 1932-1933*. Pathfinder.
- Ulianova, O. (2008). La crisis y las ilusiones revolucionarias. El Partido Comunista de Chile y la Komintern: de la República Socialista a la condena del recabarrenismo. *Latinoamerikansky istoricheskiy almanakh*, nº 8, pp. 178-215. (Ульянова, Ольга, “Революционный кризис и революционные иллюзии. Компартия Чили и Коминтерн: от Социалистической республики к осуждению «рекабарренизма»”, *Латиноамериканский исторический альманах*, nº 8)
- Ulianova, O. (2000). La figura de Manuel Hidalgo a través de los archivos de la Internacional Comunista, *Por un rojo amanecer: hacia una historia de los comunistas chilenos*. En M. Loyola y J. Rojas (comps.), *Por un rojo amanecer: hacia una historia de los comunistas chilenos*, Valus, pp. 189-212.
- Ulianova, O., y Riquelme, A. (eds.) (2005). *Chile en los archivos soviéticos, 1922-1991*. Tomo 1: Komintern y Chile, 1922-1931, DIBAM.
- Urtubia Odekerken, X. (2016). *Hegemonía y cultura política en el Partido Comunista de Chile: la transformación del militante tradicional, 1924-1933*, Ariadna.
- Le Blanc, P. et al. (2018). *US Trotskyism, 1928-1965, Part I. Emergence, Left Opposition in the United States, Dissident Marxism in the United States*, Brill.
- Valenzuela, H. (1982). La première époque du trotskysme au Chili: la Gauche communiste. *Cahiers Léon Trotsky*, 11, pp. 41-54.
- Vega Jara, M. (2012). ¿Hidalguismo versus Laferttismo? Crisis y disputa por la representación del comunismo en Chile, 1929-1933. En O. Ulianova, M. Loyola y R. Álvarez (eds.). *1912-2012. Un siglo de los comunistas chilenos*. IDEA-USACH, pp. 97-114.
- Waiss, O. (1986). *Chile vivo. Memorias de un socialista, 1928-1970*, Centro de Estudios Salvador Allende.

Historia e historiografía del trotskismo brasileño

Carlos Prado y Marcio Lauria Monteiro

Universidade Federal Fluminense
Faculdade de Ciências Humanas da Universidade
Federal do Mato Grosso do Sul, Brasil
carlosprado1985@hotmail.com

Universidade Federal Fluminense - Brasil
marciolmonteiro@gmail.com

Título: Brazilian Trotskyism's History and Historiography

Resumen: El presente trabajo da cuenta del desarrollo histórico de los primeros treinta años del trotskismo en Brasil a la vez que analiza su producción historiográfica y los principales acervos documentales existentes.

Palabras clave: trotskismo – Cuarta Internacional – Brasil – historiografía

Abstract: This text presents a synthesis of the history of the first 30 years of Trotskyism in Brazil, together with a survey on the historiographic production about Brazilian Trotskyism and its main archives.

Keywords: trotskyism – Fourth International – Brazil – historiography

Recepción: 20 de julio de 2020. **Aceptación:** 25 de agosto de 2020

Los primeros treinta años del trotskismo en Brasil¹

La historia del trotskismo en Brasil comenzó con la interconexión de diversos conflictos internos dentro del Partido Comunista de Brasil (PCB), fundado en 1922, con la lucha de la Oposición de Izquierda Internacional (OII). Las primeras interpretaciones sobre los orígenes del trotskismo en este país señalan que las tesis opositoristas llegaron al país a través de la figura de Mário Pedrosa.² A mediados de 1927 este había sido enviado a la Escuela Leninista de Moscú pero, debido a una enfermedad, permaneció en Alemania, donde tuvo contacto con la OII.

Sin embargo, investigaciones más recientes, especialmente el trabajo de Marques Neto (1993), cuestionaron esta interpretación, argumentando que diversos comunistas brasileños acompañaban las disputas producidas dentro de la URSS y la Internacional Comunista (IC). Por otro lado, más allá de las cuestiones internacionales, varios militantes “ya acumulaban diferencias políticas de fondo con el incipiente núcleo del Partido” (Marques Neto, 1993, p. 22). Así, entre los años 1928 y 1929 surgieron numerosas polémicas dentro del PCB.

La primera divergencia, planteada por Rodolpho Coutinho,³ fue sobre la táctica de la alianza con el *tenentismo*.⁴ Pero también surgieron discusiones sobre el régimen interno y la política sindical. Estas discusiones, originadas alrededor de cuestiones nacionales pero también influenciadas por los debates internacionales, provocaron la primera escisión del PCB.

La *Carta Aberta* de Joaquim Barbosa, secretario sindical del parti-

1. Traducción: Lucas Duarte de Oliveira (Conicet-Cedinci), lucas.lado@gmail.com.

2. Periodista, abogado y, posteriormente, reconocido crítico de arte, se unió al PCB en 1926. Fue un importante dirigente de este partido y uno de los miembros más conocidos de la Oposición en Brasil.

3. Abogado y profesor, participó en la fundación del PCB y fue miembro suplente de su Comité Central. En 1925, fue el representante brasileño en el V Congreso de la Internacional Comunista y permaneció durante dos años en la Escuela Leninista para la formación de cuadros de Moscú. En 1928, se encontró entre los críticos del partido y acabó siendo expulsado.

4. El *tenentismo* fue un movimiento político y militar de jóvenes oficiales de bajo rango, tenientes y capitanes, durante la Primera República. En un escenario de creciente insatisfacción con las condiciones de las fuerzas armadas y con la política gubernamental de las oligarquías, impulsaron levantamientos militares dirigidos a implementar reformas económicas y sociales de inspiración positivista (una fuerte tradición entre los militares brasileños de entonces). El *Levante dos 18 do Forte*, en julio de 1922, en Copacabana, Río de Janeiro; el levantamiento de 1924, en São Paulo; y la Columna Prestes, que recorrió el interior de Brasil entre 1926 y 1928, fueron sus principales acciones.

do, publicada en 1928, evidencia el tenor de esas divergencias. Según Barbosa, los dirigentes comunistas, al controlar diversos sindicatos, comenzaron a utilizarlos para defender intereses político-partidarios dejando a estos órganos bajo su tutela. Los primeros en oponerse a esta práctica fueron João da Costa Pimenta, trabajador gráfico y secretario de la Federação Sindical Regional de Río de Janeiro, y el propio Barbosa. Ambos renunciaron a sus posiciones y denunciaron que el partido desvirtuaba la función de los sindicatos al transformarlos en órganos partidarios.

La disputa se amplió tras la publicación de la *Carta Aberta*. El 2 de mayo de 1928, la dirección del PCB recibió un documento firmado por 50 militantes que presentaba una serie de divergencias, especialmente contra el régimen interno. La crítica también involucraba la política de alianzas del partido al señalar que la “pequeña burguesía militar” (el *tenentismo*) no podría desempeñar ningún papel revolucionario.

La petición exigía además la convocatoria a una conferencia para debatir estas cuestiones y formar una nueva dirección del partido. Sin embargo, como destacaron Dulles (1973) y Marques Neto (1993), no había cohesión entre los opositoristas. Surgieron dos grupos: uno vinculado a Joaquim Barbosa, que mantuvo su crítica restringida a la cuestión sindical y adoptó una postura más economicista, y otro que amplió sus críticas acercándose a las tesis de la OII, especialmente mediante el contacto de alguno de sus miembros con Pedrosa.

Debido a las diferencias señaladas, estos militantes no formaron una organización inmediatamente después de romper con el PCB en 1928. No obstante, las discusiones entabladas entre ellos fueron fundamentales para el posterior surgimiento de la OII en Brasil. La escisión de ese año no fue el resultado directo de los debates soviéticos o de la toma de posición de los militantes brasileños en favor de Trotsky. Al principio, las diferencias parecen girar apenas en torno a problemas nacionales. Pero, como señalaron Marques Neto (1993) y Castro (1993), existe efectivamente una relación directa, ya que la interpretación de la teoría revolucionaria, la alianza con la pequeña burguesía y la burocratización del partido fueron temáticas que acercaron a los disidentes brasileños a las tesis opositoristas.

Mientras estuvo en Europa, Pedrosa mantuvo contacto con el grupo opositorista, especialmente con Lívio Xavier⁵ y Coutinho y, de regreso en Brasil, encontrándose con un núcleo disperso y sin perspectivas de organización, trató de reunirlos. La historiografía indicó que la actuación de Pedrosa fue fundamental para que los disidentes brasileños percibie-

5. Abogado y periodista, se unió al PCB en 1927 y, al año siguiente, fue uno de los firmantes del documento que exigió democracia interna, entre otras críticas.

ran que los conflictos en Brasil no expresaban cuestiones meramente nacionales, sino que evidenciaban una crisis mayor de los partidos comunistas, revelando el contexto internacional de degeneración burocrática. Así, a partir de la iniciativa de Pedrosa, en mayo de 1930, surgió, en la ciudad de Río de Janeiro, el Grupo Comunista Lenine (GCL).

Karepovs, Marques Neto y Löwy (1995) señalaron que la historia del movimiento trotskista brasileño, a partir de sus características y períodos, puede ser dividida en “cinco generaciones”. La primera es aquella que comprende a las organizaciones formadas entre 1930 y 1939 y tiene como representantes a Pedrosa, Xavier, Coutinho, Pimenta y Aristides Lobo,⁶ entre otros. Vale la pena señalar que la mayor parte de las investigaciones historiográficas en el campo del trotskismo brasileño tiene como objeto de investigación estas primeras organizaciones debido a la mayor disponibilidad de fuentes y al interés por los orígenes.

Antes de resaltar algunas características generales del GCL, es importante subrayar que la documentación sobre esta organización es bastante escasa. No se cuenta con actas, resoluciones u otros documentos que nos brinden información más precisa sobre su funcionamiento interno, sus miembros, etc. La principal fuente sobre el GCL es el periódico *A Luta de Classe*, que versaba sobre temas táctico-estratégicos, político-ideológicos y teóricos.

De inmediato, el GCL estableció contacto con el Secretariado Provisorio de la OII y se presentó como una “fracción externa” del PCB. Destacando el contexto internacional, el GCL se reivindicó “bolchevique-leninista” presentándose como un “núcleo de resistencia a la degeneración burocrático-ideológica” de la IC.⁷

No obstante, como señalaron Karepovs, Marques Neto y Löwy (1995), el carácter de fracción se reveló demasiado problemático. De hecho, la organización terminó desarrollando un accionar ambiguo. Si, por un lado, los opositores terminaron presentando una política autónoma, diferenciada del PCB y por fuera del mismo; por otro lado, no convocaron a quienes permanecían en las filas comunistas al abandono del partido. Por el contrario, afirmaron la necesidad de que los descontentos permanecieran para luchar contra la dirección que se burocratizaba.

La organización del movimiento obrero y de los sindicatos fueron cuestiones centrales en la actuación del GCL. Prado (2019) argumenta

6. Profesor, ingresó en el PCB en 1923 y fue candidato a diputado por el Bloco Operário Camponês en 1928. En 1930, se exilió en Uruguay, donde mantuvo contacto con Luiz Carlos Prestes. Al regresar a Brasil, fue expulsado del PCB y se unió a la Oposición en 1931, convirtiéndose en Secretario General de la Liga Comunista, sucesora del GCL.

7. Grupo Comunista Lenine, “Nossa tática para o com o Partido”, *A Luta de Classe*, nº 1, junio de 1930, Río de Janeiro, p. 1.

que los opositores reanudaron la polémica interna de 1928 y afirmaron que los sindicatos, como organizaciones de masas, no deberían ser sometidos a la jerarquía de un partido de vanguardia. Los sindicatos fueron entendidos como organizaciones de frente único, en los que las demandas económicas de los trabajadores deberían priorizarse por encima de cualquier interés político-partidario.

Otro aspecto importante señalado por Castro (1993; 1998; 2000) es que la OII en Brasil reunió a los cuadros comunistas con mejor formación teórica. Sus principales dirigentes, Pedrosa, Xavier, Coutinho y Lobo, algunos de ellos provenientes de familias acomodadas, eran intelectuales con formación académica y dominio de idiomas extranjeros. Así, este grupo, además de trabajar en los sindicatos, contribuyó al avance del análisis de la estructura social brasileña, a partir del cual construyeron una propuesta política alternativa. En simultáneo, otra contribución fue el esfuerzo realizado en la traducción y difusión pionera de obras de Marx, Engels, Lenin y Trotsky (muchas de ellas traducidas por Xavier), publicadas por Editora Unitas (del también miembro Salvador Pintaúde).

En diciembre de 1930, ocho meses después de su fundación, el GCL ya expresaba cierto desgaste, con dificultades de comunicación y organización, como lo demuestra la correspondencia entre algunos de sus miembros.⁸ Se suma a ello la enfermedad y el alejamiento de Pedrosa y Xavier, lo que causó que el grupo prácticamente terminara sus actividades.

No obstante, los opositores lograron superar las dificultades y reagruparse en una nueva organización. El 21 de enero de 1931 se desarrolló en San Pablo la primera reunión de la Liga Comunista - Oposición de Izquierda (LC). En comparación con el GCL, el estudio de la LC tiene la ventaja de presentar un número mucho más significativo de fuentes. Además del mayor número de ediciones de *A Luta de Classe*, que el grupo siguió publicando, se conservaron otros documentos, lo que permite una investigación más minuciosa sobre su estructura, accionar y debates internos.

La historiografía resaltó que una de las principales contribuciones de los trotskistas en este período fue la publicación del artículo titulado "Esbozo de análisis de la situación económica y social en Brasil".⁹ Del Roio (1990, p. 171) lo considera "la más consistente reflexión desde el punto de vista marxista sobre la formación social brasileña" de ese pe-

8. Carta de Mário Pedrosa a Lívio Xavier, 8 de diciembre de 1930, Río de Janeiro, en Marques Neto (1993, p. 332).

9. Firmado por M. Camboa (Mário Pedrosa) y L. Lyon (Lívio Xavier), "Esboço de uma análise sobre a situação brasileira", *A Luta de Classe*, año 2, n° 6, Río de Janeiro, febrero-marzo de 1931.

riodo y, según Ferreira (1989), se trata de uno de los principales textos producidos por el pensamiento marxista en la década de 1930. Consistió en un análisis original del desarrollo económico brasileño desde la colonia hasta el ascenso de Getúlio Vargas.

Para Pedrosa y Xavier, la Revolución de 1930 no había representado el ascenso de la burguesía industrial por sobre los cafetaleros. A diferencia de la concepción del PCB según la cual existía un conflicto entre el campo (feudal y agrario) y la ciudad (burguesa e industrial),¹⁰ la LC analizó el golpe de Vargas como un “acuerdo general”, una “última forma conciliatoria”, entre las más diversas fracciones burguesas a fin de reorganizar las bases del desarrollo capitalista. Destacaron el carácter bonapartista del proceso, toda vez que la burguesía y el proletariado se mostraban incapaces de tomar el Estado y dirigirlo directamente.

La historiografía señaló que esta interpretación tuvo repercusiones en los análisis académicos. Silva (2002) destacó que la clásica interpretación de Boris Fausto, en *A revolução de 1930*, era bastante cercana a aquella desarrollada por los opositores. Demier (2008) presentó la tesis de que el concepto de bonapartismo, desarrollado en este momento por la LC, se convirtió posteriormente en un concepto clave para la investigación de la sociedad brasileña a partir de 1930, siendo la base del concepto de populismo utilizado por Francisco Weffort y Octavio Ianni, además de haber tenido influencia también en la obra de Florestan Fernandes (militante trotskista en la década de 1940).

Frente al gobierno provisional de Vargas, la LC se posicionó en favor de la convocatoria de una Asamblea Nacional Constituyente. Autores como Castro (1993), Coggiola (2003) y Almeida (2003) enfatizaron que, a diferencia de la dirección del PCB, los opositores entendían que esta lucha se presentaba como la cuestión más inmediata, ya que el gobierno de Vargas era ejercido, desde octubre de 1930, de manera discrecional. Así, veían como una tarea fundamental recuperar los derechos esenciales y defendían una Asamblea Constituyente lo más

10. La tesis fundamental, defendida por el PCB y elaborada por Octávio Brandão en 1924, esgrimía que Brasil se caracterizaba por una oposición entre los intereses de los productores de café y la burguesía industrial. De un lado, una economía agraria-feudal, basada en el latifundio y la servidumbre y, por otro, una economía urbano-industrial fundada en la producción en serie y el trabajo asalariado. Así, a partir de una interpretación dualista de la estructura económica brasileña, Brandão desarrolló una visión esquemática y etapista de la historia. La estrategia derivada de esta conclusión visaba la realización de una “revolución democrático-burguesa”, para posteriormente construir el socialismo. Esta teoría es similar a la que la IC comenzó a difundir a partir del V Congreso en 1925.

democrática posible, con plenos poderes, representación directa de los trabajadores y voto directo.¹¹

En 1933 se produjeron cambios sustanciales motivados por el escenario internacional. El ascenso de Hitler en Alemania llevó a la OII a discutir si seguir siendo una fracción o si, por el contrario, era hora de crear nuevos partidos en la perspectiva de la construcción de una nueva Internacional. Este debate también fue librado entre los brasileños que, en acuerdo con la Conferencia Internacional, decretaron la bancarrota de la IC y del PCUS. Rebautizada Liga Comunista Internacionalista (LCI), la organización, como observan Karepovs, Marques Neto y Löwy (1995), ganó mayor autonomía y pudo presentarse como postulante a nueva dirección de la clase obrera brasileña.

Es necesario destacar que, en 1934, la LCI promovió y participó en varios frentes. Entre estas iniciativas se destacó el Frente Único Antifascista (FUA), una organización que, según Castro (1998), contó con diversas asociaciones obreras y desempeñó un papel importante en la agitación y la propaganda de combate a las fuerzas de la fascista Ação Integralista Brasileira (AIB). En el FUA los trotskistas contribuyeron con la publicación del periódico *O Homem Livre*, que buscaba denunciar el avance del fascismo, y participaron activamente en la contramanifestación de octubre de 1934, un episodio conocido como “*Revoada dos Galinhas Verdes*”, en el que la acción coordinada de diversas fuerzas obreras dispersó el acto público más masivo realizado por la AIB.

En 1935 la LCI también acompañó la fundación y el desarrollo de la Aliança Nacional Libertadora (ANL)¹² y presentó una serie de críticas. Almeida (2003) destaca que los trotskistas caracterizaron a la ANL como una versión brasileña de la política del frente popular, es decir, una organización que aglutinaba a todos aquellos que se opusieran al fascismo, independientemente de las posiciones político-ideológicas y el carácter de clase. Para la LCI, la ANL era una reproducción artificial del Kuomintang y un retorno a la política que culminó con el fracaso de la Revolución China.¹³

Durante este período, la LCI enfrentó una crisis interna debido a

11. Liga Comunista, “A palavra de ordem da constituinte”, *A Luta de Classe*, año II, n° 6, febrero-marzo de 1931, Río de Janeiro, p. 1.

12. ANL fue un frente amplio compuesto por diversos sectores y organizaciones sociales. Fundado en marzo de 1935, la organización tuvo a Luiz Carlos Prestes como presidente de honor y fue apoyada por sectores liberales burgueses y por los “tenientes” opuestos a Vargas. Su objetivo era reunir a todos los grupos contrarios al gobierno y al integralismo. De este modo, se proclamaba antifascista y antiimperialista. Sin embargo, tuvo una breve actuación legal, finalizada el 5 de julio de 1935 por la Lei de Segurança Nacional. En la clandestinidad, la ANL quedó subsumida al PCB.

13. Liga Comunista Internacionalista, “A Aliança Nacional Libertadora e a confusão

la controversia en torno a la política de “entrismo” en el Partido Socialista francés. Entre los opositores brasileños, el llamado “*tournant* francés” promovió acaloradas discusiones, de las cuales surgieron dos grupos: por un lado, el ala que aprobó la táctica dirigida por Mário Pedrosa, Hilcar Leite y Fúlvio Abramo. Por otro, el grupo que combatió esta política, conocido como “Fernando-Alves”, que reunió a Aristides Lobo (Fernando), Víctor de Azevedo Pinheiro (Alves) y João Matheus. El grupo de Pedrosa obtuvo el apoyo del SI y culminó con la expulsión de aquellos que se reunían alrededor de Lobo. Esta escisión puso fin a un período de relativo crecimiento de la LCI, allanando el camino para su declive.

A la crisis interna se sumó el recrudecimiento de la represión estatal. A partir de los levantamientos fallidos de la ANL en Natal, Recife y Río de Janeiro,¹⁴ Vargas instauró el estado de sitio y lanzó una feroz represión. De esta manera, la LCI empezó 1936 con sus fuerzas limitadas, pero siguió actuando en la clandestinidad. En *A Luta de Classe*, señalaron que la pelea a partir de las fábricas y la organización de un fuerte movimiento huelguista era la única forma de resistencia capaz de “atravesar los gruesos muros de la reacción y hacerse escuchar en todo Brasil”.¹⁵

La última edición de *A Luta de Classe*, como órgano oficial de la LCI, fue publicada en noviembre de 1936. Después de esa edición, la organización puso fin a sus actividades, pero algunos remanentes, incluidos Pedrosa, Leite y Abramo, se mantuvieron organizados y formaron el Grupo Bolchevique-Leninista (GBL). Este se fusionó con la Oposição Classista del PCB, expulsada por criticar la insurrección de la ANL. Entre sus miembros se destacan el periodista Barreto Leite Filho, el trabajador bancario Augusto Besouchet y el médico Febus Gikovate. La fusión, articulada en una cárcel, tuvo lugar el 3 de enero de 1937 en la ciudad de Río de Janeiro, creando el Partido Obrero Leninista (POL).

El documento fundador del POL, titulado “Las tareas revolucionarias del proletariado y el nuevo reagrupamiento de la vanguardia” (en Abramo y Karepovs, 2015, pp. 280-291), presentó una reevaluación del escenario político-económico brasileño. Partiendo de la derrota del levantamiento de la ANL, los trotskistas señalaron sus lecciones y reafirmaron sus críticas a la actuación del PCB y a la IC burocratizada.

do movimento operário”, *A Luta de Classe*, año V, nº 25, 25 de junio de 1935, Juiz de Fora, p. 1.

14. Después de ser ilegalizada, la ANL comenzó a preparar la lucha armada para la toma del poder. Sin trabajo de propaganda en fábricas o sindicatos, apostó por el apoyo de los militares disidentes, leales a Prestes. Sin embargo, los levantamientos ocurrieron de manera apresurada siendo rápidamente reprimidos.

15. Georges [Mário Pedrosa], “A luta pelas liberdades democráticas”, *A Luta de Classe*, nº 1, junio de 1936, Río de Janeiro, p. 1.

En junio de 1937 el Comité Provisional del POL aprobó un documento que reanudaba y ampliaba la discusión sobre la estructura político-económica nacional, firmado por Pedrosa e intitulado “La situación nacional” (en Abramo y Karepovs, 2015, pp. 292-334). En términos económicos, se llamó la atención sobre los problemas del desarrollo desigual del capitalismo en Brasil, dificultando la expansión del mercado interno, al mismo tiempo que producía un crecimiento industrial basado en la sobreexplotación del proletariado. En cuanto al escenario político, se destacó la expansión de la centralización y el papel decisivo del Estado en los países dependientes, así como la fragilidad de la democracia burguesa y el creciente avance del integralismo, configurando un “fascismo colonial”.

El 10 de noviembre Vargas instauró el Estado Novo, la dictadura se consolidó y, ante la nueva oleada represiva, el POL tuvo mucha dificultad para mantener sus actividades clandestinas. Sin periodicidad, los trotskistas continuaron con la publicación de *A Luta de Classe*, de los *Boletins de Informações Internacionais* y editaron la revista *Sob Nova Bandeira*. Después del golpe, Pedrosa se exilió en Francia, donde participó, en 1938, del congreso de fundación de la IV Internacional, como representante de los grupos latinoamericanos siendo elegido miembro de su Comité Ejecutivo (bajo el seudónimo “Lebrun”).

En Brasil, el destino del POL se vinculó a una nueva escisión en las filas del PCB que, como relatan Karepovs (2003) y Dulles (1973), experimentó una profunda crisis en ese período. Después del arresto de Prestes en marzo de 1936, el CC fue reorganizado bajo el liderazgo de Bangu (Lauro Reginaldo da Rocha) pero, durante los debates sobre las elecciones presidenciales previstas para principios de 1938, surgió un grupo opositor a partir del Comité Regional de São Paulo (CR-SP), bajo la dirección de Hermínio Sacchetta.

Al igual que los trotskistas, este grupo lanzó críticas a la dirección del PCB por la orientación de apoyar la candidatura burguesa de José Américo a la presidencia (inicialmente, el candidato de Vargas). Las críticas del CR-SP también se dirigían al papel hegemónico atribuido por el PCB a la burguesía nacional en la “revolución democrática” a la que aspiraba. Sacchetta logró seguidores pero Bangu reaccionó y articuló el apoyo de importantes liderazgos regionales y de la dirección de la IC.

Una parte se reconcilió con Bangu mientras los otros fueron acusados de “fraccionalismo” y expulsados del partido en noviembre de 1937. Sacchetta y los demás separados formaron, a finales de 1937, el Comité Pró-Reagrupamento da Vanguardia Revolucionária do Brasil. De acuerdo con Rossignoli (2018), el POL buscó acercarse a esta disidencia a través de un diálogo crítico y, gradualmente, lograron su adhesión a las tesis trotskistas. En abril de 1939 se desarrolló una pre-conferencia

entre el POL y el grupo, que manifestó la disposición para una fusión, concretada finalmente en agosto, con la fundación del Partido Socialista Revolucionario (PSR).

En 1939, Pedrosa siguió de cerca los debates sobre la URSS en el seno de la IV Internacional. Incluso después de revelado el pacto de no agresión firmado por Hitler y Stalin, Trotsky reafirmó su posición de que era un deber de los militantes opositores mantener la política de defensa incondicional de la URSS. En desacuerdo con esta posición, Max Shachtman, miembro de la sección estadounidense y de la dirección internacional, rompió con el trotskismo. Pedrosa se posicionó a su favor y también se hizo a un lado, dejando el PSR sin contacto con la Internacional. De regreso a Brasil, trató de organizar otro grupo socialista, sin filiación trotskista, alrededor del periódico *Vanguarda Socialista* dentro del Partido Socialista Brasileiro (PSB).

Después de publicar algunas ediciones de *A Luta de Classe*, el PSR adoptó nuevos periódicos (*Luta Proletária* y *Orientação Socialista*). Centrado en São Paulo, actuó entre los trabajadores gráficos, periodistas y vidrieros. Es de destacar que la organización tuvo como uno de sus miembros al intelectual marxista Florestan Fernandes. Otra integrante reconocida fue la periodista y artista Patrícia Galvão (“Pagu”), originaria del grupo de Sacchetta en el PCB.

El PSR existió hasta los inicios de la década de 1950, cuando se disolvió, sin causas específicas claras. Se especula que se debió a divergencias en torno a las tesis “pablistas” aprobadas por el III Congreso Mundial, en 1951, y al debate en torno a la caracterización de la URSS. Parte de sus miembros, incluyendo a Sacchetta, fundó la Liga Socialista Independiente (LSI), autodenominada “luxemburguista”, luego disuelta en 1961 para conformar la POLOP (Organização Revolucionária Marxista – Política Operária).

La siguiente organización que reivindicó al trotskismo en Brasil fue el Partido Operário Revolucionário (POR), fundado en 1952, por iniciativa de Guillermo Almeyra, un enviado del Buró Latinoamericano de la Cuarta Internacional (BLA, dirigido por el argentino J. Posadas), quien reagrupó a algunos ex miembros del PSR y del PSB. Tras la ruptura de Posadas con la Cuarta Internacional (“Secretariado Internacional”) en 1962, el POR permaneció alineado con él y sus seguidores.

Inicialmente concentrado en São Paulo, con la publicación del periódico *Frente Operária*, el POR logró expandirse hacia otros estados del país a lo largo de las décadas de 1950 y 1960 y desarrollar actividades en las Fuerzas Armadas y en las zonas rurales, pero pasó por dificultades tras el golpe de 1964, dada la represión y las escisiones, perdiendo fuerza. Entre 1954 y 1963, siguiendo las orientaciones de las tesis “pablistas” del III y IV congresos mundiales de la Cuarta Internacional

(1951 y 1954, respectivamente), esta organización realizó “entrismo” en el PCB, en el PCdoB (esta experiencia fracasó rápidamente) y en las filas nacionalistas influenciadas por Leonel Brizola. A diferencia de sus predecesores, llegó a defender el voto a un político burgués, el futuro presidente Jânio Quadros, en el momento de su candidatura para alcalde de São Paulo (1953), a pesar de haber criticado duramente el apoyo del PCB a la candidatura a la presidencia de Juscelino Kubitschek en 1950, defendiendo el voto nulo (como haría en 1960).

De las filas de este partido participaron activistas que luego serían académicos importantes como los hermanos Ruy y Boris Fausto, Leôncio Martins Rodrigues y Maria Hermínia Tavares de Almeida, además de haber sido cercanos a la organización (o bien, a algunos de sus miembros) figuras como Paul Singer, Emir Sader, Francisco Weffort, Fernando Henrique Cardoso y Octavio Ianni, algunos de los cuales participaron en el Círculo Karl Marx, un grupo de estudio organizado por el POR.

A partir de los años 1970, surgieron nuevos grupos asociados a algunas de las principales vertientes del movimiento trotskista internacional de ese momento, en particular, la Organização Socialista Internacionalista/O Trabalho (OSI/OT), Democracia Socialista (DS) y Convergência Socialista (CS). Dichas organizaciones alcanzaron, una década después, un impacto mucho mayor que sus precursoras y, a la vez, se hallan en los orígenes de la mayor parte de los grupos que existen en la actualidad.

La historiografía académica del trotskismo brasileño y la conservación de sus fuentes

El GCL, la LC y la LCI son las organizaciones del trotskismo brasileño más estudiadas. También se han realizado algunos trabajos sobre el POL y el PSR pero en menor cantidad y profundidad dada la escasez de fuentes. También existe una escasa producción sobre el POR más allá de un estudio en profundidad sobre su experiencia. Sobre las organizaciones surgidas en los años 70, existe un mayor número de trabajos centrados en sus orígenes.

A la vez, se cuenta con una cierta cantidad de síntesis panorámicas, la mayoría enfocadas en los años 1920-1930 que proporcionan informaciones básicas acerca de los orígenes y las trayectorias políticas de las organizaciones, destacando sus principales miembros, sus documentos y los logros más importantes. En ellas no hay, por lo tanto, demasiada información sobre su actuación pública y su composición social o la historia de sus miembros de base.

Entre estas obras, son recomendables aquellas publicadas en la colección *História do marxismo no Brasil*, escritas por Dainis Karepovs y José Castilho de Marques Neto (2002), que abarcan el periodo 1930-

1966 (se trata de dos de los principales especialistas en las primeras organizaciones trotskistas brasileñas) y por Karepovs y Murilo Leal (2007), cubriendo el período 1966-2000. Ambos textos se basan en la bibliografía especializada disponible hasta su publicación y en algunos de los documentos de los grupos abordados. Se trata de un punto de partida para quienes desean conocer la historia de tales grupos en líneas generales.

En la misma colección se cuenta también con una introducción a la influencia del pensamiento de León Trotsky en Brasil y a la primera generación del trotskismo brasileño, escrita por Karepovs y Marques Neto junto con Michael Löwy (1995).

Con respecto a los trabajos de investigación-académicos, los primeros en abordar el trotskismo brasileño fueron autores mayoritariamente extranjeros. Este es el caso de las obras de los años 70 escritas por los “brasilianistas” (académicos estadounidenses que investigaban temas relacionados con Brasil en la época de la dictadura militar de los años 1960-1980) John Foster Dulles (1973, basado en materiales obtenidos de Edgard Leuenroth) y Ronald Chilcote (1982 [1974]), que estudiaron el movimiento obrero y las organizaciones de la izquierda brasileña. También se encuentra el trabajo del brasileño Edgard Carone (1974, basado en materiales obtenidos de Lívio Xavier), en un estilo similar. Unos años más tarde, Dulles (1985) y Carone (1985) editaron nuevos estudios basados en la documentación de Herminio Sacchetta.

Aunque contienen información básica sobre las organizaciones trotskistas brasileñas en las décadas de 1930 y 1940, como sus orígenes y miembros destacados, no existe en ellos profundización. El foco de estos investigadores se hallaba en el PCB y en las organizaciones sindicales, por lo que los trotskistas no recibieron primordial atención.

En la década de 1970, la obra de Robert Alexander (1973) sobre el trotskismo en América Latina fue la primera que prestó mayor atención al caso brasileño. Aunque marcado por la superficialidad y el carácter esencialmente descriptivo, reveló mayor información basándose en testimonios de militantes (recopilados veinte años antes para la preparación de otro libro). Posteriormente, dicho material fue incluido en su obra sobre el movimiento trotskista internacional y, en el caso de la sección sobre Brasil, pasó por correcciones y se expandió para abarcar hasta principios de los años 80. Esta obra es, incluso en la actualidad, el estudio más extensivo sobre el movimiento trotskista internacional, aunque igualmente superficial y descriptivo (Alexander, 1991).

A finales de la década del 70 y principios de los 80, los nuevos grupos trotskistas (OT, DS y CS) publicaron, en sus periódicos, artículos y entrevistas con veteranos de las primeras organizaciones con la intención de presentarse como parte de su tradición (un listado de estos artículos

en Karepovs, 2005, nota 27). A pesar del carácter instrumental de estos materiales, ayudaron de manera importante a recuperar la historia del trotskismo brasileño.

Años más tarde Pierre Broué escribió un artículo de síntesis sobre el trotskismo en América Latina, cubriendo hasta 1940. En él planteó algunas informaciones adicionales sobre el caso brasileño y, en particular, sobre sus orígenes. Publicado en los *Cahiers Léon Trotsky* (nº 11, septiembre de 1982), fue posteriormente traducido al portugués.

Fue en los años 80, a partir del final de la dictadura, que la historia del trotskismo brasileño ganó cierto impulso en el país, a través de la publicación, como parte de la colección “Tudo é História”, de Editora Brasiliense (cofundada por Caio Prado Jr.), del pequeño libro *El trotskismo en América Latina*, de Osvaldo Coggiola (1984), que contiene una breve sección dedicada a las organizaciones de la primera generación del trotskismo brasileño. Dos años después fue publicado, como parte de la colección “Primeiros Passos”, también de Brasiliense, “¿Qué es el trotskismo?”, de José Roberto Campos (1986).

Más destacada fue la colección de documentos del GCL y la LC (abarcando el período 1928-1933), publicada en 1987, también por Brasiliense, y organizada por Karepovs y un miembro fundamental de estas organizaciones, Fúlvio Abramo, titulada *Na contracorrente da História*. En 2015 se publicó una versión ampliada de dicha colección, incorporando textos originalmente pensados para un segundo volumen (Abramo y Karepovs, 2015). Se trata de un material importante para aquellos interesados en la primera generación del trotskismo brasileño. Además de los documentos, contiene textos introductorios de Broué (sobre el trotskismo internacional) y Abramo (sobre la Oposición de Izquierda brasileña).¹⁶

En los años siguientes, especialmente a lo largo de la década del 90, fueron desarrolladas investigaciones académicas que trataron con mayor profundidad el trotskismo brasileño. Incluso antes de la publicación de dicha colección, se produjo lo que parece ser el primer trabajo académico desarrollado por un brasileño sobre el tema, la tesis de maestría de Pedro Roberto Ferreira, defendida en 1985, en la Pontificia Universidade Católica de São Paulo, bajo la dirección de Maurício Tragtenberg, quien actuó en la LSI. Se trata de un análisis de la prensa del PSR en el período 1946-1948 (Ferreira, 1989). A pesar de la limitación del enfoque y del marco temporal, es una contribución pionera, que sigue siendo el principal trabajo sobre esta organización.

En el pasaje de la década del 80 hacia los años 90, algunos estudios

16. Este último está disponible online, en <https://www.marxists.org/portugues/abramo/ano/mes/oposicao.htm> (acceso: 26 de noviembre de 2019).

preliminares fueron publicados por la revista *Estudos del Centro de Estudos do Terceiro Mundo*, de la Universidade de São Paulo (USP), dirigida por Coggiola (un listado de esos trabajos en Karepovs, 2005, nota 24).

Ya en los años 90, una serie de trabajos abordaron la Oposición de Izquierda brasileña, en gran parte a partir de los archivos de Leuenroth y Xavier. El primero fue desarrollado por Marques Neto (1993) en su doctorado en la USP, sobre la figura de Mário Pedrosa y los primeros años del trotskismo brasileño (1928-1931). Para ello utilizó documentos de las primeras organizaciones y la correspondencia de Pedrosa con otros cuadros de la primera generación, revelando mayor información a pesar de su recorte cronológico limitado. Defendida en 1992, la tesis fue publicada al año siguiente.

También en 1992, Ricardo Figueiredo de Castro defendió, en la Universidade Federal Fluminense (UFF), su tesis de maestría dedicada a la “teoría y praxis” de la Oposición de Izquierda brasileña (1928-1934). En ella utiliza algunas fuentes diferentes a las de Marques Neto y avanza más en el tiempo hasta el abandono de la condición de “fracción externa” del PCB por parte de la LC. Posteriormente, en su tesis doctoral (Castro, 1998), abordó con más detalle los análisis de la LC y la LCI acerca del fascismo en Brasil (especialmente la entonces ascendente Acción Integralista Brasileña de Plínio Salgado) y su accionar en la búsqueda de un Frente Único Antifascista.

Si los trabajos de Marques Neto y Castro enfocaron la época de la Oposición de Izquierda, Karepovs, con su tesis de maestría, defendida en 1996 en la USP, avanzó unos pasos más en la historia del trotskismo brasileño, al estudiar los embates del grupo Sacchetta al interior del PCB entre 1937-1938 (Karepovs, 2003). Más recientemente, Karepovs (2017) publicó una biografía de Pedrosa que abarca los años 1920-1980, incluyendo su período de militancia trotskista.

Aún en la década de 1990, Murilo Leal defendió, en 1997, en la USP, su tesis de maestría sobre el POR, que abarca el período 1952-1956. Basada en un análisis de extensa documentación, que incluye entrevistas con ex miembros de la organización, consiste en uno de los estudios más completos sobre una organización trotskista brasileña (Leal, 2004).

Otros dos trabajos importantes fueron producidos en la década de 1990. Por un lado, la tesis de *Livre Docência*¹⁷ de Alzira Lobo de Arruda Campos (Campos, 1998), presentada en la Universidade Estadual Paulista de Franca en 1998, sobre la vida de los disidentes comunistas en São Paulo entre los años 1930-1936, años formativos del

17. N.T.: Titulación posdoctoral expedida por algunas universidades brasileñas, mediante concurso público y presentación de tesis, a investigadores de reconocida trayectoria académica.

trotskismo brasileño. A pesar de retomar el objeto de Marques Neto y Castro, trabaja con fuentes alternativas, especialmente las obtenidas en los archivos de las agencias estatales de represión de São Paulo de la época, el DEOPSISP, aunque se presentan errores resultantes de la reproducción acrítica de tales insumos. Por otro lado, la tesis de maestría de Angelo José da Silva, presentada en 1996 en la Universidade Estadual de Campinas, acerca del análisis del PCB y los trotskistas sobre el golpe que condujo a Vargas al poder en 1930 y su régimen político (libro: Silva, 2002).

En las primeras décadas del siglo XXI, la Oposición de Izquierda brasileña continuó siendo abordada a través de la tesis de maestría de Miguel Tavares de Almeida (2003) en la que se aborda el período 1930-1935, destacando la percepción de los trotskistas sobre la ANL. También de la tesis de maestría de Roberto Borges Lisboa (2014) acerca de la prensa de los grupos de los años 30, con énfasis en los análisis de la realidad brasileña y las estrategias para una revolución socialista en el país. Se destaca también la tesis doctoral de Carlos Prado (2019) acerca de los debates sobre la actividad sindical en el seno del PCB, en donde se hallan los orígenes del GCL-LC, como así también entre los trotskistas de estas organizaciones, un aspecto importante que da cuenta de la inserción de estos grupos en el proletariado.

Por lo tanto, actualmente se dispone de un rico panorama de los primeros años del trotskismo brasileño. A principios de los años 2000, una edición de la revista del archivo Edgard Leuenroth, *Cadernos AEL* (v. 12, n° 22-23, 2005), dedicada al trotskismo, compiló parte de esta producción, contando con artículos de síntesis escritos por algunos de los investigadores mencionados anteriormente, además de un balance de la bibliografía de Trotsky disponible en portugués y un comentario sobre materiales relacionados al trotskismo brasileño archivados en el AEL.

Tal vez como un reflejo de esta acumulación ya considerable acerca de la Oposición de Izquierda brasileña y su sucesora inmediata, la LCI, en los años 2000 y 2010 comenzaron a desarrollarse los primeros trabajos académicos sobre organizaciones surgidas en los años 70. Son los casos de las tesis de maestría de Marcos Moutta de Farias (2005) sobre los orígenes de la CS, de Vitor Amorim de Angelo sobre los orígenes de DS (Angelo, 2008), y de Vinicius Almeida Ribeiro de Miranda (2014) sobre la actuación de CS y DS entre 1978-1992, al interior del Partido de los Trabajadores (PT).

Este es también el caso de la tesis de maestría de Tiago de Oliveira (2013) sobre la formación de la OSI (entre 1968-1973) y su posterior tesis doctoral acerca de cómo las nacientes organizaciones trotskistas, que luego darían origen a los grupos OT, DS y CS, analizaron el régimen

dictatorial instalado en el país y qué líneas de actuación describieron bajo tales condiciones durante el período 1968-1973 (Oliveira, 2018).

Junto a estos estudios más amplios, se realizaron también algunos trabajos con un enfoque más específico, como la tesis de maestría de Felipe Demier (2008) acerca de la influencia del pensamiento de Trotsky sobre una parte importante de la intelectualidad brasileña, en las décadas de 1960 y 1970, como crítica a las tesis mecanicistas propagadas por el PCB sobre la realidad social del país.

Con un enfoque más específico, se dispone de la tesis de maestría de Edmar Almeida de Macedo (2011) sobre cómo la OSI y la DS abordaron los problemas de construcción de un partido político y el papel de los sindicatos. Vale la pena destacar que es uno de los pocos trabajos, además de los dedicados a la Oposición de Izquierda, en brindar mayor espacio al ámbito internacional en el que se insertó el grupo estudiado. Por su parte, se encuentra el libro de Teones França (2015) sobre el impacto del colapso del “bloque soviético” en algunos sectores de la izquierda brasileña entre los cuales se abordan, aunque brevemente, la DS y la CS.

Otros estudios sobre las organizaciones surgidas en los años 70 que ganaron fuerza en las dos décadas siguientes se encuentran actualmente en desarrollo. De modo que este período reciente resulta cada vez más abordado a través de investigaciones que se basan en extensa documentación, en especial los periódicos y documentos internos de los grupos en cuestión, fuentes producidas por los aparatos represivos del período dictatorial y testimonios orales.

No obstante, los grupos que sucedieron a la primera generación del trotskismo brasileño no quedaron excluidos pese a la menor atención recibida. En 2018 Icaro Rossignoli (2018) llevó a cabo un trabajo sobre el POL, centrado en las tácticas de reagrupamiento de la organización (que culminaron con la formación del PSR). Henrique de Bem Lignani se encuentra profundizando la deriva del PSR (Lignani, 2019).

Existen algunos trabajos más recientes que buscan un análisis regional, corriéndose del eje Rio de Janeiro – São Paulo, lo que permite una visión más ajustada de la composición y la actuación de los distintos grupos. Es el caso de la tesis de maestría de José Gallindo, presentada en la Universidade Federal de Pernambuco, acerca del accionar rural del POR en aquella provincia. Ella se enfoca en la figura de José Roberto Pinto (“Jeremias”), asesinado por latifundistas en 1963, debido a su actividad en el sindicato de los trabajadores rurales de la ciudad de Itambém, en un contexto de crecimiento de las luchas y organizaciones en el campo (Gallindo, 2013). También se cuenta con la tesis de Andreyson Silva Mariano (2011) acerca de la actuación de diferentes grupos trotskistas en la ciudad de Fortaleza, entre 1963 y 1970, utili-

zando entrevistas y fuentes de agencias estatales de represión, además de materiales de las propias organizaciones.

Vale también mencionar la existencia de trabajos producidos en Brasil acerca de grupos de otros países, del movimiento trotskista internacional o que abordan en clave comparativa a grupos brasileños y de otros países. Es un tipo de estudio actualmente factible gracias a la disponibilidad digital de amplios y crecientes acervos de materiales del movimiento trotskista internacional y de algunos de sus “troncos históricos” más relevantes del período posterior a la Segunda Guerra Mundial.

Este es el caso de las tesis de maestría de Everardo Oliveira de Andrade (1996), sobre el POR boliviano y la revolución de 1952 en aquel país; de Isabella Meucci (2015), acerca de los debates en el interior del movimiento trotskista internacional sobre la Revolución Cubana y el foquismo y la guerra de guerrillas; de Marcio Lauria Monteiro (2016), acerca de las relecturas teórico-programáticas realizadas por los trotskistas de la posguerra ante las revoluciones sociales del período; de la tesis doctoral de Renato Fernandes (2019) acerca de la cuestión nacional en Milciades Peña; y de la investigación doctoral en curso de Lisboa, donde se realiza un análisis comparativo entre la prensa trotskista de Brasil y Estados Unidos en los años 1930 (Lisboa y Konrad, 2016).

Cabe también un último comentario sobre los acervos.¹⁸ La mayoría de las fuentes utilizadas se encuentran en el Centro de Memória Operária Mário Pedrosa (CEMAP), desde 1994 custodiado por el Centro de Documentação e Memória de la Unesp (CEDEM-Unesp). Es el caso del Archivo Lívio Xavier, con muchos materiales relativos a los grupos de la primera generación y las cartas de Pedrosa. También existe una buena cantidad de material referente a la primera generación en el Archivo Edgard Leuenroth de la Unicamp (AEL-Unicamp), recopilado por el propio Leuenroth. La documentación de Sacchetta, con material del PSR, también se encuentra en el AEL. En el *Arquivo Nacional* (Río de Janeiro), hay materiales de (y sobre) la LCI, el POL y el PSR, incautados (y producidos) por el Tribunal de Seguridad Nacional a partir de 1935. Periódicos y materiales internos del POR se encuentran en el CEMAP, así como las entrevistas realizadas por Leal.

En cuanto a los grupos más recientes, el archivo nacional (hasta 1994) del grupo O Trabalho se halla en el CEMAP, y existe una colección de periódicos y material iconográfico en el Centro Sérgio Buarque de Holanda (CSBH), de la Fundação Perseu Abramo, como así también material iconográfico en el AEL. El archivo nacional de la DS (hasta 2000) se encuentra en el CEMAP, y periódicos y material iconográfico en el CSBH y AEL (este también contiene documentos internos). El archivo de la CS

18. Parte de estas informaciones en Karepovs (2005) y Bianchi (2012).

se halla en posesión del Partido Socialista de los Trabajadores Unificado (PSTU), pero está siendo puesto a disposición en línea paulatinamente a través del *Archivo León Trotsky* y se cuenta con publicaciones y material iconográfico en el CSBH. Parte de los periódicos de estos tres grupos también se encuentra en archivos más pequeños, como el Archivo de Memória Operária (AMORJ) de Río de Janeiro.

Además existe material en manos de las fuerzas represivas en los archivos del Departamento de Ordem Política e Social (DOPS) y en los Archivos Públicos estaduais. Fuera del país se encuentra el archivo Alexander, en la Rutgers University (Estados Unidos), con los testimonios recopilados para sus obras.

Comentarios finales

Se puede comprobar que los estudios sobre el trotskismo brasileño crecieron considerablemente entre los años 2000 y la actualidad, después de haber comenzado, de manera tímida y superficial, en los años 70 y 80, dando un salto fundamental en los 90. Pese a que se ha avanzado mucho en el conocimiento histórico acerca de dicha tradición política, aún queda mucho por explorar. Como se señaló, existe una concentración desproporcionada de trabajos respecto a la primera generación del trotskismo brasileño con relación a los muy pocos escritos sobre la segunda (POL), la tercera (PSR) y la cuarta (POR). La producción acerca de la quinta generación (los grupos surgidos en los años 70) todavía se halla muy concentrada en el abordaje sobre sus orígenes.

De modo general, se privilegió el origen y del desarrollo político de las organizaciones, lo que, sin dudas, constituye un punto de partida importante pero es escasa la producción acerca de su composición social, actuación pública y vida interna (más allá de las cúpulas dirigentes). Es cierto que existen grandes dificultades para encontrar fuentes que permitan abordar estos temas, especialmente en relación con los grupos más antiguos, cuyos miembros ya no están vivos, pero es una parte esencial de una “historia total” de una organización política. Los pocos estudios con un enfoque regional revelan, además, otro tema importante que debe abordarse: la existencia de organizaciones fuera de los grandes centros políticos y económicos del país donde, generalmente, está el foco de sus actividades y también la mayoría de sus dirigentes.

Además, como ya se señaló, existe una seria tendencia a descuidar el ámbito internacional de estas organizaciones, que constituían una sección brasileña de una organización internacional. Más allá de que no se pueda reducir el grupo nacional a la organización internacional a la que pertenece, es innegable que ella posee un peso considerable sobre sus elaboraciones estratégicas e incluso tácticas, especialmente en el

período posterior a la Segunda Guerra cuando la Cuarta Internacional atravesó una creciente fragmentación teórico-programática.

Debido a la complejidad de producir una “historia total” del trotskismo brasileño, es imprescindible la actuación en conjunto de los investigadores dedicados a dicho objeto. La existencia de un espacio conjunto para debates y colaboración, la realización de eventos académicos y la elaboración de colecciones contribuiría en gran medida al avance de esta producción historiográfica. De forma modesta, los autores de este artículo se vienen involucrando en algunas iniciativas en ese sentido, en particular la organización de mesas temáticas como parte de los Coloquios Internacionais Marx e o Marxismo (celebrados cada dos años en la UFF), dedicados a la historia del trotskismo. Esperamos que este artículo sirva como estímulo para nuevas investigaciones y colaboraciones.

Bibliografía

- Abramo, F. y Karepovs, D. (2015), *Na contracorrente da História. Documentos do trotskismo brasileiro (1930-1940)*, 2a ed., Sundermann.
- Alexander, R. (1973). *Trotskyism in Latin America*. Hoover Institution Press.
- Alexander, R. (1991). *International trotskyism, 1929-1985: A Documented Analysis of the Movement*. Duke University Press.
- Almeida, M.T. de (2003). *Liga Comunista Internacionalista. Teoria e Prática do Trotskismo no Brasil (1930-1935)*. Disertación (Maestría en Ciencias Sociales), Pontificia Universidade Católica de São Paulo.
- Andrade, E.O. de (1996). *O Partido Obrero Revolucionario e a revolução boliviana de 1952*. Disertación (Maestría en Historia Económica), Universidade de São Paulo.
- Angelo, V.A. (2008). *A trajetória da Democracia Socialista: da fundação ao PT*. EdUFSCar.
- Bianchi, Á. (2012). É possível escrever a história recente dos trotskismos brasileiros? *Perseu*, v. 8, pp. 361-380.
- Campos, A.L. de A. (1998), *“Tempos de viver”: dissidentes comunistas em São Paulo (1931-1935)*. Tesis (Livre-docência), Universidade Estadual Paulista.
- Campos, J.R. (1986). *O que é trotskismo*. Nova Cultural-Brasiliense.
- Carone, E. (1974). *A República Nova: 1930-1937*. DIFEL.
- Carone, E. (1985). *A República liberal*, 2 v. DIFEL.
- Castro, R.F. de (1993). *A oposição de esquerda brasileira (1928-1934): teoria e práxis*. Disertación (Maestría en Historia). Universidade Federal Fluminense.
- Castro, R.F. de (1998). *Contra a guerra ou contra o fascismo? As esquerdas brasileiras e o antifascismo, 1933-1935*. Tesis (Doctorado en Historia), Universidade Federal Fluminense.
- Castro, R.F. de (2000). Os intelectuais trotskistas nos anos 30. En D.A.

- Reis filho (org.). *Intelectuais, história e política: séculos XIX e XX*. Letras, pp. 137-152.
- Chilcote, R.H. (1982). *Partido Comunista Brasileiro: Conflito e integração, 1922-1972* [1974]. Graal.
- Coggiola, O. (1984). *O trotskismo na América Latina*. Brasiliense.
- Coggiola, O. (2003). *Trotskyism in Brazil (1928-1964)*. Disponible en <https://www.marxists.org/history/etol/document/brazil/brazil01.htm>.
- Del Roio, M. (1990). *A classe operária na revolução burguesa. A política de alianças do PCB: 1928-1935*. Oficina do Livro.
- Demier, F. (2008). *Do movimento operário para universidade: León Trotsky e os estudos sobre o populismo brasileiro*. Disertación (Maestría en Historia Social). Universidade Federal Fluminense.
- Dulles, J.F. (1973). *Anarquistas e comunistas no Brasil: 1900-1935*. Nova Fronteira.
- Dulles, J.F. (1985). *O comunismo no Brasil: repressão em meio ao cataclismo mundial*. Nova Fronteira.
- Farias, M.M. (2005). *Partido socialista ou Partido dos Trabalhadores? Contribuição à história do Trotskismo no Brasil: a experiência do Movimento Convergência Socialista*. Disertación (Maestría en Historia Comparada). Universidade Federal do Rio de Janeiro.
- Fernandes, R.C.F. (2019). *As trajetórias da dependência argentina: a questão nacional em Milcíades Peña*. Tesis (Doctorado en Ciencia Política). Unicamp.
- Ferreira, P.R. (1989). *Imprensa, política e ideologia: Orientação Socialista (1946-1948)*. Mores.
- França, T. (2015). *Escombros do Muro de Berlim sobre a esquerda brasileira*. MaudX.
- Gallindo, J.F.R. (2013). *Jeremias. O trotskismo no campo em Pernambuco*. UFPE.
- Karepovs, D. (2003). *Luta subterrânea: O PCB em 1937-1938*. Hucitec-Editora da UNESP.
- Karepovs, D. (2005). O arquivo Edgard Leuenroth e a pesquisa sobre o trotskismo no Brasil. *Cadernos AEL*, v. 12, n. 22-23.
- Karepovs, D. (2017). *Pas de politique Mariô! Mário Pedrosa e política*. Ateliê.
- Karepovs, D., y Leal, M. (2007). Os trotskismos no Brasil: 1966-2000. Reis Filho, D.A. y Ridenti, M. (orgs.). *História do marxismo no Brasil*, v. 6, UNICAMP, pp. 153-238.
- Karepovs, D., y Marques Neto, J.C. (2002). Os trotskistas brasileiros e suas organizações políticas (1930 – 1966). Reis Filho, D.A. y Ridenti, M. (orgs.). *História do marxismo no Brasil*, v. 5, Editora da UNICAMP.
- Karepovs, D., Marques Neto, J.C., y Löwy, M. (1995). “Trotsky e o Brasil”. *Quartim de Moraes, J. (org.), História do marxismo no Brasil*, v. 2, Editora da Unicamp, pp. 229-254.
- Leal, M. (2004). *A esquerda da esquerda: Trotskistas, comunistas e populistas no Brasil contemporâneo (1952-1966)*. Paz e Terra.

- Lignani, H.B. (2019). O trotskismo brasileiro e a construção do partido revolucionário: as experiências do POL e do PSR (1937-1945). *Anais do Colóquio Internacional Marx e o Marxismo 2019*, Marxismo sem tabus - enfrentando opressões, Niterói (<http://www.niepmarx.blog.br/MM2019/Trabalhos%20aprovados/MC4/MC42.pdf>).
- Lisboa, R.B. (2014). *Revolução e realidade social na imprensa trotskista brasileira dos anos 1930*. Disertación (Maestría en Historia). Universidade Federal de Santa Maria.
- Lisboa, R.B., y Konrad, G.V.R (2016). Trabalho, Sociedade e Marxismo: Uma abordagem relacional do trotskismo brasileiro e estadunidense dos anos 1930. *Anais do XVI Encontro Estadual de História da ANPUH-SC: História e Movimentos Sociais*, Chapecó, pp. 1-12 (http://www.encontro2016.sc.anpuh.org/resources/anais/43/1464645156_ARQUIVO_ArtigoRobertoEEHSC.pdf).
- Macedo, E.A. de (2011). *Os trotskistas entre discursos e controvérsias. Tradição, composição social e alinhamento internacional*. Disertación (Maestría en Sociología). Universidade Federal do Paraná.
- Mariano, A.S. (2011). *Uma esquerda em silêncio. Militantes trotskistas de Fortaleza no período de 1963-1970*. Disertación (Maestría en Historia). Universidade Estadual do Ceará.
- Marques Neto, J.C. (1993). *Solidão revolucionária: Mário Pedrosa e as origens do trotskismo no Brasil*. Paz e Terra.
- Meucci, I.D.P. (2015). *A Revolução Cubana e o movimento trotskista na América Latina: impactos na construção de um projeto político (1959-1974)*. Disertación (Maestría en Ciencia Política). Unicamp.
- Miranda, V.A.R. de (2014). *Dois trotskismos num partido de massas: as trajetórias das organizações Democracia Socialista e Convergência Socialista no PT de 1978 a 1992*. Disertación (Maestría en Ciencia Política). Universidade Estadual de Campinas.
- Monteiro, M.L. (2016). *O movimento trotskista internacional e as revoluções do pós-guerra: uma análise de suas (re)leituras teóricas e programáticas (1944-63)*. Disertación (Maestría en Historia Social). Universidade Federal Fluminense.
- Oliveira, T. de (2013). *Reorganização do movimento trotskista no Brasil. A formação da Organização Socialista Internacionalista (1968-1976). Um capítulo da IV Internacional no Brasil. Uma contribuição à história do trotskismo no Brasil*. Disertación (Maestría en Historia Social). Universidade Federal Fluminense.
- Oliveira, T. de (2018). *Trotskistas na ditadura militar (1968-1973), uma contribuição à História do Trotskismo no Brasil*. Tesis (Doctorado en Historia Social), Universidade Federal Fluminense.
- Prado, C. (2019). *Partidos e sindicatos: o PCB, a Oposição de Esquerda e o movimento operário no Brasil (1922-1936)*. Tesis (Doctorado en Historia), Universidade Federal Fluminense.
- Rosignoli, I. (2018). *Os dias de cão do trotskismo brasileiro: argumentos e*

táticas nas publicações do Partido Operário Leninista, 1937-1939. Tesina de Graduación en Historia, Universidade Federal do Rio de Janeiro.
Silva, A.J. da (2002). *Comunistas e trotskistas: a crítica operária à revolução de 1930.* Moinho do Verbo.

Los trotskistas y la cuestión nacional en la Argentina de los años 40: la Liga Obrera Revolucionaria y el Partido Obrero de la Revolución Socialista

Alicia Rojo

Universidad de Buenos Aires
aliciarajo@hotmail.com

Título: Trotskyists and the debate on the national question in Argentina in the early 1940s: the Revolutionary Workers League and the Socialist Revolution Party

Resumen: Este artículo aborda el debate que se estableció entre el Partido Obrero de la Revolución Socialista, formado tras la unificación de varios grupos trotskistas, y la Liga Obrera Revolucionaria dirigida por Liborio Justo (Quebracho) desde la formación del primer agrupamiento a fines de 1941 hasta los albores del golpe de estado de 1943. En esta polémica se discutió el carácter y la dinámica de la revolución en los países semicoloniales dominados por el imperialismo, la llamada “cuestión nacional”.

Palabras clave: trotskismo argentino – cuestión nacional – LOR – PORS

Abstract: This article addresses the debate between the Socialist Revolution Party, formed after the unification of several Trotskyist groups, and the Revolutionary Workers League led by Liborio Justo (Quebracho), that took place from the formation of the first group in late 1941 until the dawn of the 1943 coup. The character and dynamics of the revolution in the semi-colonial countries dominated by imperialism, the so-called “national question”, was discussed.

Keywords: Argentine trotskism – national question – LOR – PORS

Recepción: 1 de julio de 2020. **Aceptación:** 28 de agosto de 2020

Introducción

En Argentina, como en el resto de los países de América Latina, la dependencia del imperialismo se transformó en un eje de las reflexiones de los partidos de izquierda. Durante los años 30 y 40 esta cuestión asumió un rol particular; al calor de la crisis mundial y del estallido de la Segunda Guerra se vivieron procesos de lucha de clases que, en los países periféricos, combinarían el enfrentamiento con las clases dominantes nacionales y la dominación imperialista. Esto puso en primer plano, para los partidos revolucionarios, la discusión acerca de las formas de intervención en estos procesos, las vías para enfrentar al imperialismo y la relación a establecer con las burguesías locales. Así, la llamada “cuestión nacional” generó múltiples debates, diversas elaboraciones programáticas y líneas de intervención política.

Nos proponemos en este artículo indagar en la forma que tomaron estas discusiones entre los grupos trotskistas¹ en Argentina en los años previos al surgimiento del peronismo. A fines de 1941 se fundó el Partido Obrero de la Revolución Socialista (PORS), que debatió en torno a la cuestión nacional con la Liga Obrera Revolucionaria (LOR). La polémica encontró un punto de quiebre antes del golpe de Estado de junio de 1943; para entonces el PORS había vivido una crisis que llevó a su fractura, mientras la LOR avanzaba en definiciones que fueron alejando a su principal dirigente del trotskismo. Este proceso impactará sobre los grupos que enfrentaron la emergencia del peronismo; consideramos que esto tiene estrecha relación con la dinámica del debate desarrollado en el período que examinamos aquí.

Estas discusiones reconocen, sin embargo, importantes antecedentes; en la primera mitad de la década del 30 las posiciones de los primeros trotskistas encontraron un portavoz en la figura de Antonio Gallo, quien siendo todavía un joven militante escribió dos extensos trabajos,² mientras formaba parte de la Liga Comunista Internacionalista (LCI). En sus escritos sentaba posición sobre la naturaleza del desarrollo económico y político del país, afirmaba el carácter socialista de la revolución en la

1. El referente político y teórico de estos grupos, León Trotsky, desarrolló estos temas abordando la especificidad de los países atrasados en tanto se plantea en ellos la necesidad de considerar las tareas democráticas como un motor de la revolución estableciendo el rol hegemónico que debía asumir el proletariado en esta lucha y su resolución a través de la revolución socialista. Los trotskistas consideran tareas democráticas pendientes aquellas propias de las revoluciones burguesas pero que no fueron resueltas, como la llamada liberación nacional y la reforma agraria (Trotsky, 2013).

2. Con el seudónimo de A. Ontiveros, escribió *Sobre el movimiento de septiembre. Ensayo de interpretación marxista* (Claridad, 1933) y *¿A dónde va la Argentina? Frente Popular o lucha por el socialismo* (Ediciones Mariátegui, 1935).

Argentina y negaba la perspectiva de alianzas con la burguesía. En la discusión Gallo tenía como interlocutor ineludible al Partido Comunista (PC) que respondió a la problemática nacional en consonancia con las líneas planteadas por la Internacional Comunista (Camarero, 2007) y hacia mediados de la década definía la política de “frente popular”, basada en la alianza con sectores burgueses para llevar adelante una revolución de tipo democrática, agraria y antiimperialista como etapa previa a una de carácter socialista, que se ha definido como una concepción etapista de la revolución. Más adelante la discusión se amplió a las alas izquierdas del Partido Socialista, confrontando con la formulación de la consigna de “lucha por la liberación nacional”. (Coggiola, 1985; Galasso, 1991)

Hacia 1936, la adhesión al trotskismo de Liborio Justo (Quebracho), hijo del presidente de la Nación y proveniente del PC, reavivó el debate al interior de la propia corriente; sus planteos acerca de las posibilidades del desarrollo de un movimiento que incluyera sectores burgueses afectados por la dominación imperialista dio un nuevo carácter a la discusión, ya que rechazaba la colaboración con la burguesía postulada por el estalinismo, pero alertaba sobre la necesidad de precisar la ubicación de los revolucionarios en estos movimientos.

Hacia fines de la década, se conformaron dos agrupamientos: en 1938 bajo el auspicio de Gallo y del dirigente sindical de los municipales y uno de los primeros militantes del trotskismo argentino, Pedro Milesi, se fundó la Liga Obrera Socialista (LOS), y al año siguiente Liborio Justo y el dirigente del gremio maderero Mateo Fossa formaron el Grupo Obrero Revolucionario (GOR). La conformación de estos grupos con entidad diferenciada amplió el debate y tensó las posiciones en torno al nivel de desarrollo del capitalismo argentino, el grado de dependencia del imperialismo y la pertinencia de la aplicación de la consigna de liberación nacional entre las tareas de la revolución en el país. En esta polémica la LOS tendió a negar la importancia de las tareas democráticas en función del carácter “directamente socialista” de la revolución, mientras que el grupo de Quebracho afirmó el lugar central de la lucha por la liberación nacional.

A fines de 1941, después de un arduo proceso de unificación, se conformó el ya referido PORS, entre cuyos dirigentes más relevantes se encontraban Gallo y el abogado laboralista Jorge Lagos; por su parte, el GOR había adoptado el nombre de Liga Obrera Revolucionaria a mediados de ese año.

La historiografía sobre esta etapa del trotskismo argentino ha abordado las discusiones en torno a la cuestión nacional, en términos generales, como un bloque que encuentra su punto de partida con la intervención de Liborio Justo, que incorporó el problema de la liberación nacional al

bagaje del trotskismo vernáculo y culmina con la desorientación frente al peronismo producto de la falta de resolución de la polémica. En esta visión predomina una consideración positiva de los planteos de Quebracho como impulsor de la reflexión sobre la problemática nacional (Coggiola, 1985; Galasso, 1991) mientras que el rescate de los contendientes en la polémica, a través de la figura de Antonio Gallo, no profundiza en las elaboraciones de los grupos de los que formó parte (Tarcus, 1996). De conjunto han sido poco analizadas las particularidades que asumió el debate en el contexto de la experiencia del PORS como última forma organizativa previa al surgimiento del peronismo.

Fue este el momento en que las posiciones de los contendientes en la polémica divergen por completo acentuando los rasgos que presentaban previamente, obturando toda perspectiva de síntesis y abriendo una etapa de crisis que consolidó la dispersión del PORS y el fin de la LOR. En el caso de Liborio Justo, esta deriva comenzó con la definición de una concepción etapista de la revolución, fuertemente criticada por la corriente trotskista; mientras, el PORS endurecía su negación de las tareas democráticas en los países semicoloniales pero, al mismo tiempo, surgía un sector en su seno que intentaba esbozar una respuesta al problema nacional. En la explicación de este proceso resulta central considerar la coyuntura de la Segunda Guerra Mundial; fue el aumento de la presión norteamericana sobre América Latina, y la Argentina en particular, el factor que otorgó un peso relevante a la consideración de la dominación imperialista en la región.

Nuestro primer objetivo es indagar en la dinámica de este proceso; en segundo lugar, nos proponemos reparar en las poco exploradas elaboraciones del PORS, desarrolladas en el marco de la polémica, acerca de la estructura económica argentina y el carácter de la industrialización. Finalmente, reflexionaremos sobre el impacto de estas disputas políticas sobre los grupos que, en los años siguientes, debieron enfrentar uno de los fenómenos políticos más trascendentales para la clase trabajadora.

Para demostrar nuestros planteos examinamos un conjunto de fuentes: el periódico de la LOS, *Inicial*, los documentos elaborados por Antonio Gallo y Jorge Lagos en los meses previos a la formación del PORS y el órgano de este partido, *Frente Obrero*; analizamos las respuestas de la LOR publicadas en los *Documentos para la unificación del movimiento cuartainternacionalista argentino*, y consultamos las posiciones del grupo presentadas en sus periódicos *La Nueva Internacional* y *Lucha Obrera*; por último referimos puntualmente las publicaciones que dan cuenta de las concepciones de los grupos que se formaron tras la dispersión del PORS.

El debate PORS-LOR

A fines de 1941 el mundo se conmovía con el ataque japonés a Pearl Harbor que hizo efectiva la entrada de Estados Unidos en la Segunda Guerra. El gobierno argentino ponía en evidencia las controversias que cruzaban a las clases dominantes: la declaración del estado de sitio pretendía acallar las críticas a las posiciones adoptadas a nivel gubernamental, el mantenimiento de la neutralidad era cuestionada dentro y fuera del país; en el marco de la preparación de la Conferencia de Río de Janeiro que se realizaría al año siguiente, los representantes argentinos sorteaban las presiones para imponer la abierta alineación con los intereses de Estados Unidos; las disputas debían relacionarse con la necesidad de sostener los vínculos privilegiados con el capital británico a la vez que responder a las demandas norteamericanas.

Unos meses antes, un delegado proveniente de Nueva York, donde residía la dirección de la Cuarta Internacional trasladada allí después del estallido de la guerra, intervenía en la discusión con los trotskistas argentinos sobre las diferencias que impedían la unificación de los grupos. Se trató de un complejo proceso desarrollado a lo largo del año 1941 protagonizado por la LOS, grupos regionales, como los de Córdoba y La Plata, y el GOR-LOR, que quedaría finalmente excluido de la unificación.³ En una conferencia realizada entre el 6 y el 8 de diciembre se constituyó el PORS, que contaba entre sus miembros a los principales militantes del trotskismo como Lagos (Reinaldo Frigerio), Margarita Gallo, Miguel Posse, Mercedes Bacal, Esteban Rey, Homero Cristalli (Posadas), Jorge A. Ramos, Aurelio Narvaja (Carvajal) y Adolfo Perelman, entre otros. (Medunich Orza, 1970; Coggiola, 1985; Galasso, 1991; González, 1995)

A pesar de su exclusión, la LOR se propuso aportar documentos que aclararían sus planteos; aparecieron entre diciembre de 1941 y febrero de 1942 bajo el nombre de *Documentos para la unificación del movimiento cuartainternacionalista argentino*. El primer folleto, “Breve reseña cronológica del movimiento cuartainternacionalista argentino” y las dos primeras partes del segundo, “Análisis esquemático de las posiciones doctrinarias sostenidas en su desarrollo por el movimiento cuarta internacionalista argentino”, no respondían todavía a las cuestiones programáticas; realizaban un recorrido histórico crítico de los

3. El proceso de unificación merece un estudio pormenorizado; el papel cumplido por los representantes de la dirección internacional, el frondoso intercambio a que dio lugar –en el que se encuentran las primeras definiciones de Quebracho en el sentido que evaluamos en este trabajo– constituyen no solo una parte de la historia del trotskismo argentino, sino también de los vínculos entre la dirección de la Cuarta Internacional y los grupos latinoamericanos

grupos trotskistas, con las reseñas de sus principales dirigentes. Con posterioridad se conoció la tercera parte de “Análisis esquemático...” que refería a la experiencia del PORS, a la que se caracterizaba como “centrista” y cuyos enunciados programáticos eran calificados de “teoricismo barato y caótico”, y una serie de críticas del mismo tenor; en “Las posiciones de la LOR y el centrismo” Quebracho y su grupo entraron abiertamente en el debate.

Examinamos a continuación los principales ejes de esta polémica considerando algunas de las elaboraciones previas de los grupos, con el fin de reparar en la evolución de sus concepciones e indagar en los obstáculos que hicieron imposible alcanzar una síntesis.

a. El PORS y Frente Obrero: análisis de la estructura social argentina y negación de la lucha por la liberación nacional

En su Conferencia de fundación, el PORS decidió la publicación de *Frente Obrero* y dio a conocer en su primer número las resoluciones programáticas que condensaban las posiciones del grupo sobre una diversidad de cuestiones de largo plazo y de análisis de la coyuntura dominada por la guerra y el endurecimiento de la política represiva del gobierno.

Resulta categórica aquí la influencia de las producciones de Antonio Gallo, especialmente las condensadas en sus tesis *¿Revolución socialista o liberación nacional?* elaboradas a fines de 1940 y que vieron la luz al año siguiente, cuyos análisis se reflejaron también en *Inicial*, donde se retomaban no solo sus conceptualizaciones de la primera mitad de los años 30, sino también los trabajos de Jorge Lagos aparecidos en 1940 en su folleto *La IV Internacional y la lucha contra el imperialismo*. Allí se profundizaba el examen de la estructura económico-social argentina estudiando la producción agraria⁴ e industrial, mostrando el carácter capitalista del campo y los avances y las limitaciones del proceso de industrialización que, a la vez que había pegado un salto, se desarrollaba en forma dependiente del capital financiero internacional y del abastecimiento de tecnología. A partir de estas caracterizaciones afinó la definición del carácter capitalista semicolonial del país y retomó la idea del “ensamblamiento” entre la burguesía local y el imperialismo.⁵

4. Lagos retomó aquí los estudios de José Boglich, *La cuestión agraria* (Claridad, 1937); este estudioso ha influenciado a la corriente trotskista aunque no militó orgánicamente en ella (Tarcus, 1996). Similar apreciación podría hacerse de otros intelectuales, como el escritor Luis Franco, frecuente colaborador de *Frente Obrero* con una columna cultural.

5. Jorge Lagos, *La IV Internacional y la lucha contra el imperialismo*, 1940.

Este concepto había sido planteado por Gallo en sus primeros trabajos y retomado en sus tesis, en estas avanzó en la reflexión sobre las posiciones de los clásicos marxistas; recurrió a algunos de los análisis de León Trotsky sobre el proceso mexicano de expropiaciones (aquí rescataba la necesidad de apoyar la “medidas altamente progresivas de autodefensa nacional”, pero sin identificar el programa revolucionario con el del gobierno) y retomó las declaraciones de Trotsky a Mateo Fossa.⁶ Además de este estudio encaró un recorrido por la historia de América Latina registrando ejemplos de movimientos nacionalistas burgueses que traicionaron al proletariado como en Nicaragua o Cuba, como demostración tanto de que “las clases dominantes de Latinoamérica han agotado su función histórica” como de que “no hay «antiimperialismo» capaz de trastocar esta realidad”.⁷

Gallo, al igual que Lagos, enfrentó directamente los argumentos de Quebracho sobre el desarrollo de un posible movimiento nacional —que para este momento Justo vinculaba a la perspectiva de un golpe fascista, como explicaremos—, y enfatizó la imposibilidad de resolver en tales movimientos “la aguda contradicción entre los trabajadores y los explotadores nacionales”. Por último, negó la consideración de una primera etapa de liberación nacional, error que encontraba replicado en los apristas peruanos, y afirmó, en contraposición, su visión “permanentista”: el proletariado “resolverá los problemas democráticos de la revolución socialista, sin separar ni dividir el proceso” revolucionario. Retomando estas conceptualizaciones, y sobre la base de los estudios de las características de la clase dominante, *Inicial* concluía que “si en la Argentina hubiera un grupo burgués capaz de expropiar a las empresas imperialistas nosotros apoyaríamos críticamente cada movimiento progresivo que dicho grupo realizara, pero nosotros constatamos que dicho grupo no existe”.⁸

Estas elaboraciones fueron la base sobre la que el PORS ajustó sus planteos a la coyuntura. *Frente Obrero*⁹ definió la estructura economi-

6. Fossa se encontró con Trotsky en 1938 como delegado de sindicatos argentinos. Las entrevistas se publicaron por primera vez en la revista de los trotskistas en México *Clave. Tribuna Marxista*, de noviembre de 1938; Fossa escribió un relato del encuentro que se publicó en un folleto, *Conversando con León Trotsky (Impresiones recogidas en las entrevistas realizadas con el líder soviético en México en 1938)*, editado por Acción Obrera en 1941.

7. A. Ontiveros (Antonio Gallo), *Proyecto de tesis ¿“Revolución socialista o liberación nacional”?* apareció con fecha 1941, su elaboración estaba prevista para ser discutida en una conferencia de la LOS que finalmente no se realizó.

8. *Inicial*, n° 18, junio de 1941.

9. *Frente Obrero*, n° 25, 20 de diciembre de 1941. El PORS sintetizó en este extenso número de su periódico buena parte de sus elaboraciones, en el siguiente publicaron

co-social del país como capitalista semicolonial con predominio de la gran explotación capitalista en el campo, combinada con “viejas formas de explotación brutal” y dependiente del imperialismo “anglo-yanqui”. Sobre estas definiciones generales, profundizó en el carácter del proceso de industrialización que se desarrollaba manteniendo la dependencia respecto de la gran industria imperialista, con una influencia determinante del capital bancario extranjero, con participación de la burguesía rural y orientado al mercado interno; al mismo tiempo destacó la participación de la burguesía industrial en la producción agropecuaria, lo que hacía de esta fracción “un apéndice económico y político del capital imperialista y la burguesía nativa.” Para *Frente Obrero* este proceso refutaba los postulados de quienes defendían la consigna de liberación nacional vinculándola con una política de crecimiento industrial que en teoría impulsaría una mayor independencia de la nación. Siendo esta una política llevada adelante por la propia oligarquía dependiente del imperialismo, no podía implicar ninguna ruptura con este:

Las divergencias entre los diversos sectores de la “oligarquía financiera” no pueden ir nunca en este país más allá de la competencia comercial y en el terreno político de la oposición parlamentaria. Los intereses generales de la clase posponen en última instancia los intereses de personas o grupos. La burguesía nacional argentina es incapaz de luchar o de intentar luchar contra el imperialismo [...] La clase obrera, como caudillo de los sectores campesinos pobres, debe encarar la lucha que la burguesía no quiere ni puede intentar, pero lejos de plantearse tareas de Revolución Nacional, lejos de buscar futuros amos nacionales, debe pensar, trabajar y luchar por su propio poder, por la Revolución Socialista. [...] capaz de satisfacer en el curso del proceso revolucionario las más exigentes aspiraciones democráticas (nacionalización de la tierra) y de autodeterminación nacional (nacionalización de las fuentes esenciales de producción, Industria, servicios públicos, Banca y Comercio Exterior).

Al examinar el proceso de industrialización, el PORS enfatizaba un elemento de relativa novedad en sus elaboraciones: el avance norteamericano en perjuicio de la influencia británica en la región y en particular en Argentina. *Frente Obrero* aseguró que “el imperialismo yanqui aprovecha la nueva situación creada por la guerra para asegurarse el traspaso de la dependencia argentina”, expresado esto en el aumento

las resoluciones sindicales. Las citas que siguen corresponden a este ejemplar salvo que se indique lo contrario.

de su influencia sobre el sistema de transporte, la industrialización de la carne a través del grupo Swift, la producción de petróleo y la red telefónica. Así, para el PORS, la industria nacional de conjunto contaría con grandes inversiones de Estados Unidos que “pretende convertirse en el grupo dominante de la oligarquía financiera argentina antes de terminar la guerra”; en este contexto encontraba pocas posibilidades de que la burguesía local pudiera resistir mucho tiempo esta ofensiva.

En siguientes publicaciones el PORS tendió a complejizar este análisis y ampliarlo a América Latina y, aun considerando a todas las burguesías nativas como “ensambladas con el imperialismo”, destacó el diverso grado de intransigencia que expresaban en función de la situación geográfica y estratégica de cada país y el peso de las inversiones imperialistas. Así, diferenciaba entre las burguesías que eran “simples representantes policiales del imperialismo yanqui”, como en Centroamérica, que han declarado la beligerancia inmediatamente, y aquellos países cuyas burguesías “tienen un peso específico mayor”, como la Argentina.¹⁰

La Segunda Guerra fue el escenario de fondo de buena parte del debate entre los trotskistas, por lo tanto, la política que los revolucionarios debían levantar frente a ella se tornó un elemento central de la discusión. El sostenimiento de la neutralidad por el gobierno de Ramon Castillo obligó a la ubicación de los partidos de la izquierda; mientras el PC viraba en sus posicionamientos al compás de la política exterior de la URSS, el Partido Socialista, y buena parte del arco político, alentó la intervención del país en el bando aliado mientras asociaba la neutralidad oficial con las simpatías nazis del elenco gobernante (el PC se sumó a esta postura tras la invasión alemana a la Unión Soviética en junio de 1941) (Piro Mittelman, 2019).

La caracterización de la ubicación del país en relación con las potencias imperialistas se tornó, en este contexto, clave para diseñar una política frente al conflicto. Para el PORS la neutralidad sostenida por la Argentina expresaba el temor de la burguesía nativa exportadora ante un posible triunfo alemán que pusiera en riesgo los mercados europeos y explicaría la opción de no comprometerse con ninguno de los beligerantes. El PORS incorporaba aquí un elemento novedoso en su análisis: constatando el aumento de la ofensiva norteamericana, encontraba que la ubicación ante la guerra era un intento de la burguesía argentina de conservar cierto margen de maniobra frente a ambos sectores imperialistas, el aliado y el fascista. Al mismo tiempo se esforzaba por aclarar que esta posición de neutralidad no significaba que el gobierno se hubiera convertido “por arte de birlibirloque en antiimperialista”, continuaba negando que expresara un intento de resistencia al impe-

10. *Frente Obrero*, n° 26, 1° quincena de enero de 1942.

rialismo de parte de algún sector burgués y afirmaba que se trataba de una política episódica que persistiría sólo hasta que se definiera el destino de la contienda.

El PORS no avanzó en las posibles consecuencias políticas de sus análisis precedentes, al no advertir que la coyuntura del conflicto mundial expresaba una nueva disposición de la relación de fuerzas del país con las potencias dominantes en la región que afectaba la situación de las diferentes fracciones de las clases dominantes locales. Aunque advirtió la búsqueda de un margen de maniobra de la burguesía nativa en el contexto de la contienda, primó aquí su análisis estratégico acerca de la unidad esencial entre las fracciones de clase y el imperialismo sin profundizar en las contradicciones que podía abrir la nueva situación. En este marco, una visión de coyuntura de la inevitabilidad del ingreso argentino junto al bando aliado obstaculizó la consideración de la perspectiva de una división de la clase dominante en torno a la alineación con las potencias dominantes que manifestara la divergencia de los sectores vinculados a los intereses británicos ante el avance norteamericano en la región.

Finalmente, para el PORS, teniendo en cuenta la “incondicionalidad de todos los sectores burgueses nacionales” con el imperialismo, un enfrentamiento de la Argentina y cualquier país imperialista no cambiaría el carácter general de la guerra; además ningún sector burgués perseguiría la liberación nacional en ella, sino que intervendría junto al bando anglo-yanqui. Por lo tanto, el partido debía proclamar que la pelea contra la contienda “está íntimamente ligada a la lucha contra la clase patronal, contra el imperialismo”, declarar que el enemigo se encontraba en el propio país y llamar a convertir la guerra mundial “en guerra civil contra los explotadores”, fórmula asimilable al llamado derrotismo revolucionario planteado por el marxismo clásico frente al conflicto interimperialista.

b. Quebracho polemiza con el PORS: la definición de una visión “etapista” de la revolución

Como hemos señalado, en febrero de 1942 Quebracho dio a conocer los documentos donde confrontaba políticamente con las posiciones del PORS presentadas en *Frente Obrero*. Aquí Justo reprodujo buena parte de sus elaboraciones previas, como las publicadas en su folleto *Frente al momento del mundo, qué quiere la IV Internacional*, donde argumentó contra quienes negaban las tareas de liberación nacional acentuando no sólo la posibilidad de que se produjeran acciones de enfrentamiento de las burguesías contra la dominación imperialista, sino el surgimiento y desarrollo de movimientos de liberación impulsados por aquellas.

Para caracterizar la relación de las clases dominantes nativas y el imperialismo avanzó en torno a la idea de la “deformación” que este imponía a los países semicoloniales y que actuaba impidiendo “el normal desarrollo de sus fuerzas productivas” y paralizando su progreso; esta acción sería el fundamento para la lucha antiimperialista. Sin embargo, Quebracho destacó que los lazos que unían a la burguesía y el imperialismo eran más fuertes que su impulso de emanciparse de la opresión a la que se veía sometida y, por lo tanto, sería la revolución proletaria la que “expropiará sin indemnización” y haría efectivas “las tareas de la revolución democrático-burguesa, donde ésta no se haya realizado, para transformarla luego en socialista de acuerdo con los principios de la revolución permanente”.¹¹

Más tarde, *La Nueva Internacional* de julio de 1940 publicaba, bajo el título “¿Debemos someternos e ir a morir al servicio del imperialismo o luchar por la liberación nacional?”, una reflexión que respondía a la cuestión planteada por la guerra. El GOR afirmó aquí la necesidad de evitar una actitud de pasividad frente a la contienda, impedir la participación argentina en ella combatiendo por la neutralidad y “aprovechar la sangrienta pugna entre los grandes países explotadores para lograr nuestra liberación de la garra del imperialismo”; la propuesta era utilizar la declinación británica para liberarse de su dominación.¹² El artículo fue publicado en forma de folleto,¹³ en el que Justo introducía un agregado (contra el que discutían específicamente Lagos y Gallo); allí incorporaba al análisis de la situación política la perspectiva del enfrentamiento entre los sectores burgueses vinculados a los bandos beligerantes, lo que abría el peligro de un golpe fascista en la Argentina. Frente a esta previsión, Quebracho contemplaba la perspectiva “de un golpe de fuerza «democrático»”; si uno alinearía al país con el fascismo, el otro lo pondría al servicio de Inglaterra y Estados Unidos. Para Justo el proletariado se ubicaría junto a las fuerzas que resistieran al golpe “porque ello puede permitirle lograr el propósito de liberación nacional”.

Hasta el momento Quebracho no había avanzado en la definición de los sectores que impulsarían esta lucha ni profundizado en su dinámica; encontraba ahora una perspectiva posible para la aplicación de la consigna de liberación nacional: el enfrentamiento de un golpe fascista. Sin embargo, continuaba sin identificar a los sectores burgueses que

11. Quebracho, *Frente al momento del mundo, qué quiere la IV Internacional*, Acción Obrera, 1939.

12. *La Nueva Internacional*, julio de 1940.

13. Grupo Obrero Revolucionario, *La Argentina frente a la Segunda Guerra Mundial. ¿Debemos ir a morir al servicio del imperialismo o luchar por la liberación nacional?*, Acción Obrera, 1940.

podían enfrentar o resistir al imperialismo; pagaba aquí el costo de un débil análisis de la estructura de clases argentina, la ausencia de un abordaje más fundamentado de las relaciones entre las fracciones de clase dominante y de la dinámica que transformaría aquel enfrentamiento en lucha por la liberación nacional.

Ya constituido el PORS, Justo condensó sus planteos en el documento *Las posiciones de la L.O.R. y el centrismo*, donde avanzó además en una serie de definiciones.¹⁴ Aquí retomó aspectos ya planteados, reafirmó que la lucha de liberación nacional debía ser emprendida por la clase obrera pero profundizó en el rol que esta debía jugar en los movimientos de liberación nacional impulsados por sectores burgueses. En estos el proletariado debía acompañar la acción de la burguesía “tratando de ganar la dirección” para completar la liberación de la dominación imperialista. Quebracho introdujo aquí un aspecto novedoso al plantear que

el proletariado revolucionario de los países coloniales y semicoloniales, en la lucha por su emancipación social, se ve obligado, en consecuencia, a completar, en primer término, las tareas democrático-burguesas para las que se muestra incapaz su propia burguesía, lo que le impide encarar directamente, como en los países imperialistas, la revolución socialista [...] el proletariado en el poder, realizando la revolución agraria y antiimperialista, en los países coloniales y semicoloniales, no podrá detenerse en ella y, de acuerdo con los principios de la revolución permanente, según las condiciones económicas del país y siempre que cuente con suficiente fuerza o con la ayuda adecuada del proletariado mundial, pasará de inmediato a las tareas socialistas.

Así la LOR completaba su visión de la dinámica y el carácter de la revolución en los países atrasados, “con restos feudales de más o menos importancia” a destruir,¹⁵ avanzando en dos aspectos de su posición: la afirmación de la existencia de una primera etapa en el proceso revolucionario en la que el proletariado debía encarar tareas democráticas y el carácter de esa etapa determinado por las tareas que debía cumplir, una revolución agraria y antiimperialista. Si bien Quebracho seguía

14. LOR, “Las posiciones de la LOR y el centrismo”, en *Documentos para la unificación del movimiento cuartainternacionalista argentino*, febrero de 1942. Las citas que siguen corresponden a esta publicación.

15. Esta formulación no es incluida por Quebracho en la reproducción casi textual de los documentos realizada en *Estrategia Revolucionaria...*; en el cuadro que resume las posiciones (que Justo sí transcribe completo en su libro) aclara en una nota al pie: “Esos restos feudales son de muy escasa importancia en este país” (Justo, 1957, p. 97).

sosteniendo la incapacidad de la burguesía para completar estas tareas y el papel directriz del proletariado, había ya dado un salto cualitativo en una concepción etapista de la revolución, aunque siguiera aludiendo a los “principios de la revolución permanente”.

En este documento de 1942 Justo incluía una notable operación al apoyarse en los enemigos políticos de la corriente trotskista para exponer sus propias posiciones; reproducía y afirmaba poder suscribir casi todas las definiciones expresadas por Rodolfo Ghioldi en la revista *Soviet* de septiembre de 1933, en un artículo titulado “Los trotskistas argentinos”. Quebracho adhería así a la afirmación realizada por el dirigente estalinista: “la revolución agraria y la liberación nacional respecto del imperialismo es el contenido de la revolución democrático-burguesa” y compartía el ataque a una concepción trotskista “eminentemente reaccionaria” que ocultaba la opresión imperialista y la dominación latifundista.

Así, en esta sistematización de sus posiciones, la LOR delineaba una visión que la acercaba (tal como criticaban sus contendientes en la polémica) a la concepción estalinista en sus rasgos etapistas y en su definición del carácter agrario y antiimperialista de la revolución; Justo se alejaba del clásico punto de vista del carácter permanente de la revolución para plantear una visión que transformaba en un momento diferenciado la resolución de las tareas democráticas. En la clásica teoría de la revolución permanente –punto nodal del pensamiento trotskista– la clase obrera no “pasará a tareas socialistas”, sino que las democráticas y las socialistas se imbrican desde el comienzo del proceso revolucionario.

Finalmente, en este documento, la LOR enfrentaba la política del PORS frente a la guerra afirmando que, en un país semicolonial enfrentado con uno imperialista, el objetivo debía ser la lucha por la defensa nacional¹⁶ y no el derrotismo revolucionario, aplicable solo en países imperialistas.¹⁷ Critica entonces a los “pseudotrotskistas argentinos”

16. Cabe destacar que la consigna que el grupo dirigido por Justo había levantado previamente, la lucha por la neutralidad del país en la guerra, fue eliminada de su programa tras la declaración de la dirección internacional emitida en junio de 1941 que explicitó las contradicciones y límites de esta consigna. Este aspecto del debate se desarrolló en *Inicial y Lucha Obrera*, de junio de 1941.

17. La perspectiva de intervención de los países semicoloniales en la guerra fue considerada por Trotsky; si bien las condiciones concretas no podían ser previstas con certeza, en la referida conversación con Fossa, el dirigente ruso afirmó el objetivo que debía guiar a los revolucionarios. A través del ejemplo de un hipotético ataque de la Inglaterra democrática al Brasil de Vargas, Trotsky afirmó que el partido revolucionario debía defender a la nación oprimida (aun gobernada por un régimen fascista) ante el ataque imperialista, resaltando la tarea de primer orden que la lucha antimperialista asumía en los países oprimidos.

que olvidaron el carácter semicolonial de la Argentina y trasplantaron las políticas pensadas para los países europeos más avanzados, asimilaron la burguesía local y la imperialista y no encontraron modificación de la economía por el imperialismo; en esta lógica, “la liberación nacional era una concesión al nacionalismo burgués”.

Más allá de los ataques personales que, si bien estuvieron presentes en el intercambio entre los grupos, fueron un marca distintiva del estilo de Quebracho, aquí anotaba un aspecto que apuntaba a un límite notorio en la concepción del PORS y sus antecesores: la dificultad para enmarcar las particularidades de la estructura socio-económica argentina, en cuyo análisis profundizaban, en las relaciones entre países atrasados e imperialistas que imponían sobre las burguesías semicoloniales una opresión que las sometía a determinadas tensiones que una estrategia revolucionaria debía considerar. Por otro lado, el análisis del PORS tendió a considerar siempre y en cualquier situación la lucha por la liberación nacional como una concesión a algún sector burgués, ubicación que les impidió pensarla como motor de la revolución en las semicolonias. Aquí, un elemento que pudo abrir un intercambio más fructífero entre los grupos no hizo más que reforzar los puntos de tensión, polarizar las posiciones y clausurar un diálogo que se había tornado imposible.

Un balance de las discusiones en torno a la cuestión nacional

Como quedó establecido, las resoluciones programáticas del PORS sintetizaron en buena medida las elaboraciones previas con nuevas respuestas a las diversas coyunturas. Las caracterizaciones de la naturaleza del país y su relación con el imperialismo retomaban la definición de capitalismo dependiente y el carácter semicolonial de la Argentina; las precisiones se realizaron en torno al proceso de industrialización al que se conceptualizó como dependiente y desarrollado en el marco de la dominación de la oligarquía financiera. Sin embargo, la caracterización de su magnitud contribuyó a reforzar la devaluación del peso de las tareas democráticas irresueltas dado el carácter avanzado del capitalismo dependiente argentino. En este terreno, las posiciones del PORS extremaron la unilateralidad presente en la concepción de los grupos previos al ligar la tarea de liberación nacional con las políticas realizadas por la propia burguesía, en este caso las que apuntaban al crecimiento de la industria y el sostenimiento de la neutralidad.

El contexto del conflicto mundial impulsó la sistematización de las definiciones acerca del significado de la neutralidad en tanto expresaba disputas al interior de la burguesía. El PORS intentó un análisis de los sectores que sustentaban las políticas frente a la guerra y observó la contradicción que el avance norteamericano significaba para los inte-

reses británicas; esta contradicción no encontraba expresión, sin embargo, en la ubicación de las distintas fracciones de la clase dominante ni en la política del gobierno. Es de destacar que en esta configuración se consideraba a los imperialismos norteamericano e inglés como un bloque unificado; el PORS no terminó de analizar el carácter del espacio de maniobra que encontraba el gobierno argentino para una política propia frente a la contienda, ya que este espacio no sería producto de la disputa entre ambas potencias. Aun advirtiendo la existencia de ese margen, al no explicarlo –o vincularlo solamente con la relativa fortaleza de la burguesía nativa– solo podía afirmar que era episódico y cambiaría en cuanto aumentara la presión imperialista. Así, la mayor profundidad que alcanzaron los análisis del PORS, al incorporar elementos claves de la coyuntura, encontraba un límite decisivo a la hora de delinear un posicionamiento frente a la situación concreta, expresándose de la forma más clara ante la guerra mundial frente a la que propuso la misma política que se aplicaría en los países centrales sin contemplar la posibilidad de un escenario como mínimo más complejo en una semicolonía.

Por su parte, Justo profundizó en este momento su visión del carácter de la lucha de liberación nacional; al desenvolver su posición avanzó en la definición de una revolución de tipo agraria y antimperialista que debía realizarse en primer término para pasar, de darse las condiciones, a las tareas socialistas. La indefinición en relación a los sectores burgueses que iniciarían acciones antiimperialistas, la imprecisión del contenido de la política de “acompañamiento” de estas acciones por parte de los revolucionarios y los rasgos etapistas de las posiciones de Justo, que fueron esbozados en formulaciones previas, encontraron como respuesta el atalonamiento de sus contendientes en la afirmación del carácter “directamente socialista” de la revolución que en la práctica implicó la subestimación o negación del peso de las tareas democráticas. Este aspecto de la polémica tomó por momentos un carácter forzado en la medida en que, a priori, el carácter socialista de la revolución era un principio compartido por ambos grupos y lo que estaba en discusión era el papel de las tareas democráticas; sin embargo, al desenvolverse el debate quedaba en evidencia que la insistencia en este postulado venía a responder a una concepción de la revolución que tendía al “etapismo”, como finalmente se hizo manifiesto.

Así, la polémica de conjunto encontró puntos de tensión que tendieron a extremar las diferencias y la consideración de la lucha por la liberación nacional fue adquiriendo un peso inverso para unos y otros. Para el PORS las tareas democráticas perdían relevancia como motor del proceso revolucionario en la medida en que el desarrollo capitalista del país, la estrecha ligazón entre las clases dominantes nativas y el imperialismo y el peso de la clase obrera industrial, planteaban para

la Argentina tareas similares a las que se le presentaban a los trabajadores en los países avanzados (en tanto que las tareas democráticas aún pendientes se resolverían después de la toma del poder). Mientras, para la LOR, la lucha por la liberación nacional cobraba peso hasta transformarse en tarea central de una primera etapa de la revolución que enfrentaría a la oligarquía terrateniente y al imperialismo.

El aumento de la presión norteamericana definió la coyuntura que marcó el pasaje final de la polémica. La crítica más contundente realizada por la LOR centrada en la no distinción entre países opresores y oprimidos se puso de manifiesto como la mayor debilidad del PORS, que si bien realizó esta distinción en términos generales, ese reconocimiento no operó en el terreno político al no advertir la especificidad de la cuestión nacional en los países semicoloniales. Justo criticó aquí una asimilación de la burguesía nativa y la imperialista, sin embargo, el PORS examinó con profundidad los lazos de dominación entre ambas; su debilidad se encontraba más bien en la caracterización de esa relación como un vínculo sin fisuras posibles que pudieran devenir de la propia relación de opresión. La coyuntura mundial fue justamente el contexto que tensaría al extremo las contradicciones de las burguesías semicoloniales; su división no era una premisa abstracta –como tendía a plantearla la LOR al no analizar cómo se daría concretamente–, ni una imposibilidad –como la planteaba el PORS, en función de un principio no menos abstracto, los beneficios obtenidos por la burguesía de la relación con el imperialismo–.

La imposibilidad de dar solución a un problema clave en los países semicoloniales en el contexto de una agudización de las contradicciones de la situación política impactó pronto sobre la vida de las organizaciones. A mediados de 1942 Quebracho dirigía una carta a su grupo en la que expresaba su cuestionamiento a la dirección internacional con sede en Estados Unidos dando forma a los enconos que guardaba sobre todo desde el proceso de unificación; a fines de ese año hacía público su distanciamiento en los siguientes términos: “¡Ni Moscú ni Nueva York! ¡Cuarta Internacional revolucionaria!”. En 1943 la LOR decidió la publicación de un *Boletín Sudamericano* en el que expuso los fundamentos y consolidó su ruptura con la Cuarta Internacional; Mateo Fossa expresó su disconformidad con esta deriva y se hizo público su alejamiento de la organización.¹⁸

18. La carta fue fechada el 20 de julio y se publicó en el Boletín Interno n° 4 de la LOR en diciembre de 1942. En el *Boletín Sudamericano* Justo avanzó en las acusaciones contra la dirección internacional (afirmando su carácter burocrático y de “agente de Wall Street” del SWP). El propio Justo recordaba: “El camarada Mateo Fossa, desaprobó nuestra ruptura con Nueva York y, finalmente, a pesar de la estimación que siempre nos había merecido, nos vimos obligados a seguir sin él” (Justo, 1957).

Por su parte, el PORS comenzó tempranamente a mostrar signos de crisis evidenciando la existencia de diversas tendencias en su interior (Coggiola, 1985). Estas diferencias internas motivadas en muchos casos por cuestiones organizativas llevaron a una ruptura a fines de 1942 evidenciando cada vez más claramente las líneas de diferenciación teórico-políticas. Así, tras el alejamiento de Quebracho, el debate sobre la cuestión nacional se expresó dentro del mismo agrupamiento; ya en proceso de disgregación esa expresión tomó la forma de dos publicaciones que se disputaban la misma denominación pero que manifestaban posiciones diferentes en relación con la importancia de la lucha antimperialista. En diciembre apareció un ejemplar de *Frente Obrero*, el número 38, con diferente formato y sin explicitar pertenencia partidaria pero retomando la numeración del periódico del PORS; ya el número siguiente, el 39, aparecido ese mismo mes expresó la visión de la dirección del partido, y a partir de los ejemplares de 1943, se mostraron públicamente las dos tendencias. Se conocieron como *Frente Obrero* “grande”, el periódico oficial, y *Frente Obrero* “chico”, el que fue delineando posiciones divergentes con la dirección partidaria; ambos aparecieron hasta el golpe de estado de junio de 1943. *Frente Obrero* “chico” reunió a quienes revisaban los planteos sobre la cuestión nacional: Ramos, Posadas, Niceto Andrés, y desde el primer número y cada vez de forma más definida analizó el avance del imperialismo norteamericano en América Latina y planteó la necesidad de la lucha antimperialista protagonizada por el proletariado, afirmando que las burguesías no la llevarían hasta el final y esbozando el objetivo de constitución de los Estados Unidos Socialistas de América Latina.¹⁹

El golpe militar del 4 de junio de 1943 produjo una dispersión que aparecía en lo inmediato como el resultado del desgaste acumulado por las recientes vicisitudes, del impacto de un evento político inesperado y del recrudecimiento de las condiciones represivas del gobierno que se instauraba y que afectó en particular a la izquierda. Con el fortalecimiento de la figura del coronel Juan D. Perón, se imponía la nueva realidad de un régimen que se proponía impulsar la organización de la clase obrera y controlar a sus organizaciones, a la vez que fortalecer el rol del Estado y promover una política de nacionalizaciones. Así, los trotskistas argentinos se encontraron avanzando hacia la mitad de la década del 40 con un fenómeno que bien podía ser encuadrado entre

19. Las posiciones expuestas en *Frente Obrero* “chico” no alcanzaron a definir una respuesta consistente a la problemática nacional y la relación de fuerzas con la dirección oficial del PORS tampoco le permitió al grupo disidente imponer la reflexión; este momento fue descripto como especialmente caótico por sus protagonistas (Medunich Orza, 1970).

los movimientos nacionalistas burgueses que León Trotsky había analizado en México.

Tras la dispersión del PORS se formaron cinco grupos;²⁰ la trayectoria seguida por los referentes y sus agrupamientos a lo largo de este proceso puso de manifiesto la centralidad de la cuestión nacional a la hora de hacer definiciones políticas y programáticas y, por otro lado, el costo pagado por no poder avanzar en el esclarecimiento y síntesis de las posiciones al respecto.

Los herederos directos del PORS formaron la Unión Obrera Revolucionaria (UOR) que analizó al peronismo como un intento bonapartista que dio lugar a un gobierno de tipo fascista; mientras el sector que había roto con el partido, conservando el nombre *Frente Obrero*, definió al nuevo gobierno como expresión de un “sector nacionalista-proteccionista” representante de la burguesía industrial; expresaban así los extremos del debate que recorrió los años previos. Jorge A. Ramos evolucionará hacia una visión similar a *Frente Obrero* con su publicación *Octubre*.²¹ Por su parte, Posadas con su Grupo Cuarta Internacional (GCI) y un joven militante, Nahuel Moreno (quien había formado parte por breve lapso de las dos formaciones previas, el PORS y la LOR), con su Grupo Obrero Marxista (GOM), intentaron forjar posiciones más equilibradas, profundizar en el análisis de la nueva realidad y proyectar formas de intervención en el movimiento obrero hegemonizado por el peronismo. Posadas recogió en buena medida las concepciones más críticas a las posturas oficiales del PORS y analizó al peronismo como expresión de una burguesía industrial que resistía al imperialismo y a la oligarquía agropecuaria. Por su parte, el grupo de Moreno avanzó en el aprovechamiento de las elaboraciones previas para ahondar en el proceso de industrialización y el carácter de la burguesía industrial emergente así como en la consideración del nuevo escenario que las pujas interimperialistas implicaban para el país.²² Estas elaboraciones no alcanzaron para profundizar en el análisis del peronismo como expresión de esas disputas (lo hará en los años siguientes caracterizándolo como un movimiento nacionalista burgués), pero sí para alejarlo tanto de las visiones que lo asimilaban al fascismo como de la adaptación a sus

20. Se consultaron los periódicos *Frente Obrero*, *El Militante* (UOR), *Octubre*, *Frente Proletario* (GOM), *Voz Proletaria* (GCI).

21. Los integrantes de *Frente Obrero*, al igual que Jorge A. Ramos, formarán parte de la llamada izquierda nacional.

22. Moreno profundizó en varios de los análisis y desarrolló algunas de los planteos esbozados previamente; esta corriente dio lugar a algunas de más importantes producciones de la izquierda retomadas, por ejemplo, en la obra de Milciades Peña sobre la burguesía nacional y el proceso de industrialización en la Argentina (Camarero, 2013).

rasgos nacionalistas, de la que no podrá escapar el grupo de Posadas (Rojo, 2002, 2012).

* * *

Hemos examinado aquí el debate sobre la cuestión nacional enfocando en una etapa casi inexplorada y cuyo estudio permite dar mayor sustento a la caracterización de la trayectoria de los trotskistas ante la emergencia del peronismo. En esta etapa, como hemos analizado, los grupos definieron posiciones antagónicas al tiempo que sufrían procesos de crisis y fracturas internas; esas visiones se consolidaron al calor de una coyuntura de la Segunda Guerra Mundial que impulsó una mayor ofensiva de Estados Unidos, que agudizó tensiones a nivel de las clases dominantes y el régimen político cuya culminación fue el golpe de estado de 1943. En esta coyuntura los grupos estudiados no lograron encontrar una síntesis de las divergencias que permitiera consolidar un grupo reducido pero cohesionado con una posición ajustada en torno a las problemáticas específicas de los países semicoloniales y en mejores condiciones para afrontar los cambios que se avecinaban.

Creemos, no obstante, que el camino que debieron seguir los primeros trotskistas, en el contexto de la represión sufrida a nivel nacional e internacional, mostró un intento de reflexionar y actuar en el complejo escenario de los años 30 y 40 por parte de pequeños grupos; así también demuestra la importancia clave de la claridad teórico-política para intervenir sobre la realidad.²³ El saldo de este camino, por momentos extremadamente tortuoso, ha dejado jalones de continuidad que ameritan profundizar en el estudio de esta corriente que ha constituido agrupaciones y partidos políticos que lograron, a lo largo de las décadas siguientes y hasta la actualidad, una constante presencia en la izquierda argentina y en su clase trabajadora.

Bibliografía

Almeyra, G. (2013). *Militante crítico. Una vida de lucha sin concesiones*, Peña Lillo-Continente.

23. Los grupos diseñaron una política de intervención en el movimiento obrero, si bien con logros modestos buscaron ofrecer una alternativa a las direcciones sindicales que caracterizaban como burocráticas; el PORS prestó especial atención a la situación de algunos gremios en los primeros años 40, sobre todo el metalúrgico en el cual algunos de sus miembros llegaron a cumplir un papel destacado (Galasso, 1991). Este tema ofrece una interesante arista para abordar la problemática que consideramos en este trabajo, ya que estos militantes se vieron rápidamente atraídos por el fenómeno peronista y no pudieron ofrecer alternativa a su influencia en el gremio.

- Bosch Alessio, C. (2017). Los orígenes de la Cuarta Internacional en Argentina. El caso del Grupo Obrero Revolucionario y La Liga Obrera Revolucionaria. *Diálogos*, 18 (1), 1, 201-226.
- Camarero, H. (2007). *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*. Siglo XXI.
- Camarero, H. (2013). El período formativo de un intelectual: Milcíades Peña y el trotskismo en las décadas de 1940-1950. *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, 3, 9-33. <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n3.93>.
- Coggiola, O. (1985). *El trotskismo en la Argentina (1929-1960)*. CEAL.
- Galasso, N. (1991). *Liberación nacional, socialismo y clase trabajadora*. Ayacucho.
- González, E. (coord.) (1995). *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina*. Antidoto.
- Justo, L. (1957). *Estrategia revolucionaria. Lucha por la unidad y por la liberación nacional y social de la América Latina*. Fragua.
- Medunich Orza, M. (1970). *Los intelectuales de izquierda vistos por un obrero*. Astral.
- Piro Mittelman, G. (2019). El giro neutralista del Partido Comunista argentino y los efectos sobre su alianza con el Partido Socialista (1939-1941). *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, 14, 141-161. <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n14.70>.
- Rojo, A. (2002). El trotskismo argentino y los orígenes del peronismo. *Cuadernos del CEIP*. Ediciones CEIP.
- Rojo, A. (2012). Los orígenes del trotskismo argentino: de los años 30 al surgimiento del peronismo. Elaboraciones teórico-políticas y vínculos con la clase obrera. *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, 1, 103-125. <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n1.6>.
- Rojo, A. (2017). Las elaboraciones teórico-políticas del trotskismo en la década del 40: la corriente morenista. XVI Jornadas Interescuelas-Departamentos de Historia, Universidad Nacional de Mar del Plata.
- Tarcus, H. (1996). *El marxismo olvidado en la Argentina. Silvio Frondizi y Milcíades Peña*. El Cielo por Asalto.
- Trotsky, L. (2013). *Escritos latinoamericanos, en México (1937-1940)*. Ediciones IPS.

De Prinkipo a Pulacayo: consideraciones sobre la historia del trotskismo boliviano

Steven Sándor John

City University of New York, Estados Unidos
s_an@msn.com

Title: From Prinkipo to Pulacayo: Some Questions of Bolivian Trotskyism's History

Resumen: En la historia del movimiento trotskista mundial, Bolivia ha ocupado un lugar especial y en cierto grado excepcional. ¿En qué ha consistido la influencia histórica del trotskismo boliviano? ¿Cómo se explica? ¿Cuál fue su política durante la Revolución Boliviana de 1952 y cuáles fueron los resultados de dicha orientación? En el artículo se plantean algunas consideraciones sobre estos temas.

Palabras clave: Bolivia – trotskismo – Revolución Nacional – mineros

Abstract: Bolivia has occupied a unique place in the history of the world Trotskyist movement. What has Bolivian Trotskyism's historical influence consisted of? How can it be explained? What was the movement's policy during the Bolivian Revolution of 1952 and what were its results? The article presents some considerations on these issues.

Key words: Bolivia – trotskism – National Revolution – miners

Recepción: 16 de marzo de 2020. **Aceptación:** 20 de junio de 2020

En noviembre de 2019, las noticias de Bolivia llamaron la atención del mundo cuando, entre motines policiales y manifestaciones callejeras, fue derrocado Evo Morales y tomó el poder un gobierno de facto, marcado por el protagonismo de políticos ultraderechistas y anti-indígenas, con el respaldo entusiasta del presidente norteamericano Donald Trump y su secretario de Estado Mike Pompeo. Aunque el análisis de estos dramáticos sucesos no cabría en los parámetros de este artículo, resalta nuevamente que en cada uno de los bruscos virajes tan característicos de la historia boliviana, irrumpen cuestiones fundamentales de revolución y contrarrevolución.

Fue a partir de tales cuestiones que surgió hace 85 años el *trotskismo boliviano*, que por sus características particulares –y por el papel que ha jugado en la vida del país– debe abordarse como una variante *sui generis* del trotskismo latinoamericano y mundial. El trotskismo adquirió un nivel de influencia comparable sólo en Ceilán (que en 1972 cambió su nombre a Sri Lanka) y –hasta 1945, cuando el movimiento fue aniquilado– en la parte de Indochina que hoy es Vietnam.

Al esbozar algunas consideraciones sobre el trotskismo boliviano y su influencia histórica, quiero enfocar tres temas específicos. Hay que subrayar que aquí me limito a la tentativa de sintetizar sólo algunos aspectos de un tema extraordinariamente amplio.

1) Si el trotskismo ha sido excepcionalmente influyente en Bolivia, ¿cuáles serían algunas manifestaciones, características y ejemplos importantes de esta influencia?

2) Si esta doctrina aparentemente exótica, nacida al otro lado del planeta y materializada en una corriente internacional aislada, perseguida y sin recursos, echó raíces en uno de los países más pobres, aislados –y desde la óptica de muchos, también “exóticos”– del hemisferio, entonces ¿cómo se explica?

3) Junto con la Revolución Mexicana (1910-1917) y la Cubana (1959), la Revolución Boliviana de 1952, conocida dentro del país como la Revolución Nacional, constituye un hito en la historia latinoamericana por haber sido una de las más extensas y profundas del siglo XX. ¿Cómo se orientó políticamente el movimiento trotskista boliviano y –a grandes rasgos– cuáles fueron los resultados de esa orientación?

¿“Una de las curiosidades de Bolivia”?

En 1960, la revista norteamericana *Life*, influyente popularizadora de las posiciones de Washington en la Guerra Fría, envió un reportero a Bolivia. En ese momento, la Unión Soviética ofrecía construir una fundidora para el país, que no tenía forma de refinar el estaño de cuya exportación dependía. Cuando los miembros de una delegación soviética

llegaron al legendario campamento minero de Siglo XX, se asombraron al ver que cientos de mineros –que salieron a dar una acogida calurosa a los camaradas soviéticos– tenían en sus cascos de color café el símbolo de la IV Internacional. En sus manos llevaban mantas con consignas a favor de “la Rusia de Lenin y Trotsky”.

Tras describir la escena a los lectores de *Life*, el periodista la “explicó” afirmando que los mineros bolivianos eran unos analfabetos que no sabían que Trotsky, para ellos un personaje casi mítico, había muerto dos décadas antes (John, 2016, pp. 239-240). Muy al contrario, sabían muy bien quién era Trotsky: sus ideas habían penetrado profundamente en los socavones. Entre los mineros bolivianos, “aprendí más acerca del trotskismo de lo que hubiera sido el caso en la mayoría de las escuelas de posgrado, especialmente en los Estados Unidos”, relata la antropóloga June Nash, famosa por sus estudios de las comunidades mineras en las que recibió su iniciación en el marxismo (Nash, 2007, p. 20).

El haber producido “uno de los partidos trotskistas más influyentes y longevos del mundo” constituye “una de las curiosidades de Bolivia”, escriben dos politólogos especializados en el país (Malloy y Gamarrá, 1988, p. 59). Muchos han tratado el fenómeno como un aspecto pintoresco del paisaje, visión que tal vez a los mineros trotskistas de Siglo XX les habría parecido un síntoma del analfabetismo político de muchos “expertos”. Sin embargo, al observar que en Bolivia “los marxistas disidentes... ganaron una influencia significativa, estableciendo una tradición trotskista más indeleble que en otras partes de América Latina”, un pionero de los estudios latinoamericanos sugiere que esto se debe a que los trotskistas eran “más afines a las aspiraciones de los trabajadores bolivianos” que los partidarios de otras agrupaciones de izquierda (Whitehead, 1991, p. 528).

En repetidas ocasiones, a veces durante períodos extensos, el movimiento fue interlocutor, socio semivoluntario, espectro y rival para presidentes y partidos gobernantes. ¿En qué otro país consideraría el Presidente de la República que fuera necesario advertir al pueblo que un “gobierno trotskista” duraría poco tiempo, puesto que los países poderosos no lo tolerarían? En Bolivia, esa fue la advertencia que hizo en un discurso oficial el presidente Víctor Paz Estenssoro, jefe del Movimiento Nacionalista Revolucionario, en el segundo año de la Revolución Boliviana que lo había llevado al poder (Paz, 1954, p. 52).

Por su parte, las agencias gubernamentales norteamericanas y sus amigos en la gran prensa prestaron un nivel de atención sorprendente a las actividades y opiniones de los trotskistas bolivianos. Cuando una oleada de protestas sindicales sacudió al país a fines de los años 50, la revista *Time* (16 de marzo de 1959) señaló sarcásticamente: “Bolivia es la joya más brillante en la corona de la IV Internacional, agrupación de

los «verdaderos» comunistas con su línea de «obreros del mundo uníos» y de oposición a los rojos de Rusia”.

Orígenes

La trayectoria del movimiento comenzó con un puñado de jóvenes bolivianos que se rebelaron en contra de un *ancien régime* en el que la minúscula élite “blanca” pisoteaba arrogante e impunemente a los mineros y campesinos indígenas de cuyo trabajo vivían. Entrando al torbellino de experimentación intelectual ecléctica de las primeras décadas del siglo XX en América Latina, estos activistas encontraron inspiración en incas y bolcheviques, el *Amauta* de Mariátegui, comunistas mexicanos y chilenos, aunque las obras de Trotsky eran de difícil acceso.

En el abismo de la Gran Depresión, su país entró en una crisis profunda y traumática. Convulsionada por el conflicto con Paraguay en la Guerra del Chaco (1932-1935), Bolivia experimentó una oleada de radicalización a fines de los años 30. Los jóvenes “derrotistas” que alzaron la voz contra la carnicería fratricida, si no perecieron en el frente de batalla, enfrentaron la cárcel y el destierro.

El trotskismo boliviano nació como corriente con marcadas características específicamente nacionales. En su nacimiento participó el Grupo Tupac Amaru, basado en Argentina y dirigido por Tristán Marof (seudónimo del escritor bohemio Gustavo Navarro), que mezclaba elementos del ideario indigenista, aspectos del pensamiento marxista internacional y una fuerte dosis de nacionalismo romántico. El otro grupo, Izquierda Boliviana, basado en Chile, era dirigido por José Aguirre Gainsborg, que en el destierro había militado en la sección chilena de la Oposición de Izquierda internacional. En 1935, se fusionaron para formar el Partido Obrero Revolucionario.

Tras la casi desaparición del partido en una serie de crisis políticas (y con la salida de Marof y la muerte de Aguirre), el POR logró establecerse como organización funcionante, aunque en sus años formativos su relación orgánica con el trotskismo internacional fue tenue.

La Tesis de Pulacayo y el protagonismo obrero

Después de la Segunda Guerra Mundial, el crecimiento de la influencia trotskista fue frecuentemente reportado como índice del auge del radicalismo obrero. El símbolo más famoso y la encarnación documental más importante de aquella ha sido la Tesis de Pulacayo, que el POR escribió para la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB) en 1946. Inspirada por la teoría de la revolución permanente, la Tesis —que llama a los mineros a dirigir a la gente pobre del campo y

de la ciudad en una revolución social- no sólo estableció la “ideología oficial” de la Federación sino que “se constituyó en el sustento ideológico de la identidad minera” (Klein, 1969: 384; Cajías de la Vega, 2004, p. 58).

Entre los puntos más importantes de la Tesis estaban los que marcaron el rechazo tajante de la colaboración de clases: “Con la burguesía no tenemos que realizar ningún bloque ni ningún compromiso”, enfatiza, al llamar a la “absoluta independencia” de los sindicatos con respecto a “los sectores burgueses, al reformismo de izquierda y el gobierno”. “No podemos ni debemos solidarizarnos con ningún gobierno que no sea el nuestro propio, es decir obrero”, recalca, al insistir:

El obrero que tiene la debilidad de cambiar su puesto de lucha en las filas revolucionarias por una cartera ministerial burguesa pasa a las filas de la traición. La burguesía idea a los ministros “obreros” para poder engañar mejor a los trabajadores...¹

El impacto de la Tesis de Pulacayo fue tan grande que hasta Régis Debray, un acérrimo enemigo del trotskismo, la calificó como la “Carta Fundadora” del sindicalismo boliviano. Al fustigar a la clase obrera boliviana por lo que consideraba su “exagerada confianza en sí misma”, el ex compañero del Che Guevara señalaba “la persistente tendencia trotskista entre los obreros de base”, indicio de que “la teoría de la revolución permanente ganó autoridad y credibilidad con un gran sector del movimiento obrero” (Debray, 1975, pp. 43-44, 47, 58). Casi tres lustros después de la aprobación de la Tesis, el nivel de influencia del POR entre los trabajadores del subsuelo llevó al prominente intelectual boliviano René Zavaleta Mercado a quejarse de que, supuestamente, el dirigente trotskista Guillermo Lora “es a veces, dueño feliz de una dictadura porista sobre el proletariado minero” (Zavaleta Mercado, 1959: 3).

Tras la profunda escisión del trotskismo boliviano que se produjo a mediados de los 50 (ver más abajo), el sector dirigido por Guillermo Lora estableció una presencia especialmente fuerte en Siglo XX. El “otro” POR, encabezado por Hugo González Moscoso, se construyó una base importante entre los trabajadores de Catavi, Llallagua y otros centros mineros. En llamativos boletines mineros ya a finales de los 50 y comienzos de los 60 enfatizaba, entre otros temas candentes, el vínculo entre la lucha obrera y la liberación de la mujer e incentivó la formación de comités de amas de casa en los campamentos mineros. En esos años

1. “Tesis de Pulacayo” (noviembre de 1946), publicada en numerosas ediciones. Hay mucho más que decir acerca del tema, pero por falta de espacio, aquí y en algunos otros casos me permitiré remitir a los lectores a la discusión en John (2016, pp. 125-133, 239-241).

jugó también un papel importante en el sindicato de maestros (Bravo Cladera, 2013, pp. 70-71).²

La insurrección del 52 aplastó al ejército, pero con el paso de unos años –y la ayuda del Pentágono– el régimen del “nacionalismo revolucionario” logró reconstruirlo. En 1964, René Barrientos, piloto del avión que llevó a Víctor Paz a la capital boliviana en 1952 –convertido en general, jefe de la fuerza aérea, favorito de Lyndon Johnson y vicepresidente del mismo Paz– lo derrocó e inauguró un nuevo ciclo de dictaduras militares. Bajo éstas, la heroica labor de organización de los cuadros poristas de ambas vertientes fue fundamental para la resistencia obrera. Frente a la embestida represiva, los dirigentes mineros trotskistas –entre ellos César Lora e Isaac Camacho, asesinados en 1965 y 1967, respectivamente– encabezaron la formación de “sindicatos clandestinos”.

De nuevo en la década de los 70, los activistas trotskistas jugaron un papel central en los comités de base que se reunieron dentro de las minas, saliendo para desafiar al dictador Hugo Banzer. En diciembre de 1977, la militante porista Aurora Villarroel de Lora propuso y jugó un papel central en la huelga de hambre de las mujeres de las minas que desató las movilizaciones de masas que pusieron fin al gobierno banzerista.

Trotskistas quechuas “siembran pánico” entre los gamonales

Si bien el trotskismo boliviano ha sido ampliamente conocido por su impacto en el movimiento obrero, un aspecto de su historia que frecuentemente se pasa por alto es la identificación de sus fundadores con la formulación y divulgación de ideas y consignas radicales sobre lo que se solía conocer como la “cuestión indígena”. Otro es que su influencia se extendió a importantes sectores campesinos, a tal grado que llegó a ser, durante un período clave, obsesión de los gamonales (terratenientes) y voceros gubernamentales.

El énfasis en la importancia de las luchas indígenas y campesinas se remonta a los orígenes del trotskismo boliviano. Casi una década antes de participar en la fundación del POR, Tristán Marof popularizó el lema de “Tierras al indio, minas al estado” en su libro *La justicia del Inca* (1926). A mediados de 1927, apoyó la sublevación indígena de Chayanta, Potosí. Junto con su supuesto involucramiento en un “complot comunista” contra el gobierno, esto llevó a su confinamiento y luego al exilio.

2. En la década del 80 el equipo de activistas del POR-Masas (orientado por Lora) encabezado por Vilma Plata se hizo famoso como dirección del sindicato de maestros de La Paz.

En su libro más influyente, *La tragedia del altiplano* (1934), Marof defendió la rebeldía indígena contra el racismo endémico de la sociedad boliviana a la vez que denunciaba el “pongueaje” (sistema de servicio obligatorio al gamonal) y el robo de tierras campesinas. Junto con su agitación contra la Guerra del Chaco, esto explica en gran parte el prestigio del que gozaba Marof –a pesar de su reputación (merecida) de aventurero– cuando ayudó a fundar el POR en 1935.

Por otra parte, la primera escuela indigenista de Bolivia –la “escuela-ayllú” de Warisata– se estableció y desarrolló en gran parte debido a la labor de personajes vinculados con el trotskismo. Ex miembros de la Izquierda Boliviana de Aguirre y el Grupo Tupac Amaru, algunos participaron en la fundación del POR. Otro, el artista y polemista Carlos Salazar Mostajo, llegó a ser uno de los publicistas y defensores más importantes de Warisata (Salazar Mostajo, 1997).

Sin embargo, la influencia del trotskismo en el campo se arraigó en gran parte por la vía minera. Cuando en las minas se daban las “masacres blancas” (despidos en masa), muchos trabajadores que volvían a sus pueblos natales llevaban consigo su entrenamiento sindical (impartido a veces directamente por los trotskistas). Así nació un número significativo de sindicatos campesinos.

En el Valle de Cochabamba surgió un importante núcleo de trotskistas quechuas, centrado en el pueblo de Ucureña, que se dedicó a organizar sindicatos y grupos de autodefensa entre los campesinos. En 1953, la gran prensa –tanto la oficialista de La Paz como la de la derecha cochabambina– se llenó de titulares contra los “dirigentes trotskistas” y “militantes poristas” que “sembraron pánico” al dirigir una oleada de tomas de tierra, acompañadas por el “secuestro de armas en haciendas”.³ En contra de los trotskistas campesinos de Cochabamba las “guardias blancas” de los gamonales desataron un reino de terror, que el gobierno emenerrista suplementó con detenciones, encarcelamientos y la formación de una nueva capa de burócratas rurales a sueldo (John, 2016, pp. 190-201).

Tras las tomas de tierras en el valle de Cochabamba, el gobierno llevó a cabo lo que, a pesar de su carácter limitado y moderado, constituyó una de las principales medidas de la Revolución Boliviana: la reforma agraria. “Fue sin duda un paso más dado por la presión indígena y campesina que por la convicción del gobierno del MNR” (Ticona Alejo,

3. En realidad, los militantes cochabambinos propugnaban una línea mucho más a la izquierda que la de la dirección nacional del POR. Ésta participaba oficialmente en la comisión de reforma agraria del gobierno, mientras que los de Cochabamba buscaron realizar la “revolución agraria”. Este grupo de activistas llegó a formar su propia fracción dentro del POR (ver más abajo).

2003: 289). En realidad, ese partido formado por una fracción de la elite boliviana nunca había luchado por tal cosa. Es significativo que en el “Día del Indio” (2 de agosto de 1953), el decreto fuera firmado, bajo la mirada de 100.000 campesinos, en Ucureña, cuna de las movilizaciones campesinas en las que los trotskistas quechuas habían jugado un papel crucial.

Presencia cultural

Según René Zavaleta Mercado –que ya para los años 70 se había convertido en izquierdista–, al hablar del proletariado boliviano, cuya columna vertebral era el sector minero, había que reconocer que “se trata de una clase dotada de mejor sentido histórico que todos sus iguales en el continente” (Zavaleta Mercado, 1974, p. 84).

Al luchar por establecerse como referente en el mundo minero, los trotskistas bolivianos creían que junto a la rica producción cultural de las mayorías nacionales, despreciada y descartada por la elite durante siglos, la memoria colectiva que los mineros apreciaban ayudaría a enriquecer la conciencia obrera en todo el mundo. En Bolivia, como en otros lugares donde el sector minero ha jugado un papel crucial en el movimiento obrero, las canciones mineras han sido fundamentales en la transmisión y conservación de la memoria colectiva de las luchas proletarias. Entre ellas figuran muchas sobre las masacres mineras, la lucha contra capitalistas e imperialistas sinvergüenzas que condenan al obrero a morir escupiendo sangre por el mal de mina (silicosis), y sobre la Tesis de Pulacayo también.

El trotskismo boliviano conquistó una presencia especialmente importante en el campo de las artes plásticas. Desde sus inicios fue caracterizado por el poder llamativo de las imágenes que figuraban como parte íntegra de su propaganda. Muchas fueron obra de Miguel Alandía Pantoja, que llegó a ser el muralista más importante del país y fue un dirigente tanto del POR como de la Central Obrera Boliviana (COB), que ayudó a fundar en abril de 1952. Los murales revolucionarios que pintó en edificios gubernamentales, así como su amistad con presidentes emenerristas, encarnan algunas de las contradicciones políticas características del trotskismo boliviano.

Además de su trabajo relacionado con la escuela-ayllú de Warisata, Carlos Salazar Mostajo fue pintor e historiador del arte. También fundó la Liga Socialista Revolucionaria, que aunque nunca llegó a tener una militancia numerosa, presentó un punto de vista distintivo como corriente dentro del movimiento trotskista.⁴

4. Ver Salazar Mostajo (2003 y 1989). De particular importancia fue la crítica de la

A lo largo de su historia, comenzando con su generación fundadora, miembros y simpatizantes del movimiento trotskista se destacaron también en los campos de la literatura, la crítica, la bibliotecología y otros aspectos de la cultura boliviana. En 1970, el POR de Lora ganó un lugar importante en el movimiento estudiantil mediante la “Revolución Universitaria” que se inició en la Universidad Mayor de San Andrés.

¿Cómo se explica?

A comienzos de 1929, exilado de la URSS por órdenes de Stalin, León Trotsky se refugió en la isla turca de Büyükkada, conocida en aquel entonces como Prinkipo. Expulsado de un país tras otro, pasó sus últimos años en Coyoacán, México, donde fue asesinado en 1940 por el agente estalinista Ramón Mercader. Poco después, entre los “chorros” de dinamita que formaban parte de la cotidianeidad minera, ya comenzaban a penetrar en las minas bolivianas conceptos centrales del programa político que el nombre de Trotsky evocaba, que retumbarían en los años siguientes.

Es llamativo que ideas asociadas con el desterrado organizador del Ejército Rojo hicieran el viaje de Prinkipo a Pulacayo. No es una exageración subrayar que al abordar el surgimiento del trotskismo boliviano, así como el extenso y duradero impacto que ha tenido, se trata de “un fenómeno único y excepcional” en la historia del radicalismo latinoamericano (Goldenberg, 1971: 96).

Para entender este fenómeno, es preciso en primer lugar apreciar la fuerza especial, en la Bolivia de los años 40, de dichas ideas. A los mineros bolivianos de la época de la Tesis de Pulacayo no les parecía exótica una teoría revolucionaria que justificara y explicara el papel de vanguardia en las luchas populares que ellos ya habían comenzado a jugar. Allá en los oscuros socavones, donde el “desarrollo desigual y combinado” se reflejaba en vocablos como *mita*, *block caving*, *ch’alla*, *perforadora* y *huallpa-chaki*,⁵ los conceptos de la revolución permanente ayudaron a los mineros a entender el mundo en el que vivían, a dar significado a su vida y a orientar sus luchas.

El “trotskismo” les decía que ese mismo desarrollo desigual y combinado –incluso la despiadada explotación que conllevaba– colocaba en

corriente de Salazar con respecto a ciertos aspectos de la Tesis de Pulacayo y sus advertencias sobre la naturaleza y perspectivas de la Asamblea Popular en 1971.

5. *Mita*: una jornada laboral o el pago correspondiente (originalmente: sistema de trabajo obligatorio del imperio incaico, adoptado en Alto Perú por los españoles); *block caving*: un método de minería subterránea; *ch’alla*: acto de reciprocidad u ofrenda a la Pachamama o al “tío de la mina”; *huallpa-chaki* (pata de gallina): un método de perforar.

sus manos la fuerza potencial, las herramientas y armas sociales con las que podían encabezar la liberación de todos los explotados, que sería también la de su país; y que su suerte se vinculaba a la vez con la de los obreros y oprimidos del mundo entero.

Así, la atracción de las ideas trotskistas reflejaba, en parte, la centralidad del proletariado minero en un país que dependió por largo tiempo de una sola mercancía: el estaño. A comienzos del siglo XX, este “metal del diablo” se convirtió en materia estratégica a nivel mundial, debido en gran parte a su uso en el suministro de alimentos y armamentos para los grandes ejércitos. Reclutados de las aldeas campesinas indígenas, los mineros adquirieron un “peso específico” excepcionalmente grande en la vida nacional. Centrado en la Federación Minera fundada en 1944, el movimiento obrero boliviano se convirtió en uno de los más politizados y audaces del hemisferio.

Concentrados en los campamentos del altiplano, los mineros jugaron un papel militar decisivo en la Revolución Nacional de 1952, una de las convulsiones sociales más profundas del siglo XX latinoamericano. El impacto regional de esta revolución debió mucho a la prominencia política de los mineros y campesinos indígenas en la destrucción del viejo orden y la conflictiva construcción de sus sucesores.

Bolivia, Vietnam, Ceilán

¿Qué tenía en común Bolivia, entonces, con Vietnam y Ceilán? Se trata de sociedades muy distintas; además, si bien había minas en Indochina, ni allí ni en Ceilán existía un proletariado minero con el mismo tipo de peso o papel social como fue el caso en Bolivia.

Sin embargo, fue en estos tres países donde la corriente trotskista llegó a tener un alto grado de influencia, a nivel nacional, durante un período extenso.

Bolivia: Es importante señalar que el POR surgió cuando en Bolivia no había un Partido Comunista cohesionado. Su fundación ocurrió cinco años antes que la del Partido de la Izquierda Revolucionaria (PIR), de orientación estalinista, que se estableció en 1940; el PC oficial se fundó sólo en 1950. Tras causar una sensación nacional en 1946 con la Tesis de Pulacayo, el POR fue durante años tema de noticias y denuncias en la prensa diaria. Llegó al parlamento en 1947 (como parte del Bloque Minero Parlamentario) y fue un punto de referencia fundamental durante la Revolución Nacional. Nunca fue un partido de masas, vivió décadas a la sombra del MNR, y se dividió en “dos POR” con la convulsiva crisis interna de 1954-1955. Sin embargo, el trotskismo siguió jugando un papel vital en los movimientos sociales durante más de medio siglo.

Vietnam: La Oposición de Izquierda Indochina, afiliada con la Opo-

sición internacional de Trotsky, se estableció en 1929, el mismo año en que se fundó el PC Indochino estalinista (Van, 1995, pp. 11, 15). Los trotskistas vietnamitas –organizados principalmente en el grupo La Lutte y la Liga de Comunistas Internacionalistas– establecieron una base sólida y numerosa en la clase obrera de Saigón; su influencia se extendió a otras partes de la colonia y a sectores del campesinado. En un período en que el imperio francés era administrado por el Frente Popular, el dirigente más famoso del movimiento trotskista vietnamita, Ta Thu Thau, fue una figura central en la lucha contra el colonialismo. Al final de la Segunda Guerra Mundial, el movimiento trotskista tenía miles de afiliados. Al rechazar el acuerdo del gobierno francés con el Viet Minh de Ho Chi Minh, participó en el levantamiento de septiembre de 1945 contra la reintroducción de tropas francesas; como represalia, fue aniquilado por las fuerzas estalinistas.

Ceilán: En esta colonia británica, cuya economía se centraba en gran parte en la exportación del té, el movimiento trotskista surgió de una manera distintiva. Considerado el primer partido moderno de la historia ceilanesa, el Lanka Sama Samaja Party (LSSP) se organizó en 1935, originalmente como una agrupación socialista “genérica”. En su dirección había simpatizantes tanto de Stalin como de Trotsky, hasta que la mayoría trotskista tomó control del partido de forma definitiva en 1939-1940 (Ervin, 2006, pp. 75-76). Durante décadas el LSSP –y por un período en los años 40, su desprendimiento más radical, el partido Bolchevique Leninista– fue protagónico en la lucha independentista y sindical, encabezando además el movimiento de huelgas y protestas masivas conocido como el *Hartal* de 1953. También tuvo una fuerte presencia parlamentaria.⁶

En los casos de Bolivia, Vietnam y Ceilán, entonces, hay que destacar que el núcleo central del proletariado se politizó cuando imperaban dos factores clave: a) no había un partido comunista ya cohesionado con fuertes raíces en el movimiento obrero; b) la Internacional Comunista ya había proclamado y generalizado la política del frente popular. En la práctica, durante este período formativo, el frente popular significaba aceptar la subordinación a los amos imperialistas y sus representantes locales. Por lo tanto, existía un espacio político y un campo de acción excepcionalmente amplio para los organizadores trotskistas. A continuación, veremos cómo esto se manifestó en el caso boliviano.

6. El peso del parlamentarismo en la vida partidaria del LSSP contribuyó a que se distanciara cada vez más del trotskismo, y en 1964 entró al gobierno de coalición encabezado por el partido nacionalista cingalés de Sirimavo Bandaranaike.

El precio del estaño

Este es el título de la renombrada novela sobre la Masacre de Catavi de 1942 que, cuando se publicó en el octavo año del gobierno emenerrista, recordaba a los lectores que este precio se pagaba en sangre minera (Taboada Terán, 1960). A la vez, la frase refleja un tema fundamental en la historia del sojuzgamiento de Bolivia al imperialismo. La Reconstruction Finance Corporation, entidad del gobierno norteamericano creada durante la Gran Depresión, fue “armada con el mandato del Congreso [de Estados Unidos] para conseguir estaño barato y asignarlo a la industria privada”, con lo cual, durante años, “trabajó celosamente con el propósito inquebrantable de bajar el precio” del metal (Dorn, 2011: 206).

Este esfuerzo se convirtió en una cuestión de “precios democráticos” (*sic*), cuando, el 11 de diciembre de 1941, Estados Unidos declaró la guerra contra Alemania.⁷ Al otro día, un decreto del gobierno boliviano del general Enrique Peñaranda prohibió todo acto que pudiera disminuir o afectar la producción de minerales.

Casi exactamente un año después, estalló la huelga contra la empresa Patiño Mines en Catavi y Siglo XX. Para suprimirla, el gobierno ejecutó la matanza del 21 de diciembre de 1942. Como subrayó la prensa trotskista norteamericana, el Departamento de Estado y el embajador norteamericano habían “presionado al gobierno de Peñaranda para que mantuviera a los mineros en condiciones de hambre y servidumbre” y después de la masacre, “el carnicero Peñaranda visitó los Estados Unidos, donde fue festejado por Roosevelt en la Casa Blanca y fue saludado en la prensa capitalista como un campeón de la democracia”.⁸

El gobierno de Peñaranda intentó culpar al PIR por la huelga de Catavi. Sin embargo, la política estalinista según la cual la clase obrera debía hacer causa común con Roosevelt, Churchill, junto con los Peñaranda, Batista, Trujillo *et al.*, como expresión de un supuesto frente democrático, tenía pocas posibilidades de prosperar en el sector minero, que ya era la punta de lanza de la radicalización del proletariado boliviano.

Para los jóvenes activistas del POR, la huelga de Catavi abrió nuevas perspectivas para transmitir las ideas de la revolución permanente mien-

7. Como se remarcó en una audiencia del Comité sobre Servicios Armados del Senado de Estados Unidos en 1979, “Los bolivianos recuerdan que Estados Unidos adquirió su reserva estratégica de estaño como contribución de un «aliado en defensa de la democracia» durante la Segunda Guerra Mundial y la Guerra de Corea” (Committee: 1979, p. 44).

8. *The Militant* (Nueva York), 1° de enero de 1944. En la Casa Blanca el 5 de mayo de 1943, el ministro boliviano de Relaciones Exteriores que acompañaba a Peñaranda reportó a Roosevelt: “Bolivia está realizando un esfuerzo máximo para suministrar el estaño” para Estados Unidos y sus aliados (Foreign Relations, 1965, p. 561).

tras realizaban peligrosas labores de solidaridad con los trabajadores frente a la represión.

Mientras tanto, en el parlamento, quien cobró fama por su intervención sobre el asunto de la masacre fue un ex abogado de la empresa Patiño convertido en dirigente del flamante MNR (fundado en junio de 1942): el diputado nacional Víctor Paz. Este partido nacionalista establecido por un sector joven de la elite boliviana no tenía bases de apoyo en los campamentos mineros, pero comenzó a establecerlas cuando a fines de 1943 el coronel Gualberto Villarroel derrocó a Peñaranda e invitó al MNR a integrar su gabinete. Fue bajo el gobierno de Villarroel, y con el apoyo de éste, que se fundó la FSTMB en 1944. Como dirigente central de la Federación, se eligió a Juan Lechín, ex empleado de mina que el año anterior el MNR había nombrado subprefecto de la zona Catavi-Siglo XX.

En julio de 1946, Villarroel fue derrocado y ahorcado frente al palacio presidencial entre protestas auspiciadas por el PIR y la Rosca (denominación popular para referirse a la elite minera y política). El “presidente colgado” tomó su lugar en el imaginario histórico del nacionalismo boliviano mientras se inauguró el “sexenio rosquero” de represión brutal contra el movimiento obrero y la izquierda.⁹

Cuando con sangre de nuevo se cotizó el precio del estaño en una nueva masacre de mineros, la de Potosí en enero de 1947, el Ministro del Trabajo que ordenó la entrada del ejército a la zona minera era pirista, como también lo fueron el prefecto y el jefe de policía de Potosí.

Una alianza y su precio

Ya para ese entonces, los jóvenes activistas del movimiento trotskista habían escrito una nueva página en la historia del movimiento obrero con la aprobación de su Tesis de Pulacayo. Los lectores de la gran prensa se acostumbraban a ver la palabra *trozkista* (como los diarios solían escribirla) en los titulares. Junto con Lechín y otros dirigentes de la FSTMB, Lora y cuatro poristas más fueron elegidos al parlamento a comienzos de 1947, como integrantes del Bloque Minero Parlamentario, del cual Lora fue nombrado coordinador. La influencia del trotskismo boliviano se hacía sentir.

Sin embargo, esta influencia tenía su precio: fortalecer la imagen combativa del ala laboral del MNR. Lechín y otros voceros de lo que se conocería como la “Izquierda” emenerrista jugaron un doble juego,

9. El POR no tuvo una línea unitaria a escala nacional sobre los sucesos, pero en La Paz participó en el levantamiento contra Villarroel que abrió paso a la derecha; no parece haberse realizado una sistemática evaluación de la experiencia.

mostrando una cara radical en algunas circunstancias a la vez que buscaban agrandar la autoridad del MNR. Las metas de este partido nacionalista eran muy distantes de aquellas del socialismo marxiano y fue profundamente hostil al principio de la independencia política del proletariado pregonado en la Tesis de Pulacayo.

A la vez que Lechín “jugó un papel lleno de ambigüedades”, en palabras de Hugo González Moscoso: “toda la dirección [del POR] que actuaba en La Paz, y sobre todo en Oruro” fungía como equipo de asesores de Lechín. Si bien Lora fue el principal de estos asesores, como muestran sus escritos sobre este período, el propio González se incluyó a sí mismo en la descripción (John, 2016, pp. 121-122).

En este bloque político de largo alcance, el POR ayudó a dar a Lechín una imagen más revolucionaria, con lo cual el partido nacionalista obtenía la mayor parte del beneficio político. Sin embargo, este periodo de ascenso de la influencia del trotskismo boliviano sentaría una pauta que marcaría muchas de las fases más críticas de su historia.

Al estudiar el período 1950-1951, se observa una y otra vez que la adaptación a la izquierda del MNR afectaba el arsenal de conceptos con el que el trotskismo boliviano enfrentaría los enormes retos planteados por la Revolución del 52.

Para Trotsky, era crucial establecer que la táctica del frente unido (traducido a veces como “único”) significaba una *acción* realizada conjuntamente entre el partido revolucionario y otras fuerzas, para un objetivo limitado y determinado, no un bloque programático. Recalcó –notablemente en sus escritos sobre el desastroso bloque del PC chino con el Kuomintang burgués– que “la regla más importante” era “no confundir las banderas” con las de otros partidos.

En contraste, en el período anterior a la Revolución Nacional, el POR iba profundizando, sistematizando y teorizando el patrón de hacer un bloque político –o una serie de bloques– con el ala laboral del MNR que Lechín encabezaba. A la vez, buscaba extenderlo al conjunto del MNR. En 1950, por ejemplo, el POR integró el “Comité Cuatripartito” con el MNR, el PIR y el Partido Comunista (formado ese año mediante una escisión del PIR), buscando establecer una plataforma común en aras de establecer un “frente antiimperialista”, cosa que no logró aunque la izquierda del MNR se mostró interesada. En 1951, el POR lanzó repetidos llamados al MNR a formar dicho frente y a definirse como partido favorable a los explotados.

Durante años y a pesar de las duras críticas que el POR también dirigía contra el MNR, los trotskistas bolivianos habían mezclado o confundido las banderas con los emenerristas de “izquierda” en el movimiento sindical, en el parlamento, en los discursos y documentos que escribían para Lechín, en las alabanzas que a veces le dirigían en su

prensa, etcétera. Ahora, se agregaba un nuevo factor: la dirección de la IV Internacional, encabezada por Michel Pablo, indicó que en el caso de una movilización de masas impulsada por el MNR, la sección boliviana debería ayudar a llevarla “incluso hasta la toma del poder por el MNR, sobre la base del programa progresivo del frente único antimperialista”. Además, declaró, esto podría abrir paso al lanzamiento de “la consigna por la formación de un Gobierno Obrero y Campesino constituido por ambas organizaciones...”¹⁰

¿Qué tipo de partido era el MNR, entonces? El tema de su “naturaleza de clase” podía parecer muy “teórico” hasta la hora de la verdad, que podría ser muy tarde cuando urgía la claridad. Estas cuestiones no eran de cogitación pura; se entrelazaban con la forma de hacer política frente a Lechín y la dirección sindical, que eran el vínculo clave entre el partido nacionalista burgués y las masas. Tras la llegada del MNR al poder, el precio de la confusión subió cada vez más.

El MNR no pensaba realizar ninguna revolución. Más bien, articuló una más de las conspiraciones golpistas con un sector castrense que eran su especialidad. Esta vez, el plan incluía al jefe de los carabineros y la ultraderechista Falange Socialista Boliviana. Cuando el MNR ganó los comicios de 1951 y el gobierno se rehusó a respetar los resultados, el plan putschista se puso en acción para el 9 de abril de 1952.

Sin embargo, frente a la inesperada resistencia del ejército y la creciente participación de sectores de masas, tanto la FSB como el jefe de los carabineros desertaron. Hernán Siles Zuazo, “subjefe” del MNR y encargado de sus fuerzas –el exiliado Paz Estenssoro estaba en Argentina–, buscó arreglar un gobierno conjunto con los militares y acordó una tregua con el jefe del alto mando militar. La situación cambió fundamentalmente cuando, frente al avance del ejército a La Paz, la población civil realizó una serie de combates que se convirtieron en una verdadera insurrección.

“La Revolución Boliviana, entre Wall Street y Trotsky”

La Tesis de Pulacayo había insistido que los mineros –a pesar de ser una clase minoritaria– iban a encabezar a las masas explotadas de la ciudad y del campo en el asalto revolucionario que se necesitaba para derrocar a la odiada Rosca. Desde los orígenes del movimiento trotskista boliviano, sus activistas cifraban sus esperanzas en la combinación de un levantamiento proletario y una guerra campesina para arrasar con el viejo orden. Para los políticos y partidos que se oponían al programa

10. “Resolución sobre América Latina”, *Cuarta Internacional* (Buenos Aires), agosto-septiembre de 1951, pp. 60-61.

de la revolución permanente, se trataba de un delirio, un sueño utópico o una receta sectaria.

En las Jornadas de Abril de 1952, el sueño de unos y la pesadilla de otros bajó de las minas, emergió de los barrios obreros y se levantó en las calles de La Paz y Oruro. Las batallas callejeras se transformaron en insurrección cuando los mineros bajaron a La Paz a combatir hombro a hombro con los fabriles. En El Alto, asediaron y derrotaron a las fuerzas gubernamentales. En Oruro, tomaron el cuartel y en plena batalla derrotaron al ejército.

Después de los resultados definitivos de la jornada del 10 de abril tanto en La Paz como en Oruro, las fuerzas populares de la insurrección habían derrotado a las tropas del Ejército regular. No fue una victoria relativa: la victoria sobre los militares fue aplastante. (Murillo, 2011, p. 135)¹¹

Después de que los mineros tomaron el Palacio Quemado, Lechín lo entregó a Siles. Víctor Paz volvió de Buenos Aires (en un avión pilotado por René Barrientos) para ocupar la silla presidencial.

Los cuadros trotskistas habían luchado con enorme valentía en la insurrección, jugando un papel importante, por ejemplo en la toma del arsenal de La Paz y en la derrota de los militares en Oruro (John, 2016, pp. 173-178). Lo hicieron a pesar de la falta de una dirección centralizada en aquellos momentos, situación provocada en gran parte por la represión. La verdad es que el POR no estaba en condiciones de tomar el poder en sus propias manos en abril de 1952 – pero sí podía haber representado un polo de atracción importante al desarrollar clara y sistemáticamente una política basada en la independencia revolucionaria del proletariado.

El potencial se puede apreciar en el titular con el que el diario parisino *Le Monde* (24 de octubre de 1953) resumía la disyuntiva de la Revolución en Bolivia: “La Revolución Boliviana entre Wall Street y Trotsky”. Sin embargo, la orientación desarrollada por la dirección porista –en los días, meses y años que siguieron a las Jornadas de Abril– reforzaba las ilusiones de las masas frente al gobierno del MNR.

La historia del POR se ha conocido en gran parte debido a las obras de Guillermo Lora.¹² Muchas veces se cree que la posición del partido

11. La historiografía de estas jornadas ha sido enriquecida con la obra de Mario Murillo basada en detalladas entrevistas con veteranos de estos combates (Murillo, 2011).

12. La versión de Lora se sintetizó y popularizó en la serie de artículos de *Política Obrera* (Buenos Aires), “La Historia del POR boliviano”, publicada entre octubre y diciembre de 1974 (disponible en línea: marxists.org/espanol/tematica/kiosko/argentina/politica_obrera).

en 1952 se impuso en contra de Lora o que consistió en una desviación de un sector de la dirección partidaria respecto de la línea del partido sostenida hasta ese momento. En realidad, representó la posición de la dirección en su conjunto, elaborada en gran parte por Lora, y fue la continuación y el resultado de la pauta de hacer bloques con el ala lechinista del MNR que había sido central en la vida del POR durante años.

La Central Obrera Boliviana se formó una semana después del triunfo de la insurrección, siguiendo la propuesta de Alandía Pantoja. Cuadros del POR ocuparon varios puestos clave en su dirección.

La Tesis de Pulacayo había declarado la guerra sin cuartel a la mera idea de “ministros obreros”. Sin embargo, Lechín y el dirigente fabril Germán Butrón integraron el gabinete de Paz ostentando el título de “ministros obreros”. Era crucial para el MNR utilizarlos para controlar a las masas en una situación de enormes esperanzas revolucionarias, en la que su gobierno descansaba, por decirlo así, en las bayonetas de las milicias mineras.

En el acta de fundación de la COB, el Primer Voto Resolutivo “RESUELVE: Ratificar a los compañeros Juan Lechín O. y Germán Butrón la absoluta confianza de la clase obrera y reafirmar su solidaridad y apoyo en los cargos ministeriales que actualmente ejercen”.

Poco después, la prensa trotskista francesa y norteamericana publicó la entrevista a Guillermo Lora con la que el movimiento mundial pudo conocer la línea del POR sobre los acontecimientos. Lejos de rechazar la entrada de “ministros obreros” al gobierno, la saludaba diciendo que los trabajadores habían obligado a la derecha del MNR a “aceptar en el nuevo gabinete a los elementos obreros, que constituyen en el mismo la fracción de izquierda”, que el POR “apoya la fracción de izquierda del nuevo gabinete” y rechaza “el delirio de una lucha contra el MNR”.¹³

Estas posiciones se expresaron igualmente en los informes internos, en los llamamientos públicos a formar el “Frente Único Anti-Imperialista [...] para la lucha conjunta” entre el POR y el MNR, en las declaraciones de que “el MNR es un partido en transición [...] a la nueva política de transformación revolucionaria”, etc. Aquí no era cuestión de luchar militarmente contra intentonas golpistas o ataques imperialistas, sino que el POR daba un apoyo político (apoyo crítico, se lo suele calificar) al gobierno nacionalista.

Mientras tanto, el apoyo a la Izquierda lechinista fue bien concreto. La vieja pauta se reafirmó, a pesar de que Lechín ya era ministro: los dirigentes poristas lo asesoraban y redactaban sus discursos. No se

13. La entrevista se publicó primero en *La Vérité* (París), 17 de abril-7 de mayo de 1952, luego en *The Militant*. Décadas después, Lora recalco “la verdadera importancia” de la entrevista como “anunciación del programa trotskysta” (Lora, 1978, 2, p. 237).

puede entender el contexto real de las consignas como “Todo el poder a la Izquierda”¹⁴ sin apreciar esta realidad. No existe un mecanismo para medir el impacto de la política del POR al reflejar y a la vez reforzar las ilusiones de las masas en al ala lechinista del MNR. Lo que sí sabemos es que Lechín ató a las masas al gobierno nacionalista que colaboró con el imperialismo contra los trabajadores, restableció el ejército y abrió el camino para la vuelta de éste al poder.

¿Autocrítica?

Para la historiografía de la izquierda, el debate de los temas históricos reviste especial relevancia cuando su interpretación se relaciona con cuestiones clave de la revolución y la contrarrevolución. Por lo tanto, me parece importante mencionar parte de una reseña del libro *El trotskismo boliviano* en la que el historiador argentino Juan Luis Hernández enumera varias de las observaciones que se hacen ahí sobre la línea política que el POR planteó durante la Revolución del 52 (Hernández, 2017, p. 44).¹⁵

Argumenta el colega Hernández: “Años después, los errores señalados fueron reconocidos por el propio Guillermo Lora, en una autocrítica quizás incompleta, pero que Sándor John pasa por alto (Lora, 1963: 38-39)”. He reproducido la referencia tal como aparece en la reseña, por tratarse de una sección especial –titulada “Errores del POR”– de la importante obra *La Revolución Boliviana* del dirigente porista. Puede ser de hecho provechoso indagar acerca de lo que implicaba para el futuro del movimiento trotskista la definición de errores planteada ahí.

Veamos entonces lo que escribe Lora en dicha sección. Señala que la represión policiaca durante el sexenio rosquero había causado estragos en el partido, factor importante en la “debilidad numérica y organizativa del POR” durante el alzamiento, que “también contribuyó al fortalecimiento del MNR”. De esto no cabe duda.

Lora continúa al afirmar que el “error más grande que cometió el POR radica en que no estuvo presente como Partido en las jornadas de abril”, aunque sus cuadros intervinieron “en forma aislada”. También indica que el POR debía haber lanzado la consigna de ocupación de las minas en 1952.

14. El POR también exigió “mayoría obrera” en el gabinete y anunció con júbilo en agosto de 1953 que la COB había decidido “que las personas que integren los ministerios en representación obrera, lo harán sujetos a un programa especialmente aprobado por la COB”, etc.

15. Una versión más extensa de la reseña fue publicada en *Archivos*, año VI, n° 12 (marzo de 2018), pp. 165-168.

He aquí el resto de la referida sección “Errores del POR”:

La llegada del MNR al poder tuvo un efecto nefasto sobre los cuadros pequeño burgueses del Partido, que comenzaron a justificar el programa movimientista y preparar desde el primer día la traición que más tarde adoptaría el nombre de “entrismo”.

Inmediatamente después del 9 de abril surgen en el POR toda una serie de teorías seguidistas. Unas sostenían que el MNR llegó a ocupar prácticamente el lugar del POR, como vanguardia proletaria; otras insinuaban que el POR era sólo una rama del MNR y que le correspondía apoyarlo incondicionalmente, evitando toda posible crítica. Y no faltaban los ilusos que soñaban con un milenarismo régimen movimientista. Todas estas tendencias eran producto de la desesperación y del miedo. La escisión del POR estaba planteada ya el 9 de abril y el posterior desarrollo de los acontecimientos la convirtió en inevitable. (Lora, 1963: 38-39)

Esto difícilmente se puede considerar como una autocrítica. No aborda las cuestiones fundamentales respecto a la *línea oficial* del POR, seguida durante años y expresada reiteradamente en el periódico oficial, los congresos, los documentos y las consignas oficiales del partido cuando Lora fue figura central de la dirección (junto con los que luego descartó como ilusos, pequeñoburgueses, etc.) y en muchos casos fue autor de los mismos. Uno de los hechos más importantes es que en la gran lucha interna de 1954-1955, la fracción de Lora y Edwin Möller se basaba explícitamente en la tesis de la X Conferencia del POR (1953), que planteaba que el “predominio total” de la izquierda del MNR transformaría al partido oficialista, con lo cual “podría hablarse de un posible gobierno de coalición del POR y del MNR que sería una forma de realización de la fórmula “Gobierno Obrero-Campesino”.

Junto con esta perspectiva fantasiosa se reafirmó que la lucha debía “girar alrededor” de la consigna “Control total del Estado por la izquierda del MNR”. El mismo año, Lora escribió un folleto para “la estructuración de un programa” del MNR, que se reproduce en sus *Obras completas* (Lora, 1995, pp. 187-246). Siguiendo esta lógica, fue la fracción Lora-Möller la que preparó el escenario para el “entrismo” en el MNR. Casi toda la fracción lo realizó, menos Lora, que a último momento se encontró “solito”, como dicen los veteranos de la experiencia.

Muchos creen que por su alineamiento internacional con Michel Pablo, la fracción de González hizo el “entrismo”, pero en realidad se opuso furiosamente a la propuesta. Mientras tanto, en Cochabamba, una tercera agrupación –pequeña y pronto destruida por la represión– argumentó que tanto la fracción de Lora como la de González sembraban

ilusiones en el régimen del MNR, y que para poder orientarse frente a éste, era fundamental precisar que se trataba de un partido burgués, no “pequeñoburgués” como afirmaban los documentos oficiales del partido escritos y apoyados por Lora, González y el resto de la dirección (John, 2016, pp. 178-216).

No se realizó, en efecto, un verdadero balance, sobre la base de los documentos y la experiencia real del período antes, durante y después de abril de 1952. Y lejos de superada, la pauta se vio repetida, una y otra vez, de una u otra forma.

Las implicaciones se hicieron sentir con particular fuerza en 1970-1971, cuando –durante el gobierno del general “progresista” J.J. Torres– el POR de Lora jugó un papel central tanto en el Comando Político de la COB –tras entablar negociaciones acerca de la posible proporción de “ministros obreros” en el gabinete (hasta que Torres retiró la oferta)– como en la Asamblea Popular que el Comando convocó.¹⁶ El POR de González, habiéndose plegado a la estrategia guevarista, estuvo al margen de estos acontecimientos.

La dolorosa e imprescindible labor de asimilar la experiencia de este período ha sido obstaculizada por la persistente mitificación de esta Asamblea – que tras debates estériles, declaró un receso de más de dos meses mientras la derecha preparaba el “golpe anunciado” de agosto de 1971. Pero “era idea generalizada –compartida hasta por nosotros marxistas– que las armas serían cedidas por el equipo militar gobernante” (Lora, 1972: 97).

Desarmadas política y militarmente, las masas sufrieron otra terrible derrota. No obstante, con “los nacionalistas con charreteras” –entre ellos el depuesto Torres– y con los lechinistas y otros más, el POR de Lora formó el Frente Revolucionario Antimperialista, con el propósito declarado de “estructurar el gobierno del pueblo” e incluso alcanzar el socialismo (ver John, 2016: 274-294). Tales bloques y concepciones no salieron de la nada.

Al esbozar sólo algunos de los temas polémicos de la historia del trotskismo boliviano, espero ayudar a alentar el estudio, análisis y debate de ésta, una de las venas más ricas de la historia del movimiento obrero y de izquierda en América.

16. Según el Comando (declaración del 15 de enero de 1971), la Asamblea tendría “facultades de fiscalización del gobierno nacional y de iniciativa en materia legislativa” (luego se le aplicaron etiquetas más radicales).

Bibliografía

- Bravo Cladera, E.N. (2013). *Elsa Cladera de Bravo: Maestra de profesión y revolución*. Cima.
- Cajías de la Vega, M. (2004). El componente anarquista en el discurso minero del pre-52. *Estudios Bolivianos*, 12, pp. 15-78.
- Committee on Armed Services of the U.S. Senate (1979). *Stockpile Commodity Legislation Hearing*, Washington. U.S. Government Printing Office.
- Debray, R. (1975). *Che's Guerrilla War*. Penguin Books.
- Dorn, G.J. (2011). Pushing Tin: U.S.-Bolivian Relations and the Coming of the National Revolution. *Diplomatic History*, 35 (2), pp. 202-228.
- Ervin, C.W. (2006). *Tomorrow is Ours: The Trotskyist Movement in India and Ceylon 1935-48*. Social Scientists' Association.
- Foreign Relations of the United States (1965). *Diplomatic Papers 1943*, vol. 5. Government Printing Office.
- Goldenberg, B. (1971). *Kommunismus in Lateinamerika*. Kohlhammer.
- Hernández, J.L. (2017). Bajo la bandera de la revolución permanente. *Ideas de Izquierda*, 38, junio, pp. 42-44.
- John, S.S. (2016). *El trotskismo boliviano: Revolución permanente en el Altiplano*. Plural.
- Klein, HS. (1969). *Parties and Political Change in Bolivia, 1880-1952*. Cambridge University Press.
- Lora, G. (1963). *La Revolución Boliviana*. Difusión.
- (1972). *Bolivia: De la Asamblea Popular al golpe fascista*. El Yunque.
- (1978). *Contribución a la historia política de Bolivia*, 2 tomos. Isla.
- (1995). *Obras completas*, t. IV (1950-1953). Ediciones Masas.
- Malloy, J.M. y E. Gamarra (1988). *Revolution and Reaction: Bolivia 1964-1985*. Transaction Books.
- Marof, T. [Gustavo Navarro] (1926). *La justicia del Inca*. La Edición Latino Americana.
- Murillo, M. (2011). *La bala no mata sino el destino: Una crónica de la insurrección popular de 1952 en Bolivia*. Plural.
- Nash, J.C. (2007). *Practicing Ethnography in a Globalizing World*. AltaMira Press.
- Paz Estenssoro, V. (1954). *El pensamiento revolucionario de Paz Estenssoro*, Edición Fundamentos y Doctrina de la Secretaría Ejecutiva del Comité Político Nacional del M.N.R.
- Salazar Mostajo, C. (1989). *La pintura contemporánea de Bolivia*. Juventud.
- (1997). *¡Warisata mía!* Juventud.
- (2003). *Caducidad de una estrategia* (2ª ed.). Juventud.
- Taboada Terán, N. (1960). *El precio del estaño*. Juventud.
- Ticona Alejo, E. (2003). La Revolución Boliviana y los pueblos indígenas. En *Tenemos pechos de bronce...pero no sabemos nada*. Plural, pp. 284-296.
- Van, N. (1995). *Revolutionaries they could not break: The fight for the Fourth International in Indochina 1930-1945*. Index.

- Whitehead, L. (1991). Bolivia Since 1930. En L. Bethell (ed.). *The Cambridge History of Latin America*, VIII, Cambridge University Press, pp. 509-583.
- Zavaleta Mercado, R. (1959). El ampliado minero y la clandestinidad [1959]. En *Hojas de mi archivo*, junio de 1992, La Paz, pp. 3-13.
- (1974). *El poder dual en América Latina*. Siglo Veintiuno.

ARTÍCULOS

La militancia sindical de las mujeres trabajadoras en Argentina: abordajes teóricos y dimensiones analíticas desde un enfoque sociológico

Mariela Cambiasso y Juliana Yantorno

Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Buenos Aires
m_cambiasso@hotmail.com

Universidad Nacional
de La Plata
juliana.yantorno@gmail.com

Título: Union militancy of working women in Argentina: theoretical approaches and analysis dimensions from a sociological approach

Resumen: En el marco de los debates académicos y políticos actuales, en este artículo proponemos abordar un tema que ha estado presente en el campo de las discusiones, desde distintos enfoques y perspectivas: la militancia sindical de las mujeres trabajadoras. A partir de la revisión de la bibliografía producida en Argentina en los últimos años, nos centramos en el cruce entre militancia, género y clase con el propósito de contribuir a mapear algunas de las principales discusiones existentes en el campo de la sociología.

Palabras clave: militancia sindical – trabajadoras – clase social – género

Abstract: In the field of the academic and political debates that have taken place in the last years, this article proposes to work in an issue that has been present in the field of discussions, from different approaches and perspectives: the union militancy of working women. Based on the review of the bibliography produced in Argentina in recent years, we focus on the intersection between militancy, gender and class in order to contribute to mapping some of the main discussions in the field of sociology.

Keywords: union militancy – workers – social class – gender

Recepción: 2 de agosto de 2020. **Aceptación:** 10 de septiembre de 2020

En los últimos años se produjo un reverdecer de los estudios sobre género y clase en Argentina, en gran parte motivado por el actual ascenso del movimiento de mujeres a nivel nacional e internacional. Libros, trabajos en revistas académicas, compilaciones de artículos, textos de divulgación, configuran una prolífica producción sobre distintas problemáticas, abordadas desde perspectivas teóricas diversas, que se caracterizan por tener a las mujeres y a la dimensión de género como eje central de indagación.

En el marco de los debates académicos y políticos suscitados, en el presente artículo proponemos abordar un tema que ha estado presente en este campo de discusiones, desde distintos enfoques y perspectivas: la militancia de las mujeres trabajadoras. A partir de la revisión de la bibliografía producida en Argentina en los últimos años, nos centramos en el cruce entre militancia, género y clase con el propósito de contribuir a mapear algunas de las principales discusiones existentes en el campo de la sociología, y a definir dimensiones que contribuyan al análisis empírico de datos desde un enfoque marxista.

Esta propuesta de sistematización y reflexión se deriva de las discusiones que venimos desarrollando en nuestro equipo de investigación,¹ donde proponemos acercarnos al estudio de la militancia de las trabajadoras desde la Teoría de la Reproducción Social (TRS), basada en los desarrollos teóricos de Lise Vogel, y más recientemente en la re-actualización marxista de estas discusiones de la mano de los aportes de autoras como Cinzia Arruzza, Tithi Bhattacharya y Susan Ferguson. En términos generales, la TRS propone explicar la opresión de género en el capitalismo en su relación con la explotación de clase. Para ello, enfoca su mirada en el trabajo que se desarrolla en el ámbito de la reproducción de la fuerza de trabajo (en tanto trabajo indispensable para la reproducción del capital) en relación con el ámbito de producción de mercancías. De este modo, la teoría pone el foco en la relación entre la producción de mercancías y la reproducción de la fuerza de trabajo, a los que define como circuitos separados, aunque integrados en el marco de las relaciones sociales capitalistas, donde la extracción de plusvalor y la acumulación de capital plantea efectos condicionantes sobre el

1. Articulado en torno a los proyectos UBACyT 20020170200327BA “Revitalización sindical y experiencias de género de delegadas y activistas mujeres en el sector industrial: fábrica, hogar y militancia sindical en el norte del Gran Buenos Aires” (2018-2020), el Proyecto PICT 2018-04152: “Mujeres militantes: la fábrica, el hogar y la política como mundos generizados en el AMBA”, y el Seminario de Investigación de la Carrera de Sociología de la UBA “Los trabajadores en la Argentina actual”, bajo la dirección de la doctora Paula Varela. En este marco hemos desarrollado desde 2018 seminarios internos y cursos abiertos sobre la temática, coordinados y dictados por Paula Varela.

sistema social en su conjunto (Bhattacharya, 2017; para profundizar en la TRS: Varela, 2020).

Partiendo de este enfoque teórico, al menos tres puntos cobran importancia en el estudio de la militancia de las trabajadoras: a) la centralidad de abordar su estudio a partir del *cruce entre género y clase*, considerando los distintos espacios en que la militancia de las trabajadoras tiene lugar (sindicatos, partidos políticos, organizaciones barriales, movimientos sociales, entre otros), así como las diversas prácticas que involucra (configuración de agendas de demandas, participación en acciones colectivas y conflictos, intervención en espacios de toma de decisiones) en tanto experiencias generizadas, es decir, atravesadas por relaciones de género; b) la importancia de enfocar la atención en el *lugar de trabajo*, porque es allí donde se ubica el motor del capitalismo, donde se desarrolla el proceso de producción que permite al capitalista extraer plusvalía y, por ende, donde se expresan y vivencian más directamente las contradicciones entre capital y trabajo, se configuran formas de sociabilidad entre las y los trabajadores e instancias de organización que tienden a cuestionar, potencialmente, la dominación capitalista;² y c) la importancia de extender la mirada más allá del lugar de la producción y abordar también el ámbito de la reproducción. En el marco de una teoría que sostiene un concepto amplio de clase obrera,³ y se pregunta por el modo en que se conectan el trabajo en el ámbito de la producción con el de la reproducción social, es preciso considerar *distintos espacios de sociabilidad obrera* y estudiarlos en su relación. En relación con este punto, partiendo de las definiciones de la TRS, Varela (2019a) plantea la metáfora de las mujeres trabajadoras como puente entre los ámbitos de la producción y la reproducción. Teniendo en cuenta el lugar que ocupan en ambos espacios, sobre todo considerando su ingreso masivo al mercado laboral desde los años 80, encuentra las bases objetivas que pueden explicar su potencial fuerza. A eso refiere con la idea de “ubicación anfibia”, en tanto rasgo específico que las define:

2. Para un análisis teórico y estratégico acerca de la importancia de la organización sindical en el lugar de trabajo y su centralidad en Argentina, ver Gilly (1990). Para una aproximación a la mirada de la TRS sobre este punto, ver entrevista a Bhattacharya realizada por Varela (2018).

3. Tal como plantea Bhattacharya (2017), además de reafirmar teóricamente a la clase obrera como sujeto revolucionario, la TRS aboga por una definición más amplia de clase trabajadora que aquella que considera únicamente a los asalariados. Partiendo de la definición clásica de Marx en *El capital* centrada en la posesión o no de los medios de producción, al considerar la relación entre el ámbito de la producción y el ámbito de la reproducción social, el concepto de clase obrera de la TRS abarca a todos los que participan de la reproducción de la sociedad, independientemente de si el trabajo que realizan es pagado o no por el capital.

Esta ubicación anfibia puede pensarse como potencial fuerza en la medida en que permite perforar la frontera entre estos dos ámbitos que se presentan (y suelen naturalizarse) como ámbitos diferenciados e independientes, frontera que opera disociando las llamadas demandas laborales de la clase obrera de aquellas que exceden lo “laboral” y que, aunque son parte central de su condición obrera, se presentan como opresiones desclasadas. A esa posición específica de las trabajadoras me refiero con la idea de las mujeres como puente: entre producción y reproducción, entre “fábrica” y “barrio”, entre demandas “corporativas” de los trabajadores y demandas “comunes” al conjunto de los trabajadores, como por ejemplo las que hacen al género. (Varela, 2019a, p. 16)

En base a estas definiciones teóricas, que nos permiten precisar las relaciones, los sujetos y los ámbitos sociales sobre los que es preciso enfocar la mirada, proponemos analizar la militancia de las trabajadoras en el período actual, considerando su relación con el ascenso del movimiento de mujeres. Tal como hemos mencionado, adoptar este enfoque teórico implica considerar distintos ámbitos de socialización obrera. Sin embargo, como parte de un abordaje inicial sobre la temática, en este artículo nos concentramos en la militancia sindical, a partir de un ejercicio de sistematización y lectura crítica de los estudios que en los últimos años han abordado el cruce entre movimiento obrero y género en Argentina, con el propósito de definir dimensiones analíticas e indicadores para el estudio empírico de casos.⁴

Sindicalismo y género: aportes recientes para el estudio de la militancia de las trabajadoras

En Argentina los estudios sindicales no abordaron tempranamente

4. Sobre el estudio de la militancia de las mujeres en espacios que exceden el ámbito laboral/sindical pueden consultarse los trabajos de Di Marco (2003), quien estudia el proceso seguido a partir del involucramiento de asambleístas, piqueteras y obreras de empresas recuperadas en la acción colectiva y los procesos asamblearios que emergieron a partir de diciembre de 2001; Cross y Freytes Frey (2007), quienes a partir de estudios de casos abordan las formas de participación de las mujeres en los movimientos piqueteros; Andújar (2014), que analiza la participación de las mujeres en las puebladas piqueteras en Neuquén (1996 y 1997) y Salta (1997-2011); entre otros. Por otro lado, aunque no en el cruce con las dimensiones de género y clase, la militancia en partidos políticos, movimientos territoriales y movimientos estudiantiles en la actualidad ha sido analizada por el Grupo de Estudios de Políticas y Juventudes (GEPoJu). Sobre este punto pueden consultarse los trabajos de Vommaro y Cozachcow (2018), Vazquez, et. al. (2019), entre otros.

el cruce con la dimensión de género. En el marco de los debates sobre revitalización sindical que signaron los estudios sindicales en el país, el interrogante por el modo en que las mujeres fueron parte del proceso de recomposición económica y laboral que dinamizaba el nuevo protagonismo de los sindicatos se mantuvo mayormente ausente.⁵

En los últimos años, sin embargo, esta situación comenzó a revertirse. El cruce entre movimiento obrero y género empezó a recibir un tratamiento más destacado en el campo de las ciencias sociales. En su gran mayoría dinamizados por el ascenso actual del movimiento de mujeres, estos estudios se han enfocado en distintos ejes problemáticos tales como: la participación desigual de las mujeres en los gremios, su escasa representación en los espacios de dirección y en los cargos de poder, la configuración de agendas sindicales con contenido de género, la conformación de espacios propios de organización al interior de los gremios, entre otros, desde un enfoque centrado mayormente en el nivel de las direcciones sindicales.

La historia de las relaciones entre sindicalismo y género en Argentina es de larga data. Las investigaciones elaboradas desde el campo de la historia social son referencias ineludibles para dar cuenta de ello, así como también lo son los estudios que abordaron más tempranamente la participación de las mujeres en los gremios. Sin embargo, tal como sostienen los estudios recientes –y en este sentido podemos decir que existen consensos–, el actual ciclo de alza de las movilizaciones habilita nuevas discusiones y desafíos, renueva los problemas y señala deudas pendientes, que es preciso analizar en contextos situados. Aunque el tiempo transcurrido desde la primera movilización de Ni una Menos –un momento que distintos estudios marcan como inauguración de este nuevo ciclo de ascenso–⁶ aún es escaso para establecer definiciones concluyentes, nuevos interrogantes se abren en torno a las relaciones y tensiones que pueden encontrarse entre movimiento obrero, género y militancia, siendo la gran cantidad de investigaciones y publicaciones recientes sobre el tema un reflejo de ello.

Para sistematizar algunos de los principales aportes recientes en los estudios sobre sindicalismo y género en la actualidad, proponemos tres dimensiones de análisis que, a su vez, consideramos relevantes

5. Los debates sobre revitalización sindical cobraron fuerza en Argentina en los primeros años de la posconvertibilidad, como parte del intento de explicar el nuevo protagonismo de las organizaciones sindicales que tuvo lugar de 2003 en adelante, en el marco de la recuperación económica y del empleo que siguió a la crisis de 2001. Para un análisis crítico de las distintas visiones que se expresaron en este debate puede consultarse Varela (2016).

6. Al respecto pueden consultarse los trabajos de Varela (2019a), Longo (2017), o Frega (2019), entre otros.

para el estudio de la militancia: a) la participación de las mujeres en las organizaciones sindicales, b) la configuración de agendas de demanda con contenido de género, y c) la relación entre revitalización sindical y género. Este ordenamiento no pretende realizar una clasificación de los autores en líneas temáticas específicas, sino identificar el tratamiento de dimensiones de análisis que consideramos relevante para abordar la militancia de las trabajadoras, por lo que será común encontrar referencias cruzadas entre ellas.

Participación de las mujeres en las organizaciones sindicales

Sobre este punto se destacan una serie de estudios que problematizan la no correspondencia entre la inserción sindical de las mujeres y los niveles de afiliación y su participación efectiva en los gremios y, ligado a esto, el avance en la ocupación de cargos en órganos de dirección, aunque mayormente en puestos alejados de los espacios de poder. La pregunta que da inicio y recorre las investigaciones es si su aumento en la participación en el mercado laboral tiene correlato con el lugar que ocupan en los espacios de poder y de toma de decisiones en las organizaciones sindicales. Entre otros temas, se discute la aplicación de la Ley de Cupo Sindical (n° 25.674), sancionada en Argentina en 2002, que establece la participación de las mujeres en las instancias de negociación colectiva en función de la cantidad de trabajadoras en la rama o actividad de que se trate, y determina su representación proporcional en cargos electivos y representativos de las asociaciones sindicales.

En torno a esta discusión, existen una serie de estudios generales (Goldman, 2018; Bonaccorsi y Carrario, 2012; Lupica, 2010; Hammar, 2003), y otros que indagan sobre el lugar de las mujeres en cargos sindicales a partir de estudios de caso. Entre estos últimos puede mencionarse el estudio de León (2015) sobre la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE); de Chejter y Laudano (2002) sobre distintos gremios afiliados a la Confederación General del Trabajo (CGT) y la Central de Trabajadores de la Argentina (CTA); Aspiazú (2019) acerca de la Asociación Sindical de Profesionales de la Salud de la Provincia de Buenos Aires; y Carrario (2014) que estudia dos sindicatos de la provincia de Neuquén: el Centro Empleados de Comercio perteneciente a la CGT y la Asociación de Trabajadores de la Educación perteneciente a la CTA.

Estos estudios abordan las desigualdades existentes en la representación de las mujeres en los gremios, considerando dos puntos principales: su escasa participación en los cargos de poder y/o toma de decisiones y su concentración en espacios específicos de género en el marco de las organizaciones sindicales. La sanción de la Ley de Cupo Sindical motivó discusiones al interior de las organizaciones sindicales

y del movimiento de mujeres sobre sus límites y potencialidades (Arriaga y Medina, 2020), y las investigaciones también han reflejado estas diferencias. En este sentido, en términos analíticos se puede establecer una distinción entre los estudios que ponderan más positivamente los avances alcanzados a partir de la incorporación de las denominadas “políticas positivas” y aquellos que, aun reconociéndolos, los estiman con más cautela o enfatizan sus límites.

En la primera línea, se puede ubicar el estudio de Goldman (2018), quien plantea que la incorporación de mujeres a cargos sindicales y la puesta en pie de Secretarías de Género les permitieron conquistar derechos tales como las licencias por maternidad, las salas de lactancia, los jardines de infantes en los lugares de trabajo y las licencias por violencia de género. Desde su perspectiva, la participación de mujeres en cargos y secretarías sindicales genera cambios en las organizaciones, con impactos directos sobre su situación laboral y política. En esta misma línea, Rigat-Pflaum (2008) plantea que la incorporación de una mayor cantidad de delegadas a la organización sindical aporta a la construcción de una “minoría crítica” que contribuye a iniciar procesos de transformación de la cultura interna de los gremios en vista de modificar las relaciones asimétricas preexistentes y lograr un reconocimiento permanente del poder de las mujeres. Finalmente, se puede mencionar el estudio de Lupica (2010) en el que argumenta sobre las ventajas de la ley de cupo para facilitar el fortalecimiento de la participación de las mujeres, asociando su mayor participación con la capacidad de institucionalizar espacios gremiales para la promoción de agendas específicas de género.

Por otra parte, dentro de los estudios donde predomina una mirada crítica que enfatiza los límites de las políticas positivas, puede destacarse el estudio de Hammar (2003), quien plantea que a pesar de la aplicación y cumplimiento del cupo sindical existen desigualdades respecto del modo en que las mujeres se insertan en las organizaciones sindicales. Según la autora, esto se debe a que los sindicatos son estructuras tradicionalmente masculinas que no acogen con facilidad la voz y acción de las trabajadoras y que no reconocen rango sindical a muchos de los problemas propios del género. Por su parte, Bonaccorsi y Carrario (2012) definen el cupo sindical como una medida de acción positiva, en la medida en que su efectiva aplicación permite habilitar un cambio cultural al otorgarles posibilidades de acceso en lugares de decisión de las organizaciones sindicales de fuerte clave androcéntrica. Sin embargo, visualizan este proceso como lento y complejo, debido a que, según explican, existen pautas culturales arraigadas donde la estratificación de cargos se corresponde con “pautas de honor” o “designios históricos establecidos por los grupos masculinos”. En este sentido, si comparamos los números que aportan Bonaccorsi y Carrario para 2007-2008

con los recientemente publicados por el Ministerio de Trabajo (2018), predominan las continuidades en torno a los límites que señalan las autoras. Según el informe, para 2016 solo 4 de los 26 gremios relevados cumplían con el porcentaje del 30% que establece la ley.

En coincidencia con esta mirada, Aspiazu (2015) también enfatiza sobre el discutido impacto de la ley de cupo. En este caso, señala que las mujeres no ocupan puestos de decisión, sino que se trata en su mayoría de cargos ligados a cuestiones específicas de género. Por ello, si bien la sanción de esta norma favoreció su incorporación, el acceso a los lugares de mayor nivel de decisión dentro de las organizaciones gremiales sigue siendo un campo de disputa dentro del cual aún se encuentran en desventaja. De modo que, pese a los avances institucionalizados a través de la ley de cupo, a la creación de secretarías o áreas específicas de género al interior de los gremios y a la incorporación de la temática en la formación sindical, aún es incipiente la inclusión en la agenda gremial de temas vinculados a la igualación de derechos y oportunidades entre varones y mujeres. Un punto que también destacaron Chejter y Laudano (2002) al hacer referencia a la sanción del cupo mínimo del 20% para los cargos directivos para todos los niveles (nacional, provincial, local) y la institucionalización de la Secretaría de Equidad de Género e Igualdad de Oportunidades impulsada en la CTA a inicios del año 2000.

Por su parte, aunque considera que sin el establecimiento de la cuota sindical habría sido imposible reducir la exclusión de las mujeres de los niveles decisorios en los gremios, Godinho Delgado (2009) plantea que también son necesarias otras estrategias para impulsar y garantizar su participación en la vida sindical: la consideración del trabajo reproductivo como traba a la plena participación política y la necesidad de profundizar la tarea sindical de atraer a las trabajadoras hacia los sindicatos.

Finalmente, Rodríguez y Cuéllar Camarena (2019) también enfatizan sobre los límites de la implementación de la ley de cupo, destacando una gran distancia entre las lógicas de la experiencia reciente del movimiento feminista y la lógica sindical, contraponiendo un “poder comunal” con política en las calles, movilizaciones y asambleas con las prácticas patriarcales (verticalistas y homogeneizantes) asociadas al modelo tradicional sindical. Por ello, si bien la incorporación de mujeres en los espacios decisorios ha logrado potenciarse y ensayar nuevas formas de ejercicio de poder, lógicas colectivas, horizontales y comunitarias que caracterizan la militancia de las trabajadoras conviven con “viejas prácticas” patriarcales, y verticalistas.

Los estudios relevados expresan posiciones divergentes sobre la ponderación de los avances en la participación de las mujeres en las

organizaciones sindicales, siendo predominantes aquellas que enfatizan sus límites. Estas investigaciones representan aportes que permiten resaltar sus aspectos simbólicos y culturales, denunciando el lugar de los sindicatos como organizaciones permeadas por relaciones de género, con estereotipos, jerarquías y relaciones de poder que operan como barreras para el avance de la efectiva participación de las mujeres. La militancia en espacios específicos de género, con relativa articulación con la vida institucional de los gremios, también se plantea en muchos casos como un límite, que no termina de revertir las desigualdades.

En estos estudios predomina, también, una lectura centrada en las estructuras de dirección y en la vida institucional de los gremios, sin extender la pregunta sobre cómo impacta la mayor participación de las mujeres en los espacios de dirección o la conformación de instancias propias de organización al interior de los sindicatos sobre las experiencias laborales y de militancia de las y los trabajadores allí donde se desarrolla cotidianamente. En este sentido, quedan aún abiertos algunos interrogantes que requieren ser analizados en contextos situados, tales como: el modo en que impactan los cambios registrados a nivel institucional sobre las condiciones de vida, de trabajo y de militancia de las trabajadoras; las disputas y contradicciones que se plantean al momento de implementar las políticas positivas conquistadas en el espacio laboral, allí donde la patronal ejerce su control directo; la relación entre las políticas conquistadas “por arriba” y los reclamos de las bases, las relaciones o tensiones entre la militancia en el espacio laboral y aquella que se configura a nivel de las direcciones sindicales, entre otros.

Teniendo en cuenta esto, consideramos que abordar la militancia de las trabajadoras restringiendo la mirada al nivel de las direcciones sindicales dificulta considerar las contradicciones derivadas de la implementación de las medidas institucionales y políticas sancionadas, así como dimensionar y caracterizar su impacto específico en las experiencias de opresión y explotación en los ámbitos de producción y reproducción donde tienen lugar.

Finalmente, al mismo tiempo que señalamos la importancia de considerar los niveles de participación de las mujeres en las organizaciones sindicales como dimensión de análisis para el estudio de la militancia, reconocemos la virtud de la segunda línea de estudios que reconoce y pondera los límites y contradicciones que ésta involucra en términos de modificar las desigualdades de género existentes. No sólo por los argumentos esgrimidos por las autoras acerca de qué otras políticas son requeridas, sino también porque los sindicatos no son estructuras neutrales ni en torno al género ni en torno a la clase, por lo que se abren además otra serie de preguntas acerca de la potencialidad de las mujeres

para revolucionar estas estructuras, a partir de la lucha no sólo por las demandas propias sino también contra el capital.

Agendas sindicales de género

Una segunda dimensión que aparece tematizada en los estudios recientes y que consideramos importante tener en cuenta para el estudio de la militancia de las trabajadoras son las agendas sindicales de género. A continuación, destacamos algunos trabajos que aportan indicadores relevantes para su análisis.

El artículo de Goren y Prieto (2020) plantea aportes para problematizar el contenido de las agendas sindicales de género. Aunque se concentra en el estudio de un tipo específico de demanda (las desigualdades en el mercado de trabajo y en el ámbito reproductivo), propone una serie de ejes en torno a los cuales pueden sistematizarse los reclamos presentes en las organizaciones gremiales en la actualidad, que es interesante retomar para su abordaje empírico. Acerca de este punto, mencionan: división sexual del trabajo, mercados laborales y economía de los cuidados; política, organización sindical y participación de mujeres y disidencias; violencia laboral y de género; políticas de diversidad y disidencia sexual; salud sexual y reproductiva de los trabajadores; alianzas con organizaciones no sindicales. Considerando la influencia del movimiento de mujeres, destacan como un aspecto progresivo del momento actual su contribución a poner en discusión el concepto de trabajo entendido en un sentido amplio, como trabajo productivo y reproductivo, siendo el paro internacional de mujeres un indicador de ello, en tanto recurre a una herramienta de lucha típica del mundo sindical. En términos teóricos, propone un enfoque relacional, basado en la interdependencia de las esferas de producción y reproducción social como dos momentos de una misma relación, partiendo de la noción de división sexual del trabajo. El enfoque desarrollado por las autoras resulta provechoso para analizar las agendas sindicales, porque al plantear una mirada amplia sobre el trabajo permite considerar no solo las demandas sindicales clásicas enfocadas en las desigualdades laborales, sino también el modo en que ingresan y toman forma los reclamos asociados al trabajo reproductivo no asalariado. Sobre este punto sostienen que, mientras en las agendas sindicales tienden a predominar los reclamos ligados a los cuidados, estos no pueden terminar con las desigualdades laborales. En sí mismas las agendas sindicales no pueden ser resolutivas porque no logran abordar el problema en su conjunto, sino solo en una parte de la relación. Aunque conecta directamente con las preocupaciones de la TRS, y en este sentido plantea aportes que nos interesa retomar, un punto que queda aún pendiente es cómo posicionar las demandas

de la reproducción social como demandas de la clase trabajadora, un aspecto que consideramos central para potenciar las luchas de la clase obrera, así como la potencial fuerza de las mujeres para contribuir a forjar estos lazos.

Si el texto de Goren y Prieto (2020) permite profundizar sobre el contenido de las agendas sindicales, el artículo de Aspiazu (2019) aporta explicaciones sobre los límites que se presentan en la práctica concreta de las organizaciones sindicales a la hora de definir las e implementarlas. Límites que, según la autora, pueden identificarse en los discursos de la dirigencia sindical y se explican por el modo en que se construye y se ejerce el poder en los gremios. Así, ciertas problemáticas de género que se hacen presentes no logran ser incorporadas como parte de la política sindical. En relación a la militancia de las mujeres, por ejemplo, observa que, pese a que las dificultades que encuentran para conciliar el trabajo, el hogar y la militancia aparecen mencionadas en los discursos de las sindicalistas, éstas no son tomadas en cuenta como eje de acción ni como disparador de políticas o demandas. Para explicar el abordaje institucional de la problemática de género, remite a las estructuras de pensamiento interiorizadas por las y los dirigentes sindicales, que impiden “romper con la dominación y los modos de hacer masculinos dentro del ámbito sindical” (2019, p. 20). Pero también menciona la necesidad de que se desarrollen cambios culturales más profundos y extendidos, considerando que las organizaciones sindicales funcionan en marcos sociales más amplios. Aunque contribuye a problematizar una dimensión del tema, entendemos que la explicación de las desigualdades que inciden sobre la configuración de los reclamos que pasan a integrar la política sindical o que habilitan su efectiva aplicación debería considerar, también, otros aspectos de relevancia. Además de los aspectos culturales que definen las relaciones de poder en los gremios, consideramos importante tener en cuenta la dinámica de la acumulación capitalista que atraviesa a las organizaciones sindicales, tanto como las orientaciones políticas de las direcciones sindicales, que requieren ser disputadas (o reforzadas) para avanzar en el quiebre de la separación entre género y clase que atraviesa la política sindical.

Finalmente, Arriaga y Medina (2020) ayudan a pensar las influencias mutuas entre la militancia en el movimiento de mujeres y la militancia sindical en relación con la configuración de las agendas de demanda de las organizaciones sindicales, así como a considerar el modo en que éstas se han ido modificando en la historia reciente. Tomando como referencia los Encuentros Nacionales de Mujeres (ENM) desde 1986 y hasta 2013, plantean que si en los años 80 el eje de las disputas giraba en torno a la democratización sindical, basada en la consideración de demandas específicas de género y en la efectiva participación de las

mujeres en las organizaciones sindicales, en los años 90 se produjo una retracción en la discusión sobre sindicalismo y género, asociada al impacto de las reformas neoliberales sobre el mundo laboral y el movimiento de mujeres. Luego de la crisis de 2001, las discusiones transitaron desde los efectos de la desocupación y la precarización del trabajo, a la necesidad de recuperar las organizaciones sindicales. En este marco, se reiteran algunas discusiones (como las desigualdades de género en el trabajo y en la organización sindical y la necesidad de poner en pie instancias propias de organización), se profundizan otras (los límites y potencialidades de la ley de cupo sindical), y se suman nuevas (como las demandas de una ley sobre violencia laboral).

En base a los estudios mencionados, se plantean como indicadores relevantes para avanzar en el análisis empírico de la militancia de las trabajadoras: los contenidos de las agendas sindicales; los límites que se plantean al interior de las organizaciones sindicales para lograr su efectiva implementación, y las influencias mutuas entre “militancia feminista” y “militancia sindical” en la configuración de los reclamos. Estas dimensiones no solo permiten clasificar y analizar los ejes centrales de los reclamos que orientan los enfrentamientos, sino también tener en cuenta los mecanismos a partir de los cuales llegan a configurarse (o no) como demandas, identificar los “actores” que intervienen en dichos procesos y el modo en que se articulan las demandas específicas de género con las demandas de clase que abarcan al conjunto de las y los trabajadores, a partir de una mirada amplia sobre el trabajo (productivo y reproductivo) a la hora de analizar el contenido de las demandas.

En estos estudios identificamos, nuevamente, una mirada centrada en las direcciones sindicales, la estructura organizacional de los gremios y las políticas que desde allí se promueven. Si bien no niegan las relaciones entre bases y direcciones, no las constituyen en eje central de indagación, un aspecto que, como mencionamos, consideramos fundamental para analizar la militancia de las trabajadoras.

Género y revitalización sindical

Otra serie de artículos han tematizado el cruce entre género y revitalización sindical. Proponen plantear la incorporación de demandas de género (y a las propias mujeres) en los gremios, así como la participación de activistas y dirigentes sindicales en acciones del movimiento de mujeres como parte de estrategias de revitalización sindical.

En esta línea destacamos el artículo de Arriaga y Medina (2020), que mencionamos previamente, donde analizan las confluencias mutuas entre el movimiento de mujeres y las organizaciones sindicales a partir del estudio de los ENM, en tanto espacio de militancia en que estas

relaciones se cristalizan. En la periodización que postulan, observan que los años de posconvertibilidad marcaron un momento de encuentro entre movimiento de mujeres y activismo sindical que “favoreció la reactivación de agendas de género para los sindicatos, evidenciando algunas continuidades a la vez que algunas novedades en cuanto a sus contenidos y propuestas de acción, *vinculados con la apuesta por recomponer el poder de los sindicatos*” (2020, pp. 158; el destacado es nuestro). Para explicar este encuentro recurren a la recuperación económica y del empleo que siguió a la crisis de 2001, así como al proceso de recomposición de los sindicatos, para cuya referencia retoman las posiciones que se expresaron en el debate sobre revitalización sindical. Partiendo de que el lugar de las mujeres en este proceso no ha sido suficientemente explorado, así como tampoco lo fueron las estrategias sindicales para fomentar la equidad de género, proponen estudiar la historia reciente del movimiento de mujeres y el sindicalismo a la luz de los ENM, en tanto la militancia cruzada en estos espacios permiten identificar reclamos y disputas y evidenciar avances en torno a las experiencias organizativas en los gremios.

En este cruce podemos mencionar también el reciente artículo de Estermann (2020) sobre la Asociación Bancaria. La autora retoma la versión institucionalista que se expresó en los debates sobre revitalización sindical para analizar la incorporación de la perspectiva de género en los gremios como una estrategia de revitalización. Si bien no define a qué se refiere con “perspectiva de género”, menciona una serie de acciones promovidas por la dirección de la Asociación Bancaria que podrían leerse en esta clave: la creación de la una secretaria de género; la organización de Encuentros Nacionales de Trabajadoras Bancarias; la elaboración de materiales sindicales con contenido de género; la designación de su principal dirigente mujer, Claudia Ormachea, como candidata a diputada nacional por la provincia de Buenos Aires; la relación con Mujeres Sindicalistas, de la Corriente Federal; entre otros. Es decir, una serie de políticas y acciones no necesariamente vinculadas entre sí, que se proyectan de arriba hacia abajo, que tienen a las trabajadoras (aunque solo en algunos casos) como destinatarias principales y que se enmarcan, según la autora, en un proceso de cambio más general de la política gremial, tendiente a revertir su deslegitimación ante las bases.

Por último, retomando también el debate sobre revitalización sindical, Natalucci, Ríos y Vaccari (2019) abordan la conformación de Mujeres Sindicalistas en 2016 para explorar la interseccionalidad que, según las autoras, se expresa en la doble experiencia de sus militantes, como mujeres y como sindicalistas. En ese marco, dos discusiones cobran peso: la idea de “sindicalismo con perspectiva de género”, para referir al modo en que se incorporan las problemáticas de género en el sindicalismo y se

visibiliza la militancia de las mujeres, y la de “feminismo con conciencia de clase” para referir a la necesidad de articular las problemáticas de género y clase en el seno de las organizaciones.

En vista de lo dicho hasta acá, la pregunta acerca de en qué medida el impulso del movimiento de mujeres puede dinamizar las luchas y experiencias de organización de la clase obrera no es original. Lo que sí define una línea de interpretación del fenómeno es la respuesta que aportan los artículos referidos: la idea de que incorporar una perspectiva de género en los gremios puede operar como estrategia de revitalización sindical, o bien que pueden leerse los avances observados en las políticas de género en los gremios como parte de este proceso.

Los artículos mencionados tienen un rasgo en común: plantean una mirada parcial sobre las posiciones que se expresaron en el debate sobre revitalización sindical en Argentina.⁷ Si bien es cierto que en el análisis del proceso que tuvo lugar entre 2003 y 2015 primó una lectura institucionalista, centrada en el estudio de la relación entre los sindicatos y el Estado a partir de ciertos indicadores cuantitativos (afiliación sindical, negociación colectiva, conflictividad), también se desarrollaron otras miradas que se enfocaron en la relación entre aquello que sucede en los lugares de trabajo y los cambios que tuvieron lugar a nivel institucional de las organizaciones sindicales. Este enfoque, que nos condujo a posar la mirada en el proceso de “sindicalismo de base”, resultó provechoso para dar cuenta de las contradicciones, tensiones y disputas profundas que atravesaban el nuevo protagonismo de las organizaciones sindicales, y que permitían estudiar a los sindicatos como organizaciones de lucha. En este sentido, una de las debilidades teóricas de las miradas institucionalistas radicaba en la consideración de los sindicatos como unidades homogéneas, cuya expresión se definía por el accionar de sus direcciones. De lo que se derivaba, entre otras cosas, la imposibilidad de situar las acciones y políticas institucionales en relación con la lucha de clases, que sobrepasa estos límites y se manifiesta también a nivel de las comisiones internas y cuerpos de delegados (Varela, 2016).

En este mismo orden, el recorte de las dimensiones de análisis a ciertos indicadores cuantitativos, acciones, medidas y/o políticas que se definen y/o promueven a nivel de las direcciones sindicales (niveles y políticas de afiliación de las mujeres, conformación de espacios institucionales propios al interior de los gremios, ocupación de cargos y puestos de poder, organización de eventos, reuniones y cursos de formación de género, entre otras), puede imponer límites semejantes para abordar la

7. Para un análisis crítico de las posiciones que se expresaron en el debate sobre revitalización sindical en Argentina ver Varela (2016). Allí distingue el enfoque institucional, el sindicalismo de movimiento social y el sindicalismo clasista

dimensión de género en las organizaciones sindicales. Del mismo modo que el análisis del “sindicalismo de base” permitió dar cuenta de las contradicciones de la denominada revitalización sindical, consideramos que abordar la dimensión local y situada del lugar de trabajo permite problematizar el impacto de las políticas con contenido de género promovidas por las direcciones sindicales sobre las experiencias cotidianas de las y los trabajadores. Las contradicciones y disputas internas derivadas de su implementación, las relaciones y tensiones entre bases y direcciones y los debates de estrategias que allí se expresan, el protagonismo de las trabajadoras y delegadas en el proceso de definición e implementación de estas políticas, las posiciones patronales, entre otras, son algunas de las preguntas que quedan pendientes para analizar las estrategias de las organizaciones sindicales desde un enfoque preocupado en la articulación entre género y clase.

A modo de cierre: aportes para el estudio de la militancia desde el lugar de trabajo

A lo largo del artículo destacamos tres dimensiones de análisis que aparecen tematizadas en los estudios sindicales relevados, que creemos importante considerar en el abordaje de la militancia de las trabajadoras: a) su nivel de participación en las organizaciones sindicales: los cargos que ocupan, su nivel de representación, las tareas que llevan adelante y la articulación de los espacios específicos de género con la vida institucional del gremio; b) las agendas sindicales de género, considerando su contenido, las limitaciones para su elaboración y efectiva implementación y su evolución histórica; y, finalmente, c) las estrategias de las direcciones sindicales. Como un rasgo constante en los estudios destacamos la propensión a concentrar las reflexiones en el nivel de las direcciones sindicales, sin enfocar la atención en el impacto de los avances parciales reconocidos en las experiencias laborales y sindicales cotidianas de las y los trabajadores en sus lugares de trabajo, allí donde la opresión de género se cruza directa y vívidamente con la explotación de clase.⁸

8. Si bien los debates desarrollados en este artículo se centran en el campo de la sociología, las experiencias laborales cotidianas de las trabajadoras también han sido analizadas desde el campo de la historia social. Estos estudios, que más tempranamente han abordado el estudio de la militancia de las trabajadoras a partir de la experiencia de delegadas y activistas en distintos sectores de la industria y los servicios, también plantean aportes para profundizar en el estudio sobre el tema, sobre todo en el caso de aquellas investigaciones que consideran el cruce entre historia social e historia política. Para un estado de la cuestión detallado sobre este punto pueden consultarse los estados de la cuestión recientemente publicados por Andújar y D'Antonio (2020) y Scheinkman (2019).

Asimismo, observamos una tendencia a estudiar las medidas y prácticas que promueven las direcciones sindicales desde una mirada escindida de la pregunta por las estrategias políticas que expresan dichas prácticas. En este sentido, tal como hemos argumentado, la ocupación de cargos, la institucionalización de espacios propios de organización, la definición de agendas de demandas con contenido de género, entre otras prácticas, se identificaron como necesarias, pero no suficientes para avanzar en la lucha contra la opresión de género. De este modo, la forma en que se articulan dichas prácticas con la lucha de clases (entendida en un sentido amplio, es decir, más allá de la lucha por las demandas sindicales clásicas de salario y condiciones de trabajo), se vuelve un eje central de indagación si de lo que se trata es de debatir sobre la potencialidad revolucionaria de la clase trabajadora y “destacar el carácter activo de los sindicatos en la configuración de las relaciones de fuerza entre las clases” (Varela, 2016, pp. 38-39).

Teniendo en cuenta estos señalamientos, identificamos al menos tres razones por las cuales definimos el lugar de trabajo como un escenario privilegiado para analizar la militancia de las mujeres trabajadoras. En primer lugar, porque allí se expresa en forma vívida la denominada “doble opresión” (de género y de clase). Allí las desigualdades sexo-genericas que han sido analizadas como parte de las características que asume la inserción de las mujeres en el mercado de laboral (dificultades en el acceso a las categorías, brecha salarial, violencia de género como política de disciplinamiento patronal, escasa representación sindical, entre otras) adoptan valores concretos y generan impactos particulares en las experiencias laborales y de militancia de las y los trabajadores. Así, enfocar la atención en el lugar de trabajo permite profundizar sobre cómo se perciben estas diferencias, en qué medida son resistidas por las y los trabajadores, cómo se articulan con los reclamos de clase, cómo intervienen los distintos sectores involucrados en estos procesos (la patronal, el sindicato, las y los delegados, las y los trabajadores) y, ligado a esto, qué estrategias políticas están en pugna. También las demandas y reclamos asumen contenidos específicos, derivados de las problemáticas particulares de cada establecimiento laboral. Demandas que en algunos casos derivan en conflictos abiertos –como en el caso del paro total de la producción que tuvo lugar en la planta de Kraft-Foods (hoy Mondelez) ante una denuncia de acoso sexual por parte de una trabajadora contra un líder de sector (Varela, 2019b; Cambiasso y Chaves, 2017)–, mientras que en otros no llegan a manifestarse abiertamente, pero configuran sentimientos de injusticia que se traducen en reclamos (Varela *et al.*, 2020). En este sentido, definimos el lugar de trabajo y las instancias de organización gremial que allí se configuran como espacios privilegiados para la politización de las y los trabajadores, en tanto pueden tomar

contacto directo con la política, disputar orientaciones y estrategias, así como enfrentar el control directo de la patronal. Se configura, así, como un espacio fértil para la lucha de clases.

En segundo lugar, consideramos que este enfoque contribuye a puntualizar sobre los efectos de las políticas afirmativas que se promueven institucionalmente (leyes y/o reformas estatutarias con contenido de género) en las experiencias de las y los trabajadores. Asimismo, permite analizar no solo el contenido de las agendas sindicales de género, sino también la dinámica implicada en su elaboración, considerando en qué medida aquello que es considerado como injusto por las trabajadoras a partir de sus experiencias cotidianas de opresión y explotación logran configurarse como eje central de los reclamos de las organizaciones gremiales. En definitiva, habilita la consideración de las relaciones entre las direcciones sindicales y las organizaciones gremiales de base, en tanto es una de las contradicciones históricas que han atravesado al sindicalismo en nuestro país, particularmente relevante en el proceso de “sindicalismo de base” que tuvo lugar en los últimos años.⁹

En tercer lugar, partiendo de una teoría que estudia la relación entre producción y reproducción social y que concibe a ambas esferas como ámbitos de la lucha de clases, consideramos que prestar atención al lugar de trabajo también es fundamental para entender lo que sucede fuera de él, es decir, en el ámbito de la reproducción social (Varela, 2020). En este sentido, cobra relevancia la pregunta por el modo en que la militancia de las trabajadoras puede contribuir a traspasar la frontera entre producción y reproducción y establecer lazos entre las demandas laborales y aquellas que exceden lo tradicionalmente considerado como “laboral” pero que es parte central de su “condición obrera” (como la violencia de género o la legalización del aborto). También lo es el modo en que esta militancia puede contribuir a establecer articulaciones con otros sectores sociales y entre distintos espacios de militancia, considerando especialmente el movimiento de mujeres. Analizar la influencia cruzada de la “militancia sindical” y la “militancia feminista” asume características propias si miramos más allá de las articulaciones y disputas que tienen lugar a nivel institucional. En este orden, analizando el caso del Astillero Río Santiago, Yantorno (2020) identifica un cambio en la identidad de las trabajadoras al confluir un conflicto en la fábrica con la lucha del movimiento de mujeres: a partir de entonces, observa, las trabajadoras comienzan a intervenir en los ENM como “trabajadoras del Astillero” y a participar más activamente en los conflictos obreros.

9. Para un estudio en profundidad, puede consultarse la compilación de artículos de Senén González y Del Bono (2013) y Varela (2016), entre otras, que reúnen artículos de distintos autores que se han especializado en el tema

En base a lo dicho, las dimensiones de análisis y debates que retomamos de los distintos estudios especializados, tanto como la propuesta de enfocar el análisis de la militancia de las trabajadoras en el lugar de trabajo, en su relación con el ámbito de reproducción social, definen una línea de trabajo que consideramos productiva para continuar profundizando el estudio de la temática, desde un enfoque que reafirma la potencialidad revolucionaria de la clase obrera como sujeto generizado.

Bibliografía

- Andújar, A. (2014). *Rutas argentinas hasta el fin. Mujeres, política y piquetes, 1996-2001*. Luxemburg.
- Andújar, A. y D'Antonio, D. (2020). "Chicas como tú"... Género, clase y trabajo en la Argentina reciente: un balance desde la historia social. *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, 16, 93-110. <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n16.246>.
- Arriaga, A. y Medina, L. (2020). Activismo de género en las organizaciones sindicales. Reivindicaciones y estrategias emergentes en los Encuentros Nacionales de Mujeres. *Trabajo y Sociedad*, 34, XXI, 155-178.
- Aspiazu, E. (2015). Participación de las mujeres e institucionalidad de la problemática de género en el sindicalismo argentino. XII Congreso ASET, Universidad de Buenos Aires.
- Aspiazu, E. (2019). Desigualdades de género en los discursos de la dirigencia sindical argentina. Estudio de caso en el sector salud. *Perfiles Latinoamericanos*, 27 (53), pp. 1-24.
- Bhattacharya, T. (2017). *Social Reproduction Theory: Remapping Class, Recentering Oppression*. Pluto Press.
- Bonaccorsi, N. y Carrario, M. (2012). Participación de las mujeres en el mundo sindical. un cambio cultural. *La Aljaba*, 2a. época, XVI, pp. 125-140.
- Cambiasso, M. y Chaves, M. (2017). Paro por acoso sexual en una empresa multinacional norteamericana. Aportes para el estudio de la relación entre sindicalismo de base y género en la Argentina actual. *Pilquen*, 20 (2), pp. 56-67.
- Carrario, M. (2014). *Políticas públicas de acción positiva. La ley de cupo sindical femenino en Neuquén, Argentina (1991-2012). Itinerarios de experiencias sindicales de mujeres*. Tesis doctoral, Universidad de Granada.
- Chejter, S. y Laudano, C. (2002). *Género en los movimientos sociales en Argentina*. Cecym.
- Cross, C. y Freytes Frey, A. (2007). Movimientos piqueteros: tensiones de género en la definición del liderazgo. *Nueva Época*, 20 (55).
- Di Marco, G. (2003). Movimientos sociales emergentes en la sociedad argentina y protagonismo de las mujeres. *La Aljaba*. 2a. época, VIII.
- Estermann, V. (2020). El sindicato por asalto. Feminismo y revitalización

- sindical en Argentina. N. Goren y V. Prieto (eds.). *Feminismos y sindicatos en Iberoamérica*. CLACSO-UNPAZ.
- Frega, M. (2019). Que el capitalismo y el patriarcado caigan juntos. Apuntes sobre las potencialidades, límites y desafíos de los feminismos en la experiencia argentina reciente. *Theomai*, 39.
- Gilly, A. (1990). La anomalía argentina (Estado, corporaciones y trabajadores). P. Casanova (ed). *El estado en América Latina: teoría y práctica*. Siglo XXI.
- Godhino Delgado, D. (2009). *Sindicalismo latinoamericano y política de género. Análisis y Propuestas*. F. Ebert-Stiftung.
- Goldman, T. (2018). *La marea sindical. Mujeres y gremios en la nueva era feminista*. Octubre.
- Goren, N. y Prieto, V. (2020). Desigualdades sexogenéricas en el trabajo. Las agendas sindicales feministas. N. Goren y V. Prieto (eds.). *Feminismos y sindicatos en Iberoamérica*. CLACSO-UNPAZ.
- Hammar, O. (2003). *Ley de cupo sindical femenino*. Disponible en: <http://www.trabajo.gob.ar/ctio/estudios.asp>.
- León, S. (2015). *Las mujeres de ATE: participación, luchas y desafíos (1984-2015)*. CTA Ediciones.
- Longo, R. (2017). Exigibilidad de derechos en mujeres que participan en movimientos sociales urbanos de Argentina: la experiencia social del ni una menos. *IX Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIV, Jornadas de Investigación, y XIII Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur*. Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.
- Lupica, C. (2010). *Trabajo decente y corresponsabilidad de los cuidados en Argentina*. Organización Internacional del Trabajo (OIT).
- Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social (2018). *Las mujeres en el mundo del trabajo*. Presidencia de la Nación.
- Natalucci, A., Ríos, V. y Vaccari, S. (2019). ¿Feminismo y sindicalismo van de la mano? Las acciones colectivas de Mujeres Sindicalistas (2016-2019). 1° Congreso Internacional de Ciencias Humanas - Humanidades entre pasado y futuro, Universidad Nacional de San Martín.
- Rigat-Pflaum, M. (2008). *Los sindicatos tienen género*. Fundación Friedrich Ebert.
- Rodríguez, T.J. y Cuéllar Camarena, M.A. (2019). Exclusiones sindicales femeninas: La profundización de las desigualdades de género en el mundo laboral y los espacios de poder gremial. *Derecho y Ciencias Sociales*, 20.
- Scheinkman, L. (2019). De la historia política a los estudios de género: la historiografía sobre el mundo del trabajo de la primera mitad del siglo XX en Buenos Aires. *Trabajo y Sociedad*, 32, pp. 281-305.
- Senén González, C. y Del Bono, A. (coord.) (2013). *La revitalización sindical en Argentina: alcances y perspectivas*. Editorial UNLaM-Prometeo.
- Varela, P. (2016). *El gigante fragmentado. Sindicatos, trabajadores y política durante el kirchnerismo*. Final Abierto.

- Varela, P. (2018). Sobre la relación entre género y clase, entrevista a Tithi Bhattacharya. *Ideas de Izquierda*, 44.
- Varela, P. (2019a). ¿Existe un feminismo socialista en la actualidad? Apuntes sobre el movimiento de mujeres, la clase trabajadora y el marxismo hoy. *Theomai*, 39.
- Varela, P. (2019b). “Te trataban de puta” Género, clase y una huelga por acoso sexual. *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, 23 (38-39).
- Varela P. (2020). Dossier: “El trabajo de las mujeres: feminismos, marxismos y reproducción social”, *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, 16.
- Varela, P., Lazcano Simoniello, J. y Pandolfo Greco, L. (2020). Género y militancia: participación político-sindical de mujeres trabajadoras de una fábrica de Buenos Aires. *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, 13 (16).
- Vázquez M., Rocca Rivarola, D., Cozachcow, A. y García, A. (2019). Jóvenes y militantes: un estudio sobre la participación estudiantil, partidaria y territorial (2012-2015). *Documento de Trabajo*, 28. Instituto de Investigaciones Gino Germani.
- Vommaro, P. y Cozachcow A. (2018). Militancias juveniles en los 80: Acercamientos a las formas de participación juveniles en la transición democrática argentina. *Revista Trabajo y Sociedad*, 3.
- Yantorno, J. (2020). *La influencia del movimiento de mujeres en la militancia sindical de trabajadoras. Un estudio de caso en el Astillero Río Santiago (2015-2019)*. Tesis de grado, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata.

La “huelga grande” de 1896 en la emergencia de la cuestión obrera rosarina

Agustina Prieto

Consejo de Investigaciones de la Universidad Nacional de Rosario (CIUNR)
agustinaprieto512@gmail.com

Título: The “big strike” of 1896 in the emergence of the Rosario labor issue

Resumen: Este artículo estudia la “gran huelga” que tuvo lugar en la ciudad de Rosario, Argentina, en agosto de 1896. Declarada en solidaridad con los ferroviarios de Tolosa, se transformó en general por la adhesión de todas las sociedades sindicales de la ciudad. Se reconstruye el episodio, se analiza la actuación de los protagonistas y la acción del Estado, proponiendo una interpretación centrada en las peculiaridades del contexto social y político en el que ocurrió.

Palabras clave: huelga general – cuestión obrera – Rosario – 1896

Abstract: This article studies the “big strike” that took place in the city of Rosario, Argentina, in August 1896. Declared in solidarity with the railway workers of Tolosa, it was transformed in general by the adhesion of all the union societies of the city. It reconstructs the episode, analyzes the performance of the protagonists and the action of the state, proposing an interpretation focused on the peculiarities of the social and political context in which it occurred.

Keywords: general strike – labor issue – Rosario – 1896

Recepción: 24 de agosto de 2020. **Aceptación:** 10 de septiembre de 2020

La “huelga grande” de 1896 en la emergencia de la cuestión obrera rosarina

Adrián Patroni atribuyó la motivación de *Los trabajadores en la Argentina*, su obra de 1897, a la huelga protagonizada por los mecánicos ferroviarios y los gremios que se solidarizaron con ellos en 1896, la “huelga grande” o “huelga monstruo”, “la más importante de cuantas se han producido en Sud América” (García Costa, 1990, p. 108). En Rosario, juzgó, la situación derivó en un “conato de huelga general de todos los oficios”, provocando “que allí fracasara antes que en otra parte la huelga de los mecánicos ferro-carrileros” (García Costa, 1990, p. 110).

Poy ha estudiado las características y las proyecciones de la “huelga grande” en la ciudad de Buenos Aires, destacando, entre otras cuestiones no menos importantes, que fue la coronación de un proceso iniciado en 1894-1895 a través del cual trabajadores de diversos oficios empezaron a consolidar su identidad como tales (Poy, 2011). El “conato de huelga general de todos los oficios de Rosario” no ha sido aún objeto de un estudio minucioso, aunque sus implicancias sobre el anarquismo y el movimiento obrero fueron señaladas por investigaciones como las de Pianetto, Galliari y Vecci (s/f), Monserrat (1993) y Falcón (2005). Para las primeras, se trató de la primera huelga general sindical de la Argentina y tuvo “el modo de una explosión” (Pianetto, Galliari y Vecci, s/f, p. 67). Las páginas que siguen reconstruyen el momento de “la explosión” y proponen una hipótesis que encuentra en la escena social y política rosarina claves para pensar el proceso y las proyecciones de la “huelga grande” sobre el proceso de emergencia de la cuestión obrera rosarina.

Rosario, 1896

El *Segundo Censo de la República Argentina* estableció que en mayo de 1895 la población de la ciudad de Rosario ascendía a 91.669 personas y que el 45,9% de ellas había nacido en el extranjero. La cifra indicaba un crecimiento porcentual de 80,7% respecto de las 50.914 personas registradas por el *Censo de la Provincia de Santa Fe* de 1887.¹ El motor de esa expansión era, desde mediados de siglo, el puerto sobre el río Paraná, potenciado desde principios de la década de 1870 por su articulación con el ferrocarril y, desde fines de la década siguiente, por la puesta en funcionamiento de establecimientos productivos de grandes dimensiones, como la Refinería Argentina del Azúcar o los Talleres de Reparación de Vagones del Ferrocarril Central Argentino. La refinería de azúcar, considerada la fábrica más grande y moderna del interior del

1. *Segundo Censo de la República Argentina*. Tomo II: “Población”. Buenos Aires, Talleres Tipográficos de la Penitenciaría Nacional, 1898, p. XXVIII.

país, impuso su nombre a la zona comprendida entre el arroyo Ludueña y el área de confluencia de varias líneas ferroviarias que la aislaban de la ciudad, resaltando un perfil social y productivo que hizo que fuese conocida, también, como la de los "barrios obreros".

El censo fue relevado cuando se extinguía una epidemia de cólera que tuvo su origen nacional en Rosario y provocó en esa ciudad, entre noviembre de 1894 y mayo de 1895, la muerte de 452 personas. Hubo, en el momento, debates sobre la procedencia del *vibrión colérico* causante de la epidemia, pero consenso a la hora de atribuir las causas de su difusión a las precarias condiciones de higiene de la ciudad en general y de las habitaciones obreras en particular. Las cuarentenas impuestas por varios países y algunas provincias argentinas a productos y pasajeros procedentes del puerto rosarino o transportados por trenes provenientes de la ciudad, afectaron sensiblemente la economía y alteraron la vida cotidiana, al punto que la Refinería Argentina, situada en la zona más afectada por la epidemia, tuvo que detener su actividad. Al miedo a la muerte o la pérdida del trabajo se sumaron el temor al desalojo de las habitaciones signadas como focos infecciosos y "cierto terror pánico", como advirtió el periódico anarquista *La Verdad*, al aislamiento en el lazareto habilitado para los coléricos.² La prensa de esos días informó sobre casos de trabajadores, vecinos y vecinas de conventillos que se solidarizaron con enfermos o sospechados de estarlo oponiendo resistencia a la acción de la ambulancia del lazareto.³

La escena política de 1895 mostraba las heridas abiertas por las revoluciones radicales de 1893, la de fines de julio y principios de agosto, que dejó un centenar de muertos y un tendal de heridos, y la de fines de septiembre y principios de octubre, con su combate de buques a la vera del Paraná. La derrota del ciclo insurreccional detonado por el rechazo a la Constitución provincial y a la Ley Orgánica de Municipalidades que suprimieron el carácter electivo de los intendentes y del voto de los extranjeros en comunas y municipios y acotaron la representación parlamentaria de la ciudad más poblada, nutrió con nuevos argumentos la idea de que la tradicionalista capital santafesina, sede del poder político,

2. "El cólera", *La Verdad*, n° 7, abril de 1895.

3. Un diario reprodujo las historias de un napolitano que fue sacado del lazareto, escondido en una bolsa, por los peones napolitanos de la institución; la de un limpiador de máquinas inglés, salvado de la ambulancia, en los barrios obreros, por amigos "entre los que no faltó quien se armase" y la del ferroviario Santiago Braconi, también radicado en los barrios obreros, que al sentirse enfermo se dio a la fuga, "tal era el terror que le inspiraba la sola idea del ser llevado al lazareto". Braconi corrió hasta lo de un "antiguo compañero" pero como este lo rechazó por temor a que le quemaran la casilla, buscó refugio en un vagón del ferrocarril Buenos y Rosario, cuyo sereno "lo salvó". "Cosas de la Asistencia Pública", *EM*, 19 de marzo de 1895, p. 2.

buscaba el ahogo de la “Chicago argentina”, pregonada localmente por quienes postulaban a Rosario como un emblema de la causa civilizatoria del progreso (Prieto, 2017). Durante los siete meses que mediaron entre la revolución de septiembre y la asunción del gobierno de Luciano Leiva, ganador con el apoyo de Partido Autonomista Nacional (PAN) en unas elecciones que los opositores denunciaron como fraudulentas, la provincia estuvo bajo estado de sitio. Bajo su imperio, en noviembre de 1893, el Jefe Político de la ciudad dispuso la detención de los responsables del periódico ácrata *Demoliamo*, Angelo Careghini y Carlo Fortes, medida comentada por los grandes diarios, pero también la de otros activistas libertarios, como Rafael Torrent o Nicolás R. Blanco, no mencionadas por la prensa pero consignadas en los registros policiales. Entre los detenidos estaban algunas de las figuras más notorias del ciclo de huelgas y activismo libertario y socialista iniciado en 1888, que tuvo entre sus hitos la realización de algunas huelgas importantes, la conmemoración del 1° de Mayo de 1890 y la creación de la Sociedad Internacional Obrera, impulsada en 1892 por un pequeño grupo de trabajadores y activistas anarquistas. En 1894, el Jefe Político, un funcionario clave en el vínculo entre la ciudad y la provincia, dado que era el delegado del gobernador en el departamento Rosario y tenía bajo su égida, entre otras atribuciones, la conducción de la policía y el control de las elecciones, se abocó con un pequeño grupo de funcionarios locales y nacionales al diseño de un plan secreto de represión para enfrentar un posible estallido radical en Rosario, que se hizo público en diciembre de ese año con críticas de todo el arco opositor (De Marco, 2001).

Entre el levantamiento del estado de sitio y la extinción de la peste, hubo un moderado renacimiento de la actividad política, se registraron algunas huelgas y un grupo de obreros alemanes socialistas creó el Club Vorwärts, inspirado en el que funcionaba en Buenos Aires.⁴ Con el fin de la epidemia se produjo una eclosión de la actividad política, gremial y asociativa; en agosto de 1895 los radicales realizaron un acto multitudinario para conmemorar los dos años de la revolución del 30 julio de 1893; en septiembre, el amplio y variopinto espectro de los liberales rosarinos organizó, en nombre de la ciudad, una multitudinaria “procesión cívica” para celebrar la unificación italiana y condenar los agravios contra esa colectividad proferidos por altas autoridades del gobierno provincial, acto que tuvo entre sus oradores al secretario de la “Juventud liberal”, el joven estudiante Enrique del Valle Iberlucea, que en el mes de mayo había impulsado la creación de un Club Socialista; en octubre, las romerías españolas, realizadas en la quinta del empresario y terrateniente Tobías Arribillaga, un español republicano, concitaron

4. *La Vanguardia*, 27 de octubre y 10 de noviembre de 1894.

una adhesión que la prensa juzgó sorprendente y una manifestación de barrenderos italianos fue recibida por el gobernador Leiva y otras autoridades de la provincia.

Los anarquistas, muy activos, crearon nuevos círculos y grupos y editaron tres periódicos, *La Libre Iniciativa*, *La Nueva Aurora* y *La Verdad*.⁵ En septiembre se creó el Círculo Católico de Obreros del Rosario; en octubre hubo un acto conjunto de anarquistas y socialistas y durante ese mes, noviembre y diciembre los periódicos anarquistas mencionados, *La Vanguardia* y la gran prensa informaron y opinaron sobre la creación de varias sociedades gremiales y de resistencia y la realización de un número creciente de huelgas. Por ejemplo, *El Municipio (EM)* dedicó varias notas a "las clases trabajadoras" y a la "cuestión obrera", celebrando la creación de la sociedad Obreros en madera.⁶

En el verano de 1896 salieron nuevas ediciones de *La Verdad* y *La Libre Iniciativa* y las primeras de *El Carpintero*, *El Tipógrafo* y *El Porvenir Social* y hubo huelgas de marmoleros, obreros constructores de carruajes, cocheros, albañiles, tipógrafos, estibadores y trabajadores en madera; conflictos en los que los trabajadores lograron todo o parte de lo reclamado, salvo los tipógrafos. En febrero, anarquistas y socialistas pusieron en discusión, en sus periódicos, las cuestiones de la huelga y de la organización. *El Porvenir Social. Periódico Socialista Semanal*, habló de la necesidad de constituir un Centro Socialista, de las ventajas de "la unión corporativa" y de hacer un lazo entre las agrupaciones existentes "que forme de ellas algo poderoso".⁷ Por el lado del anarquismo, *El Carpintero* argumentó a favor de la organización de sociedades de resistencia y de la unión en una federación de todas las sociedades de la ciudad. En *La Verdad*, A.C. Rático señaló que no eran "partidarios de las huelgas, porque generalmente ningún resultado práctico traen al trabajador, pero a falta de otra cosa mejor, venga la huelga, porque si se gana, gana en algo el obrero y si se pierde, aquel fracaso generalmente produce buenos resultados después"; y *La Libre Iniciativa* sentó posición proclamando "nada de pedidos denigrantes; no más estúpidas sociedades de resistencia, nada de ocho horas, de aumentos" y sí la revolución social del comunismo anárquico.⁸

En mayo, el doctor Emilio Z. de Arana, que al menos hasta octubre de 1895 presidía el "Club 30 de Julio" de la Unión Cívica Radical, brindó

5. *La Vanguardia*, 18 de mayo de 1896.

6. "Las clases trabajadoras", *EM*, 31 de octubre de 1895.

7. "Unión", *El Porvenir Social*, n° 5, 1° de febrero de 1896.

8. *El Carpintero*, n° 2, 29 de febrero de 1896; "Las huelgas en el Rosario", *La Verdad*, n° 20, febrero de 1896; "Los obreros y las reformas", *La Libre Iniciativa*, n° 6, 10 de abril de 1896.

una conferencia anunciada por *El Orden* como “socialista” en un acto en el que también habló Nicolás Blanco.⁹ *La Vanguardia* consignó que la agitación iniciada por el Vorwärts de Rosario había logrado la creación de la Sociedad de Obreros de Ferro Carriles, que sumaba 290 socios y trabajaba en la creación de una organización con las sociedades de alguna de las otras ramas de los talleres del ferrocarril.¹⁰

En julio, la comunidad italiana organizó un acto multitudinario, en retribución al realizado por los rosarinos el año anterior para conmemorar la independencia argentina, que tuvo entre sus oradores al director del diario *El Orden*, que habló en italiano; dos días más tarde, el Círculo católico de obreros realizó un acto para bendecir la bandera de la entidad, con la presencia del obispo y los empresarios José Arijón y Santiago Righetti, impulsores de su creación.

La “huelga grande”

El registro más cercano a los hechos en el tiempo fue el de la prensa cotidiana rosarina: *La Capital (LC)*, diario fundado por Ovidio Lagos en 1867, liberal mitrista según la caracterización de De Marco (2001) y opositor a Leiva durante el conflicto; *El Municipio (El Municipio)*, fundado y dirigido por el radical alemnista Deolindo Muñoz, y *El Orden (EO)*, creado en 1896 como sostén del PAN, con dirección de Pablo Della Costa.

El relato de los hechos de *El Municipio* y *El Orden* establece que el 17 de agosto, al mediodía, ochocientos trabajadores de los Talleres del Central Argentino abandonaron sus tareas en solidaridad con los ferroviarios de Tolosa y que los gerentes de varios establecimientos recibieron una circular “más o menos del tenor” de la dirigida al administrador del ferrocarril Oeste Santafecino, reproducida por ambos periódicos:

En nombre de la colectividad obrera de sus talleres, exponemos que, viendo la imprescindible necesidad de que el trabajador disfrute lo que de derecho le corresponde y viendo que todos los obreros de la república están conformes en hacerse solidarios de sus justas peticiones, le comunicamos a usted que nos adherimos a tan grandioso movimiento.

Por lo tanto pedimos que la jornada de trabajo sea *ocho horas*, con la remuneración de la de diez horas.

Abolición del trabajo por contrata.

Las horas extras se pagarán doble.

Abolición de los trabajos los domingos, salvo fuerza mayor.

Nunca reconoceremos el pago por horas como legal.

9. “Conferencia socialista”, *EO*, 31 de mayo de 1896.

10. “Movimiento gremial”, *La Vanguardia*, 30 de mayo de 1896.

Aguardamos que nos hará justicia, dándole el tiempo de veinticuatro horas para su conocimiento y contestación.

Esperamos desde las nueve a.m. del día siguiente.

Quedan de V.A.S.S.S – Rosario, Agosto 17 de 1896 – La comisión: (firmas)¹¹

Martes 18: transcurridas las 24 horas del plazo establecido en la circular y ante la negativa o la falta de respuesta de las empresas, los "huelguistas ... en grupos numerosos recorrían las calles de esta ciudad, incitando a todos los trabajadores a abandonar su trabajo y seguirlos en el movimiento que habían iniciado repartiendo en papeles de colores una proclama".¹² Comisiones de entre cincuenta y cuatrocientas personas recorrieron los barrios obreros, seguidas todo el tiempo por la policía, que había apostado guardias armados en la puerta de cada uno de los establecimientos y reforzado la comisaría zonal con quince efectivos. Lograron la adhesión de los trabajadores de las empresas más importantes de la zona: Refinería Argentina, Fábrica de Ginebra de Herwig, Luz eléctrica, Aguas Corrientes, talleres de los ferrocarriles Central Argentino, Buenos Aires y Rosario, Oeste Santafecino, embarcaderos del ferrocarril Córdoba y Rosario, aserradero Van Oppen y barraca Omarini así como los mayores y cocheros del Tranway Rosarino del norte, que comunicaba la zona con el casco urbano y los trabajadores del ferrocarril Córdoba y Rosario, el único que detuvo el tráfico de sus trenes. La jornada cerró con una masiva asamblea de trabajadores realizada en un local sito en la calle Urquiza, en el centro de la ciudad.

La prensa informó y opinó. La nota editorial de *El Orden* dijo que era la primera vez que se presentaba en la Argentina el "espectáculo de una huelga general" como la que invadía la metrópoli y dos provincias, advirtiendo un cambio cualitativo respecto de las huelgas precedentes, protagonizadas por pequeñas agrupaciones de una misma rama de actividad y con reclamos sólo salariales, mientras que ésta buscaba manifestar el "descontento por la posición que los obreros tenían en el conjunto humano": "¿triunfarán? es muy posible", aventuró el autor de la nota, seguramente Della Costa, "se trata del hombre que tiende a libertarse de un yugo más o menos largo [...] cuya tiranía" pretende disminuir a su mínima expresión. El reclamo era justo, pero abría la puerta al desequilibrio económico que podría generarse si al pedido de las ocho horas sucedía la demanda por la jornada de seis horas.¹³

11. "Movimiento obrero", *EM*, 19 de agosto de 1896.

12. "En Huelga. Proclamas y circulares. Establecimientos contaminadas. Extraviando el camino", *EO*, 19 de agosto de 1896.

13. "Las huelgas", *EO*, 19 de agosto de 1896.

La extensa nota editorial de *El Municipio* juzgó que el movimiento no debía dirigirse contra los patrones, “tan perjudicados como los obreros”, sino “contra los causantes de este estado de cosas (...) contra quienes han implantado un sistema que tiene su base en el latrocinio y en el escándalo (...) contra los que des gobiernan este país”. En otras notas dedicadas a la huelga consideró que la autoridad debía reprimir los desórdenes que pudieran producirse, “con energía, pero sin salirse tampoco de los límites trazados por la prudencia, reduciendo a prisión a los promotores e instigadores”, garantizando la propiedad particular de posibles ataques y el derecho a trabajar de quienes no se plegaran al movimiento. En otra nota de esa edición signó como “jefes de la gavilla” del “latrocinio triunfante” al “general Vanza” y al “doctor Lanza”, nombres con los que solía referirse a Julio A. Roca y Carlos Pellegrini, mientras que otra propuso una reorganización del partido radical basada en distribuir “un rifle y cien cartuchos por ciudadano” para recuperar las libertades usurpadas.¹⁴

Miércoles 19. Se registraron episodios de violencia en la entrada del ferrocarril Córdoba y Rosario, protagonizados, según la prensa periódica, entre los trabajadores que adhirieron al paro y los que no; y la policía, de acuerdo a *El Municipio*, detuvo a unos ochenta huelguistas “por causas más o menos leves, unos por ebriedad, otros por cargar armas y los más por gritos y ademanes hostiles hacia los colegas que no habíanse adherido al movimiento”.¹⁵ La comisión directiva del Círculo Católico de Obreros del Rosario se reunió con el Jefe Político solicitando el auxilio de la fuerza pública “para que los obreros que aún permanecen ajenos al movimiento huelguista puedan concurrir a sus talleres sin que les haga extorsión para que abandonen sus tareas”.¹⁶

Los grandes diarios opinaron largamente sobre la huelga. *La Capital*, en una nota dirigida a los obreros, los puso en alerta respecto de versiones que hablaban de la “represalia” que tenían en estudio los patrones: aprovechando la relativa escasez de trabajo, un grupo de propietarios y directores de fábricas y talleres proyectaban “hacer uso de un arma que Julio Simón ha llamado inicua, para combatir las huelgas”, consistente en clausurar por veinte días o un mes todos los establecimientos industriales, para no dar trabajo a ningún obrero durante ese tiempo y dejar que vaya consumiendo los ahorros que haya podido hacer”, una medida

14. “Movimientos obreros”, “Los huelguistas y la acción de la autoridad”, “El latrocinio triunfante y los jefes de la gavilla”, “Un rifle y cien cartuchos”, *EM*, 19 de agosto de 1896.

15. “Movimientos obreros”, *EM*, 20 de agosto de 1896.

16. “Círculo Católico de Obreros del Rosario. Pidiendo garantías”, *EO*, 20 de agosto de 1896.

que les ocasionaría grandes perjuicios pero sin duda "más soportables que los que sufran los millares de pobres con familia, sin trabajo".¹⁷ *El Orden*, en la misma página en la que destacó positivamente la actitud moderada de los obreros en una huelga que no dejaba de ganar prosélitos, dedicó su nota editorial a la "Ley de extrañamiento" que el gobierno nacional proyectaba presentar al parlamento y que juzgó "necesaria como el pan de cada día, porque será el dique puesto al torrente que nos invade y que, como la catapulta antigua, quiere desmoronar el edificio de la sociedad argentina".¹⁸ La nota editorial de *El Municipio* puntualizó que, aunque siempre habían apoyado a los trabajadores, en este caso "el interés de las masas obreras le aconseja abandonar el camino emprendido dejando de lado exigencias extremas, para mantener con los patrones esa cordialidad de relaciones que deben forzosamente existir en un país como el nuestro".¹⁹

Jueves 20. Más de tres mil obreros en huelga tras la adhesión, entre otros, de los mayores de las otras empresas de tranways y de los panaderos, provocando que la panadería La Europea, la más grande de la ciudad, custodiada por la policía, fuera "una verdadera romería de gente, que se surtía de pan como en una guerra".²⁰ Los tres diarios sacarán a partir de ahí y durante varios días dos avisos: en uno, las panaderías La Europea, Segunda Europea y Panadería Argentina ofrecían trabajo a oficiales panaderos a los que se pagaría doble sueldo y manutención de primera clase mientras durase el conflicto; en el otro, varias panaderías anunciaban que por causa de la huelga quedaba suspendido el reparto domiciliario. La parte de la ciudad iluminada eléctricamente quedó a oscuras hasta que dos ingenieros lograron restituir el servicio, porque todos los empleados de la Usina Eléctrica se declararon en huelga, mientras que la adhesión de los trabajadores de la empresa de Aguas Corrientes ocasionó que en los extremos de la zona cubierta por el servicio no hubiese agua durante algunas horas. Una compañía del Batallón de infantería de línea fue apostado en el edificio del Palacio de Justicia para prestar los servicios que la Jefatura Política creyera oportunos en los establecimientos donde había "intereses nacionales que resguardar, como ser la Refinería y los ferrocarriles".²¹ En la comisaría de Refinería

17. "Movimiento obrero. Las huelgas. Probables consecuencias", *LC*, 20 de agosto de 1896.

18. "Ley de extrañamiento", *EO*, 20 de agosto de 1896.

19. "Las exigencias de los obreros y la actitud de los patrones", *EM*, 20 de agosto de 1896.

20. "La huelgas. La libertad de trabajo. Probables consecuencias", *LC*, 21 de agosto de 1896.

21. *Ibidem*.

quedaron detenidos quince huelguistas. Las notas policiales informaron que un obrero había sido apuñalado por el cuñado por no haber adherido a la huelga, consignando los nombres de ambos y la captura del prófugo Luis Bart Chales, un convicto por asesinato fugado de la cárcel durante la revolución radical de julio de 1893 y hallado entre un grupo de huelguistas. El hecho más destacado del día fue, para la prensa, el enfrentamiento registrado entre la policía y un grupo de los trabajadores reunidos en asamblea en el “cuartel general de los huelguistas” de la calle Urquiza. La policía ordenó la expulsión de los asambleístas del local y de la calle y la disolución de la asamblea improvisada a pocas cuadras por los expulsados, que lograron reunirse, ya entrada la noche, en un local de la calle Jujuy. El Jefe Político prohibió, por razones de orden público, la realización de la asamblea convocada para el día siguiente en el local de Urquiza, que quedó custodiado por una guardia armada.

Hubo cuatro relatos del episodio de violencia. La sucinta narración de *La Capital* puntualizó que hubo un incidente cerca del “Centro Obreros”, entre la policía y un grupo de huelguistas, resultando heridos de poca gravedad un principal segundo y un agente.²² *El Orden*, tras lamentar la desaparición de la temperancia reinante entre los huelguistas, informó sobre un tumulto registrado en las inmediaciones de una reunión de más mil huelguistas, cuando veinte agentes armados enviados para “apaciguar los ánimos”, fueron atropellados por algunos tumultuosos armados con puñales que hirieron la mano de un efectivo y tajearon la chaquetilla de otro, acción respondida con “algunos culatazos a los amotinados” que dejaron “varios contusos” anónimos, a diferencia de los agentes, mencionados con nombre y apellido.²³

El Municipio se ocupó dos veces del tema en la misma edición. En la primera página publicó la carta de “Un testigo ocular” de los “atropellos” motivados por un incidente personal entre un vigilante y tres huelguistas, a una cuadra del “local de reuniones de asociación de los obreros confederados”, donde se hallaban reunidas entre 500 y 600 personas. El Jefe Político, sin conocer el carácter personal del incidente, dio orden de llevar a todos por delante y uno de sus acompañantes, Manuel Cilveti, a cargo de la policía durante la revolución radical de julio de 1893, “derribó de un garrotazo” a un foguista del ferrocarril Five Lilles.²⁴ En la página 2, atribuyó la causa del episodio registrado en el “club” Federación Obrera a la decisión del Jefe Político de enviar cuatro agentes a desalojar la calle para permitir el tránsito, obstruido

22. *Ibidem*.

23. “Primer resultado de la huelga. Suspensión del tráfico ferrocarrilero”, *EO*, 21 de agosto de 1896.

24. “La actitud de la policía y los huelguistas”, *EM*, 21 de agosto de 1896.

por los asambleístas, operación que fracasó y motivó la intervención del propio Grandoli, que restableció el orden tras una "breve lucha" en la que resultaron heridos tres obreros (anónimos), uno en el cráneo de un culatazo, otro con una pierna fracturada y un tercero con la cabeza rota de un garrotazo; también dos vigilantes, mencionados con nombre y apellido, uno de ellos sólo con tajos en la chaquetilla. En esa misma edición, el diario de Deolindo Muñoz sostuvo que el partido radical debía ocuparse de armar a cada provincia con "quinientos rifles y cinco mil tiros" y "exigir por la fuerza lo que la razón le niega".²⁵

Viernes 21. Cuatro mil trabajadores en huelga. Los tranways Anglo Argentino y Rosario del Norte volvieron a prestar servicio, algunos coches fueron interceptados por huelguistas que intentaron, sin éxito, detenerlos. Por la huelga, no hubo luz eléctrica durante toda la noche. La comisaría de Refinería remitió 10 huelguistas a la Jefatura Política por promover desórdenes, lo mismo que otras comisarías. Un obrero hirió a otro por diferencias en torno a la huelga.

La Capital señaló que el entusiasmo no era el de los primeros días, porque el obrero empezaba a palpar los perjuicios ocasionados por la huelga, mientras que *El Municipio* propuso como modelo alternativo a las huelgas protagonizadas por los obreros argentinos el *meeting* programado por los trabajadores chilenos para solicitar al parlamento la sanción de medidas favorecedoras de su situación.²⁶ *El Orden*, por su parte, evaluó que la huelga empezaba a declinar, sin nuevas adhesiones y con "muchas defecciones", consignando que el local "donde los delegados de la capital federal arengaban a las masas [...] estaba anoche desierto; los oradores fogosos ausentes; nadie, ni quien encendiera las luces, ni quien abriera las puertas".²⁷ Durante la mañana, más de quinientos obreros "entusiastas por la huelga" esperaban que se abrieran las puertas del local de la calle Jujuy pero "de pronto alguien hizo circular la voz de que la comisión aconsejaba retirarse pacíficamente cada cual a su domicilio a esperar sus decisiones", la orden fue acatada y en grupos más o menos numerosos partieron a sus barrios. En el camino, los "más de doscientos" que iban a Refinería hicieron un alto en la estación del ferrocarril Buenos Aires y Rosario para impedir la salida del tren, pero desistieron porque el comisario de la seccional 9^a dispuso inmediatamente una guardia armada en el andén. Al retomar el camino se fueron agregaron grupos. Cuando los policías que habían

25. "Organización radical. Quinientos rifles y cinco mil tiros", *EM*, 21 de agosto de 1896.

26. "La huelga. Su estado actual. Lo que vendrá", *LC*, 22 de agosto de 1896; "Obreros argentinos y obreros chilenos", *EM*, 22 de agosto de 1896.

27. "En huelga. Cuarto menguante. ¿Será verdad?", *EO*, 22 de agosto de 1896.

sido apostados en el andén, que los venían siguiendo, observaron que el grupo llegaba a las quinientas personas, procedieron a disolverlo, sin encontrar una gran resistencia. Había un rumor “insistente y tenaz”, concluía la nota, según el cual “algunos miembros de la comisión organizadora, venidos de Buenos Aires, se han ausentado anoche, no se sabe para dónde, de incógnito, llevándose unos tres mil pesos que habían recolectado en el local de las reuniones para los gastos que demanda la propaganda” y que se había distribuido “un manifiesto impreso, que no hemos visto, en que la comisión aconseja a los obreros retirarse a sus domicilios, abstenerse de trabajar y esperar órdenes, porque ha sabido que se atribuyen miras políticas al movimiento, y que ínterim se averigua esto se suspenden las reuniones”.

Sábado 22 al domingo 8 de septiembre. El 22 todos los establecimientos retomaron la actividad, algunos en forma parcial y el 24 llegó a Rosario una delegación de activistas de la huelga de Buenos Aires, ya con la huelga prácticamente reducida a los panaderos, a los estibadores, que volvieron al trabajo el 25, y a grupos de obreros de establecimientos que habían reanudado la actividad. Para el 27, las panaderías habían logrado reemplazar a casi todo el personal declarado en huelga; los oficiales panaderos, los más firmes en el sostenimiento de la medida, fueron reemplazados en los días siguientes por trabajadores de Córdoba y Buenos Aires. El 4 de septiembre, un principio de incendio en la cochería vecina al local de la panadería La Europea, la más dura contra la huelga, fue caracterizado como un atentado anarquista por la policía y por *La Capital*. Las empresas rechazaron, en todos los casos, la reincorporación de los trabajadores signados como cabecillas del movimiento.

La Vanguardia hizo la primera referencia al conflicto rosarino en su edición semanal del 22 de agosto, consignando que en Rosario “la huelga monstruo” tomaba mayores proporciones por la adhesión de los obreros de la Refinería Argentina, de las empresas del agua y de la luz, de la fábrica de ginebra y de algunos aserraderos, puntualizando que la de los constructores de carruajes tenía carácter parcial porque la mayor parte de los fabricantes había aceptado las condiciones de los trabajadores.²⁸ La edición siguiente reprodujo tres manifiestos distribuidos en la ciudad; el primero, firmado por “Las comisiones de los gremios confederados”, negó que la huelga hubiese terminado como lo sostenía la prensa burguesa, dio a conocer el acuerdo aprobado por las comisiones, atribuyó la causa de que las asambleas no hubiesen podido reunirse a los atropellos y llamó a no dejarse engañar por la prensa burguesa; en el segundo, dirigido a todos los habitantes de la ciudad, la sociedad Cosmopolita unión obreros panaderos del Rosario comu-

28. “La huelga monstruo”, *La Vanguardia*, 22 de agosto de 1896.

nicaba que desde la mañana del 25 se podía comprar pan de primera calidad "elaborado por obreros panaderos" en los mercados o solicitarlo telefónicamente mientras que el tercero reproducía el petitorio dirigido a los patronos de peluquería.

"J. Nicolás" contó, en una carta publicada en esa misma edición detalles de los sucesos rosarinos. La huelga fue iniciada por los ferroviarios, seguidos por los pintores, obreros en madera, constructores de carros, cocheros y mayoresales de tranway, a los que fueron sumándose otros gremios. Hasta su cierre, las reuniones se realizaron en el local de la Federación de la calle Urquiza, con una concurrencia "enorme": "nunca en el Rosario se ha visto un movimiento tan grande y espontáneo". Testigo del suceso de la Federación, vio cómo un cuarto de hora después de los "atropellos inauditos", Grandoli se presentó en el local y ante los más de 800 obreros presentes dijo que si los huelguistas respetaban los derechos ajenos, daba su palabra de hacer respetar los suyos y "se retiró casi aclamado por varios crédulos compañeros". Cinco minutos después, faltando a su palabra, puso vigilantes con remington en las esquinas y mandó cerrar el local, prohibiendo luego cualquier reunión de los huelguistas.²⁹

La primera edición de septiembre incluyó la carta de "un compañero", fechada en Rosario en 25 de agosto:

La huelga en esta, ha fracasado. Sólo los mecánicos del F.C.C. Argentino y de la Refinería resisten. Los demás ya han concurrido a trabajar ayer, con el viejo régimen, es decir, doce horas y el mismo jornal; porque la necesidad principió a sentirse.

El partido obrero en esta ciudad no es fuerte como en esa, porque no es unido; no hay casi sociedades fundadas y con fondos para sostener a los huelguistas necesitados, o estos no están inscriptos en dichas sociedades, por lo que hemos tenido que ceder, aunque con gran sentimiento (...) La policía hizo barbaridades, atropellando a la multitud a caballo y sable en mano, sin necesidad porque ninguno hizo bochinche. Hubieron varios heridos.³⁰

En el número siguiente, Guillermo Schulze reseñó aspectos de la huelga monstruo en la ciudad de Santa Fe, iniciada el 22, cuando la de Rosario estaba terminada, refiriendo que uno de los oradores de las asambleas realizadas el 19 y el 24 de agosto había sido N.R. Blanco, un

29. "La huelga monstruo. Todos los detalles", *La Vanguardia*, 29 de agosto de 1896.

30. "De una carta dirigida por un compañero nuestro...", *La Vanguardia*, 15 de septiembre de 1896.

compañero venido desde Rosario, y que la del 24 se hizo en el patio del Cabildo, lugar ofrecido por el gobernador Leiva cuando le fue solicitado el permiso de reunión.³¹

A lo largo de esos días, hubo variantes en el lugar otorgado al tema por la gran prensa. *El Municipio* dedicó la nota editorial del día 23 al mejoramiento gradual de las clases trabajadoras, con una fuerte crítica a los “agitadores de oficio”, junto a una nota que hablaba de la “huelga frustrada” y la difícil situación de los huelguistas que procuraban volver al trabajo, rechazados por los patrones.³² El 25 hizo referencia al desprestigio en el que había caído “la huelga grande, como ha dado en llamarse a la actual” e informó sobre la nota de adhesión dirigida a la Unión Industrial Argentina por el Centro Empresarios Unidos de Rosario y al día siguiente, en su última mención al tema, dijo que todos habían vuelto al trabajo, incluidos los estibadores.³³

El Orden aclaró que la versión del robo de los dineros de los huelguistas por los líderes del movimiento no había sido confirmada y en las ediciones siguientes centró su cobertura de los hechos en las negativas consecuencias de la huelga para los trabajadores en general y para los líderes del movimiento en particular e informó que el jefe de los Talleres del Central Argentino había rechazado la reincorporación de cincuenta “cabecillas” del movimiento y que en la Refinería Argentina habían recuperado sus puestos sólo trescientos de los ochocientos ocupados en la planta, siendo el único diario en informar que ese día habían llegado a la ciudad “varios delegados de los huelguistas de la Capital Federal”.³⁴ Aplaudió en otra edición la noticia de que un diputado provincial presentaría un proyecto para la construcción de casas para obreros: “Esto es lo que llama el socialismo científico o la conquista del efecto sin el abuso de la falta”.³⁵ Tres ediciones sucesivas reprodujeron notas dirigidas a Grandoli para agradecer la seguridad prestada por la fuerza para el resguardo de sus empresas por el director del ferrocarril Oeste Santafesino; por el gerente de la Empresa del Gas y por los “empresarios e industriales del suburbio norte”, esto es, de los “siete de los principales establecimientos de nuestro comercio”, “empresarios e industriales del suburbio norte”, quienes expresaron su “sincero agradecimiento por el oportuno y eficaz auxilio que nos ha prestado durante el movimiento, tanto personalmente como con los elementos

31. “Santa Fe Sepbre 2/96”, *La Vanguardia*, 12 de septiembre de 1896.

32. “Las clases trabajadoras. Su mejoramiento gradual”, *EM*, 23 de agosto de 1896.

33. “Desprestigio de una causa. Resultado de la huelga”, *EM*, 25 de agosto de 1896.

34. “En huelga. Actitud pasiva. Reanudando el trabajo. Rumor que no se confirma”, *EO*, 23 de agosto de 1896; “En huelga. Completa calma”, *EO*, 25 de agosto de 1896.

35. “Ecos del día. Un proyecto importante”, *EO*, 26 de agosto de 1896.

de la policía, para resguardar nuestros valiosos intereses", atribuyendo la "pronta" terminación de la huelga y el carácter aislado de los "actos de violencia" a las "acertadas medidas" dispuestas por Grandoli y a su rápida ejecución.³⁶ En la última nota de opinión dedicada al tema, el diario del PAN dijo:

Nos felicitamos que tan grande movimiento haya pasado en la forma que fue el que nos ocupa, sin grandes disturbios, en calma, aunque deploramos sinceramente que los obreros no hayan obtenido lo que pedían, talvez por la forma en que se produjo el acto [...] Los establecimientos que ocupan centenares de brazos, pensando sus directores detenidamente y mirando hacia el porvenir, han de tratar con más liberalidad al obrero, su constante compañero y su elemento indispensable de colaboración, elevándolo paulatinamente al nivel al que sólo puede llegarse con el tiempo y los progresos de nuestra industria floreciente.³⁷

El 23 de agosto *La Capital* celebró el triunfo de la razón sobre "la prédica violenta de los anarquistas de nuevo cuño", señalando que la huelga era "hoy de los patrones, que con fría calma irán tomando al nuevo personal" y que los responsables de la derrota de los trabajadores eran los "sacerdotes del socialismo", los "obreros de levita" que pronunciaban "fogosos discursos, llenos de frases ardientes y de golpes teatrales de gran efecto que hacían prorrumper a la muchedumbre en gritos delirantes de entusiasmo".³⁸ Al día siguiente informó sobre el proyecto de la Unión Industrial Argentina, y el 25, sobre la asamblea extraordinaria realizada con motivo de la huelga por el Centro de Empresarios Unidos de Rosario y sobre el convenio firmado entre los fabricantes de carros de Rosario comprometiéndose a no tomar huelguistas, como harán días después los dueños de la fidelerías.³⁹ El 26, definió la actuación del gobernador con los obreros como una "política de Machiavello", consistente en "halagar las equivocadas prácticas de las masas en pro de buscar fundamentos y sostenes": "¿es posible permitir que un gobernante [...] les preste su apoyo moral y material?".⁴⁰ El 28 salió la primera de las nueve notas

36. *EO*, 28 de agosto de 1896.

37. "Ecos de la huelga. El movimiento obrero terminado", *EO*, 28 de agosto de 1896.

38. "Lo previsto. Terminación de la huelga. Responsabilidades", *LC*, 23 de agosto de 1896.

39. "Contra las huelgas", *LC*, 24 de agosto de 1896; "Consecuencias de la huelga. Liga de patrones", *LC*, 30 de agosto de 1896.

40. "Los obreros y el gobierno", *LC*, 26 de agosto de 1896.

sucesivas que dedicará al tema “¡Huelga! Una fruta importada. Una cuestión económica y un problema social”. El 1 de septiembre insistió con la idea de que los que perdedores de “la huelga general” eran los “pobres trabajadores, patos de la boda de los obreros de levita” y sostuvo que el diario *Nueva Época*, de Santa Fe, era “el órgano del gobernador protector de los huelguistas”; el 5, la primera página tituló “Atentado criminal. Anarquistas criminales, si no son huelguistas, execración pública”, la nota en que atribuyó el fallido atentado a La Europea a los “obrerros de levita” anarquistas; y el 8, con la última entrega de “¡Huelga! Una fruta importada”, la “huelga grande” salió del diario.⁴¹

En octubre, en el segundo número del periódico *La Federación Obrera. Periódico quincenal de Federación Local de Rosario*, una nota manifestó que la clausura del local impuesta por la fuerza pública no la había disuelto, sólo que ahora no tenía lugar fijo y que los trabajadores estaban tan unidos y federados como antes; otra nota juzgó que “pocos casos se habrán presentado en la historia del proletariado, que puedan parangonarse con el movimiento obrero habido últimamente en las principales ciudades de la República”, que si la huelga había sido semigeneral, la derrota había sido general, pero “moralmente hablando” nadie podía negar que los obreros empezaban a despertar del letargo y por eso solo cabía “felicitarlos por el resultado de la huelga”. En “Manifiesto oportuno” informó la puesta en circulación del *Manifiesto-protesta contra los alarmistas*, redactado por el grupo de propaganda comunista anárquico Ciencia y Progreso, condenando los “simulacros de atentados o ensayos pirotécnicos”, obra de “algún gracioso de oficio que se propuso pasar un buen rato a expensas de los dueños de panaderías, pero jamás de un anarquista de convicción”, como lo aseguraba parte de la prensa burguesa, porque la violencia “sólo es buena para cuando llegue el momento de obrar” y “no convence a nadie” y lo que se necesitaba era aumentar los adherentes al no gobierno por medio de la propaganda razonada. La edición incluyó también “Dramas pasionales”, fragmento de una conferencia dictada por Emilio Z. de Arana.⁴²

Algunas hipótesis para pensar la “huelga grande” rosarina

La historiografía sobre el tema ha considerado que la “huelga grande”

41. “La huelga general. Ecos postreros” y “Nueva Época de Santa Fe, órgano del gobernador protector de los huelguistas”, *LC*, 1º de septiembre de 1896; “Atentado criminal. Anarquistas criminales, si no son huelguistas, execración pública”, *LC*, 5 de septiembre de 1896.

42. “En la brecha” y “Movimiento social en la República Argentina”, *La Federación Obrera*, 24 de octubre de 1896.

rosarina fue una huelga generalizada o que fue una huelga general de hecho, dado que no fue declarada como tal. El detonante fue, sin duda, la solidaridad con el conflicto originado por los mecánicos de los talleres ferroviarios de Tolosa, pero la circular del 17 de agosto, entregada en simultáneo a los gerentes de los establecimientos más grandes, permite pensar que la generalización estuvo desde el principio entre los objetivos de sus artífices. El objetivo, en sí mismo, no explica la muy acertada imagen de la "explosión", propuesta por Pianetto, Galliari y Vecchi (s/f). En el caso de los barrios obreros, los más movilizados, parecen haber operado lazos solidarios preexistentes, los del mundo del trabajo y los de la vida cotidiana, ciertamente, probablemente reforzados por la dramática experiencia del cólera, como lo sugieren los episodios ya mencionados de resistencia a la ambulancia, protagonizados por trabajadores definidos como "amigos" o "compañeros". La explosión, no obstante, debe ser entendida fundamentalmente en el contexto de la gran movilización social, política y gremial que sobrevino al hiato de relativa quietud impuesto por el estado de sitio y el cólera. El ciclo de huelgas del verano de 1896 y la notable productividad de las usinas propagandísticas del gremialismo, el socialismo y anarquismo, parecen haber sido factores clave en el carácter que asumió la huelga. Los periódicos gremiales y de propaganda mencionados tuvieron la vida breve y las características formales propias de estas publicaciones estudiadas, entre otros y otras por Suriano (2001) y Lobato (2009), pero lo que resulta excepcional es la simultaneidad de su aparición, fenómeno que no volverá a repetirse en Rosario hasta avanzado el siglo siguiente.

La huelga, según propios y ajenos, sumó unas cuatro mil voluntades, pero el registro de sus nombres no alcanza siquiera al de sus principales protagonistas; la prensa periódica dio los de una decena, la mitad de ellos en referencia a episodios de violencia o directamente delictivos. Algunas pistas permiten recuperar unas pocas figuras, todas masculinas ya que no hay una sola mención a la presencia de mujeres, en cualquier circunstancia, en todo el conflicto, lo que no quiere decir que no hayan participado, sino que no hay registro escrito de esa participación, dejando abierta, entre otras, la pregunta por la participación de las obreras de la Refinería Argentina. Entre esos pocos nombres, se destacan el de J. Nicolás, que llamó "compañeros" a los socialistas de *La Vanguardia* y fue, en los inicios del siglo siguiente, una de las figuras más destacadas del Partido Socialista rosarino, y el de Nicolás R. Blanco, detenido por anarquista en el verano del 94 y uno de los activistas más notables del grupo libertario Ciencia y Progreso, junto al doctor Emilio Z. de Arana, probablemente "el" obrero de levita al que hizo alusión la gran prensa para denostar al conjunto de la conducción de la huelga. En términos de trayectorias individuales, si la de Nicolás

R. Blanco se afirma en el anarquismo y la de Guillermo Schulze, uno de los artífices de la primera conmemoración rosarina del 1° de Mayo, aparece claramente ligada al socialismo, hay otras que viran, como la de Arana, que pasa del radicalismo al anarquismo, o que están en un lugar donde todavía era posible ser, a la vez, liberal y socialista, como es el caso de Enrique del Valle Iberlucea.

Los testimonios parecen dejar en claro que la huelga fue movilizada desde el local del “club”, “centro” o “federación” de obreros de la calle Urquiza, imprecisión que puede haber sido una estrategia de la gran prensa para minimizarla, pero que pudo deberse a que “la Federación” mencionada por *La Vanguardia* haya sido constituida en los días previos a la declaración del conflicto, dado que la prensa obrera y la de propaganda anarquista y socialista del verano precedente hablaban de su necesidad, no de su existencia.

La huelga fue juzgada por todos como un fracaso, atribuido al accionar represivo de la policía y a la contratación de rompehuelgas. Respecto de los primeros, el registro diario de los hechos establece que la policía, pero también un regimiento de infantería, siguieron todo el tiempo los pasos de los huelguistas y que las empresas contaron desde el primer momento con protección armada brindada por la Jefatura Política conducida por Grandoli. Dada la rapidez con la que se extendió el conflicto y la cantidad de efectivos que tuvieron que haber sido puestos en acción sobre un territorio que comprendía el casco urbano y, sobre todo, los alejados barrios obreros, resulta viable pensar, a modo de hipótesis porque no hay testimonios que lo comprueben, que Grandoli desplegó el plan de represión contra una eventual insurrección radical diseñado en 1894. Sin embargo, según ha sido señalado por Suriano (1989-1990) y Caruso (2016), desde fines de la década de 1880 el estado intervino en la resolución de algunas huelgas de la Argentina a través de mediaciones llevadas adelante por figuras como el jefe de la policía, como en el caso de la “huelga grande” rosarina. *La Vanguardia* mencionó que Grandoli prometió y traicionó la palabra prometida y que el gobernador Leiva había ofrecido el patio del Cabildo de Santa Fe para la realización de una asamblea obrera, mientras que *La Capital*, que fue la voz de los empresarios a lo largo de todo el conflicto, calificó al gobernador de “protector de los obreros”, acusándolo de ofrecerles soporte moral y material a cambio de apoyo político.

Resulta más complejo analizar la cuestión de los rompehuelgas por la ausencia de información precisa. Martín (2012) establece que la primera acción importante del Círculo Católico de Obreros, activo desde 1895, remite a la huelga portuaria de 1901, lo que permite conjeturar que los rompehuelgas deben haber salido mayoritariamente del “ejército de reserva” constituido en Rosario, entre mayo y septiembre, por hombres

y mujeres que durante el resto del año migraban al campo para trabajar en la siembra o la cosecha, pero queda claro que esta mano de obra no estaba en condiciones de tomar los puestos del personal calificado del ferrocarril o la Refinería Argentina, dejando abierto el interrogante de cómo resolvieron la cuestión las empresas mencionadas dada su decisión de no tomar a los huelguistas.

Tan rápida como la de la policía fue la respuesta de los empresarios: se crearon tres asociaciones y un grupo que no fructificó como entidad pero mostró poder y reflejos, el de los dueños o gerentes de los siete grandes establecimientos de la zona de Refinería. Con la misma celeridad, el Centro de Empresarios Rosarinos sumó su apoyo a las medidas decididas por la Unión Industrial Argentina para enfrentar las huelgas en curso. Aún así, no deja de llamar la atención la ausencia en el conflicto de la más importante de las corporaciones empresariales, el Centro Comercial del Rosario, creado en 1884 y transformado luego en Bolsa de Comercio (Videla, 2013).

La "huelga grande" en la emergencia de la cuestión obrera rosarina

En 1897 se publicó la memoria de la gestión de Grandoli al frente de la Jefatura Política durante los años 1895 y 1896, un texto con varias referencias a la situación dejada por la revolución radical de 1893 y a la necesidad de profundizar la modernización de la policía, pero sin menciones explícitas al conflicto que tuvo a su fuerza como protagonista principal.⁴³ Contrastando con ese silencio, Adrián Patroni redactó ese año el ensayo en el que atribuyó al conato de huelga general de Rosario el fracaso de la huelga de los ferroviarios, abonando el planteo de Poy (2012) acerca de las proyecciones de la huelga grande en los debates semanales del Partido Socialista. Ese mismo año, finalmente, se publicaron en forma de folletos los textos de dos conferencias. Uno de los folletos reprodujo *El socialismo en la política. Conferencia obrera*, dictada el 1° de mayo, en un teatro rosarino y con el auspicio del PAN por el director de *El Orden*, Pablo della Costa; el otro folleto, primero de la serie editada por la Biblioteca Libertaria Ciencia y Progreso, reprodujo el texto de la conferencia pronunciada por Emilio Z. de Arana semanas antes de la "huelga grande": *La sociedad, su pasado, su presente y su porvenir*.

La "huelga grande" se proyectó en obras del socialismo, el anarquismo y hasta del Partido Autonomista Nacional.

La "huelga grande" esbozó una identidad obrera que en el caso rosarino tuvo tintes predominantemente libertarios (Prieto, 2007), fenómeno

43. *Memoria de la Jefatura Política del Rosario - Años 1895 y 1896*, Rosario, Imprenta El Orden, 1897.

resaltado por la detención del impulso socialista registrado entre 1895 y 1896 en varias localidades del interior del país al calor de la conflictividad obrera y del entusiasmo por los avances en la consolidación partidaria operada en Buenos Aires (Poy, 2020), pero esbozó también la identidad del conjunto de los actores que disputarían los sentidos de la cuestión obrera cuando al despuntar el siglo fuese llamada “la Barcelona argentina”.

Bibliografía

- Caruso, L. (2016). *Embarcados*. Imago Mundi.
- De Marco, M. (2001). *Santa Fe en la transformación argentina*. Museo Histórico Julio Marc.
- Falcón, R. (2005). *La Barcelona Argentina*. Laborde.
- García Costa, V. (1990). *Adrián Patroni y “Los trabajadores en la Argentina”*, vol. 1. CEAL.
- Lobato, M.Z. (2009). *La prensa obrera*. Edhasa.
- Martín, M.P. (2012). *Iglesia católica, cuestión social y ciudadanía. Rosario - Buenos Aires, 1892-1930*. UNR. Mimeo.
- Monserrat, A. (1993). El anarquismo rosarino y la cuestión de la organización (1880-1910). En A. Ascolani (ed.). *Historia del Sur Santafesino*. Platino, pp. 152-176.
- Pianetto, O., Galliari, M. y Vecchi, M. (s/f). *Formación de clase y acción sindical en una estructura agroexportadora. Argentina, 1880-1930. El movimiento obrero en Rosario, 1880-1910*. Mimeo.
- Poy, L. (2011). La “huelga grande” de 1896 en los orígenes del movimiento obrero de Buenos Aires. *A Contracorriente*, 9 (1).
- Poy, L. (2012). Socialismo y anarquismo en la formación de la clase obrera en Argentina: problemas historiográficos y apuntes metodológicos, *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, 1 (1), 13-34.
- Poy, L. (2020). *El Partido Socialista, 1896-1912. Una historia social y política*. Ariadna. <http://hdl.handle.net/10535/10734>.
- Prieto, A. (2007). Notas sobre la militancia anarquista. Rosario, 1890-1903. *Entrepasados. Revista de historia*, 32, pp. 77-88.
- Prieto, A. (2017). Chicago – Barcelona – Buenos Aires - ¡Rosario!. En A. Megías (ed.). *Rastrear memorias. Rosario, historia y representaciones sociales, 1850-1950*. UNR Editora, pp. 41-58.
- Suriano, J. (1989-1990). El Estado argentino frente a los trabajadores urbanos: 1880-1916. *Anuario*, 14, pp. 109-136.
- Suriano, J. (2001). *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*. Edhasa.
- Videla, O. (2013). *La Bolsa y el burgués. Rosario entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX*. Homo Sapiens.

Convergencias contradictorias. Proletariado industrial y concepción programática bolchevique entre 1917 y 1929

Martín Alejandro Duer

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
Universidad Nacional de San Martín - Universidad de Buenos Aires
martin_duer85@hotmail.com

Título: Contradictory convergences. Industrial proletariat and Bolshevik programmatic conception between 1917 and 1929

Resumen: El presente trabajo indaga el carácter contradictorio que asumió la convergencia de los diversos proyectos de reconstrucción de la sociedad luego de la Revolución Rusa de 1917. Se argumentará que los consensos entre Partido Bolchevique y movimiento obrero, relativos al fortalecimiento de una instancia estatal centralizada capaz de desenvolver una planificación global, se desarrollaron en conflictiva interacción con su contracara programática de asimilación de la llamada organización científica de trabajo.

Palabras clave: bolcheviques – organización del trabajo – control obrero

Abstract: This work investigates the contradictory character assumed by the convergence of the various projects for the reconstruction of society after the Russian Revolution of 1917. It will be argued that the consensus between the Bolshevik Party and the worker's movement, regarding the strengthening of a centralized state instance capable of developing a global planning, developed in conflictive interaction with their programmatic counterpart of assimilation of the so-called scientific organization of labor.

Keywords: bolsheviks – organization of labor – worker's control

Recepción: 30 de julio de 2020. **Aceptación:** 4 de septiembre de 2020

Introducción

El derrotero que condujo desde las prometedoras perspectivas emancipatorias abiertas por las revoluciones de 1917 hasta la emergencia y eventual consolidación del estalinismo hacia fines de la década de 1920, ha sido abordado desde múltiples perspectivas. Las lecturas que, durante la Guerra Fría, hegemonizaron el campo historiográfico en torno a esta problemática tendieron a inscribirla en un terreno delimitado por lógicas explicativas diametralmente opuestas. Así, el estalinismo fue concebido como el lógico corolario de los lineamientos teórico-programáticos del bolchevismo originario, o bien como una fundamental ruptura con éstos (Cohen, 1999). Luego de la disolución de la Unión Soviética, el extraordinario caudal de archivos desclasificados fue estudiado bajo el prisma de una renovada línea teórico-conceptual que, sin renegar del todo respecto de las visiones de sus predecesoras, matizaría la otrora dominante clave interpretativa situada en los términos mutuamente excluyentes de continuidad o ruptura (Fitzpatrick, 2007, pp. 88-89; Baña, 2017, pp. 227-228). Desde entonces, la aspiración hacia una ampliación del horizonte analítico implicó un abandono del clásico encorsetamiento en etapas históricas concretas –octubre de 1917, comunismo de guerra, Nueva Política Económica (NEP), estalinismo, etc.–, de modo de comprender, como oportunamente señalara Stephen Kotkin, “todo el período soviético en términos de las vicisitudes de la revolución” (1998, p. 387).

Adhiriendo a este propósito analítico, y sin pretender agotar la cuestión, el presente trabajo procura efectuar un aporte a la misma. En este sentido, se estudian los rasgos salientes de un proceso determinado por la interrelación entre los objetivos programáticos del Partido Bolchevique, relativos a las tareas de la clase obrera en la transición al socialismo, y las aspiraciones de amplias fracciones del proletariado industrial de los principales centros urbanos de la Rusia Central por consolidar sus conquistas económico-sociales bajo el resguardo de un Estado concebido como propio. La importancia analítica de esta región responde no sólo a su preponderancia económica, sino también al consenso historiográfico (Rassweiler, 1983; Brower, 1989; Koenker, 1989; Depretto, 1994) –incluyendo estudios que efectuaran en su momento los propios historiadores soviéticos (Drobizhev, 1979; Vorozheikin y Seniavskii, 1977)–, en torno a la relativa estabilidad de su población obrera entre 1917 y fines de la década de 1920, lo cual habilita a tomar como premisa la existencia de cierta continuidad de posicionamientos –tanto del Partido como de las bases obreras– durante el período considerado.

Tendencias político-organizativas hacia la producción industrial planificada y la organización científica del trabajo en la industria soviética

En vísperas de la toma del Palacio de Invierno, Lenin concebía la subordinación de la maquinaria estatal burguesa al poder organizado del proletariado como el ineludible prerequisite programático de la transición hacia el socialismo. De acuerdo con su perspectiva en torno a la especificidad de la época imperialista, el moderno organismo estatal expresaba palmariamente la tendencial fusión entre el capital financiero y la más abarcadora instancia de mando concebible a escala nacional sobre el conjunto de sus operaciones. A su vez, el proceso revolucionario ruso había reconstituido los soviets surgidos en 1905 que, en cuanto órganos aún embrionarios de la dictadura del proletariado, suponían la modalidad organizativa adecuada para una apropiación por las masas trabajadoras de las funciones directivas que sobre la economía podría ejercer dicha maquinaria estatal. De lo que se trataba, en consecuencia, era de proceder a una absorción por los soviets de los dispositivos de organización consciente sobre un trabajo crecientemente socializado. Así, juntamente con la destrucción de la organización específicamente opresora del Estado burgués sobre las clases explotadas, Lenin remarcaba que la tarea revolucionaria debía consistir en la apropiación del aparato estatal que, al hallarse íntimamente enlazado con los bancos y los principales consorcios capitalistas, permite efectuar “un vasto trabajo de cálculo y registro”: “Este aparato no puede ni debe ser destruido. Lo que hay que hacer es arrancarlo de la supeditación a los capitalistas [...] *subordinarlo* a los soviets proletarios y darle un carácter más amplio, más vasto y más popular” (1958, p. 94). El cambio del carácter de clase de la maquinaria estatal colocaría de inmediato, con “un solo decreto del gobierno proletario”, los más avanzados métodos organizativos desarrollados por el capitalismo en manos de los trabajadores, que por ello devendrían en “funcionarios de Estado”. Por lo demás, en la medida en que “el capitalismo ha simplificado las funciones de cálculo y de control, reduciéndolas a *asientos* relativamente sencillos, al alcance de cualquier persona que sepa leer y escribir” (p. 94), resultaría perfectamente factible para el proletariado triunfante convertir en funcionarios estatales al ejército de empleados y cuadros administrativos y técnicos –los “especialistas”–, controlando que su labor sirviera en lo sucesivo a sus intereses de clase.

A partir del triunfo revolucionario de octubre de 1917 Lenin, desde su puesto de presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo –*Sovnarkom*–, encabezaría los proyectos partidarios de reorganización político-institucional en función del propósito excluyente de integrar a las masas obreras y campesinas al funcionamiento de la maquinaria estatal. Esta

pretensión orientó el diseño del Departamento de Administración –*upravleniye delami*– del *Sovmarkom*, cuyos integrantes fueron reclutados por fuera del cuerpo administrativo zarista que aún poblaba las oficinas de los restantes comisariados del pueblo (Douds, 2018, pp. 87-89).

Se previó igualmente una modalidad paralela de integración popular al naciente Estado soviético. Desde mediados de 1918 avanzaron los proyectos de fusión de la miríada de instancias de control que hasta entonces actuaban independientemente las unas de las otras. Lenin concibió la posibilidad de conformar un “Departamento de Inspección Obrera y Campesina” que propiciara la participación en su seno de “toda la masa trabajadora”, con el fin de que ésta asimilara el arte de la administración estatal (1960d, p. 297). El esquema atendía formalmente a “involucrar al pueblo en el trabajo de la administración estatal como parte de la transición al comunismo”, y para ello, “el Estado habría de ser transformado y proletarizado” (Rees, 1987, p. 23). Finalmente, en virtud de un decreto del Comité Ejecutivo Central Panruso de los Soviets –*VTsIK*– del 7 de febrero de 1920, fue constituido el Comisariado del Pueblo para la Inspección Obrera y Campesina –*NKRKI*–. A él quedaron subordinados todos los organismos de inspección obrera que habían surgido hasta entonces. El *NKRKI*–dependiente tanto del Partido como de las máximas instancias de la autoridad del Estado–, se encargaría de controlar y supervisar la labor de los 17 comisariados restantes.

El diseño, por tanto, estaba dirigido a garantizar el comando directo de la maquinaria estatal por parte de las masas obreras y campesinas, en la medida en que éstas participaran activamente en el Comisariado del Pueblo para la Inspección Obrera y Campesina, adquiriendo por esta vía el aprendizaje necesario para semejante tarea. Concretamente, el *NKRKI* debía constituirse en la plataforma para el desenvolvimiento de un proceso de dos vías: al tiempo que propiciaría un efectivo control obrero sobre el trabajo de los “especialistas burgueses”, aseguraría los medios para que, a través de esta función de control, las propias masas trabajadoras adquiriesen el conocimiento técnico de la intelectualidad burguesa que les permitiera a ellas mismas tomar en sus manos la dirección de “su” Estado (Lenin, 1960c, p. 349).

No obstante, de acuerdo con el diagnóstico de Lenin, la dirección obrera sobre el funcionariado burgués en el Estado constituía tan solo una de las cuestiones que planteaba la dinámica transicional. Su contracara residía en el ámbito económico. Aún cuando la República de los soviets había logrado forjar el adecuado armazón político para cimentar el socialismo, el desarrollo del capitalismo ruso alcanzado hasta entonces era insuficiente para proveer la base económica requerida como punto de partida del nuevo modo de producción. El caso diametralmente opuesto lo ofrecía Alemania. Esta nación, afirmaba Lenin, al tiempo que contaba

con una base económica fundada en la “última palabra de la moderna técnica capitalista y de la organización planificada” de la producción, estaba gobernada por el “imperialismo junker-burgués”. Por lo tanto, si en lugar del “*Estado* militar, junker, burgués, imperialista”, gobernara sobre esta base “*otro Estado*, pero de tipo social diferente, de distinto contenido de clase, el Estado *soviético*, es decir, proletario”, se obtendría “*toda* la suma de condiciones que dan como resultado el socialismo” (1960b, pp. 332-333). La fusión de ambas dimensiones en una única formación socioeconómica cohesionada constituiría así la premisa fundamental de la edificación socialista. Consecuentemente, mientras continuaran separadas estas “dos mitades de socialismo” debido al retraso de la revolución en Alemania, el proletariado soviético habría de conformar una base económica adecuada a su dominación política. Y ello, para Lenin, presuponia tanto el avance de la “trustificación” de empresas en las distintas ramas productivas, como la asimilación del régimen productivo que constituía la norma en el caso alemán, el propio del capitalismo monopolista de Estado.

Esta proyección programática implicaba una profunda reorganización del proceso de trabajo en la fábrica. En términos relativos, señalaba Lenin, “el ruso es un mal trabajador”, de modo que debe “aprender a trabajar” de acuerdo con las más avanzadas modalidades capitalistas de organización del proceso de trabajo (1960a, p. 254). En este terreno, se destacaba el sistema diseñado por el ingeniero norteamericano Frederick Taylor el cual, “al igual que todos los progresos del capitalismo, reúne en sí toda la refinada ferocidad de la explotación burguesa y muchas valiosísimas conquistas científicas” (p. 254). “La posibilidad de realizar el socialismo”, concluía, “quedará precisamente determinada por el grado en que logremos combinar el poder soviético y la forma soviética de administración con los últimos progresos del capitalismo. Hay que organizar en Rusia el estudio y la enseñanza del sistema Taylor, su experimentación y adaptación sistemáticas” (p. 255). El otrora “izquierdista” Bujarin señalaría un año después –en la obra de divulgación escrita junto con Preobrazhensky del programa aprobado en el VIII Congreso partidario, *El ABC del comunismo* (1922)–, que la “organización científica de la producción” constituye una premisa fundamental de la futura sociedad comunista (p. 292).

En este sentido, Lenin ya había argumentado hacia la primera mitad de 1918 que la contratación de los “especialistas burgueses” como administradores de las grandes plantas industriales a cambio de una elevada remuneración, constituía un “tributo” que temporalmente debía soportar el proletariado de modo de superar sus deficiencias en lo que respecta a la administración del proceso de trabajo de acuerdo con la más avanzada técnica capitalista. Se habría tratado no obstante de una

medida que eventualmente demostraría su carácter beneficioso ante un proletariado políticamente dominante: “Cuanto antes aprendamos nosotros mismos, los obreros y campesinos, a tener una disciplina mejor y una técnica de trabajo más elevada, aprovechando para este aprendizaje a los especialistas burgueses, tanto más rápidamente nos libramos de todo «tributo» a estos especialistas” (Lenin, 1960a, pp. 246-247).

A su vez, para la dirigencia bolchevique, la necesidad de la expansión de la producción fundada en la gran industria resultaba particularmente acuciante hacia comienzos de 1921. Por entonces, las devastadoras consecuencias de la guerra civil se proyectaban en un escenario marcado por un sensible descenso en los principales indicadores económicos (Davies, 2007, p. 23). El malestar generalizado entre la población, y particularmente entre el campesinado, tornaba inviable la continuidad de la política de requisas forzosas de grano para garantizar el abastecimiento de las ciudades. La extrema centralización estatal sobre la producción y la distribución característica del comunismo de guerra debía ceder el terreno. En lo sucesivo, la NEP –si bien concebida fundamentalmente para el restablecimiento del flujo mercantil entre ciudad y campo–, procuraría igualmente promover concesiones al capital privado extranjero para que éste se encargara de la explotación de ciertos sectores industriales, en auxilio de la agotada capacidad económica del Estado soviético que, por lo demás, debía hacer frente a la producción con un desgastado acervo de capital fijo.¹

Aquí residía para Lenin la clave de la consolidación del capitalismo de Estado en la estructura económica rusa. La defensa de esta postura en 1921 reproducía la línea expuesta en 1918. Aún cuando el sistema de concesiones representara un “tributo” que el gran capital obtenía del régimen soviético debido a sus carencias técnicas y culturales, este último, argumentaba Lenin, obtendría un “resarcimiento” al asimilar por esta vía la organización del proceso de trabajo de acuerdo con la más avanzada técnica capitalista, el sistema Taylor (1960e, p. 340).

Internalización de los mecanismos de dirección de una maquinaria estatal capaz de planificar centralizadamente la producción social y dominio del método “científico” de organización del proceso de traba-

1. La problemática en torno a las políticas partidarias relativas al empleo intensivo de fuerza de trabajo para compensar las deficitarias existencias de maquinaria industrial luego de la Guerra Civil suscitó una amplia producción bibliográfica. Es posible destacar entre otros los trabajos de M. Gardner Clark (1956), Jean Marie Collette (1965), Maurice Dobb (1967) y Richard Day (1973). Se argumentará aquí que estas condiciones deficitarias operaron como acicate para conceder mayor centralidad a las proyecciones programáticas del Partido, concebidas durante el período inmediatamente pre-revolucionario, referentes al incremento de la productividad a partir de la sistemática implementación de la llamada organización científica del trabajo.

jo constituyeron así las principales consignas programáticas a partir de las cuales el bolchevismo procuró orientar la dinámica del periodo post-revolucionario (Linhart, 1976).

Realización programática, control obrero y *tsekhovshchina*

La reorganización del ascendente régimen político-institucional soviético pronto reflejó en su configuración estas perspectivas programáticas. La regimentación del aparato productivo quedó formalmente expresada en el decreto del 28 de junio de 1918 sobre nacionalización de la industria a gran escala. Se pretendía, desde entonces, encuadrar las medidas de confiscación sobre la burguesía en el mentado proyecto de conformación de un capitalismo de Estado tendiente a crear las bases para el eventual avance hacia el socialismo. Así, de acuerdo con sus primeros dos artículos, las principales empresas industriales y comerciales de la República Soviética eran nacionalizadas y colocadas bajo la dirección de los correspondientes departamentos del Consejo Supremo de Economía Nacional –*Vesenkha*– (Daniels, 1993, p. 82). Por su parte, el artículo tercero estipulaba que las empresas nacionalizadas fueran otorgadas en concesión, sin contraprestación, a sus antiguos dueños, quienes habrían de seguir financiándolas y obteniendo las ganancias procedentes de las mismas. Por lo demás, en virtud del artículo quinto, la totalidad del personal de cada una de estas empresas –incluyendo a sus dueños y miembros de la junta directiva–, habría de constituirse en empleados del Estado Soviético. A éste le siguió una serie de decretos de nacionalización de empresas individuales. Hacia fines de 1920, la totalidad de la industria de gran escala y el 92% de la mediana industria de la Rusia Central había sido nacionalizada y colocada bajo la dirección de administraciones centrales directamente dependientes del *Vesenkha*. El sector nacionalizado, a su vez, comprendía al 90% de la fuerza de trabajo del país (Malle, 1985, p. 67). Asimismo, las diversas ramas de la producción quedaban encuadradas bajo la dirección de sus correspondientes jefaturas y comités centrales –*glavki* y *tsenry*– los cuales, subordinados al *Vesenkha*, extendían su capacidad decisoria sobre el conjunto de empresas –tanto nacionalizadas como privadas– de su respectiva rama. Finalmente, en la misma línea se conformaba en febrero de 1921 la Comisión Estatal de Planificación General –*Gosplan*–, a cuyos especialistas se les encomendaría desde un inicio la confección de los planes conducentes a convertir a la Rusia soviética en una potencia industrializada (Davies y Khlevnyuk, 1997, pp. 32-33).

Un porcentaje considerable de empleados estatales fue reclutado entre las filas del proletariado. No obstante, esta mayor importancia cuantitativa no implicó que los trabajadores lograsen abstraerse de la

lógica burocrática característica del funcionamiento del Estado. Antes bien, al contrario. Los empleados de cuello blanco –*sluzhashchiye*–, surgidos de los estratos sociales medios, adquirieron una preponderancia descollante a partir de 1917 como organizadores en los soviets, los ministerios devenidos en comisariados, los consejos económicos, los sindicatos e incluso en el propio Partido Comunista. Ciertamente, la dirigencia bolchevique pretendía lograr la proletarianización de estos elementos que, como experimentados funcionarios de los anteriores organismos burocráticos, se convertirían en una pieza clave del armado y funcionamiento del nuevo Estado soviético. Sin embargo, fue este personal reciclado quien instruyó a los obreros de cuello azul con sus propios modelos de organización jerárquica y sus patrones de trabajo (Orlovsky, 1989, pp. 190, 201-202). Los proyectos tendientes a imponer la dirección obrera sobre los cuadros administrativos derivaron en el incremento en el caudal de trabajadores comunistas integrando las dependencias estatales, pero ello no impidió la eventual subsunción de éstos a la dinámica burocrática (Douds, 2018, pp. 39-41, 107-111).

Un desenvolvimiento semejante se constata en la reorganización de la estructura industrial. La integración de los trabajadores fabriles se extendió desde las células del partido, los comités de fábrica y los sindicatos hasta los más encumbrados niveles gerenciales. Los “directores comunistas” de los trusts industriales sintetizaron el proceso de ascenso social: surgidos en su mayoría de las filas obreras, se previó que la incorporación de esta nueva camada directiva, durante y después de la guerra civil, anulara la influencia de los viejos gerentes y especialistas burgueses (Pirani, 2006, p. 204; Barber y Davies, 1994, pp. 83-84).

Esta profunda reorganización global se desplegó sobre un horizonte social atravesado por la organización y movilización revolucionarias de la población trabajadora. Desde 1916, se intensificó la actividad de agitación en las fábricas en torno a las condiciones de vida y de trabajo de los obreros de los principales centros industriales del país. La Revolución de Febrero desató las energías hasta entonces contenidas del activismo obrero. La eliminación de las restricciones a la sindicalización y a la formación de comités fabriles derivó en el inmediato encuadre orgánico de amplios sectores del proletariado urbano, motivado primordialmente por el objetivo de salvaguardar las recientemente obtenidas conquistas económicas, laborales y sociales.

Por su parte, destacados referentes de la historia social abordaron los procesos de control obrero desplegados a lo largo de 1917 en los lugares de trabajo. Surge de estos abordajes una dinámica característica en el accionar de los obreros de los principales centros industrializados. Organizados en sus respectivos comités de fábrica, éstos fueron avanzando desde contemporizadores posicionamientos de colaboración con

el estrato gerencial, con el fin de mantener la actividad productiva en cada planta, hasta la convicción acerca de la necesidad de ampliar su participación en la administración de la empresa, supervisando cuestiones relativas a la disciplina, al despido y contratación, a los ritmos de trabajo, a la obtención de suministros y comercialización de los productos. Estos autores remarcaron igualmente la existencia de una voluntad por coordinar globalmente las múltiples actividades directivas ejercidas en el ámbito local a través de una instancia centralizadora bajo el amparo de un gobierno socialista (Koenker, 1981; Mandel, 2018 [1983]; Smith, 1985; Rosenberg, 1985 y 1994; Marot, 2012).

Sin embargo, a pesar de esta amplitud de perspectivas en torno a los intereses generales de la clase, la organización obrera estuvo igualmente atravesada por una fuerte tendencia a la resolución local de las más inmediatas dificultades surgidas del lugar de trabajo particular. Los propios líderes del movimiento obrero empleaban el término *tsekhovschina* –que podría traducirse como “tallerismo”, “orientación hacia el taller” o bien, “identidad a partir del oficio”– para referirse a este sectarismo ocupacional entre los trabajadores (Rosenberg, 1978, pp. 93-94; Sirianni, 1985, pp. 70, 72). Esta inclinación hacia el particularismo fabril se evidenció fundamentalmente en la miríada de organizaciones laborales que emergieron en Rusia desde los primeros meses de 1917. Los comités de fábrica que, a través de sus delegados elegidos por las bases, ejercían las mencionadas tareas de control y supervisión sobre el estrato gerencial –o bien de gestión directa cuando los dueños y el personal administrativo decidían abandonar el negocio–, se distinguían según las unidades productivas a las que pertenecieran. Igualmente, la identificación obrera tendía a afianzarse más estrechamente de acuerdo con los distintos rubros en que se subdividiera el trabajo dentro de la propia fábrica. Entre otros, es el caso de la emblemática planta Putilov, donde la vinculación con cada especialización sectorial tendía a prevalecer como rasgo identitario sobre el reconocimiento de la condición de trabajador común a todos los operarios del mismo complejo industrial (Rosenberg, 1978, p. 94).

La *tsekhovschina* también se constata en el plano sindical. El súbito resurgimiento de las estructuras sindicales durante los primeros meses de 1917 desembocó en la conformación de entre 60 y más de 70 organizaciones hacia fines de abril en Moscú, al tiempo que para entonces era posible contabilizar más de 110 en Petrogrado (Koenker y Rosenberg, 1989, p. 108; Rosenberg, 1978, p. 94). Aún cuando se procuró –y eventualmente se logró– establecer una organización nacional por rama de producción, se impuso un criterio de integración sindical estrechamente ligado a las diversas especializaciones dentro de cada oficio, como lo demuestra particularmente el caso de los trabajadores

de imprenta, de la alimentación, los textiles y ferroviarios (Koenker y Rosenberg, 1989, p. 109). Más elocuente aún resulta el caso de los obreros metalúrgicos de Petrogrado, de quienes se llegó a calcular que, en mayo de 1917, participaban en aproximadamente 24 sindicatos locales (Rosenberg, 1978, p. 94).

Esta dispersión organizativa suponía un obstáculo para las pretensiones centralizadoras del naciente gobierno. En 1918, la IV Conferencia de Líderes Sindicales –de mayoría bolchevique– procuró contrarrestar este particularismo, consagrando formalmente la integración de los múltiples sindicatos en un único organismo colegiado subsumido al Comisariado del Trabajo. Aducían al respecto los delegados que, bajo el amparo de un gobierno obrero, esta unificación procuraba evitar las “perniciosas divergencias en la solución de cuestiones económicas”, por lo que, añadían, “las organizaciones políticas del proletariado deben abandonar, de una vez por todas, toda acción independiente, y abolir para siempre todas las «secciones», «burós», «comisiones», etc.” (Rezolyutsiya chetvertoy..., 1918, pp. 13-14).

De todas formas, el partido gobernante reconocería a los sindicatos como los responsables de la “organización de la producción en la época de la dictadura del proletariado” (Bujarin y Preobrazhensky, 1922, p. 278). Igualmente, destacaría la tarea organizativa desplegada por los comités de fábrica –reorganizados como células del correspondiente sindicato– en el ámbito de la planta. Elegidos por los obreros de una fábrica o taller, estos comités “controlan todas las cuestiones dentro de la empresa concernientes a la fuerza de trabajo”, siendo responsables de la contratación y despido de trabajadores, el cuidado de las familias de los obreros de la empresa, la supervisión del pago, regulación de horas de trabajo, asuntos disciplinarios, entre otras tareas (p. 282). La confirmación partidaria de la labor de los comités de fábrica en el ámbito fabril puede interpretarse en parte como reconocimiento de una posición consolidada, en parte atendiendo a los propósitos de mantenimiento de un funcionamiento eficiente en el ámbito de la planta. De cualquier manera, expresa la conservación, en estos primeros años del período post-revolucionario, de cierto poder de determinación por parte de las organizaciones obreras y, por extensión, en mayor o menor medida, de sus representados en los lugares de trabajo. Entre otras cuestiones vitales, la designación y estabilidad en el puesto de los “directores comunistas” dependía de la aprobación de los sindicatos y de los comités de fábrica y, en medida nada despreciable, de la aquiescencia de los propios obreros de la planta. Por lo demás, los comités de fábrica desempeñaron un rol central en la organización laboral y en la cotidianidad de los trabajadores a lo largo de la década de 1920 (Sirianni, 1985, pp. 83-84).

Centralización estatal y *tsekhovschina* convergían eclécticamente en

el horizonte ideológico de estas organizaciones obreras y su interrelación condicionaría el específico desenvolvimiento industrial en los centros urbanos soviéticos bajo la NEP.

Agitación obrera y desarrollo económico durante la década de 1920

Sobre la base de este específico trasfondo se desarrollaron a lo largo de la década de 1920 tendencias divergentes. De los archivos del Directorio Político Unificado del Estado –OGPU– se desprende que, entre los años 1921 y 1929, la cantidad de arrestos ascendió a 1.004.956 casos, de los cuales 646.864 –el 64,37%– fueron catalogados como “crímenes contrarrevolucionarios” y “agitación antisoviética” (Getty y Naumov, 1999, p. 588). Del mismo modo, la actividad huelguística fue intensa durante todo el período.

Paralelamente, otros datos denotan una progresiva consecución de los objetivos programáticos de mayor alcance del partido gobernante. Durante la primera mitad de la década de 1920, la tasa de crecimiento industrial fue inesperadamente elevada. De acuerdo con las cifras oficiales, entre los años 1926 y 1927 la capacidad de la industria superaba en cuatro puntos porcentuales a la registrada en 1913, mientras que en 1920 tan sólo llegaba al 20% de aquella magnitud (Davies, 1994, pp. 135-136). Más significativo aún fue el fortalecimiento de la línea partidaria de la planificación centralizada en el *Gosplan*. Las posiciones más moderadas dentro de la Comisión, inclinadas a supeditar el desarrollo industrial al mantenimiento de la estabilidad monetaria a partir de la paridad con el patrón oro, fueron cediendo terreno desde 1926, primero ante los más conservadores defensores de una “industrialización planificada a través del mercado” y, a partir de 1927, frente a los impulsores de una “industrialización planificada superando al mercado” (Davies y Khlevnyuk, 1997, p. 37). En este último año se estableció por decreto la eliminación de la utilidad económica como criterio para el funcionamiento de los trusts, priorizando en su lugar el cumplimiento de los objetivos de producción fijados por el Estado (Brovkin, 1998, p. 180). A pesar del trasfondo de intensa conflictividad social, quedaban afianzadas las bases del mecanismo de la planificación centralizada de la producción que, con sus objetivos de desarrollo cuantitativo basados en balances materiales y blandas restricciones presupuestarias para su consecución, caracterizaría el proceso de desarrollo industrial de las décadas siguientes (Allen, 2003, pp. 91-110).

Racionalización, agitación, adaptación

¿Cómo interpretar estos movimientos a la luz de las inclinaciones obreras hacia la centralización estatal y al particularismo en el taller expuestas más arriba? En primer término, debe remarcarse que, fomentada desde los primeros meses posteriores a octubre de 1917, la promoción de amplias fracciones del proletariado industrial y de los *sluzhashchiye* a puestos jerárquicos en la administración estatal y en la gerencia industrial creó las condiciones objetivas para la emergencia de una alianza entre estos sectores sociales, centrada en el sostenimiento y fortalecimiento de la naciente maquinaria estatal (Lewin, 1985, pp. 239-243). De mayor gravitación resultó el apoyo tácito a los contornos más generales del orden post-revolucionario por parte de vastos sectores del proletariado que permanecieron en el ámbito de la producción industrial (Rosenberg, 1985, pp. 251-252). Ello se reflejó principalmente en la amplia predisposición de estos sectores a aceptar los mecanismos institucionales de resolución de conflictos para obtener respuestas a sus reclamos (Murphy, 2008, pp. 177-180; Koenker, 2005, pp. 135-138).

Por otra parte, los imperativos de reducción de costos, aumento de la productividad e intensidad del trabajo y maximización de utilidades que dictaron las nuevas pautas de funcionamiento de las grandes plantas industriales desde comienzos de la NEP generaron los esperables efectos de caída en la tasa de crecimiento del empleo urbano. Los niveles de desocupación –cuyas cifras en 1926 rondaban entre 1 y 1,4 millones de trabajadores–, aumentaron desde la segunda mitad de la década de 1920, agravándose el cuadro en virtud de la presión ejercida por la creciente migración de fuerza de trabajo del campo a la ciudad, en una proporción mucho mayor que la registrada en el periodo previo a la guerra (Barber y Davies, 1994, pp. 84-86). El mayor desempleo potenció los reclamos de las diversas fracciones obreras en rechazo de los mecanismos capitalistas en los que incurría la NEP, exigiendo el fortalecimiento de la capacidad estatal por comandar un proceso planificado de desarrollo abstraído de las fuerzas anárquicas del mercado. Estos reclamos hallaron eco en el ejército de funcionarios de cuello blanco procedente de los estratos medios, para quienes la dirección consciente y el control estatal representaban el necesario resguardo frente a las ciegas y espontáneas determinaciones económicas que parecían minar las conquistas revolucionarias de 1917 (Orlovsky, 1994, p. 246). Es posible interpretar esta objetiva convergencia de clase como la base social detrás de los avances de la línea planificadora en el *Gosplan* analizada más arriba.

Debe atenderse igualmente a otros factores estructurales de primer orden. La tasa de crecimiento de la industria a gran escala de los períodos

1924-1925 y 1925-1926 había superado toda expectativa de desarrollo. Esta considerable reconfiguración del panorama económico sirvió como plataforma para que la dirigencia partidaria proyectara objetivos de mayor alcance que las preocupaciones inmediatas por recuperar los niveles previos a la guerra. En una carta escrita a Molotov en julio de 1925, Stalin establecía como prioridades avanzar en la renovación de la gastada maquinaria de la gran industria, la instalación de plantas dedicadas a la producción de herramientas con las que equipar a las explotaciones agrícolas sin depender para ello del comercio exterior y, finalmente, la expansión de la industria militar. Sin estos factores, argumentaba, las potencias capitalistas “nos aplastarán con sus propias manos” (Lih, Naumov y Khlevniuk, 1995, p. 86). Sin embargo, estas ambiciosas proyecciones pronto se toparon con un límite objetivo: la tasa de crecimiento del período 1926-1927 se contrajo dado que para entonces se había absorbido el grueso de la capacidad industrial instalada (Davies, 1994, p. 136). En lo sucesivo, el crecimiento a tasas elevadas habría de sostenerse a través de una explotación intensiva de los recursos propios. En el plano industrial, ello implicaba el incremento de la productividad a partir de una intensificación del proceso de trabajo. El apoyo a esta tendencia productivista se reforzaría al interior de la dirigencia partidaria y estatal en los años siguientes, cuando la Gran Depresión dislocara la histórica modalidad de integración de Rusia en el mercado mundial como proveedora de bienes agrícolas (Sánchez-Sibony, 2014; 2019). En igual sentido operaría la percepción de la amenaza de una eventual intervención militar de las potencias imperialistas sobre la Unión Soviética, temida como esperable reacción a la crisis capitalista (Davies, 1998, p. 234).

La ofensiva a partir de esta línea productivista, por cierto, no suponía una improvisación motivada por factores circunstanciales. La mencionada alianza entre obreros ascendidos a puestos administrativos y/o gerenciales y los estratos medios de *sluzhashchiye* y “especialistas burgueses”, propició la adhesión entre sus filas a los objetivos programáticos del partido gobernante relativos al desarrollo de la productividad del trabajo. El obrero metalúrgico y dirigente sindical, Aleksei Gastev, expresó palmariamente esta tendencia. Ferviente adepto de los métodos de estandarización de las tareas y de pagos diferenciales por rendimientos superiores o inferiores al promedio establecido de productividad, propios del taylorismo, Gastev fue un destacado promotor de la implementación –por especialistas externos al personal obrero de la fábrica– de la llamada “organización científica del trabajo” (Bailes, 1977, pp. 381-382). Bajo la dirección de Gastev, el Instituto Central del Trabajo, creado en 1920 con la entusiasta aprobación de Lenin, desarrollaría desde entonces los experimentos tendientes a perfeccionar la

descomposición y estandarización de las diversas operaciones laborales del obrero. Los mecanismos de intensificación del trabajo resultantes de estas investigaciones, conjuntamente con los estímulos salariales para la consecución de mayores niveles de productividad de los trabajadores fueron formalmente reconocidos en marzo de 1924² como los medios idóneos a adoptar en la administración de las fábricas para avanzar hacia la industrialización del país.³ Debe destacarse igualmente que el proyecto de “reconstrucción” –basado en la renovación tecnológica del equipo industrial y el consiguiente incremento de la producción–, previsto por el prominente dirigente del *Vesenkha*, Georgii Piatakov, como el primordial objetivo de inversión de la segunda mitad de la década, tomaba como modelo a los principales centros industrializados de Occidente, Alemania y Estados Unidos. Ello incluía, ciertamente, a la administración científica del trabajo (Graziosi, 1991, pp. 559-563). Esto conduce a analizar la contracara del proceso de fortalecimiento del Estado soviético.

Desde 1925, Partido, Estado y sindicatos se embarcaron en una campaña de racionalización tendiente a lograr el necesario incremento de la productividad y la intensidad del trabajo (Brunnbauer, 2000, p. 489). Resulta elocuente la correlación entre este renovado impulso productivista y el incremento –relativo y absoluto– de huelgas motivadas por reclamos en torno a las condiciones laborales frente a las acciones motorizadas por cuestiones meramente salariales.

La cantidad de medidas de fuerza por condiciones laborales se elevó sistemáticamente a lo largo de la segunda mitad de la década de 1920, pasando de tan sólo 9 casos en 1924 a 80 en 1929. También se produjo un aumento porcentual de las mismas: de representar un 3% del total de casos en 1924, se mantuvo en los años siguientes por encima del

2. En la segunda conferencia de toda la Unión sobre administración científica, celebrada ese mes, la línea de Gastev se impuso sobre el proyecto alternativo de organización científica del trabajo propuesto en clave de revolución cultural por la “Liga del Tiempo”, encabezada por el militante bolchevique y ex miembro del *Proletkult*, Platon Kerzhentsev. Pese a su pretensión de constituir un movimiento desde las bases, la Liga reclutó sus miembros mayoritariamente entre los estratos medios de especialistas y técnicos, siendo minoritaria la participación en sus filas de obreros industriales. Resultado por lo demás esperable, en la medida en que, al igual que sus rivales en el Instituto Central del Trabajo, el movimiento de Kerzhentsev buscaba incrementar la productividad intensificando los rendimientos laborales (Brunnbauer, 2000; Sgrazzutti y Oliva, 2017).

3. Como al respecto señaló Kendall Bailes, Gastev sería convocado en 1936 por el entonces comisario de industria pesada, Grigori “Sergo” Ordzhonikidze para organizar a los cuadros del movimiento stajanovista. Asimismo, calcula que hacia 1938 cerca de un millón de obreros industriales habían sido formados con las habilidades laborales enseñadas en el Instituto Central del Trabajo (Bailes, 1977, p. 393).

Cuadro 1. Causas de huelgas en la Unión Soviética, 1923-1929

Año	Por salario	Demora en los pagos	Condiciones laborales	Otras causas	Total con datos	Sin datos
1923	101 (32,4%)	156 (50%)	No disponible	55 (17,6%)	71,9%	28,1%
1924	151 (50,3%)	120 (40%)	9 (3%)	20 (6,7%)	100%	0%
1925	80 (59,7%)	20 (14,9%)	17 (12,7%)	17 (12,7%)	30,9%	69,1%
1926	508 (60,8%)	173 (20,7%)	48 (5,7%)	106 (12,7%)	99,1%	0,9%
1927	478 (64,9%)	75 (10,2%)	57 (7,7%)	127 (17,2%)	81,4%	18,6%
1928	589 (70%)	59 (7%)	72 (8,6%)	122 (14,5%)	100%	0%
1929	500 (68%)	38 (5,2%)	80 (10,9%)	117 (15,9%)	100%	0%

Fuente: Murphy, 2008, p. 175.

5,7% hasta el final de la década, alcanzando picos de 12,7% en 1925 y de 10,9% en 1929. Cabe añadir que se ha advertido un cambio de carácter de la movilización del proletariado urbano durante los años de la NEP tardía: a diferencia del tenor ofensivo y de la masividad del accionar obrero de la primera mitad de la década de 1920 por mejoras generalizadas en las condiciones económicas, el movimiento huelguístico de este último período expresaría una reacción esencialmente defensiva ante los intentos por reducir salarios y elevar la intensidad del trabajo (Pospelovsky, 1997, p. 26; Murphy, 2008, pp. 183-188). La prolífica producción historiográfica de los últimos años permite individualizar el lenguaje de las cifras. Los estudios en torno a los trabajadores de imprenta (Koenker, 2005), a los obreros metalúrgicos (Murphy, 2005), a los trabajadores textiles (Ward, 1990; Rossman, 2005), entre otros, coinciden en señalar la resistencia al avance de la línea productivista en el lugar de trabajo.

El estudio de las cifras sobre las huelgas del período permite extraer consideraciones adicionales.

Como refleja el cuadro 2 (en página siguiente), a partir de 1925 aumentó sensiblemente el número de huelgas, pero decreció en igual medida la cantidad de huelguistas involucrados en ellas, revelando la mayor preponderancia de la iniciativa sectorial en detrimento de la solidaridad inter –e intra– fabril (Murphy, 2008, p. 184). Es posible leer esta tendencia como el reforzamiento de la *tsekhovshchina*, esto es, del marco en el que originariamente se desarrolló a nivel local un control obrero sobre las propias condiciones de la producción que ahora pasaba a ser sistemáticamente desmantelado por el avance, desde afuera, de la línea productivista oficial.

Paralelamente a la confrontación abierta, se desarrollaron en el

Cuadro 2. Actividad huelguística en la Unión Soviética, 1922-1929

Año	Huelgas	Huelguistas	Cantidad promedio de huelguistas por huelga	Días de trabajo perdidos
1922	538	197.022	366	No disponible
1923	434	168.864	380	No disponible
1924	300	No disponible	No disponible	No disponible
1925	434	73.243	169	91.517
1926	843	106.044	126	143.730
1927	905	80.784	89	No disponible
1928	842	93.835	111	134.875
1929	735	65.443	89	95.424

Fuente: Murphy, 2008, pp. 172-173.

seno del movimiento obrero estrategias de adaptación que procuraron valerse de las contradicciones inmanentes a la “posición ambigua” del proletariado en el orden soviético, en cuanto clase “tanto subalterna como privilegiada” (Depretto, 1994, p. 63). Menos riesgoso y más efectivo que las acciones de fuerza resultaba dirigirse a las comisiones institucionalmente establecidas con demandas individuales de aumento salarial en base a “méritos socialistas” como la propia calificación y el trabajo duro en la fábrica (Koenker, 2005, p. 138), o bien, escudarse en la terminología oficial para denunciar a gerentes y funcionarios del Partido como “saboteadores” o “enemigos escondidos” (Brovkin, 1998, p. 189). El despliegue de estas estrategias, sin embargo, no excluye un considerable grado de internalización de estos valores entre los propios demandantes. El “hablar bolchevique”, que Stephen Kotkin (1995) identificó como un rasgo característico de la “civilización estalinista” durante la década de 1930, se hallaba plenamente extendido en la Unión Soviética de la NEP. Debe destacarse, no obstante, que esta línea no fue uniformemente seguida entre las filas obreras, lo cual remite a un criterio adicional de fragmentación de la clase, relativo a las condiciones diferenciales determinadas por calificación, antigüedad, sexo, origen rural o urbano, entre otros factores. Así, durante los últimos años de la década de 1920, la predisposición a la confrontación directa era mayor entre los *otkhodniki* –trabajadores estacionales– y entre sectores vulnerables como el caso de las obreras textiles, frente a la mayor reticencia a la lucha abierta demostrada por rubros mejor posicionados como el de los metalúrgicos (Murphy, 2008, p. 182).

Cabe remarcar, finalmente, que el impulso de la racionalización de la

producción en el lugar de trabajo no derivó en el esperado incremento de la productividad. En el marco de la onceava sesión del plenario que el Comité Central del Partido Comunista celebró el 10 de julio de 1928, Molotov remarcó que el fortalecimiento del Estado que garantiza el dominio político del proletariado como clase –y, con ello, la propia “causa de la construcción del socialismo”–, descansa sobre la disposición de los obreros a comprometerse en la “elevación de la productividad laboral y en la mejora de la intensidad de su trabajo” (Danilov *et al.*, 2000, pp. 397-398). A la entusiasta alocución de Molotov contestó escuetamente Rykov que sí se observaba la mayor intensidad impuesta al trabajador, pero que ello no se expresaba en una mayor productividad (p. 398). Rasgo que perduró aún después del Gran Viraje industrializador del ascendente estalinismo (Filtzer, 1993). Aún más elocuente en este sentido que las constantemente renovadas campañas de incremento de la productividad del trabajo –trabajo de choque, emulación socialista, stajanovismo– durante la década de 1930, resulta el reconocimiento del propio Stalin de esta impotencia al promediar el desarrollo del Primer Plan Quinquenal. En una carta escrita el 28 de septiembre de 1930, señalaba a Molotov que entre las filas obreras tan sólo una ínfima minoría de trabajadores opera “honestamente” observando los principios de la disciplina laboral y de la “emulación socialista”, mientras que la mayoría son “irresponsables, ausentistas y transitorios” (Lih, Naumov y Khlevniuk, 1995, p. 219).

Conclusión

La convergencia entre el Partido Bolchevique y el movimiento obrero de los centros urbanos industrializados, relativa a la inmediata conformación de un Estado capaz de comandar un proceso de planificación de la producción social superando las anárquicas determinaciones del mercado, no tardó en revelar su arista contradictoria. En cuanto la emergente maquinaria estatal soviética logró edificarse sobre bases sociales sólidas, su dirigencia se halló en condiciones de realizar el objetivo programático de racionalizar la producción industrial de acuerdo con los métodos de la organización científica del trabajo. El desgaste del relativamente pobre acervo de capital fijo y una situación internacional interpretada como hostil propiciaron, desde mediados de la década de 1920, un avance acelerado en torno a la consecución de dicho objetivo. Pero ello implicó una intromisión de la instancia central sobre las condiciones locales de control obrero del proceso de trabajo, conquista fundamental de la Revolución al que las diversas fracciones del proletariado industrial no renunciarían sin una batalla velada o abierta. Sobre esta lógica contradictoria se desarrolló una dinámica relacional

fundada en la persecución de objetivos difícilmente armonizables. Leído en la clave interpretativa propuesta aquí, el devenir revolucionario que desde 1917 se extiende a los primeros años de la década de 1930, pierde todo carácter unilineal de mera continuidad con el originario legado ideológico del bolchevismo o bien de radical ruptura con éste, para asumir su dimensión procesual.

Referencias

- Allen, R.C. (2003). *Farm to factory. A Reinterpretation of the Soviet Industrial Revolution*. Princeton University Press.
- Baña, M. (2017). La Revolución Rusa en su Centenario. Perspectivas temáticas y narrativas historiográficas. *Políticas de la Memoria. Anuario de Investigación e Información del CeDInCI*, n° 17, 224-237.
- Bailes, K. (1977). Alexei Gastev and the Soviet Controversy Over Taylorism, 1918–24. *Soviet Studies*, 29 (3), 373-394. DOI: <http://dx.doi.org/10.1080/09668137708411134>.
- Barber, J.D., y Davies, R.W. (1994). Employment and industrial labour. En R.W. Davies, M. Harrison, S.G. Wheatcroft (eds.). *The economic transformation of the Soviet Union, 1913-1945* (pp. 81-105). Cambridge University Press.
- Brovkin, V. (1998). *Russia after Lenin. Politics, culture and society*. Routledge.
- Brower, D. (1989). “The city in danger”: The Civil War and the Russian urban population. En D. Koenker, W. Rosenberg, y R.G. Suny (eds.), *Party, State, and society in the Russian civil war. Explorations in social history* (pp. 58-80). Indiana University Press.
- Brunnbauer, U (2000). The League of Time (Liga Vremia). Problems of making a Soviet working class in the 1920s. *Russian History*, 27 (1), 461-495. DOI: [101163/187633100x00155](https://doi.org/10.1163/187633100x00155).
- Bujarin, N. y Preobrazhensky, E. (1922). Program of the Communist Party of Russia. Adopted at the Eighth Party Congress, held march 18 to 23, 1919. En *The ABC of communism* (pp. 373-402). The Communist Party of Great Britain.
- Clark, M.G. (1956). *The economics of Soviet steel*. Cambridge University Press.
- Cohen, S. (1999). Bolshevism and stalinism. En R.C. Tucker (ed.). *Stalinism. Essays in historical interpretation* (pp. 3-29). Transaction Publishers.
- Collette, J.M. (1965). *Politique des investissements et calcul économique*, Cujas.
- Daniels, R.V. (1993). *A documentary history of communism in Russia. From Lenin to Gorbachev*. University Press of New England.
- Danilov, V.P. et al. (2000). *Kak lomali NEP. Stenogrammy plenumov TsK VKP(b) 1928-1929 gg.* Tomo II. Mezhdunarodnyy Fond “Demokratiya”.
- Davies, R.W. (1994). Industry. En R.W. Davies, M. Harrison, S.G. Wheatcroft

- (eds.). *The economic transformation of the Soviet Union, 1913-1945* (pp. 131-157). Cambridge University Press.
- (1998). *The industrialisation of Soviet Russia 3: The Soviet economy in turmoil, 1929-1930*. Macmillan Press LTD.
- (2007). *Soviet economic development from Lenin to Khrushchev*. Cambridge University Press.
- Davies, R.W. y Khlevnyuk, O. (1997). Gosplan. En E.A. Rees (ed.). *Decision-Making in the Stalinist command economy, 1932-1937* (pp. 32-66). Macmillan Press.
- Day, R. (1973). *Leon Trotsky and the politics of economic isolation*. Cambridge University Press.
- Depretto, J. (1994). La formation de la classe ouvrière soviétique. *Le Mouvement Social*, 169, 47-65.
- Dobb, M. (1967). The discussions of the 1920's about building socialism. *Annali*, 9, 136-166. Instituto Giangiacomo Feltrinelli.
- Douds, L. (2018). *Inside Lenin's government. Ideology, power and practice in the early Soviet State*. Bloomsbury Publishing Plc.
- Drobizhev, V.Z. (1979). Nekotorie voprosy izucheniia istorii sovetskogo rabochego klassa v sovetskoi istoriografii. *Metodologicheskie i metodicheskie problemy izucheniia rabochego klassa sotsialisticheskogo obshchestva*, 3-52.
- Filtzer, D. (1993). Labour and the contradictions of Soviet planning under Stalin: The working class and the regime during the first years of forced industrialization. *Critique: Journal of Socialist Theory*, 20 (1), 71-103. DOI: 10.1080/03017609308413356.
- Fitzpatrick, S. (2007). Revisionism in Soviet history. *History and Theory*, 46 (4), 77-91.
- Getty, J.A., y Naumov, O.V. (1999). *The road to terror. Stalin and the self-destruction of the Bolsheviks, 1932-1939*. Yale University Press.
- Graziosi, A. (1991). Building the first system of State industry in history. Piatakov's VSNKh and the crisis of the NEP, 1923-1926. *Cahiers du Monde Russe et Soviétique*, 32 (4), 539-580.
- Koenker, D. (1981). *Moscow workers and the 1917 Revolution*. Princeton University Press.
- (1989). Urbanization and deurbanization in the Russian Revolution and civil war. En D. Koenker, W. Rosenberg y R.G. Suny (eds.), *Party, State, and society in the Russian civil war. Explorations in social history* (pp. 81-104). Indiana University Press.
- (2005). *Republic of Labor. Russian printers and Soviet socialism, 1918-1930*. Cornell University Press.
- Koenker, D., y Rosenberg, W. (1989). *Strikes and Revolution in Russia, 1917*. Princeton University Press.
- Kotkin, S. (1995). *Magnetic mountain. Stalinism as a civilization*. University of California Press.

- (1998). 1991 and the Russian Revolution: Sources, conceptual categories, analytical frameworks. *The Journal of Modern History*, 70 (2), 384-425.
- Lenin, V.I. (1958). ¿Se sostendrán los bolcheviques en el poder? En *Obras completas*, t. XXVI (pp. 75-124). Cartago.
- (1960a) Las tareas inmediatas del poder soviético. En *Obras completas*, t. XXVII (pp. 317-346). Cartago.
- (1960b). Sobre el infantilismo de la “izquierda” y el espíritu pequeñoburgués. En *Obras completas*, t. XXVII (pp. 317-346). Cartago.
- (1960c). Discurso pronunciado en la conferencia de las organizaciones sin partido de la región de Blagushe-Lefortovo. En *Obras completas*, t. XXX (pp. 347-349). Cartago.
- (1960d). Carta a Stalin, 24 de enero de 1920. En *Obras completas*, t. XXX (pp. 297-299). Cartago.
- (1960e). El impuesto en especie (significación de la Nueva Política Económica y su ubicación). En *Obras completas*, t. XXXII (pp. 322-359). Cartago.
- Lewin, M. (1985). More than one piece is missing in the puzzle. *Slavic Review*, 44 (2), 239-243.
- Lih, L., Naumov, O., y Khlevniuk, O. (1995). *Stalin's letters to Molotov. 1925-1936*. Yale University Press.
- Linhart, R. (1976). *Lénin, les paysans, Taylor. Essai d'analyse material historique de la naissance du système productif soviétique*. Seuil.
- Malle, S. (1985). *The Economic organization of war communism, 1918-1921*. Cambridge University Press.
- Mandel, D. (2018). *The Petrograd workers in the Russian Revolution. February 1917–June 1918* [1983]. Koninklijke Brill nv.
- Marot, J.E. (2012). *The October Revolution in prospect and retrospect*. Koninklijke Brill nv.
- Murphy, K. (2005). *Revolution and counterrevolution. Class struggle in a Moscow metal factory*. Berghahn Books.
- (2008). Strikes during the early Soviet period, 1922 to 1932: From working-class militancy to working-class passivity? En D. Filtzer et al. *A Dream deferred. New studies in Russian and Soviet labour history* (pp. 171-191). Peter Lang AG-International Academic Publishers.
- Orlovsky, D. (1989). State building in the civil war era. The role of the lower-middle strata. En D. Koenker, W. Rosenberg y R.G. Suny (eds.), *Party, State, and society in the Russian civil war. Explorations in social history* (pp. 133-157). Indiana University Press.
- (1994). The hidden class: White-collar workers in the Soviet 1920s. En L. Siegelbaum y R.G. Suny (eds). *Making workers Soviet. Power, class and identity* (pp. 220-252). Cornell University Press.
- Pirani, S. (2006). The party elite, the industrial managers and the cells: Early stages in the formation of the Soviet ruling class in Moscow, 1922–23. *Revolutionary Russia*, 2 (19), 197-228.
- Pospielovsky, A. (1997). Strikes during the NEP. *Revolutionary Russia*, 1 (10), 1-34.

- Rassweiler, A.D. (1983). Soviet labor history of the 1920s and the 1930s. *Journal of Social History*, 17 (1), 147–158. DOI: 10.1353/jsh/17.1.147.
- Rees, E.A. (1987). *State control in Soviet Russia. The rise and fall of the workers' and peasants' inspectorate, 1920-34*. Palgrave Macmillan.
- Rezolyutsiya chetvertoy konferentsii profsoyuznykh liderov (1918). *Profesionalnyi Vestnik*, 5-6, pp. 13-14.
- Rosenberg, W.G. (1978). Workers and workers' control in the Russian Revolution. *History Workshop Journal*, 5 (1), 89–97. DOI: 10.1093/hwj/5.1.89.
- (1985). Reply. *Slavic Review*, 44 (2), 251–256.
- (1994). Social mediation and State construction(s) in Revolutionary Russia. *Social History*, 19 (2), 169–188.
- Rossman, J. (2005). *Worker resistance under Stalin. Class and Revolution on the shop floor*. Harvard University Press.
- Sánchez-Sibony, O. (2014). *Red globalization. The political economy of the Soviet Cold War from Stalin to Khrushchev*. Cambridge University Press.
- (2019). Global money and bolshevik authority: The NEP as the first socialist project. *Slavic Review*, 78 (3), 694–716.
- Sgrazzutti, J., Oliva, A. (2017). Aportes para la comprensión del taylorismo soviético de Octubre a la NEP (1917-1929). *Anuario de la Escuela de Historia*, 29, 9-47. <http://anuariodehistoria.unr.edu.ar/ojs/index.php/Anuario/index>.
- Sirianni, C. (1985). Rethinking the significance of worker's control in the Russian Revolution. *Economic and Industrial Democracy*, 6 (1), 65-91. DOI: doi.org/10.1177/0143831X8561004.
- Smith, S.A. (1985). *Red Petrograd. Revolution in the factories, 1917-1918*. Cambridge University Press.
- Vorozheikin, I.E., y Seniavskii, S.L. (1977). Rabochii klass - vedushchaia sila sovetskogo obshchestva. *Voprosy metodologii i istoriografii*.
- Ward, C. (1990). *Russia's cotton workers and the New Economic Policy: Shop-floor culture and State policy, 1921–1929*. Cambridge University Press.

Colección Archivos

1 Lucas Poy

Los orígenes de la
clase obrera argentina
Huelgas, sociedades de resistencia y
militancia política en Buenos Aires,
1888-1896

2 Paula Varela

La disputa por la
dignidad obrera
Sindicalismo de base fabril en la zona
norte del Conurbano bonaerense,
2003-2014

3 Natalia Casola

El PC argentino y la dictadura
militar
Militancia, estrategia política y
represión estatal

4 Diego Ceruso

La izquierda en la fábrica
La militancia obrera industrial en el
lugar de trabajo, 1916-1943

5 Laura Caruso

Embarcados
Los trabajadores marítimos y la vida
a bordo: sindicato, empresas y
Estado en el puerto de Buenos Aires,
1889-1921

6 Carlos M. Herrera

¿Adiós al proletariado?
El Partido Socialista bajo el
peronismo (1945-1955)

7 Martín Mangiantini

Itinerarios militantes
Del Partido Revolucionario de los
Trabajadores al Partido Socialista de
los Trabajadores (1965-1976)

8 Agustín Nieto

Entre anarquistas y peronistas
Historias obreras a ras del suelo

9 Alejandro Belkin

Sindicalismo revolucionario y
movimiento obrero
en la Argentina
De la gestación en el Partido
Socialista a la conquista de la FORA
(1900-1915)

10 Hernán M. Díaz (coord.)

Espionaje y revolución en el
Río de la Plata
Los archivos secretos de una red
diplomática de persecución al
maximalismo (1918-1919)

11 Marcel van der Linden

Trabajadores y trabajadoras
del mundo
Ensayos para una historia global del
trabajo

FUENTES Y CENTROS DOCUMENTALES

El 50° aniversario de la International Association of Labour History Institutions (IALHI). Su lugar en la historia de los archivos y bibliotecas del movimiento obrero

Lucas Poy

Instituto Ravnigani – Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas
lucaspoi@conicet.gov.ar

Título: The 50th anniversary of the International Association of Labor History Institutions (IALHI). Its place in the history of the archives and libraries of the labor movement

Resumen: Fundada en 1970, la International Association of Labour History Institutions (IALHI) es una red internacional que nuclea bibliotecas, archivos, museos y centros de investigación de los cinco continentes. El objetivo de este trabajo es caracterizar a la IALHI y a las actividades que realiza, en el contexto más general de la historia de las instituciones, archivos y bibliotecas dedicadas a la historia del movimiento obrero y las izquierdas y de sus relaciones internacionales.

Palabras clave: IALHI – historia del trabajo – bibliotecas – archivos – instituciones

Abstract: Established in 1970, the International Association of Labour History Institutions (IALHI) is an international network of libraries, archives, museums, and research centres from five continents. The aim of this paper is to characterise the IALHI and its activities against the background of the history of institutions, archives and libraries dedicated to the history of the labour and its international relations.

Keywords: IALHI – labour history – libraries – archives – institutions

Recepción: 15 de mayo de 2020. **Aceptación:** 2 de julio de 2020

Introducción

La International Association of Labour History Institutions (Asociación internacional de instituciones de historia del trabajo) se fundó en diciembre de 1970 tras una reunión realizada en la Transport House de Londres, histórica sede política y sindical de la capital británica. El encuentro fue pequeño y contó con la participación de once instituciones: el Partido Laborista, el Trades Union Congress, la London School of Economics y la International Co-operative Alliance (todas ellas con base en Londres), la Co-operative Union de Manchester, el Instituto Internacional de Historia Social de Ámsterdam, el Working Committee of Co-operative Librarians and documentation (Róterdam), el Schweizerisches Sozialarchiv (Zürich), el Abteilung Werbung-Archiv, Deutscher Gewerkschaftsbund (Düsseldorf), la Friedrich-Ebert-Stiftung (Bonn) y el Arbetarrörelsens arkiv (Estocolmo).

Cincuenta años más tarde, la IALHI continúa activa y ha crecido hasta convertirse en una red que nuclea a bibliotecas, archivos, museos y centros de investigación de los cinco continentes. En la actualidad cuenta con más de 120 miembros: desde instituciones universitarias hasta fundaciones sindicales, centros de investigación vinculados a partidos políticos y museos populares, pasando por grupos de estudio de diverso tamaño, archivos y bibliotecas públicas y privadas. A pesar de sus heterogeneidades, todas comparten la inquietud por la conservación de materiales y documentación sobre la historia de los trabajadores y trabajadoras, el movimiento obrero y los partidos políticos proletarios.

La 52ª conferencia anual de la IALHI, correspondiente al año 2022, se realizará en Buenos Aires y será organizada por el Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas (CEHTI), integrante formal de la asociación desde 2018. Será la primera vez que el evento se realice en América Latina y apenas la cuarta vez en medio siglo que tenga lugar fuera de Europa (en 1997 y 2014 se hizo en Estados Unidos y en 2008 en Sudáfrica). Se trata por lo tanto de una ocasión importante para la IALHI y todavía más para el CEHTI, una asociación joven que tomará esta responsabilidad con la intención de seguir construyendo redes, puentes y espacios de diálogo colectivo con colegas y otras asociaciones de todo el mundo y, en particular, de Argentina y América Latina. Como primer paso en la preparación de la conferencia, el objetivo de esta comunicación es brindar a las y los lectores de la revista *Archivos*, en particular, y al público hispanoparlante, en general, una breve presentación de la IALHI y de las actividades que realiza, en el contexto más general de la historia de las instituciones, archivos y bibliotecas dedicadas a la historia del movimiento obrero y las izquierdas y de sus relaciones internacionales.

Archivos, bibliotecas y centros sobre historia obrera: un breve recorrido histórico

Si bien la preocupación por examinar las tradiciones populares puede encontrarse a lo largo del siglo XIX (Kloosterman, 2012), los primeros pasos tanto de una historia del movimiento obrero como de una historia del trabajo y sus condiciones (terrenos de análisis que, en inglés, suelen combinarse en la expresión *'labour history'*), tuvieron lugar en las últimas décadas de esa centuria. Obviamente, los avances tenían que ver con el propio desarrollo de las organizaciones obreras, pero también con la inquietud de reformistas de clase media, académicos e incluso religiosos, que mostraban preocupación por la "cuestión social" y por la conflictividad que traía consigo y consideraban importante reunir información y materiales al respecto.

Al igual que ocurrió en muchos otros terrenos, el partido socialdemócrata alemán (SPD) fue pionero en la iniciativa de crear un archivo partidario. Fue fundado primero en Zúrich, debido a las leyes de excepción, luego trasladado a Londres y finalmente a Berlín a comienzos de la década de 1890. Fue finalmente abierto al público en 1899, si bien para consultarlo se requería un permiso de las autoridades partidarias. El archivo contaba, entre otras cosas, con las bibliotecas privadas de Marx y Engels (Zimmermann, 2008). El ejemplo alemán fue seguido de cerca por la pujante socialdemocracia escandinava, que pronto dio pasos similares. En la primera década del siglo XX se crearon archivos y bibliotecas en Suecia, Noruega, Dinamarca y Finlandia que todavía existen en la actualidad: Arbetarrörelsens Arkiv och Bibliotek, en Estocolmo (1902), Arbeiderbevegelsens Arkiv og Bibliotek, en Oslo (1908), Arbejdermuseet & Arbejderbevægelsens Bibliotek og Arkiv, en Copenhague (1909) y Työväen Arkisto en Helsinki (1909) (Kloosterman, 2012, p. 413; Halvorsen, 1995; Grass y Larsson, 2002).

Por su parte, distintos reformadores y liberales o religiosos preocupados por la "cuestión social" también realizaron avances significativos en estos años. En 1894 se creó en París el *Musée social*, una institución que tuvo una gran influencia en la vida política e intelectual francesa de entre siglos y tenía como uno de sus objetivos fundacionales "el mejoramiento de la situación moral y material de los trabajadores" (Horne, 1995, p. 47). El ejemplo del Musée social, como se sabe, dejó su marca en muchos países, entre ellos Argentina (Pelosi, 2000). Siguiendo el modelo francés, el pastor y político suizo Paul Pflüger fundó el Schweizerische Sozialarchiv en Zúrich, en 1906. En Inglaterra, en 1894 se fundó el Bishopsgate Institute, por iniciativa de un reverendo llamado William Rogers (Samuel, 1978). Un año más tarde, la Fabian Society impulsó la creación de la London School of Economics, con gran protagonismo

de Sydney y Beatrice Webb y de George Bernard Shaw (Caine, 1963; Dahrendorf, 1995). En los Países Bajos se estableció, en 1899, el Centraal Bureau voor Sociale Adviezen (Kloosterman y Lucassen, 2010, p. 11). También puede incluirse en este grupo la Biblioteca Pública Arús, fundada en Barcelona en 1895 a partir de las donaciones del republicano liberal Rossend Arús, quien tras su fallecimiento en 1891 instruyó a sus herederos que utilizaran sus bienes para crear una biblioteca que contribuyese a la instrucción de los trabajadores (Kloosterman, 2012, p. 409; Galofré, 1989). En Estados Unidos se estableció en estos años otra de las instituciones más representativas, de algún modo en un cruce entre iniciativas socialistas y filantrópicas. En efecto, en 1906 se fundó en Nueva York la Rand School of Social Science, gracias a las donaciones provistas por Carrie Rand por iniciativa de su hijastro George D. Herron, integrante del Partido Socialista. La institución fue luego absorbida por Camp Tamiment, una colonia de verano para socialistas en el lago del mismo nombre en Pennsylvania, y pasó a ser conocida como Tamiment Library. En 1963 pasó a ser parte de la New York University, a la cual sigue afiliada en la actualidad (Bell, 1969).

Cabe mencionar, también en estos años, la fundación de la revista *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung*, en 1911, por iniciativa del austromarxista Carl Grünberg (1861-1940), que en la década de 1920 se convertiría en director de la Escuela de Fráncfort (Wiggershaus, 2010). Algo más tarde, y como consecuencia de la Primera Guerra Mundial, surgieron otras instituciones importantes en el terreno que nos ocupa. Henri y Louise Leblanc comenzaron a recopilar materiales vinculados al conflicto, dando forma a una Bibliothèque-Musée de la guerre que más tarde se convertiría en la reconocida Bibliothèque de Documentation Internationale Contemporaine (BDIC), asociada a la universidad de Nanterre (Hue, 1997). Otro ejemplo similar es la Hoover Institution on War, Revolution and Peace, basada en los materiales reunidos por Herbert Hoover en sus años como enviado a Europa durante la guerra. Hoover fue, años más tarde, presidente de los Estados Unidos, y la Hoover Institution se integró luego a la universidad de Stanford. En el otro extremo del espectro político, como consecuencia de la revolución rusa y, en particular, del trabajo de David Riazanov, en 1921 abrió sus puertas en Moscú el Instituto Marx-Engels. Su objetivo principal era reunir materiales y fuentes relacionados con la obra de ambos fundadores del socialismo científico, así como publicar sus trabajos. La historia del instituto y de su fundador, lógicamente, es inseparable del derrotero seguido por la Unión Soviética en su proceso de burocratización: Riazanov fue arrestado en 1931, y ejecutado en 1938. El Instituto Marx-Engels fue fusionado con el Instituto Lenin, que había sido creado en 1924, dando lugar al Instituto Marx-Engels-Lenin.

Otra institución que emergió en el período de entreguerras y sigue jugando hasta hoy un rol muy destacado en la IALHI y en la historia de los trabajadores a nivel mundial es el Internationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis (Instituto Internacional de Historia Social) de Ámsterdam. Su historia está estrechamente vinculada a la figura de Nicolaas Willem Posthumus, un historiador y archivista vinculado a la socialdemocracia holandesa. En 1914 Posthumus había fundado el NEHA, un archivo de historia económica, vinculado al ya mencionado Centraal Bureau voor Sociale Adviezen y a diversos sindicatos. En la década de 1930 el proyecto de Posthumus dio un salto muy importante, cuando advirtió la necesidad y la oportunidad de reunir materiales de diversos países europeos que corrían serios riesgos ante el avance del fascismo. Fue clave el rol de Annie Scheltema, bibliotecaria y archivista del partido socialdemócrata holandés, y también el del menchevique ruso Boris Nicolaevski, por entonces exiliado en París. Esta ampliación de la escala de las colecciones quedaba fuera de las capacidades financieras del NEHA, y Posthumus obtuvo apoyo económico de una aseguradora vinculada a los sindicatos y a la socialdemocracia. Gracias a esta contribución, el IISG fue inaugurado en noviembre de 1935, en un edificio cedido por la municipalidad de Ámsterdam.¹

El hecho de que todas las instituciones mencionadas hasta aquí estuvieran ubicadas en países europeos o en Estados Unidos es revelador de la temprana consolidación de organizaciones políticas y sindicales del movimiento obrero en esas regiones, pero también, y acaso fundamentalmente, de sus mayores recursos financieros y técnicos y, en relación con ello y con los lazos coloniales de sus propios estados, de su capacidad de reunir incluso documentación, archivos y material bibliográfico proveniente de países más pobres. En efecto, la debilidad relativa de los partidos y sindicatos, el desinterés de las instituciones estatales y académicas por el tema obrero, la persecución y represión estatal fueron factores que se combinaron y dificultaron seriamente la estructuración de instituciones y archivos de historia obrera en los países periféricos, dejando en muchos casos la tarea de conservación y colección en manos de coleccionistas particulares. Tal como señaló Horacio Tarcus (2011) en un examen del caso argentino, estos mismos coleccionistas muchas veces terminaban vendiendo o donando sus acervos a instituciones de países ricos, profundizando de esta manera

1. En 1936 comenzó a publicar un anuario, llamado *International Review for Social History*. Luego de la guerra, retomó su publicación con el nombre de *International Review of Social History*, que conserva actualmente. Sobre la historia del IISG, ver Hunink (1986), Roth (1989), Kloosterman y Lucassen (2010) y Sanders (2019).

el proceso antes señalado, o a diferentes libreros y compradores particulares, desmantelando así las colecciones.

En las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial tuvo lugar un nuevo proceso de expansión de instituciones dedicadas a la historia del trabajo en distintos países de Europa occidental, un fenómeno vinculado al creciente interés por la historia social y obrera en ciertos ámbitos intelectuales y universitarios, a la consolidación de partidos socialdemócratas ya fuertemente integrados a los regímenes políticos en muchos de esos países, y también al crecimiento de los partidos comunistas. En 1949, bajo el impulso de Jean Maitron, se estableció en Francia el Institut Français d'Histoire Sociale. Como parte de sus actividades, el IFHS comenzó a publicar *Actualité de l'histoire* (1953-1960) que luego pasó a llamarse *Le mouvement social* (1960-) (Ceamanos Llorens, 2004, 2006). En la Italia de la segunda posguerra surgió una plétora de instituciones y fundaciones dedicadas a la historia del movimiento obrero y el pensamiento de izquierdas, muchas de las cuales siguen existiendo en la actualidad: Italia es de hecho el país más representado en la IALHI, con 17 instituciones, casi el 15 % del total. Entre las más importantes cabe mencionar a dos, establecidas a comienzos de la década de 1950 y muy vinculadas al PCI: el Istituto Gramsci de Roma, fundado en 1950, y la Biblioteca Giangiacomo Feltrinelli (que luego pasaría a llamarse Istituto y actualmente Fondazione) establecida un año más tarde en Milán. Entre otras cosas, ambas instituciones lanzaron publicaciones muy reconocidas: en 1959 el IG comenzó a editar *Studi Storici*, que continúa en la actualidad; la Feltrinelli, por su parte, lanzó primero una publicación llamada *Movimento Operaio* y, a partir de 1958, sus conocidos *Annali* (Gori, 1987; Bidussa, 1999).

Avances similares se dieron en otros países europeos: en 1959, se creó en Viena el Verein für Geschichte der Arbeiterbewegung y al año siguiente surgió la Society for the Study of Labour History en Gran Bretaña (Van der Linden, 2016, p. 267; McIlroy *et al.*, 2010). En 1969, una reconstruida socialdemocracia creó el Archiv der Sozialen Demokratie en Bonn, en ese entonces capital de Alemania Occidental (Zimmermann, 2014). En este contexto de relativa expansión de la historia social y del trabajo en diversos países europeos, fue surgiendo también, si bien de manera lenta, la inquietud por establecer ciertos diálogos internacionales. En 1964, por ejemplo, se fundó en Austria la ITH (International Conference of Labour and Social History), una red que sigue activa en la actualidad y reúne tanto a instituciones como a investigadores, organizando las conocidas “conferencias de Linz”.²

2. Incluso en los años posteriores a la creación de la IALHI se fundaron nuevas e importantes instituciones, como la Irish Labour History Society (1973), el Archivo

La IALHI y su composición: entre la Guerra Fría y la apertura al “sur global”

La creación de la IALHI tuvo lugar en este contexto europeo marcado por la consolidación de instituciones dedicadas a la historia del trabajo, pero también en un período signado por el ascenso de movimientos estudiantiles y populares y de apogeo de la Guerra Fría. La iniciativa que llevó a la reunión fundacional fue de Irene Wagner, bibliotecaria del Partido Laborista británico, una institución que jugó un rol muy activo en los primeros años de la asociación, que más tarde fue declinando. En mayo de 1970, Wagner había hecho llegar una carta a colegas de otros países, para intercambiar ideas sobre posibles modos de colaborar y “formar una asociación de bibliotecarios que compartimos las mismas ideas” (Schuster, 2008, p. 3).

Tal como señaló Huub Sanders en un trabajo reciente, las instituciones que participaron del evento fundacional representaban “una combinación de instituciones *del* movimiento (...) e instituciones especializadas que reunían materiales y hacían investigación *sobre* el movimiento” (2019, p. 336). La mayor parte de los centros e institutos reunidos en Londres en 1970 ya contaban con varias décadas de existencia y era indiscutible el peso de las instituciones vinculadas de una forma u otra a la socialdemocracia, así como el foco geográfico en los países del norte de Europa. Entre los fundadores solo había instituciones de cinco países: Gran Bretaña, los Países Bajos, Suecia, Suiza y Alemania Occidental.

Si bien la asociación se fundó con objetivos estrictamente académicos y técnicos, sin incluir ninguna referencia explícita de tipo político, lo cierto es que no se ocultaba la cuestión de las afinidades ideológicas de los potenciales miembros, y por lo tanto de la IALHI como tal. Aunque se mencionaba que los nuevos miembros podrían provenir “tanto del oeste como del este”, en el acta de la reunión fundacional era evidente la cautela: se señalaba que “en lo que respecta a las instituciones no europeas, éstas podrían ser aceptadas en una fecha ligeramente posterior” (Schuster, 2008, p. 9). En la misma línea, la segunda conferencia, celebrada en Estocolmo en el verano de 1971, subrayó que “los que pertenecemos a organizaciones socialdemócratas con bibliotecas y archivos tenemos un papel especial que desempeñar”. Las actas de esta conferencia no ocultaban que se habían “expresado ciertas inquietudes acerca de lo apropiado de incluir a ciertos sectores del movimiento

Edgard Leuenroth de São Paulo (1974) y el Instituto de Historia Social – Amsab en Gante, Bélgica (1980). En la última década se establecieron también algunas redes como la Società Italiana di Storia del Lavoro (2012), la Association Française pour l’Histoire des Mondes du Travail (2013) y la European Labour History Network (2015) (Van der Linden, 2016).

obrero”, y se decidió que “la secretaria se pusiera en contacto con la Internacional Socialista con vistas a sus sugerencias de adhesión” (Schuster, 2008, p. 11).

En particular, el principal punto en juego era la relación con las instituciones vinculadas con el bloque soviético y los partidos comunistas de Europa occidental, un punto delicado para las bibliotecas y los archivos de los trabajadores, ya que a veces se encontraban “compitiendo” entre sí por los materiales de archivo.³ La tensión llegó a un punto culminante algunos años más tarde, cuando la IALHI discutió acerca de una iniciativa mexicano-rusa para crear una nueva organización mundial de instituciones e investigación de la historia del trabajo. Las actas del 8º congreso (Viena, 1977) informaban sobre “las maniobras de varias organizaciones de Europa del Este esta primavera, que causaron una considerable conmoción entre nuestros miembros” (Schuster, 2008, p. 17). Se celebraron reuniones, con Milán y la Feltrinelli como una especie de terreno neutral, para discutir las posibilidades y límites de la cooperación entre la IALHI y la nueva organización. En conjunto, los miembros de la IALHI se esforzaron por preservar su “integridad”, y evitar ser absorbidos por una nueva asociación. Al final, no se creó ninguna otra organización mundial permanente y las tensiones se disiparon (Kloosterman, 2009).

En cualquier caso, la IALHI creció en forma sostenida en las primeras dos décadas de su existencia, pasando de 15 miembros en 1972 a 38 en 1974, 48 en 1977, 69 en 1980 y 93 en 1988. La caída del Muro de Berlín y de los regímenes del llamado “socialismo real” diluyó significativamente el carácter europeo-occidental de la IALHI, así como su orientación vinculada a la socialdemocracia: no solo se incorporaron instituciones del antiguo bloque soviético sino que comenzó a plantearse la necesidad de aumentar la presencia de centros de otros continentes. En 1995, la conferencia anual se realizó en Moscú: era un síntoma de los nuevos tiempos.

En la década de 1990 comienza a advertirse una inquietud por extender la actividad de la IALHI en términos geográficos e incluir miembros de otras regiones. En 1992, y por iniciativa de la Fundación Pablo Iglesias de España, se realizó una reunión en Buenos Aires que contó con la presencia de instituciones de más de una decena de países iberoamericanos. El resultado fue la creación de una “Asociación iberoamericana para la recuperación y protección de los archivos de los trabajadores y sus organizaciones” (AIRPATO), que lamentablemente no logró sostenerse

3. Para un análisis de esta dinámica compleja de tensiones y colaboraciones en el caso del IISG y la Fondazione Feltrinelli, ver el excelente trabajo de Kloosterman (2014).

en el tiempo.⁴ En 1997, por primera vez tras 27 años, la reunión anual de la IALHI se realizó fuera de Europa, en el George Meany Center for Labor Studies, ubicado cerca de Washington D.C. en Estados Unidos. En 2008, se celebró en Johannesburgo, Sudáfrica. Actualmente, la IALHI cuenta con 121 miembros provenientes de los cinco continentes. Con 94 instituciones (77 %), Europa sigue representando una mayoría abrumadora, pero la proporción de miembros de otras regiones está creciendo: hay 10 instituciones de América Latina (Argentina, Brasil, Bolivia, Cuba y México), 8 de los Estados Unidos y Canadá, 5 de Asia (Japón, Nepal, Vietnam e Indonesia), 3 de Australia y 1 de Sudáfrica.⁵

Estructura y organización

Quienes fundaron la IALHI la dotaron de una estructura sencilla, que luego fue modificándose en ciertos aspectos pero no se alteró en lo esencial. El eje central de la organización era, y sigue siendo, la realización de un evento anual, que sirviera como punto de encuentro para intercambiar experiencias, conocimientos e información. Este rol fundamental otorgado al encuentro anual reducía la importancia de establecer organismos más permanentes y, al mismo tiempo, contribuyó a profundizar la limitada expansión geográfica de la red, toda vez que realizar ese tipo de viajes en forma anual es mucho más dificultoso si aumenta la distancia que deben recorrer los participantes.

La primera reunión, en cualquier caso, designó a la propia Irene Wagner como secretaria. Wagner permaneció en esa posición durante toda la década de 1970, y en 1980 fue reemplazada por Karl Lang, del Schweizerisches Sozialarchiv de Zúrich. En 1987 tomó la posta Jaap Kloosterman, del IISG de Ámsterdam, quien actuó como secretario hasta 1996. Desde entonces, los secretarios cumplieron “mandatos” de un máximo de cinco años, y la posición siguió rotando entre las distintas instituciones que se mostraron siempre más activas en la asociación: entre 1996 y 2002 el secretario fue Wouter Steenhaut, del Instituto de Historia Social de Gante (Amsab), luego fue el turno de Karin Englund del ArAB de Estocolmo (2002-2005), de Françoise Blum del Centre d’Histoire

4. Las comunicaciones presentadas a la conferencia fueron publicadas en Martín Nájera y Garrigós (1992), un volumen que proporciona información muy valiosa –si bien obviamente desactualizada– sobre la situación de los archivos y bibliotecas obreras en América Latina y puede complementarse con otra importante compilación sobre las instituciones de historia obrera en Brasil (Marques y Stampa, 2010). Sin dudas, los logros y los límites de la experiencia de AIRPATO serán motivo de debate en la conferencia de la IALHI de 2022 y puntos de partida para nuevos avances.

5. Ver la lista actual de miembros en: <http://www.ialhi.org/members>.

Sociale du XXème Siècle (entre 2005 y 2010), de Erik-Jan Zürcher del IISG (2010-2012) y de Geert Van Goethem, también de Amsab (2013-2018). Actualmente la presidenta (el nuevo nombre de la secretaria después de una modificación estatutaria) es Anja Kruke, del Archiv der Sozialen Demokratie de la Fundación Friedrich Ebert, de Bonn.

La estructura organizativa se complejizó un poco con el paso de los años y el crecimiento de la asociación. En la primera reunión se había establecido que los institutos de Ámsterdam y Estocolmo colaborarían con las “tareas administrativas” que requiriera la nueva organización. Por lo general, se asumía además que la institución a la cual pertenecía la persona temporalmente a cargo de la secretaria contribuía con diversas tareas prácticas, como la recaudación de las cuotas y el manejo de la correspondencia. La preparación de la conferencia anual, por su parte, quedaba a cargo de la institución organizadora. En 1985, en cualquier caso, se dio un paso más con la creación de un “comité de coordinación” de cinco miembros, cuya tarea era respaldar la actividad de la secretaria. En 2005 se decidió que las tareas administrativas quedaran permanentemente a cargo del IISG, en lugar de rotar cada vez que cambiase la persona a cargo de la secretaria/presidencia. En 2011 se creó también una fundación, con estructura legal y sede en los Países Bajos, para facilitar trámites administrativos.

En términos financieros, la IALHI se sostuvo desde sus orígenes a partir de una contribución anual realizada por las instituciones que la componen. Dado que los gastos permanentes son muy reducidos, esta cuota anual se mantuvo siempre en niveles bastante bajos y los fondos reunidos se destinan principalmente a la organización de la conferencia anual. Desde por lo menos la década de 1980, de todos modos, también se buscó, aunque no siempre con éxito, obtener financiamiento especial para llevar a cabo proyectos específicos.

Proyectos e iniciativas

La IALHI no fue fundada por académicos o investigadores sino fundamentalmente por bibliotecarios y archivistas: la necesidad de estrechar contactos entre sí obedecía, sin dudas, al crecimiento del interés por la historia del trabajo y por lo tanto a la preocupación por miradas más internacionales, pero el interés fundamental seguía siendo de tipo técnico. Según Jaap Kloosterman, la necesidad de una cooperación más estrecha entre las instituciones dedicadas a historia del trabajo “se vio impulsada, entre otras cosas, por el fuerte aumento de las publicaciones en la materia: se hacía más difícil saber lo que aparecía, más difícil comprar todo y más interesante de intercambiar” (Kloosterman, 2009). Irene Wagner explicó que la conferencia anual de la IALHI se convertiría

en “el foro para el intercambio no sólo de material, sino también para la discusión de problemas técnicos”. Conocerse mutuamente era clave: “un aspecto muy importante de la conferencia es el contacto personal no sólo con los miembros de la asociación, sino también con las personas de los diversos institutos que asisten a la conferencia como invitados. La información a través de las fronteras nacionales es más fácil una vez que se conoce a la persona con la que se está tratando cara a cara” (Wagner, 1978, p. 18).

Se trataba de un período en el cual no solo las fuentes documentales y los libros conservados por las distintas instituciones estaban, en su totalidad, en formato físico: ocurría lo mismo con los directorios, catálogos y listados que reunían información sobre dichos materiales. Como ya se dijo, de hecho, uno de los principales motivos que llevaron a la fundación de la IALHI fue la necesidad de compartir este tipo de información entre diferentes instituciones dedicadas a una misma temática. Dicho de otra manera, era preciso saber qué libros, archivos y documentos tenía cada institución, para poder luego solicitar un préstamo interbibliotecario, una donación (en caso de materiales duplicados) o al menos para sugerir a los investigadores interesados que viajaran a la ciudad donde podrían encontrar los materiales. Era habitual en la época elaborar largos listados de fuentes y materiales, posibles de ser compartidos e intercambiados en diferentes instituciones.

Los objetivos de la nueva institución, tal y como se aprobaron en la conferencia de fundación, eran: “fomentar una cooperación más estrecha entre las instituciones de la asociación, hacer préstamos interbibliotecarios, cuando sea posible, publicar bibliografías, listas, etc., intercambiar publicaciones y duplicados” (Schuster, 2008, p. 9). En las primeras reuniones se discutió también acerca de la posibilidad de encarar proyectos de mayor envergadura, pero primó una actitud cautelosa. En la segunda conferencia, celebrada en Estocolmo en agosto de 1971, después de una “larga discusión”, se tuvo “la sensación general de que no era realista apuntar demasiado alto y que los asuntos prácticos, importantes para nosotros, deberían ser en forma de proyectos pequeños y manejables que no implicaran demasiado tiempo y mano de obra” (Schuster, 2008, p. 11). Algunas de estas iniciativas adicionales fueron la publicación de un *Newsletter* mensual con información de actividades y novedades, trabajos de compilación de fuentes y la edición de un Directorio con información de las diferentes instituciones.

Como es evidente, las transformaciones técnicas que abrió el desarrollo de la informática, en primer término, y sobre todo de internet, un poco más tarde, marcaron significativamente el desarrollo de la asociación. A pesar del claro predominio de los soportes físicos, ya desde la década de 1970 se comenzó a discutir acerca de las posibilidades que

podía abrir el uso de computadoras. Esto incluía, por un lado, debates e intercambios en las conferencias acerca de las posibilidades técnicas que las propias instituciones iban descubriendo en términos de catalogación de los materiales, y más tarde también de su digitalización y difusión. Por el otro, también planteaba la posibilidad de encarar iniciativas comunes como IALHI, que fueran más allá del intercambio de publicaciones y catálogos en papel.

Un ejemplo de este tipo de inquietudes fue el lanzamiento, a partir de 1997, del *Labour History Serials Service*, un servicio que consistía en recopilar los índices de revistas académicas especializadas en el tema. Si bien no incluía el contenido de los artículos, el solo hecho de hacer listados con los títulos de cada uno de los artículos contenidos en cada número constituía un avance significativo, dado que de lo contrario los catálogos solo consignaban el título de la revista que cada institución poseía entre sus colecciones, sin que fuera posible conocer los títulos y autores de los textos publicados. El servicio recopiló casi 4 mil números de un total de 128 revistas: dejó de funcionar en 2013, cuando la disponibilidad de esa misma información en internet, por otras vías, lo hizo obsoleto.⁶

Otro ejemplo, en el año 2000, fue el reemplazo del *Newsletter* de la IALHI, editado mensualmente en forma impresa y luego también enviado por correo electrónico, por un servicio de noticias publicado directamente en la web, antecedente de lo que actualmente es el *Social History Portal News Service*, un portal de anuncios sobre actividades académicas, publicaciones, colecciones y eventos relacionados con la historia del trabajo, que se actualiza en línea, se distribuye mensualmente por correo electrónico y cuenta también con canales de distribución en redes sociales.⁷

También en el año 2000 comenzó a trabajarse en un proyecto más ambicioso, que buscaba crear una plataforma en línea capaz de reunir información sobre las colecciones de archivos y los fondos bibliográficos de las distintas instituciones. El objetivo era hacer más accesibles los catálogos de cada una de las instituciones. Lo siguió una iniciativa de mayor envergadura, llamada *HOPE Project*, que se desplegó entre 2010 y 2013 y, finalmente, al obtener una financiación especial de la Unión Europea, dio como resultado un motor de búsqueda centralizado llamado *Social History Portal*. El SHP funciona actualmente como un portal común de acceso a una serie de colecciones de archivos, bibliotecas y centros de documentación, donde los usuarios pueden buscar y navegar por más de 140 colecciones que comprenden más de 2 millones

6. <https://socialhistoryportal.org/serials>.

7. <https://socialhistoryportal.org/news>.

de registros entre los que se encuentran 900.000 objetos digitalizados (archivos, libros, folletos, prospectos, fotografías, carteles, grabados, dibujos animados, sonido, películas y vídeos). En la actualidad, las colecciones disponibles en el SHP corresponden a 21 archivos y bibliotecas de 13 países europeos.⁸

Conclusión

A lo largo de más de un siglo y medio, la historiografía del movimiento obrero, la clase trabajadora y las izquierdas recorrió etapas muy diversas, con evidentes disparidades regionales, temáticas y metodológicas. Como ya fue señalado en numerosas ocasiones, se trató de un campo en el que predominaron los enfoques centrados en distintos países: se trata, lógicamente, de una delimitación que no puede atribuirse únicamente (ni siquiera principalmente) a los historiadores e historiadoras, toda vez que fueron los propios partidos políticos, sindicatos y organizaciones obreras los que tendieron a estructurarse a escala nacional.

Esta tendencia no solo se expresó en términos de la producción historiográfica (tanto la académica como la “militante”, y toda la vastedad de grises intermedios) sino también, como vimos, en el plano de las instituciones dedicadas a coleccionar fuentes documentales y materiales bibliográficos: en su enorme mayoría se trató de instituciones y centros “nacionales”, vinculados en muchos casos a partidos y sindicatos de un determinado país. Al mismo tiempo, el peso de las tradiciones ideológicas y, lógicamente, el propio carácter internacional de la clase trabajadora y sus luchas, no dejó nunca de estar presente y promovió, en diversos momentos y coyunturas, la preocupación por desarrollar enfoques comparativos y miradas más globales.

La fundación de la IALHI como espacio de coordinación y diálogo entre instituciones de diferentes países (europeos) fue expresión de las inquietudes que surgían en el campo historiográfico (al igual que la fundación de la ITH y de otros espacios transnacionales, que luego irían creciendo) y, más específicamente, de cuestiones “técnicas” vinculadas con la necesidad de intercambiar información bibliográfica y archivística. Como vimos, su alcance inicial fue reducido, tanto en términos geográficos como ideológicos, y se limitó a ciertos países de Europa occidental y a instituciones vinculadas sobre todo al movimiento socialdemócrata. Si bien lentamente, esta demarcación fue haciéndose más borrosa a lo largo de los años, y se sumaron a la asociación instituciones de diferentes procedencias geográficas, institucionales e ideológicas.

Con el correr de las décadas, por otra parte, las mismas necesidades

8. <http://shp2.amsab.be/>.

técnicas que habían promovido el establecimiento de vínculos entre instituciones en 1970 fueron modificándose, y alterando por ello la forma en que se relacionan los distintos centros. Estamos ya lejos de la época en que la única forma de saber en qué archivo o biblioteca estaba una determinada fuente era contar con un listado de sus materiales o, al menos, con acceso a la información necesaria para comunicarse telefónicamente o por correspondencia con la persona adecuada. Un mérito de la IALHI fue ir adaptándose a las diferentes posibilidades técnicas que se abrían en el campo e incluso promover nuevos esfuerzos colaborativos aprovechando esas oportunidades.

En los últimos años la IALHI ha seguido creciendo e incorporando miembros: más de 25 instituciones se sumaron en los últimos cuatro años, y se prevé un ritmo similar de nuevas afiliaciones en el futuro cercano. Está planteado, en particular, el desafío de lograr una expansión más sostenida en las regiones menos representadas, como América Latina, África y Asia, e incluso de promover vínculos y relaciones entre miembros de esas partes del mundo, sin tener que depender de la intervención de los europeos. Será ese, sin dudas, uno de los desafíos y principales temas de discusión de la conferencia a realizarse en Buenos Aires en septiembre de 2022.

Referencias

- Aguirre, C. y Villa-Flores, J. (2015). *From the Ashes of History: Loss and Recovery of Archives and Libraries in Modern Latin America*. Department of Foreign Languages and Literature, North Carolina State University.
- Bell, D. (1969). *The Tamiment Library*. New York University Libraries.
- Bidussa, D. (1999). La Biblioteca Feltrinelli dall' "Accumulazione originaria" alla nascita degli "Annali" (1950-1959). *Studi Storici*, 40 (4), 945-991.
- Caine, S. (1963). *The History of the Foundation of the London School of Economics and Political Science*. Londres.
- Ceamanos-Llorens, R. (2004). La internacionalización de la historia obrera y social francesa. *Studia Historica. Historia Contemporánea*, 22, 301-317.
- Ceamanos Llorens, R. (2006). La historia obrera y social contemporánea a través del estudio de *Le Mouvement Social* (1960-2000). *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 33, 311-336.
- Dahrendorf, R. (1995). *LSE: A History of the London School of Economics and Political Science, 1895-1995*. Oxford.
- Galofré, J. (1989). *Rosend Arús i Arderiu (1845-1891)*. Barcelona.
- Gori, F. (1987). La Fondazione Giangiacomo Feltrinelli à Milan. *Matériaux pour l'Histoire de Notre Temps*, 10, 19-21.
- Grass, M. y Larsson, H. (2002). *Labour's memory: the labour movement archives and library, 1902-2002*. Arbetarrörelsens arkiv och bibliotek.

- Halvorsen, S. (1995). The Norwegian Labour Movement Archives and Library. *Saothar*, 20, 105-107.
- Heerma van Voss, L. y van der Linden, M. (2002). Introduction. En L. Heerma van Voss y M. van der Linden (eds.). *Class and Other Identities: Gender, Religion and Ethnicity in the Writing of European Labor History*. Berghahn Books.
- Horne, J. (1995). Le Musée social à l'origine: les métamorphoses d'une idée. *Le Mouvement Social*, 171, 47-69.
- Hue, J. (ed.) (1997). *BDIC 1917-2000: Bibliothèque de Documentation Internationale Contemporaine: un organisme public d'information et de recherche internationale*. BDIC.
- Hunink, M. (1986). *De papieren van de revolutie: het Internationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis, 1935-1947*. IISG.
- Kloosterman, J. (2009). In Bebel's voetspoor: Wouter Steenhaut en de IALHI. *Brood & Rozen Special*, 27-35.
- Kloosterman, J. (2012). Unwritten autobiography: labor history libraries before world war I. En M. van der Linden y L. Lucassen (eds.). *Working on Labor: essays in Honour of Jan Lucassen* (pp. 395-416). Brill.
- Kloosterman, J. (2014). La sottile arte della relazioni: la Biblioteca e l'Istituto negli anni '50. *Annali*, 52, 52-67.
- Kloosterman, J. y Lucassen, J. (2010). *Rebels with a cause: five centuries of social history collected by the International Institute of Social History*. Aksant.
- Lucassen, J. (2006). Writing Global Labour History c. 1800-1940: a historiography of concepts, periods, and geographical scope. En J. Lucassen (ed.). *Global Labour History: a state of the art* (pp. 39-89). Peter Lang.
- Marques, A.J. y Stampa, I.T. (eds.) (2010). *O Mundo dos Trabalhadores e seus Arquivos*. Arquivo Nacional-Central Única dos Trabalhadores.
- Martin Nájera, A. y Garrigós, A. (1992). *Documentos de la Primera Reunión Iberoamericana para la Recuperación y Conservación de Archivos y Documentación de los Trabajadores y los Movimientos Sociales*. Buenos Aires, 13-15 de abril de 1992. Editorial Pablo Iglesias.
- McIlroy, J., Campbell, A., Halstead, J. y Martin, D. (2010). *Making History: Organizations of Labour Historians in Britain since 1960*. Maney Publishing.
- Pelosi, H. (2000). *El Museo Social Argentino y la Universidad del Museo Social Argentino: historia y proyección (1911-1978)*. Buenos Aires.
- Roth, K.H. (1989). The International Institute of Social History as a Pawn of Nazi Social Research. New documents on the IISH during German Occupation Rule from 1940 to 1944. *International Review of Social History*, 34, Supplement, 1-88.
- Samuel, R. (1978). The Bishopsgate Institute. *History Workshop*, 5, 163-172.
- Sanders, H. (2014). Finding an anchorage: change and continuity in an academic institution: The International Institute of Social History in the nineteen-seventies. *Review (Fernand Braudel Center)* 37 (1), 39-59.

- Sanders, H. (2019). *Het virus der betrokkenheid. Het Internationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis, 1935-1989*. Amsterdam University Press.
- Schuster, D. (2008). *Chronik und Dokumente zur frühen Geschichte der International Association of Labour History Institutions (IALHI)*. <http://library.fes.de/pdf-files/bibliothek/05588.pdf>.
- Tarcus, H. (2011). Los archivos del movimiento obrero, los movimientos sociales y las izquierdas en la Argentina: Un caso de subdesarrollo cultural. *Políticas de la Memoria*, 10-11-12, 7-18.
- Van der Linden, M. (2016). The Growth of a European Network of Labor Historians. *International Labor and Working-Class History*, 90, 266-273.
- Wagner, I. (1978). Report on the International Association of Labour History Institutions. *International Labor and Working-Class History*, 13.
- Wiggershaus, R. (2010). *La Escuela de Fráncfort*. Fondo de Cultura Económica.
- Young, R. (1988). Labour Archives: An Annotated Bibliography. *Archivaria*, 27, 97-110.
- Zimmermann, R. (2008). *Das gedruckte Gedächtnis der Arbeiterbewegung bewahren: Die Geschichte der Bibliotheken der deutschen Sozialdemokratie*. Veröffentlichungen der Bibliothek der Friedrich-Ebert-Stiftung.
- Zimmermann, R. (2014). From Ice Age to Global Warming. The Libraries of the Amsterdam IISH and the Friedrich-Ebert-Stiftung (FES). En A. Blok, J. Lucassen y H. Sanders (eds.). *A Usable Collection. Essays in Honour of Jaap Kloosterman on Collecting Social History*. Amsterdam University Press.

Crítica de libros

Nicolás Iñigo Carrera, *Estrategias de la clase obrera en los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Grupo Editor Universitario-EUDEM, 2019, 138 pp.

Estrategias de la clase obrera en los orígenes del peronismo, último libro de Nicolás Iñigo Carrera, es el séptimo volumen de la colección “La Argentina peronista: política, sindicalismo, cultura” dirigida por Gustavo Contreras. La colección condensa el triple objetivo de congeniar el trabajo de especialistas académicos, proporcionar los avances historiográficos sobre uno de los nudos problemáticos centrales del siglo XX argentino y armonizar un relato orientado, también, al público no especialista, sin por ello perder la densidad analítica.

La obra consuma una trilogía iniciada por Iñigo Carrera con *La estrategia de la clase obrera, 1936*, publicada en el año 2000, y *La otra estrategia. La voluntad revolucionaria (1930-1935)*, editada en 2016, que, de conjunto, sintetizan décadas de investigación de uno de los más importantes especialistas en el estudio de la clase obrera argentina. Estructurado en nueve capítulos cortos y de lectura ágil, el libro concentra su análisis en los años que van de 1943 a 1946 aunque la dinámica explicativa hunde sus raíces y tiende lazos hacia el período que se abre a partir del golpe de Estado de 1930, repasando múltiples aristas y hechos como huelgas generales, enfrentamientos callejeros, participación electoral, panorama gremial, la construcción del enemigo de clase, entre otros.

El interés central del trabajo radica en el análisis del surgimiento del peronismo en su vínculo con la(s) estrategia(s) de la clase obrera. Así, mediante la observación y análisis de los enfrentamientos y su ordenamiento, lo que el autor denomina “estrategia”, se desenvuelve un relato que propone priorizar los elementos de continuidad por sobre la consideración de la emergencia del peronismo como un fenómeno exclusivamente rupturista sin ligazón con dinámicas preexistentes, camino iniciado hace décadas por Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, Juan Carlos Torre y Hugo del

Campo. Al focalizar en esa sucesión y lógica de enfrentamientos, la clase se constituye como un sujeto beligerante que, además, funda su propia existencia en esa combatividad. Este enfoque tiene el valor no solo de alejarse de cualquier cariz de pasividad sino que se distancia, saludablemente, de las miradas en las que el Estado se erige como una suerte de modelador, cuando no creador, de la clase obrera.

El estudio de la existencia de las dos estrategias en cuestión, una que supone la inserción y la otra la superación del sistema institucional vigente, se combina, además, con el de fracciones de la clase obrera que integran una u otra. Vale destacar que en *La otra estrategia...* estaba planteada la existencia de una tercera alternativa política que proponía el aislamiento y que se manifestó en su punto culminante en la oposición de la FORA a la huelga de la construcción de diciembre de 1935 y, aunque ensayan un replanteo, también a la huelga general de enero de 1936. En resumidas cuentas, en este trabajo, se postula que, a partir de los primeros años de la década de 1930, se iría desplegando un movimiento de oposición que daba cuenta de la conformación de una alianza social integrada por la clase obrera organizada, sectores de la pequeña burguesía y, destacadamente, el movimiento estudiantil y que tuvo como expresión fundamental la huelga general del 1° de mayo de 1936, en donde se plasmó un “espíritu democrático, popular, antiimperialista y antioligárquico” (p. 92). Así, con mayor incidencia en el devenir de la segunda mitad de la década del 30, esta alianza buscó insertarse en el sistema institucional vigente. Resulta destacable que la utilización del concepto de estrategia habilita una mirada global y elude un análisis fragmentado de la experiencia proletaria, aunque persiste allí el riesgo de ofrecer una fisonomía demasiado uniforme de la clase.

La maduración política de dicha alianza, y de la clase obrera, habilitaron la posibilidad de postularse como dirigente del proceso y plantear reivindicaciones más allá de las estrictamente económicas y situarse en el terreno de la incidencia en la arena pública y gubernamental. Este escenario fue impactado por los posicionamientos de cara a la Segunda Guerra Mundial, las divisiones de la burguesía frente a la necesidad del proteccionismo económico al mercado interno y el consecuente golpe de Estado de 1943. En palabras de Iñigo Carrera, dicha crisis política abrió paso a “un gigantesco proceso de ciudadanización e institucionalización de la mayoría de la masa trabajadora y la emergencia de una nueva fuerza social de la que pasó a formar parte la mayoría de la clase obrera” (p. 125). Una de las evidencias que ofrece el autor acerca de que ambos bandos, sin equipararlos ni eludir las diferencias entre ellos, propugnaban formar parte, y no superar, el sistema institucional vigente, son los programas del Partido Laborista y de la Unión Democrática de cara a las elecciones presidenciales de 1946. En ese marco general, son abordadas las distintas experiencias y hechos como la división de los cuadros sindicales, posicionamientos partidarios, conflictos puntuales, los eventos en torno al 17 de octubre de 1945, entre muchos otros. Los realineamientos, fracturas y enfrentamientos de los años

del régimen militar no fueron, así, consecuencias de un cambio de estrategia sino la opción de la mayoría de la clase obrera de posicionarse en la alianza expresada políticamente por el peronismo y que le ofrecía mayores expectativas de concreción en la posibilidad de insertarse en las mejores condiciones económicas y políticas en el sistema institucional imperante.

Uno de los interrogantes posibles consiste en la relación que la obra establece entre un momento de crecimiento capitalista en extensión que, lucha mediante, crea mejores condiciones para una estrategia reformista de la clase obrera. La pregunta allí recae en cierta inevitabilidad de dicho proceso o, si se quiere, en cierto ontologismo reformista. Pero además, quizá, es allí donde la obra establece cierta linealidad entre ese “momento” y la “estrategia” correspondiente, aunque sin ahondar en los argumentos que lo provocarían. En relación con este elemento se encuentra otra de las características del libro y es el balance entre las determinaciones objetivas y los elementos subjetivos y el modo en el que el concepto de estrategia pretende funcionar como una suerte de soldadura entre ambos. A nuestro entender, en el desarrollo del texto, la experiencia obrera se encuentra autonomizada en buena manera de las subjetividades político-ideológicas, que se presentan con un rol predeterminado. Aquellas expresiones de la izquierda de la época aparecen de modo más claro como intérpretes de un guión redactado de antemano, inhibiendo con ello la posibilidad de examinar el vínculo siempre rico y complejo entre ambos. De este modo, el concepto de estrategia pareciera reposar en un entramado en donde las condiciones objetivas disponen el sentido único del sendero en cuyo final se encuentran, con talante receptivo, las subjetividades políticas.

Como dijimos al inicio, el libro de Nicolás Iñigo Carrera viene a complementar una investigación de muchos años. Lo hace de modo perspicaz y riguroso en el marco de una de las perspectivas analíticas posibles para el estudio y el abordaje de la clase trabajadora. Observada de modo global, la obra del autor exhibe una lúcida indagación de la experiencia proletaria, una profundización del conocimiento de la sociedad argentina y, en este libro en particular, un avance en el análisis de los orígenes del peronismo y el rol que desempeñó allí la clase trabajadora.

Diego Ceruso

Universidad de Buenos Aires
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
diegoceruso@gmail.com

* * *

Selina Todd, *El pueblo. Auge y caída de la clase obrera (1910-2010)*, Madrid, Ediciones Akal, 2018, 540 pp.

En *El pueblo. Auge y caída de la clase obrera (1910-2010)*, Selina Todd se propone analizar cómo la clase ha sido un componente ineludible de toda discusión sobre el curso de la política y la sociedad británica del siglo XX hasta nuestros días. Todd es una destacada historiadora británica, cuyas perspectivas analíticas se inscriben en la tradición de la historia social marxista. En este trabajo, como en el conjunto de su obra, recupera los trazos fundamentales de las nociones thompsonianas de la clase a las cuales le añade el análisis de otras dimensiones de la identidad y la experiencia como el género, la raza y la generación.

En el marco temporal amplio y complejo abordado en este libro para Todd existieron dos puntos de inflexión que indican el auge y el declive de la clase. La Segunda Guerra Mundial fue el primero. En este punto, despliega una de las ideas centrales de su hipótesis: luego de la contienda bélica la clase emerge como “pueblo”, representando el momento de máxima convergencia entre los intereses de clase y los intereses nacionales. Las necesidades de la producción armamentística crearon por primera vez el pleno empleo, lo que permitió, entre otras cosas, crecer como fuerza económica y política. El pueblo, remarca Todd, se aseguró que estas fortalezas prevalecieran una vez terminada la guerra, eligiendo a un gobierno laborista en 1945 que dejó un importante legado de conquistas sociales (Seguro Nacional de Salud, educación gratuita, seguridad social integral y pleno empleo). No obstante, por más importantes que fueran esas conquistas, la autora remarca que no se trataron de años de igualdad. Todd hace especial énfasis en el carácter “de arriba abajo” de las reformas laboristas. Lejos de idealizar los años dorados, la autora remarca algunas de sus limitaciones: el control sobre los lugares de trabajo y sobre la riqueza la seguían ostentando una minoría, la brecha salarial entre trabajadores cualificados y no cualificados se amplió, entre otras. El segundo punto de inflexión, que se corresponde con el declive, es la victoria de Margaret Thatcher en 1979. Selina Todd asevera que la incertidumbre comenzó mucho antes, cuando la crisis de 1973 hizo cada vez más difícil sostener los pilares del pacto social de posguerra, y la oleada huelguística que sacudió Gran Bretaña entre 1968 y 1977 acorraló a los sucesivos gobiernos laboristas y conservadores que, ante el reclamo por mejores salarios, mejores viviendas, disminución de los ritmos laborales y cierta participación obrera en la gestión económica, terminaron colocándose del lado de los empleadores. A pesar de que esta historia previa es muy importante, 1979 abrió una nueva etapa cualitativamente diferente en donde la brecha entre ricos y pobres no paró de ampliarse.

Todd manifiesta una especial preocupación por detectar los distintos ciclos de asertividad política de la clase obrera británica, lo que constituye un eje de su planteo. Esta asertividad, entendida como una experiencia de

empoderamiento sobre la capacidad de agencia y movilización frente al Estado y los empleadores, es rastreada a partir de diferentes elementos, como los cambios de las actitudes políticas, las conquistas sociales y organizacionales y la reconstrucción de las aspiraciones de trabajadores y trabajadoras. Uno de los casos mejor logrados es el análisis que realiza en el primer apartado del libro, titulado “Criados, 1910-1939”, donde el foco está puesto en las empleadas domésticas y la manera en que el “problema de la servidumbre” se convirtió en una preocupación entre las clases medias y altas ante una clase obrera que se mostraba más determinada. De esta manera, reconstruye las ansiedades y los miedos de los empleadores ante la falta de “respeto” que ostentaban sus empleadas, destaca el impulso igualitaristas de estas que se negaban a seguir acatando los rígidos mandatos de vestimenta de cofias y delantales que consideraban humillantes o los gestos de desdén que en un contexto de reformas sociales y huelgas eran interpretados como una señal más de la guerra de clases. Las variables generacionales y culturales también alimentaban esa asertividad. En esta búsqueda, Todd se dedica a analizar la emergencia de una revolución cultural en Gran Bretaña a fines de los 50 y principios de los 60, en la cual “ser clase obrera se puso de moda”, convirtiéndose en una identidad política y cultural que permitió a los jóvenes conservar lo mejor de los valores de clase, reforzando el sentido de comunidad, de solidaridad y lealtad, al mismo tiempo que disfrutaban de una prosperidad económica novedosa que lejos de diluir la identidad de clase la reforzaba. Esto contribuyó a alimentar una nueva asertividad política y una conciencia alentada por el pleno empleo que se manifestaría en el ciclo huelguístico de los 70 en una generación menos propensa a que el ritmo de la vida estuviera regido únicamente por el ritmo de trabajo.

Esta investigación supone también un ejercicio de reflexión en torno a las herramientas conceptuales y metodológicas para abordar la historia obrera. Preocupada en detectar la manera en que los sujetos reflexionaron sobre sus propias circunstancias y sus opciones, así como sobre las desigualdades de poder, el análisis de la autora se posa en cada uno de los lugares en donde acontece la experiencia de clase: de la fábrica al barrio, del sindicato y la huelga a los salones de baile y el cine. Sucesos especiales como terminar la escuela, independizarse del hogar de origen, casarse o divorciarse, ser padres o madres, acceder a una vivienda, disfrutar de tiempo libre, de ocio y de consumos culturales forman parte de un fenómeno complejo y ambivalente que modelan las actitudes sociales y colectivas de la clase. Uno de los pasajes donde mejor plasmado queda este abordaje es aquel dedicado a analizar la relación entre el sistema educativo de posguerra y la clase obrera. Allí analiza las expectativas y aspiraciones de las madres y padres de la clase trabajadora puesta en la educación de sus hijos e hijas como un medio para ampliar sus horizontes y construir un futuro que los eximiera de la monotonía del trabajo manual. Pero, al mismo tiempo, demuestra la manera en que esas expectativas chocaron con una realidad profundamente

atravesada por los orígenes sociales que reforzaron en muchos de ellos y ellas una conciencia y una cultura de clase.

Finalmente, el libro muestra que la heterogeneidad es consustancial a la clase. Lejos del relato de una clase obrera blanca y masculina, Todd penetra en el interior de las fábricas y los barrios y amplía los contornos de nuestro entendimiento sobre la misma. Un lugar destacado en este análisis lo ocupan las actitudes sociales, que lejos de ser unívocas fueron amplias y variadas, ante la raza. Así lo demuestra en el abordaje de las relaciones entabladas entre las madres negras y blancas que llevaban a sus hijos al mismo colegio y que para ellas significó un proceso de enriquecimiento cultural. La relación entre clase y raza también es analizada en el ciclo huelguístico de 1968-1977, donde muchos trabajadores migrantes que habían ejercido papeles de dirección en sus países de procedencia utilizaron su experiencia en huelgas como la de Grunwick en 1977. El otro elemento central de este problema son las mujeres trabajadoras y su rol fundamental en la construcción de lazos comunitarios, como en los episodios de la conflictividad social y laboral.

En definitiva, el trabajo de Todd ofrece un retrato vívido y exhaustivo de la clase en un diálogo constante y creativo con la propuesta historiográfica desarrollada por Edward Thompson. De esta manera, nos permite reponer la centralidad que ostentó, y ostenta, la identidad de clase –como punto de convergencia y aglomeración de otras identidades (de género, étnicas, generacionales y culturales)– a partir de un diálogo permanente entre la historicidad de los procesos sociales y las necesidades de hacer más inteligible nuestro presente histórico.

Rodrigo López

Universidad Nacional de Rosario - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

* * *

Thomas Piketty, *Capital e ideología*, Buenos Aires, Paidós, 2019, 1248 pp.

Luego del resonante impacto a nivel *best seller* de *El capital en el siglo XXI* (publicado en 2013), Thomas Piketty retoma el debate sobre la desigualdad social con la reciente publicación de *Capital e ideología* (2019). Se trata de una monumental investigación de más de 1000 páginas donde el economista francés propone un análisis a nivel global y transversal en términos históricos. Al respecto, Piketty anuncia en el prólogo de *Capital e ideología* que, de esta manera, buscó subsanar dos de las principales limitaciones de su obra prima: por un lado, el estudio de la desigualdad centrado sobre todo en Europa occidental y Estados Unidos; por el otro, la tendencia a tratar los cambios políticos e ideológicos y la redistribución como una especie de “caja negra”.

Con estas inquietudes, *Capital e ideología* aborda los “régimenes de desigualdad” correspondientes a distintas sociedades, buscando explicar los discursos y mecanismos institucionales que justificaron y estructuraron las desigualdades en cada caso. Según Piketty, el concepto de régimen desigualitario engloba tanto al régimen político (el poder sobre las personas) como al régimen de propiedad (el poder sobre las cosas y, a veces, los individuos). En la mayoría de las sociedades antiguas, ambos se presentaban de forma conjunta mientras que, en la modernidad, el poder político se encuentra escindido del económico, posibilitando a su vez la aparición de derechos políticos individuales (no obstante se mantienen las reglas constitucionales que preservan la propiedad). En esta dirección, el autor sostiene que todo régimen desigualitario reposa, además, sobre una teoría de las fronteras y una teoría de la propiedad.

El otro gran concepto que vertebra el análisis de Piketty es la “ideología”, entendida como un conjunto de ideas y discursos que describen el modo en que debería estructurarse una sociedad; en otras palabras, la ideología podría equivaler a la visión que tiene una comunidad determinada sobre la justicia social. Desde esta perspectiva, la ideología resume las diversas respuestas sociales frente a las cuestiones del régimen político y del régimen de propiedad, funcionando según el autor con una “verdadera autonomía” respecto a la dimensión económica. De esta forma, si bien ha reiterado numerosas veces su lejanía y ajenidad respecto al marxismo, Piketty formula una operativización de la categoría ideología que se contrapone con lo que identifica como “las doctrinas a menudo calificadas de «marxistas»”, vinculadas al planteo relacional-causal “base-superestructura”: las leyes económicas naturales y estructurales determinarían la superestructura ideológica, política y cultural, anulando por lo tanto la acción subjetiva; los sujetos serían, en última instancia, portadores de categorías económicas, quienes realizan el movimiento de las leyes sistémicas. Cabría acotar que, en realidad, se trata de una visión vulgarizada por el estado soviético, bajo la burocracia estalinista.

Como “antídoto” frente al llamado mesianismo revolucionario del siglo XX aunque también frente al conservadurismo elitista, la apuesta teórica de Piketty consiste en demostrar mediante el análisis transhistórico y global que la desigualdad, lejos de ser económica o tecnológica, es ideológica y política. Para ello, utiliza dos tipos de fuentes, de distinta naturaleza. Por un lado, se vale del “lenguaje matemático” a través de la World Inequality Database (WID), una base de datos construida por más de cien investigadores y que abarca unos ochenta países de todos los continentes. Allí se mide la evolución histórica de las desigualdades de renta y de riqueza entre países y dentro de ellos, permitiendo un abordaje en clave histórica, comparada y multidimensional e incorporando aspectos como el género, la edad, la educación, la religión, etc. El segundo conjunto de fuentes comprende el “lenguaje natural” de la ideología, valiéndose de la jurisprudencia, los artí-

culos de opinión, los debates parlamentarios, las plataformas partidarias, entre otros materiales, así como también los textos teóricos de actores políticos. Mediante su análisis, el autor propone estudiar la evolución de la ideología así como las conductas sociales, institucionales y políticas frente a la desigualdad.

Es probable que, más allá del interés evidente para los especialistas de cada período histórico, el núcleo del debate que plantea Piketty está contenido en los últimos capítulos de la obra, relativos al siglo XX, así como en las propuestas finales, respecto a qué medidas deberían tomar los estados para morigerar la desigualdad contemporánea. Según el autor, sobre el telón de fondo de las dos guerras mundiales, la revolución bolchevique y la crisis económica de 1929, se promovieron una serie de transformaciones legales, fiscales y sociales, enmarcadas en el llamado “estado social”, las cuales redujeron las desigualdades, destacándose los impuestos progresivos sobre la renta y sobre las herencias. En contraste, a partir de 1980 se produjo una revolución conservadora (el neoliberalismo), cuya característica principal fue la desregulación social y financiera, recubierta por un discurso propietarista, empresarial y meritocrático. De esta forma, la libre circulación de capitales pavimentó una revolución fiscal conservadora, agudizando la desigualdad y provocando, en las últimas décadas, lo que el autor caracteriza como una mundialización hipercapitalista y digital, que se extiende hasta el presente.

En otro plano, una de las razones profundas que explican la desigualdad es la incapacidad de los partidos socialdemócratas para desarrollar un planteo programático a escala transnacional, relativo a la propiedad privada temporal y la progresividad fiscal. Según Piketty, es necesaria una transformación de la naturaleza de la propiedad privada hacia una forma de carácter temporal, es decir, aplicar una serie de impuestos a las grandes fortunas que permitan que cada individuo pueda acceder a una dotación de capital (en el sentido particular que le da el autor, en tanto stock de activos), generándose una “difusión patrimonial”. Las otras dos propuestas que completan la agenda del economista francés son, por un lado, la incorporación de más empleados a la dirección de las empresas y, por el otro, la creación de una federación de estados europeos.

En suma, quizás el mayor mérito de la investigación vertida en *Capital e ideología* sea demostrar, de forma inequívoca, que la desigualdad creciente entre ricos y pobres es el estado de cosas “normal” bajo el capitalismo; aquellos periodos de reducción de la brecha social, en todo caso, constituirían una excepción y no la regla. Una de las principales críticas que formularon autores como David Harvey o Adam Booth, en este punto, se refieren a la noción de “capital” utilizada por Piketty, asociada al stock de valores que son propiedad privada de los individuos, corporaciones y gobiernos, con independencia de su función dentro de las relaciones sociales.

Ciertamente, la definición de un concepto tan elemental como capital sigue implicando una disputa teórica, entre doctrinas del pensamiento económico (y no solo), así como también un contrapunto de carácter político,

en función de cómo una categoría determinada habilita una u otra lectura y tal o cual medida económica. Desde un ángulo marxista, si el capital, lejos de ser un stock o activo fijo, supone un conjunto de relaciones sociales de producción cuya reproducción se apoya, en última instancia, en la explotación del trabajo humano, entonces el diagnóstico sobre las crisis cambia de forma radical. Finalmente, cabría afirmar que el problema analítico sigue siendo cómo analizamos la disputa entre capital y trabajo en el marco de la excepcional crisis capitalista contemporánea, la cual plantea una reconfiguración de las relaciones sociales y, por ende, una agudización de la polarización y la conflictividad entre las clases.

Walter L. Koppmann

Universidad de Buenos Aires, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

* * *

Camillo Robertini, *Quando la FIAT parlava argentino. Una fabbrica italiana e i suoi operai nella Buenos Aires dei militari (1964-1980)*, Milán-Florencia, Mondadori-Le Monnier, 2019, 450 pp.

Quando la Fiat parlava argentino es producto de los estudios de posgrado y del trabajo de posdoctorado realizado por Camillo Robertini entre dos países: Italia y Argentina. El joven historiador viene haciendo una apuesta algo novedosa en el campo de la historia oral en relación a la utilización de las redes sociales. Según manifiesta en la introducción, parte de su experiencia de investigación sobre el tema ha transitado por la recuperación de memorias en medios no tradicionales como Facebook y otros escenarios virtuales.

El libro posee una narración fluida ocupándose de un tema por demás interesante y de un periodo histórico con claras repercusiones en el presente. De este modo, invita a pensar dos ejes de discusión en nuestra historiografía, aunque sin dudas exceden el marco nacional: por un lado, el pasado reciente de la Argentina junto con las posibles vías de abordaje histórico de los procesos traumáticos y de la violencia política; por otro, el papel de la clase obrera durante los llamados “años 70” y la dicotomía tradicional que caracteriza su accionar como “resistencia” o “inmovilidad”.

A lo largo del texto existe una vocación de diálogo entre los campos de la historia y la memoria. El esfuerzo está puesto en recuperar las representaciones de los llamados “trabajadores comunes” (categoría nativa) en torno a las dos últimas dictaduras militares. En este sentido, la perspectiva de indagación se inscribe en los estudios sobre la denominada “gente común y corriente”: concepto difícil de asir, pero utilizado últimamente en la historia social.

La elección metodológica propone ir más allá de los cuadros revolu-

cionarios y de los movimientos de resistencia al autoritarismo en pos de captar el consenso de la clase obrera. De hecho, sabemos que el tema de la “complicidad civil ha pasado a ser uno de los tópicos recurrentes en la historiografía del pasado reciente. Es más, el autor analiza de forma detallada y lúcida estas acciones dentro y fuera del establecimiento industrial. Sin embargo, a la postre no parece superar la dicotomía entre actividad (militancia) y pasividad política (indiferencia/apoyo). La hipótesis no termina de ponderar los múltiples matices de la acción y las condiciones de posibilidad de la clase trabajadora en ese contexto específico y dentro de las particulares estructuras represivas.

La escala de observación privilegia la comunidad obrera de El Palomar que se constituyó alrededor de la fábrica de Fiat Concord en las décadas de 1960 y de 1970. En suma, es un estudio de caso sobre la presencia del capitalismo italiano en la Argentina en la industria automotriz. No obstante, el objeto central de la investigación es la memoria, elemento central para indagar en la experiencia cotidiana, las identidades y el imaginario cultural de este colectivo social. Así, de manera sugestiva se abordan las dimensiones subjetivas y ordinarias de la vida laboral a través de treinta y tres testimonios de ex empleados (operarios, sindicalistas, dirigentes y directores).

La obra se encuentra dividida en cinco capítulos y un breve epílogo. Los testimonios orales tienen un lugar preponderante ya que articulan las diferentes aristas del relato: la memoria, la violencia y la dictadura. El autor se pregunta: ¿qué llevó a una comunidad obrera a compartir los valores sociales de la empresa y, al mismo tiempo, a normalizar la acción represiva de las fuerzas armadas? A partir de un entrecruzamiento de fuentes, su objetivo es analizar un sector no politizado de la sociedad.

Más allá de los cortes político-institucionales, la periodización sigue el derrotero de la firma italiana en la Argentina hasta la creación de SEVEL (Sociedad Europea de Vehículos para Latinoamérica). En 1980 la fusión de Fiat con Peugeot marcó un cierre de época en torno a la cultura empresarial, un quiebre en la memoria de los operarios y en la comunidad circundante.

El primer capítulo (1964-1969) reconstruye la instalación de la planta de tipo fordista en el Gran Buenos Aires y la paulatina formación de una aristocracia obrera con acceso a buenos salarios y a nuevos consumos. La fábrica fue un aglutinador de identidad social y un centro de modernización económica. No obstante, los métodos productivos utilizados ya eran obsoletos en el viejo continente. Consecutivamente, examina la trayectoria de la compañía y los primeros años de la presencia de FIAT en la Argentina con el uso de documentos inéditos depositados en Italia. Se logra un buen estudio de los cuadros directivos de Turín (superiores y medios), alertándonos sobre el origen fascista y también de izquierda de varios de ellos, sus finalidades y sus características.

El capítulo siguiente se centra en la cultura empresarial puesta en práctica en el ámbito local. Descubrimos una fábrica con una organización de la

producción y una serie de prácticas disciplinares muy fuertes. De hecho, el reglamento interno reconocía tipos ideales de conducta y de obreros. En este sentido, se logró crear un férreo control del proceso de trabajo en cadena de montaje y de las conductas permitidas. La lógica respondía a un modelo social, moral y ético cargado de una visión conservadora con reminiscencias reales al viejo régimen fascista.

El capítulo 3 (1969-1976) investiga la construcción de un sindicalismo dialoguista y cooperacionista (amarillo) dentro de la FIAT controlado por el peronismo de derecha. En momentos de mayor fervor de la movilización política nacional, la fábrica fue atravesada por una acción anticomunista y contrarrevolucionaria agresiva. La utilización de los testimonios de los protagonistas de extrema derecha resultan muy atinados y acertados para recuperar la vida cotidiana.

Por su lado, los capítulos 4 (1976-1980) y 5 tratan la construcción del mito del “nunca pasó nada” en el cual los entrevistados se autorrepresentan como trabajadores “comunes”. Se muestran lejanos de las instancias revolucionarias y propensos a la idea de que los militares resolvieron quizás los problemas del país.

Robertini toma esa concepción y propone la existencia de una “comunidad obrera común”, que en su mayoría no se involucró activamente en la vida política de la época. Es más, afirma que la memoria de los ex trabajadores tiende a normalizar la dictadura evidenciando una dimensión de consenso y cierta ambigüedad para con los hechos de violencia y el terrorismo de Estado. Aunque en este argumento soslaya la fuerte selección de personal, la presencia de patotas sindicales en el seno de la planta y los veinticinco desaparecidos, que el mismo estudio desliza. Cabría preguntarse si estos actores no fueron cómplices y víctimas o sujetos activos respectivamente, más que “apolíticos”.

Sabemos que los relatos testimoniales y autobiográficos son parciales. En este caso el autor observa una ausencia de conflictos en las memorias ya reconciliadas con el pasado y mediadas por el presente. En definitiva, en realidad son los múltiples factores ideológicos, subjetivos, históricos y circunstanciales los que seleccionan y construyen una narración “normalizada”. Entonces, la memoria de “consenso”, “apolítica” y “ambigua” ¿Es la experiencia o la memoria de la experiencia? Por otra parte, quizás no se resuelve la tensión entre la experiencia histórica y la estructura de dominación donde se insertaban los trabajadores. ¿Se podía ser “común y corriente” en un contexto de disciplinamiento productivo (fabril) y social (represivo/dictatorial) con libertades coartadas? O, incluso más lejos, ¿qué es ser un “obrero común”?

Por lo demás, el libro resulta un aporte a la historia de la presencia del capital italiano en Argentina a partir de un estudio de caso. A la vez, nos propone preguntas muy sugerentes alrededor de la memoria obrera y sus representaciones tanto individuales como sociales sobre la última dictadura militar. Por último, resulta útil para aquellos investigadores que utilizan la

metodología de la historia oral proponiendo nuevas visiones acerca de los procesos históricos traumáticos.

Víctor Pegoraro

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas,
Universidad Nacional de Mar del Plata, Centro de Estudios Históricos
pegorarovictorn@gmail.com

Instrucciones para los autores

1. Originalidad

Las colaboraciones deben ser originales y no estar siendo sometidas simultáneamente a evaluación en ninguna otra publicación. *Archivos* se compromete a acusar recibo en la semana de recibida la colaboración y a comunicar la respuesta de la evaluación en un lapso no mayor a cuatro meses.

2. Extensión

Artículos: hasta 55.000 caracteres con espacio (incluyendo las notas a pie, las referencias bibliográficas al final del texto y el resumen).

Reseñas: hasta 8.000 caracteres con espacio.

3. Formato

Los trabajos deberán ser enviados en formato .doc o .rtf, en tamaño de hoja A4, con fuente Times New Roman tamaño 12, interlineado a espacio y medio (1,5), sin justificar. Todas las páginas deberán ser numeradas. Las reseñas se recibirán exclusivamente en español. En el caso de propuestas de artículos en otro idioma consultar previamente al Consejo editorial antes de realizar el envío.

La primera página deberá contener la siguiente información:

- a) Título en castellano e inglés.
- b) Nombre del autor/a o los autores/as y su pertenencia institucional.
- c) Resumen de no más de 120 palabras y cuatro palabras clave. Ambos en castellano y en inglés.
- d) Correo electrónico de contacto.

Cualquier referencia que permita inferir el nombre del autor/a deberá ser eliminada del texto, con excepción de la primera página, para permitir la evaluación anónima.

4. Citas

Las citas, o reproducción de palabras de otro texto, de fuentes, etcétera, deben ir entre comillas, sin bastardillas. Si la cita es de más de tres renglones, se recomienda dejarla como párrafo aparte, con un blanco arriba y otro abajo.

5. Bibliografía

El sistema de citado empleado por la revista es el especificado por las normas APA. No se aceptarán textos con referencias bibliográficas a pie de página.

Ejemplo: (Hobsbawm, 1989, pp. 25-65).

Al final del trabajo se incluirán las referencias bibliográficas, con el formato: Apellido, N. (año de edición). Título del texto. Editorial. Ténganse en cuenta los siguientes ejemplos:

Libros (con autor individual):

Falcón, R. (1984). *Los orígenes del movimiento obrero, 1857-1899*. Centro Editor de América Latina.

Marx, K. (1987). *Trabajo asalariado y capital* (1849). Cartago.

Libros (con varios autores):

Batalha, C. H. M., Teixeira da Silva, F., y Fortes, A. (comps.) (2004). *Culturas de classe: identidade e diversidade na formação do operariado*. Editora da Unicamp.

Capítulo de libro:

Anderson, P. (1984). La historia de los partidos comunistas. En R. Samuel (ed.). *Historia popular y teoría socialista* (pp. 150-165). Crítica.

Artículo de Revista:

Aricó, J. (1973). Espontaneidad y dirección conciente en el pensamiento de Gramsci. *Pasado y Presente*, 1, 87-101.

Libro en versión electrónica:

De Jesús Domínguez, J. (1887). *La autonomía administrativa en Puerto Rico*. <http://memory.loc.gov/>

Tesis:

Kalmanowiecki, L. (1997). *Military Power and Policing in Argentina 1900-1955*. Tesis Doctoral, New School for Social Research.

6. Evaluación

Todas las propuestas son recibidas por la Secretaría de redacción quien se ocupa de acusar recibo al autor/ra. A continuación, los trabajos son evaluados en primera instancia por el Equipo Editorial a fin de establecer si las temáticas se ajustan al alcance, objetivos y requisitos establecidos por la revista. En caso de no rhacerlo, los aportes son rechazados. Cuando la primera evaluación es positiva, se escogen dos árbitros especialistas en el área para juzgar la calidad del trabajo. El sistema de evaluación adoptado por la revista es doble ciego preservando el anonimato de los/as autores y los/as evaluadores/as.

7. Código de ética

Con la intención adherir al consenso universal sobre la práctica editorial científica, el Equipo Editorial de la revista adhiere a la guía y las instrucciones elaboradas por el COPE | Committee on Publication Ethics.

Se invita a los/as autores/as, investigadores/as y evaluadores/as a interiorizarse en los lineamientos internacionales vinculados a la ética en publicación para evitar faltas que podrían generarse por su desconocimiento.

8. Política de plagio

El Equipo Editorial de *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda* adopta diversas herramientas para detectar plagio o prácticas de auto-plagio, fabricación de datos o problemas éticos, en general, presentes en las propuestas remitidas por los autores. Para ello se compromete a implementar medidas, a través de herramientas adecuadas como Similarity Check, Plagiarismdetector, Quetext, etc. Asimismo, se reserva el derecho de rechazar y/o eliminar todo artículo en el cual se haya detectado cualquier forma de plagio o prácticas de auto-plagio sin importar la etapa de edición en la que el mismo se encuentre.